Impreso en Argentina
Printed in Argentina
Tirada: 3.000 ejemplares
Primera edición: junio de 1978
Hecho el depósito
que marca la ley 11.723

Compuesto y armado en
Linotipia Medrano, Jean Jaurès 321,
Buenos Aires

Impreso en D.K.L. HUECO OFFSET,
Ponsomby 966/70, Capital, en el mes
de junio de 1978.

GENERAL GOLBERY DO COUTO E SILVA

GEOPOLITICA DEL BRASIL

Traducción y notas de Paulo R. Schilling

EL CID EDITOR
México, 1978

© El Cid Editor
Ricardo Castro 37
Colonia Peralvijo
México, D.F.

Hecho el depósito
en el Registro Nacional
de Derechos de Autor

Libro considerado
de interés nacional

INDICE

Nota introductoria a la segunda edición brasileña 13
Colbery do Couto e Silva 17
Presentación 21
Introducción: El problema vital de la seguridad nacional 25

PRIMERA PARTE

I. Aspectos geopolíticos del Brasil-1952 37
1. La Geopolítica, la Estrategia y la Política 37
2. Las categorías geopolíticas fundamentales y la realidad brasileña 53
3. Los grandes dilemas brasileños 82
Bibliografía 85

II. Aspectos geopolíticos del Brasil-1959 87
1. Geopolítica y "Geohistoria" 87
2. Algunas líneas tradicionales de la geopolítica o de la "geohistoria" brasileñas 89
3. Principales modificaciones estructurales de la sociedad brasileña ante la evolución del ambiente mundial y, en particular, del panorama americano 94
4. Objetivos nacionales permanentes del Brasil 98
5. El Brasil actual en el mundo contemporáneo 99
6. Posibles directrices de una geopolítica brasileña ... 116
7. Conclusión 119
Bibliografía 119

III. Aspectos geopolíticos del Brasil-1960 120
1. Geopolítica, estrategia y política 121
2. Perspectiva geopolítica brasileña 133

3. Directrices geopolíticas 159
4. Algunas conclusiones 165
Bibliografía 166

SEGUNDA PARTE

I. Geopolítica y geoestrategia-1959 169
1. Introducción 169
2. Evolución del concepto de estrategia 175
3. Cuadro conceptual de la seguridad nacional 184
4. Discusión de los conceptos de geopolítica y geoestrategia 190
5. Geopolítica y geoestrategia brasileñas 200
Bibliografía 204

II. Dos polos de la seguridad nacional en América latina-1959 205
1. Introducción 205
2. Este mundo a lo largo 210
3. El antagonismo dominante en ese momento coyuntural 218
4. Cuatro ventanas hacia el mundo, a lo largo 229
Bibliografía 232

III. Areas internacionales de entendimiento y áreas de roce-1959 233
1. Introducción 233
2. Procesos de interacción social y su clasificación corriente 234
3. Comprensión de las expresiones "Areas internacionales de entendimiento" y "Areas de roce". Heterogeneidad e interpretación 237
4. Necesidad de una perspectiva participante actualizada, como elemento integrante y de ordenación del conjunto 245
5. Ubicación mundial ante la actual coyuntura y el punto de vista brasileño 247
6. Tendencias expansionistas. Vectores de transformación del mosaico internacional 249
7. Conclusión 250
Bibliografía 251

TERCERA PARTE

Brasil y la defensa de Occidente-1958 255
1. Introducción 255
2. Occidente y Brasil 256
3. El Occidente amenazado 264
4. El Occidente necesita al Brasil 277
5. Brasil depende de Occidente 286
6. Conclusión 288
Bibliografía 289

Apéndice 1 291
1. Formulación de un concepto estratégico nacional (Ensayo metodológico) 291
2. Su formulación 292
3. O.N.P. 292
4. Evaluación estratégica de la coyuntura 293
5. Objetivos nacionales actuales (O.N.A.) 297
6. Política de consecución 298
7. Concepto estratégico nacional (C.E.N.) 299
8. Areas estratégicas 299
9. Disposiciones gubernamentales 300

Apéndice 2 301
Esbozo de un plan de pesquisa geopolítica 301

Al ilustre maestro

PROF. DELGADO DE CARVALHO,

un sincero homenaje de quien se enorgullece de ser su discípulo.

LUIS EDUARDO RIOS

NOTA INTRODUCTORIA A LA SEGUNDA EDICION BRASILEÑA

por Afonso Arinos de Melo Franco *

Al incluir entre sus títulos el libro *Geopolítica del Brasil* del general Golbery do Couto e Silva, la colección "Documentos brasileños" sigue la tarea que se ha trazado, y que ha tratado de seguir fielmente a través de la acción de sus tres directores, de editar libros que sean la exposición y el debate de biografías, temas, hechos y problemas relevantes para nuestro país.

El presente volumen tiene por autor a una de las figuras más marcadas de la vida militar y pública del Brasil contemporáneo, del Brasil posterior a la Revolución de 1964, en el cual el ejército, evolucionando de la posición tradicional de fuerza influyente en los acontecimientos políticos y en las formaciones institucionales, pero influyente de manera siempre complementaria e indirecta, fue llevado por las circunstancias históricas a asumir directamente las responsabilidades gubernamentales, sean ellas institucionales, políticas o administrativas, dejando al medio civil el papel de cobertura o aplicación, que antes era el suyo.

Por lo tanto, es de gran importancia seguir la marcha de las ideas de uno de los más calificados representantes de nuestra inteligencia militar, especialmente en el ámbito de este libro, en el cual acompañamos la evolución y la maduración de algunas tesis y conceptos que justifican mejor desde el punto de vista intelectual las motivaciones más profundas y generales del gobierno fruto de

* Ministro de Relaciones Exteriores del gobierno de Jânio da Silva Quadros (febrero a agosto 1961).

la Revolución de 1964, gobierno en realidad difícil de ser definido institucionalmente, no basado en ningún sistema de pensamiento político doctrinario y, ni siquiera, coordinado.

El libro del general Golbery, aunque denote amplias y profundas lecturas, y esté escrito en un estilo literario a veces brillante, no nos da la solución para las carencias globales de definición y de doctrina anteriormente referidas; tampoco podría hacerlo y no es éste su propósito, ya que la obra se compone de estudios escritos todos antes de la Revolución. Pero el lector culto podrá encontrar en ella interesantes indicaciones sobre las posiciones de análisis y de interpretación de los acontecimientos brasileños de la última década predominantes en la llamada "Sorbonne", es decir, en los medios intelectuales más actuantes de las Fuerzas Armadas; posiciones que han tenido tan grande importancia en la movilización revolucionaria y en la orientación del gobierno formado por la Revolución.

El rasgo principal y más visible de ese conjunto de ideas que, sin llegar a constituir un sistema o una doctrina, ha sido sin embargo un poderoso instrumento de acción, es sin duda el de que las soluciones nacionales son fuertemente condicionadas por la coyuntura internacional o por su interpretación.

Eso también origina la conclusión inevitable de que los errores más sensibles del gobierno revolucionario provienen de ciertas interpretaciones equivocadas de la coyuntura internacional y, consecuentemente, de su repercusión en el panorama brasileño. De ahí viene mi opinión, expresada más de una vez, de que la corrección de las distorsiones políticas internas del Brasil depende de una revisión de nuestra actual concepción de la política exterior, acomodándola a los efectivos elementos de la realidad internacional y nacional, en lugar de someterla a un sistema abstracto de presiones ideológicas separadas de la realidad, presiones que sirven muchas veces para dar ventajas a intereses antinacionales.

Pero no quiero entrar, aquí, en un debate que iría más allá de los propósitos de esta nota. Deseo apenas agregar algunas palabras más sobre el propio libro. En él el autor explica muy bien su actitud mental ante el título elegido, es decir, su idea de la Geopolítica. Muestra con lucidez que no acompaña a la escuela, actualmente superada e incluso desmoralizada, que trató de hacer de la Geopolítica, sobre todo en la Alemania hitlerista, una especie de teoría de la expansión germánica y del dominio de la raza teutónica en el mundo. El general Golbery se sitúa en la posición mucho más flexible y realista de los que ven en la Geopolítica la percepción, el examen y el aprovechamiento de las influencias

que la Geografía ofrece al destino y al gobierno de los pueblos. Nadie puede negar que eso sea verdad; en realidad, lo único nuevo es el nombre de Geopolítica, así como la técnica de su estudio, ya que la noción, en sí misma, es muy antigua y se confunde con la propia historia del pensamiento político occidental. Lo mismo ocurre con la Ciencia Histórica propiamente dicha, donde el nombre de Geohistoria no es viejo, pero la idea por él designada encuentra viejos cultores, desde Heródoto, el padre de la Historia.

En muchos puntos estoy de acuerdo con el pensamiento del autor de este libro; en otros difiero. Por ejemplo, muchas de sus ideas sobre el nacionalismo son las mías, aunque yo crea que se debe dar más énfasis al principio obvio de la incorporación del Pueblo a la Nación, lo que significa propiamente énfasis en el desarrollo económico. Otra de las cosas que no siempre me parecen bien es el pasaje frecuente que el autor hace de lo concreto a lo abstracto o, más bien, de la observación a la formulación, llegando a veces a conclusiones que tal vez se alejan demasiado de la observación. Eso sucede, por ejemplo, en las páginas, por otro lado tan atrayentes, sobre la conceptuación del Occidente. Efectivamente, la visión casi mística de un "Occidente ideal, Occidente propósito, Occidente programa", parece alejarse un poco del cuadro objetivo e interrelacional, lo que no facilita concretamente el enfoque de los problemas concretos de Occidente. Otro tema que merece un tratamiento prudente es el de la llamada "civilización cristiana occidental".

El olvido de sus contradicciones y luchas internas, de los esfuerzos que se desarrollan en su seno para atender a las necesidades del progreso humano, dentro de los valores cristianos permanentes, así como de las resistencias a esos esfuerzos, puede dar como resultado lo que el general De Gaulle —maestro y modelo de los pensadores políticos militares— denominó una vez "óptica simplificada". Por otro lado estoy seguro de que, tanto en este como en otros puntos, la inteligencia tan aguda del general Golbery habrá evolucionado de las marcas fijadas en este libro.

De cualquier forma, la colección "Documentos brasileños", al presentar a sus lectores el presente tomo, lo hace con la certeza de haber agregado un servicio más a los otros que está tratando de prestarle a la cultura brasileña, para la cual el libre debate de los temas nacionales es un alimento necesario.

Botafogo, 6 de junio de 1966.

GOLBERY DO COUTO E SILVA

Nació el 21 de agosto de 1911, en la ciudad de Rio Grande, estado de Rio Grande do Sul. Hizo sus estudios primarios en el colegio Lemos Junior, en aquella ciudad. En 1927 ingresó a la Escuela Militar de Realengo.

Fue declarado aspirante oficial en el arma de infantería en diciembre de 1930, habiendo alcanzado el primer puesto entre sus colegas de todas las armas.

Destinado al 9º Regimiento de Infantería, participó en las operaciones de la Revolución de 1932. Sirvió, sucesivamente, en el Cuartel General de la Sexta Brigada de Infantería, en el CPOR (Curso Preparatorio de Oficiales de Reserva) de Pôrto Alegre, en la Dirección de Material Bélico y en la Secretaría Divisionaria de la 5ª Región Militar. En abril de 1940 fue transferido al 13º Batallón de Cazadores en Joinville.

En diciembre de 1941 rindió examen de admisión a la Escuela de Estado Mayor, siendo el único oficial aprobado. En agosto de 1943, concluido el curso de Estado Mayor, fue designado para el Estado Mayor de la 3ª Región Militar.

En agosto de 1944 fue mandado a los Estados Unidos a hacer un curso de perfeccionamiento en el ejército norteamericano, siendo luego transferido a la Fuerza Expedicionaria Brasileña, entonces en operaciones de guerra en Italia, incorporada al V Ejército norteamericano.

Regresó de Italia en octubre de 1945 y fue designado para la Sección de Operaciones del Estado Mayor de la 3ª Región Militar. En mayo de 1946 fue transferido al Estado Mayor del Ejército. En junio fue promovido a mayor, por merecimiento y, en diciembre del mismo año, transferido al entonces Estado Mayor General (actualmente Estado Mayor de las Fuerzas Armadas, EMFA).

En marzo de 1947 fue designado miembro de la Misión Militar Brasileña de Instrucción en el ejército del Paraguay, permaneciendo tres años en ese país.

En octubre de 1950 fue clasificado en el Estado Mayor del Ejército y designado adjunto de la Sección de Informaciones. En octubre de 1951 fue ascendido al rango de teniente coronel, por méritos.

En marzo de 1952 fue nombrado adjunto del Departamento de Estudios de la Escuela Superior de Guerra, en la división de Asuntos Internacionales y posteriormente en la División Ejecutiva. En noviembre de 1955 fue exonerado de sus funciones en la Escuela Superior de Guerra y transferido al Cuartel General de la ID/4, en Belo Horizonte.

En marzo de 1965 fue ascendido a coronel, por merecimiento, y transferido al Estado Mayor del Ejército, Sección de Operaciones, Subsección de Doctrina. En setiembre de 1960 fue designado para el Estado Mayor de las Fuerzas Armadas, como jefe de la Sección de Operaciones. En febrero de 1961 fue nombrado jefe del gabinete de la Secretaría General del Consejo de Seguridad Nacional, donde permaneció hasta setiembre del mismo año, fecha en que pidió pasar a la situación de retiro.

En la actividad civil, ingresó al Instituto de Pesquizas y Estudios Sociales, en Rio de Janeiro, dirigiendo el Grupo de Pesquizas.

Durante el gobierno del mariscal Castelo Branco (1964/67) tuvo intensa y destacada actuación político-administrativa. En junio de 1964 fue nombrado jefe del Servicio Nacional de Informaciones. Fue en realidad el organizador y primer titular del novel servicio de inteligencia, uno de los puntales básicos del régimen militar. Se mantuvo en el puesto hasta el término del gobierno de Castelo Branco.

De retorno a la actividad privada, fue entonces contratado como director por *The Dow Chemical*, la transnacional de origen norteamericano del sector de petroquímica. Bajo su eficiente administración la Dow se transformó en una de las más grandes empresas de Brasil, controlando el sector de soda y cloro. Posteriormente fue ascendido al puesto de Presidente para América latina de la empresa.

El 15 de marzo de 1974 volvió a la función pública como jefe del Gabinete Civil de la Presidencia de la República. Por la importancia del puesto, por su excepcional capacidad intelectual, por su fuerte personalidad, por su habilidad política y por su íntima vinculación con el presidente, general Ernesto Geisel, es, en realidad, un superministro. Los especialistas en política brasileña lo consideran el Número Dos del actual gobierno.

Su fundamental aporte teórico está contenido en dos libros: "Planejamento Estratégico", editado en 1955 por la Biblioteca del Ejército y "Geopolítica do Brasil", de cuya segunda edición –1967–, considerada definitiva por el autor, hicimos la presente traducción.

Seguramente el más citado –por los especialistas del continente– y el menos conocido de los libros de geopolítica surgidos en Latinoamérica, "Geopolítica do Brasil" es la obra cumbre del pensamiento militar brasileño. Su estudio es de fundamental importancia para la comprensión e interpretación del régimen militar brasileño y, en especial, de la política exterior brasileña a partir de abril de 1964.

"Geopolítica do Brasil" está ahora disponible para los lectores de habla hispana.

PRESENTACION

Este no es un libro actualizado al año que transcurre –advirtámoslo desde ya al lector–. Pero, por otro lado, hagamos notar que tal actualización tampoco parece ser necesaria. De cualquier forma, por respeto al lector, consideramos que es nuestro deber explicar por qué no hemos pensado en una actualización tal, siempre posible, tal vez útil, aunque de ninguna forma necesaria.

Los capítulos que siguen están constituidos por charlas y ensayos escritos en varios años durante la década del 50, y traducen concretamente la evolución de un pensamiento geopolítico que se enorgullece, sobre todo, de sus raíces auténticamente nacionalistas, impregnadas a fondo de la sólida realidad de la tierra brasileña. De ahí que apenas se visualiza el mundo a lo ancho, en sus perspectivas siempre cambiantes, y se palpa el cinturón inmediato de mares y tierras en la amplia circunvecindad política, sujeta a igual dinamismo, si bien más moderado. Pero lo que realmente importa es haber tratado de auscultar el fiel mensaje inscripto en el modelado eterno del hábitat inmenso que nos correspondió humanizar y valorar, para descifrar las líneas maestras de nuestro destino geopolítico y entrever, en sus amplios rasgos, la portentosa estrategia de toda una hercúlea integración territorial, de nuestra imperiosa proyección continental y de la no menos imperativa seguridad contra amenazas externas de allende el mar.

Por lo tanto, al ser un esbozo de una geopolítica brasileña, este libro no exige, en verdad, una rigurosa actualización. Tiene la pretensión, inherente a todo pensamiento geopolítico, de resistir, en su núcleo central de ideas, a las variaciones coyunturales, incluso en épocas de excepcional dinamismo como la que atravesamos. Apenas le pide al lector comprensivo la benevolencia de situarse en sintonía con la fecha en que cada capítulo fue escrito.

dándole en cambio el placer irónico de medir, con la innegable ciencia de los hechos posteriormente ocurridos, los errores, y tal vez algunos aciertos, en las previsiones que el autor hubiera osadamente realizado.

Sobre ese particular, es conveniente destacar que la década del 50 —caracterizada sobre todo por la guerra fría en aumento y por una bipolarización rígida del poder en el campo internacional— sería sucedida, en el primer quinquenio de la década del 60, por una nueva fase de guerra fría en declinación y un policentrismo que se ha venido afirmando tanto en Occidente, con la postura de De Gaulle y su ideal de "Europe des Patries", como en el Oriente comunista, donde se esbozan los primeros síntomas de una desatelización del Este europeo, con Rumania a la vanguardia, y se agudiza, desde el 61, la divergencia entre la U.R.S.S. y China. De esa forma, se rompe el monopolio ideológico gozado por Rusia y se esfuma la misión mesiánica universal de un comunismo ya no monolítico. Y no sólo eso, ya que el neutralismo avanza también en otras áreas. Al mismo tiempo, la proliferación nuclear se vuelve un problema crucial y el peligro de la "escalada" domina toda acción estratégica de fuerza, en el mundo algo distinto que surgió después de la confrontación dramática de octubre del 62 (la crisis de los misiles en Cuba).

Deberemos hablar, más precisamente, de una débil bipolarización antes que de una verdadera multipolaridad: China no alcanzó plenamente el *status* de gran potencia mundial, ni el área de autonomía ampliada en el Este europeo podrá hacer frente a ningún tipo de intereses vitales de la U.R.S.S. El antagonismo entre el Occidente cristiano y el Oriente comunista domina todavía la coyuntura mundial.

Por eso pensamos que los cambios sobrevenidos en el panorama internacional no podrán invalidar las ideas fundamentales que constituyen el núcleo del pensamiento geopolítico integrado que seguidamente será expuesto, ni tampoco lograrán desfigurar sustancialmente la perspectiva mundial en que éste se halla inserto.

No nos parece, pues, que realmente valga la pena un esfuerzo de actualización rigurosa de los ensayos que componen este libro, corriendo además el riesgo inevitable de posibles incoherencias e inadvertidos anacronismos.

Sin embargo, tal vez hubiésemos tratado de hacerlo si la circunstancia especial de encontrarse el autor en el ejercicio de una función pública [1], que le exige el máximo de circunspección y silencio, no le impidiera expresar pensamientos que pudieran ser, inconsideradamente, tomados como de inspiración gubernamental.

Lo que se leerá es de la más estricta responsabilidad personal del autor.

G. C. S.

[1] El autor ocupaba entonces el puesto de jefe del Servicio Nacional de Informaciones —los servicios de inteligencia— con rango equivalente a ministro. (N. del T.)

INTRODUCCION

EL PROBLEMA VITAL DE LA SEGURIDAD NACIONAL

1. Un eterno dilema del hombre, animal social

Hubo, en un siglo ya bastante lejano —este Brasil apenas surgía para su importante destino—, un "geómetra de la política" que, seducido por la imponente claridad del monumento euclidiano, con su sólida base de postulados, de porismas y axiomas diáfanos, sus teoremas bien encadenados y sus corolarios sorprendentes, resolvió también aplicar el mismo sistema lógico-deductivo al dominio flotante e incierto de la Sociedad y de la Política. Era, sin embargo, la época en que Bacon y Galileo inauguraban, con brillo y audacia extraordinarios, la carrera triunfal de la ciencia moderna, con un método inductivo-experimental recién salido de la horma.

De esa manera, rechazando frontalmente a Aristóteles —¡tremenda herejía!— e inspirándose sobre todo en Euclides, Thomas Hobbes descubrió y señaló a la adoración reverente y temerosa de los pueblos el nuevo Leviatán, ese dios portentoso, aunque mortal, de la soberanía y del poder absoluto. Su raro y agudo ingenio tomaría, como punto de partida, aquel mismo mito fascinante y extrañamente creíble del "contrato social" que, en aquella época, atraía a todas las opiniones, fecundando el liberalismo naciente del cual Locke sería, más tarde, el intérprete insuperable hasta hoy y, por un extraordinario pase de magia, haría de aquel mito el propio fundamento de su increíble proposición final: la rendición total de la libertad del individuo en favor de un poder soberano, incontrastable y supremo.

El Estado soberano, surgido de las fuentes profundas del Miedo para proveer la seguridad individual y colectiva en la Tierra, pasaría a afirmar su voluntad omnipotente sobre los destinos de todos los súbditos que lo habían creado inigualable y autárquico pero, ya ahora, por la propia necesidad de un razonamiento lógico, perfecto y severo que lo justificaría, de una vez por todas, contra todas las críticas y contra cualquier argumentación. Y así encontrarían en Hobbes los defensores del autoritarismo más riguroso, a su entera disposición —todos los déspotas futuros, ilustrados o no; los señores de la guerra; los nuevos Césares, en el tumulto de sus ambiciones desmedidas; las minorías usurpadoras y tiránicas— y perfectamente modelada en líneas inflexibles y rigurosas, la teoría que les absolvería los excesos y les encubriría los caprichos insanos, mientras lograran mantenerse, por el poder de la coacción, como gobiernos *de facto*.

Ahora bien, Hobbes puede ser considerado como el patrono, reconocido u oculto, de las modernas ideologías políticas que amenazan, por todos lados, al mundo decadente de un liberalismo impotente y exhausto.

Es cierto que la geometría euclidiana ya perdió toda aquella extraordinaria fascinación de admirable construcción lógica, indiscutible y eterna desde que Hilbert, entre muchos otros, le examinó las bases, señalando fallas y desenmascarando prejuicios ilegítimos, insospechados anteriormente, y que el ruso Lobachevski, el húngaro Bolyai y el alemán Riemann abrieron los nuevos horizontes de metageometrías abstrusas que se yerguerían, ramificarían y se desarrollarían abundantemente, a un lado y al otro de la construcción clásica primitiva, tales como exóticas floraciones barrocas, sobre las cuales Einstein habría de construir todo un universo renovado, de inteligibilidad perfecta. Pero aunque se subalternice la matemática a la simple categoría de capítulo elemental de una lógica, que se ha vuelto cada vez más rigurosa por el empleo del algoritmo que Leibnitz tanto había anhelado, el célebre ¡Calculemos!, los días recientes se caracterizan por el dominio ampliado de un logicismo cada vez más audaz, sobre todo a partir de la codificación russelliana de los *Principia Mathematica*. Y pululan, hoy, los *Principia Economica*, los *Principia Ethica*, los *Principia Politica*.

En el fondo, todavía es el mismo anhelo de precisión y de claridad, de verdades necesarias e irrefutables, lo que lleva al hombre a esbozar, incansable, esas metalógicas extrañas y sabidamente malogradas, sobrepasando, más allá del restringido campo primitivo, a los mismos dominios cambiantes a que Hobbes, como Spinoza paralelamente, habían tratado de extender el método euclidiano en su época, paradigma perfecto de las supremas virtudes del Conocimiento y de la Ciencia. Tal como el Partenón, en el purismo de sus líneas que mediciones más exactas no logran ni siquiera empañar, tal como la Idea Imperial que alentó los sueños de Alejandro y las campañas de César y las aventuras de Bonaparte, y todavía perturba el espíritu de modernos conquistadores trastornados, tal como ese mito indestructible de la *Pax Romana* por el cual suspira la humanidad, también ese otro, el de la apolínea perfección de la geometría de Euclides, es un "fantasma" persistente y terco que aún atrae y encanta y arrastra al espíritu humano en sus aventuras creadoras por el reino de lo Cognoscible.

Sin duda, los nuevos maestros de ideología política —o nuevos profetas— son menos geómetras que Hobbes, pero, no menos que él, están poseídos por igual angustia.

Lo que sucede es que el impulso incesante que domina, trasparente, a toda la dialéctica hobbiana, tanto como el avatar que atormenta a los nuevos adoctrinadores políticos, es el mismo gran Miedo, el miedo cósmico que vio, en la Tierra, el nacimiento de la Humanidad y de su verdadera angustia existencial, el miedo paralizador y tenaz que surge, incoercible, de la eterna inseguridad del Hombre.

Es sabido que Hobbes nació, hijo prematuro, bajo el signo del Miedo, en la época de aquella tremenda epidemia histérica que trastornó a toda Inglaterra, ante la tremenda noticia del acercamiento de la Armada Invencible que los cielos inmolarían en holocausto al duradero esplendor del *Rule, Britannia*. Y, ya viejo, respetado por todos, protegido por la Corte, verdadero monumento nacional, Hobbes todavía temblaría, sintiéndose amenazado como siempre por el espectro de la inseguridad que lo había perseguido toda la vida pero que, por otro lado, le había servido de sostén en la admirable construcción lógica de su monolítica sistematización de la política.

Hoy, la inseguridad del Hombre es la misma, quizá todavía mayor. Y, en la extrapolación de los teoremas hobbianos, el eterno dilema que lo aflige, como animal social que es, miembro nato y obligatorio de una sociedad más o menos dilatada, más o menos compleja, más o menos solidaria, tiende a solucionarse de nuevo, unilateral y paradójicamente, por el completo sacrificio de la Libertad en nombre de la Seguridad individual y colectiva.

De esa forma despierta el Leviatán que estuvo dormido durante tantos siglos, al sonido de las nuevas mitologías totalitarias, tanto de derecha como de izquierda, las cuales incitan y tratan

de seducir a la Humanidad desvalida y temerosa al trueque ominoso; mientras tanto, en el marco de la contracción de un mundo ya sin fronteras que realmente separen, surge el Estado-Universal, como solución reclamada y única posible a la inseguridad mayor que está creando la propia progenie de Leviatanes acosados, en sus disputas interminables y estériles. Y ese que está a punto de venir será el Leviatán supremo, el Superleviatán, señor absoluto e incontestable de la Tierra y del espíritu humano.

En realidad, la inseguridad generalizada y creciente en que se debate en agonía la humanidad actual es el opio venenoso que crea y alimenta esas horribles visiones, capaces, sin embargo, de volverse una realidad monstruosa.

La inseguridad del ciudadano dentro de cada nación y la inseguridad de unos Estados frente a otros, la visión omnipresente de la guerra —guerra civil o guerra subversiva o guerra internacional— dominan el mundo de nuestros días y explican, por sí mismos, esa ansiedad neurótica con que los individuos —desamparados—, las multitudes —en pánico—, los pueblos —desilusionados y afligidos—, la Humanidad, finalmente, se yergue y se lamenta y se debate, decidida a esclavizarse por cualquier señor y cualquier tiranía, a condición de que le ofrezcan, en un plato de lentejas, un poco de seguridad y de paz. Y de esa forma, acaba o acabará por perder, con la Libertad traicionada, la propia Seguridad que tanto había deseado.

Hombres de todas las latitudes y de todas las razas: la guerra es global, hombres de todas las edades: la guerra es permanente, hombres de todas las profesiones y de los credos más diversos: la guerra es total; debemos, pues, mirar de frente a esa Esfinge de los nuevos tiempos, para descifrarle el misterio tremendo que encierra en sí misma y fortalecernos en la defensa de la Libertad, que es exigencia esencial e inembargable de la condición humana, para que ni siquiera en la guerra zozobremos, vencidos, ni por ella misma zozobre con nosotros, finalmente, toda la Humanidad.

2. La guerra y su significación como fenómeno político

Ahora bien, diréis que siempre hubo guerra, más o menos cruenta, a veces sangrienta, casi siempre brutal, desde que se constituyeron y finalmente terminaron por encontrarse en contacto —y, consecuentemente, en conflicto y en pugna— grupos sociales autónomos, las hordas, las tribus, los pueblos primitivos y bárbaros, las ciudades ilustradas y ricas, los Estados poderosos y los imperios milenarios, todos ellos poseídos de una conciencia colectiva —aquí más vigorosa, allí más tenue—, conscientes todos de su propia existencia como grupos independientes y, además, conscientes también de aspiraciones e intereses comunes a todos sus miembros integrantes, intereses y aspiraciones muchas veces discordantes o incluso antagónicos respecto de los que inspiraban y unían a otros grupos.

Desde que se formaron los primeros Estados, bajo la forma arcaica de los Estados-ciudades que florecieron y brillaron en el mundo de la Antigüedad, resurgiendo posteriormente en el terreno fulgurante del Renacimiento europeo, desde los grandes imperios fundados por la religión o por la espada hasta los Estados-naciones que, todavía hoy, se multiplican entre nosotros, cuando tal vez ya surja, en formas embrionarias —la O.E.A., la O.T.A.N., la O.T.A.S.E. por un lado y la U.R.S.S. por el otro—, la estructura multinacional de mañana, siempre fueron los Estados los verdaderos protagonistas en el escenario internacional, como intérpretes y paladines autorizados de las aspiraciones e intereses de los correspondientes grupos sociales.

Poco importa que en los Estados autoritarios se presenten sin ningún tapujo, en las democracias bajo disfraces de mayor o menor consistencia, muchas veces, cuando no siempre, como intereses y aspiraciones de la colectividad, algunos que lo son apenas de una simple minoría, mejor compenetrada de sus propios objetivos, bien equipada para la acción política y sobre todo hábil en el manejo de los múltiples controles sociales, la llamada *élite dirigente*. Su capacidad para sensibilizar y atraer a la masa, para arrastrarla dócilmente bajo su liderazgo eficaz a través de la fuerza carismática que despierte y asegure el mecanismo mimético que Toynbee describió tan bien, da la medida real de su poder creador. Sin embargo, sea como sea, tratando, realmente, esta *élite* o minoría de traducir los intereses y aspiraciones, todavía informes, que flotan imprecisos en el alma popular o, yendo más allá y esforzándose, educativamente, para que el pueblo comprenda y sienta sus verdaderos intereses y aspiraciones, tratando, maquiavélica o demagógicamente, de mistificar a la masa para que adhiera a sus objetivos particulares de *élite* o coaccionándola a ello —eso no deja de ser accesorio—, el hecho fundamental que se debe considerar, en el conjunto del panorama internacional, es que cada Estado se mueve bajo el impulso potente de un núcleo de aspiraciones e intereses, más o menos definidos con precisión en un complejo jerárquico de Objetivos.

Para los Estados-naciones de nuestra época, son sus Objetivos Nacionales.

Entre esos Objetivos, es evidente, ocupan una posición relevante los que se refieren a la persistencia de todo el grupo social, del Estado y de la Nación como tales, es decir a su supervivencia en el espacio y en el tiempo, su autonomía con relación a los demás y el propio desarrollo económico y social, ya que, para las sociedades humanas, así como para todos los organismos de mayor o menor complejidad, la estancación es la muerte. Según las circunstancias vigentes en cada caso, la supervivencia, la autonomía, el desarrollo se traducirán en objetivos secundarios, ya que son resultantes de conquista de tierras ajenas o de defensa del propio territorio, de agresión o de paz, de adquisición de riquezas o salvaguarda de patrimonios, de la obtención de esferas de influencia o liberación económica, de subyugación cultural o de afirmación nacionalista, de autarcia, de irredentismo, de libertad o de imperialismo, de satelización, de dominio, toda una gama de objetivos políticos, económicos, psicosociales e incluso militares, entre los cuales se podrán infiltrar, como ya lo hemos señalado, y bajo racionalizaciones más o menos bien tramadas, aspiraciones e intereses poco confesables de la sagaz minoría dirigente.

Por lo tanto, estando cada Estado animado por sus propios Objetivos y fundamentados éstos en un código moral predominantemente egoísta, sería de extrañar que no surgieran diversos antagonismos, algunos de importancia vital, ineludible, entre ciertos Estados que desearan cosas opuestas, o la misma cosa cada uno para sí mismo, en ese paisaje anárquico que sigue siendo, a pesar de todos los esfuerzos empleados milenariamente en tratados y ligas siempre poco durables, la vida internacional en el planeta. Con el objetivo de solucionar estos antagonismos entre Estados, con una relativa satisfacción de los diversos interesados, surge entonces la diplomacia, con todo su viejo arsenal de prácticas conciliatorias, su formalismo aparentemente tan ridículo como útil en la realidad, y la habilidad, la estrategia, que harán duradera la gloria de un Metternich, de un Disraeli o de un Talleyrand.

Sin embargo, en el caso de que fallen la prudencia y la astucia diplomáticas y sean realmente vitales los intereses en juego, impidiendo sacrificios de una y de otra parte, la guerra vendrá, finalmente, para solucionar, a su modo, el conflicto fatal. *Cedat toga armis* —al revés de la célebre proposición formulada por Cicerón.

Ahí no hay nada que no se hubiera manifestado también en el ámbito restringido de la estructura estatal, durante el proceso

paulatino de concentración de su supremo poder, como fuerza de coacción capaz de imponerse, soberana, a todos los ciudadanos, y de dirimir sin apelación los conflictos que, lanzando a unos contra otros, lograran amenazar finalmente la propia paz social. Pero en el mundo de los Estados-naciones, estamos todavía en una fase feudal —es necesario reconocerlo—, estructurándose el poder atomísticamente, en núcleos dispersos y autónomos, en una primera etapa de cristalización rudimentaria en que cada Estado se enfrenta a los demás, tal como en otras épocas los barones y señores, en sus dominios casi autosuficientes, se desafiaban mutuamente y llevaban a la lucha a sus cohortes heterogéneas y turbulentas de caballeros, siervos, vasallos y libertos.

Y la guerra moderna que se lleva a cabo entre naciones, movilizando toda la fuerza arrasadora, todos los impulsos destructores, todo el primitivismo incontenido de la emotividad bárbara de las masas angustiadas y estimuladas para la lucha, expandiéndose, cada vez más, a todos los sectores de actividades, ya no guerra de mercenarios o de profesionales endurecidos sino guerra total que a todos abarca y oprime, guerra política, económica, psicosocial y no sólo militar, perdurando en el tiempo bajo la forma de guerra fría o ampliando su dominio en el espacio como avasalladora ola universal que no respeta ni a los desiertos del Sahara ni a las alturas tibetanas ni a las inmensidades polares, viene a agregar al viejo dilema entre Libertad y Seguridad un colorido profundamente trágico, cuando las nuevas armas salidas incesantemente de los laboratorios de investigaciones —las bombas atómicas, las superbombas de hidrógeno y cobalto, los teleguiados de alcance intercontinental, los satélites artificiales que ya cruzan los cielos anunciando las plataformas giratorias del futuro, desde donde podrán lanzarse ataques repentinos, demoledores y ásperos— pasan a amenazar a toda la humanidad, en su locura colectiva de aniquilamiento y muerte.

Esa es la guerra —total, permanente, global, apocalíptica— que se perfila, desde ya, en el horizonte sombrío de nuestra agitada era.

Y solamente nos queda, naciones de cualquier cuadrante del mundo, prepararnos para ella, con determinación, con clarividencia y con fe.

3. El poder nacional y su fortalecimiento

El instrumento de la acción estratégica, en esta era de guerras totales, sólo puede ser el que resulta de la integración de todas

las fuerzas nacionales, de todos los recursos físicos y humanos de que dispone cada nación, de toda su capacidad espiritual y material, de la totalidad de medios económicos, políticos, psicosociales y militares que pueda reunir para la lucha, de su *Poder Nacional*, en definitiva. Y es ese Poder, actuante desde el tiempo de paz como carta decisiva y sustentación real en las discusiones diplomáticas, ya desde entonces supervalorado por la sombra prestigiosa que siempre lo acompaña, de un Potencial más amplio, susceptible de actualizarse en mayor o menor plazo, que deberá ser transformado, orientado, movilizado hacia la eventualidad de la guerra que se concrete, asumiendo a partir de entonces su componente militar, exteriorizado en las Fuerzas Armadas, el papel dominante.

Ahora bien, no siempre el Estado dispone de un Poder Nacional a la altura de las responsabilidades resultantes de la guerra o ni siquiera de las que hayan sido asumidas en tiempo de paz. Por lo tanto, se tratará imperativamente de fortalecer ese Poder, de desarrollarlo en el tiempo debido y por todos los procesos, de modo que en el equilibrio vital entre posibilidades y necesidades, entre medios y fines, entre obligaciones y recursos, no subsista un déficit fatal que presagie para la nación la derrota, la servidumbre y la muerte. Maximizar el Poder Nacional, ante las exigencias impuestas por el fantasma de la guerra que ya nos persigue: he aquí un deber que no pueden esquivar, de ninguna manera, las naciones atentas al futuro que a todos se avecina a pasos tan agigantados.

La presencia dominante de ese parámetro ineludible —la Seguridad Nacional— impone, sin embargo, la carga tremenda de una economía visceralmente destructiva a los normales anhelos de desarrollo y bienestar que animan a todos los pueblos y, sobre todo, a aquellos que todavía se encuentran al margen de las regiones más adelantadas del mundo, comprimidos en patrones de vida poco elevados y rígidos. Ese es el origen de un nuevo dilema —el del Bienestar y de la Seguridad— señalado por Goering, en días pasados, bajo la forma menos justa pero altamente sugestiva de su conocido *slogan*: "más cañones, menos manteca". Y, en realidad, no hay forma de eludir la necesidad de sacrificar el Bienestar en provecho de la Seguridad, a condición de que ésta se vea realmente amenazada. Los pueblos que se negaron a admitirlo aprendieron, en el polvo de la derrota, la lección merecida.

Pero, si bien hay un mínimo de seguridad que lograr o mantener, en función de la naturaleza y valor de los antagonismos presentes, de acuerdo con el mayor o menor grado de probabilidad de la guerra que se teme, y según la urgencia y la gravedad del peligro que se debe vencer, existe también, por otro lado, un mínimo de bienestar que debe ser permanentemente asegurado, de cualquier forma.

Sobre ese particular rige, como en la ciencia económica, la ley eterna de los rendimientos decrecientes que Turgot instituiría en la base de sus doctrinas fisiocráticas.

En la medida en que se sacrifique el bienestar en provecho de la seguridad, canalizando recursos de aquél para ésta, el primero decrece; mientras que la segunda aumenta más que proporcionalmente, al principio; sin embargo, a partir de un cierto punto, la curva sufre una acentuada inflexión, y los aumentos, ahora cada vez menores, terminarán por anularse totalmente, cuando se haya alcanzado lo que, teóricamente, corresponde al máximo de seguridad compatible con la limitación impuesta por los recursos disponibles. Si se reduce todavía más el bienestar, la propia seguridad se verá también disminuida.

La seguridad se estructura —pues no puede dejar de estructurarse— sobre una base irreductible de bienestar económico y social, nivel bajo el cual se ofenderá la propia capacidad de lucha y de resistencia de la nación, incapacitándola finalmente para el esfuerzo continuado y violento que la guerra exigirá de ella. En el dominio de la guerra las fuerzas morales ocupan un papel preponderante, y ninguna moral de un pueblo se podrá mantener indemne más allá de ciertos límites de cansancio y desilusión. La tragedia germánica del 18, así como la del Japón en el 45, una vez más lo han demostrado.

4. Conclusión

Seguridad y Bienestar y, en un plano más elevado, Seguridad y Libertad, son dilemas decisivos con que siempre se ha confrontado la humanidad, aunque nunca en circunstancias tan dramáticas e imperiosas como las actuales.

Y, siendo ambos dilemas de la vida social, en ambos se manifiesta una bipolaridad no exclusiva; cada uno de los términos opuestos depende, en realidad, del otro, por la función anteriormente descrita.

No hay que creer pues que el sacrificio de la Libertad pueda conducir siempre a un aumento de la Seguridad. Más allá de ciertos límites, la Libertad sacrificada determinará, a su vez, la pér-

dida vital de la Seguridad. Los esclavos no son buenos combatientes: he aquí la lección que las tiranías han aprendido en el transcurso de los siglos.

Por lo tanto, a pesar de toda la maravilla argumentativa de Hobbes, resucitada, según lo hemos señalado, en las modernas doctrinas sofísticas de los totalitarismos de todos los matices y de los Salvadores por la Espada, como los llama Toynbee, la Libertad del ciudadano dentro del Estado moderno debe ser salvaguardada y también defendida, dentro de límites que son irreductibles incluso en la guerra, so pena de que, sin ella, desaparezca totalmente la propia Seguridad, en nombre de la cual se han emprendido tantas aventuras libertinas, desde que el mundo es mundo, con mayor dosis de arrogancia o mayor capacidad de mistificación y de cinismo.

Tengamos la seguridad de que defender la Libertad es también, gracias a los cielos, fundar en sólidas bases la Seguridad Nacional. Y, si no lo fuera, miserable sería la vida del soldado en los Estados modernos, todavía más miserable que las de los cortes mercenarios que resguardaban, en los antiguos imperios moribundos, la lujuria y la orgía y el crimen de las cortes depravadas y corrompidas, hasta que la mano inexorable del destino las sepultara para siempre en el fango del olvido que se deposita, incesante, a lo largo del río caudaloso de la Historia.

PRIMERA PARTE

I

ASPECTOS GEOPOLITICOS DEL BRASIL — 1952

1. La Geopolítica, la Estrategia y la Política

a) El universo en mutación

Nunca estará de más repetir —y principalmente al abordar un tema todavía tan abierto a las discusiones filosóficas y al choque de ideas y pasiones— que actualmente vivimos una hora dramática de la Humanidad, con la trasmutación radical y repentina de todos los valores y conceptos tradicionales. Ya lo había anunciado Nietzsche, hace más de medio siglo, a través de la boca profética de su Zaratustra, aunque no pudiese, en su genial visión, ni siquiera prever el alcance y la amplitud, ni el módulo acelerado de esa revolución total en que se debate, angustiado y como perdido, el espíritu humano.

No hablemos de la profunda transformación conceptual que sacudió hasta sus cimientos el imponente y secular edificio de las ciencias positivas, desde la Teoría de los Números y la Geometría hasta la Astronomía y la Física, la discontinuidad sorprendentemente invadiendo la materia, el tiempo y el espacio destituidos de su papel de categorías lógicas absolutas e integrando, indiferenciados, un solo espacio curvo cuadridimensional, la indeterminación y la incertidumbre transformadas en principios, las leyes abandonando la vieja pretensión de traducir la constancia en variedad y limitándose a definir apenas el sentido de crecientes probabilidades, el infinito matemático desdoblándose en la aritmética extraña y paradójica de los trasfinitos, la comodidad reconocida co-

mo criterio final, pragmático, de la verdad científica, y la intuición creadora sobreponiéndose a la lógica en el descubrimiento, o más bien la construcción, del Universo.

Penetrando en el dominio de las ciencias biológicas, tampoco consideremos el dinamismo renovador que está presente en ellas, derrumbando los límites rígidos y rebajando las diferencias entre razas, entre sexos, entre salud y enfermedad, entre lo normal y lo monstruoso, entre la locura y la lucidez, entre animales y vegetales, entre el alma y el cuerpo, entre la materia inerte y la materia viva, asombrando al hombre por la potencialidad insospechada de los caracteres genéticos recesivos o por las aspiraciones y tendencias contradictorias que se comprimen en este mundo increíble y bárbaro del inconsciente individual.

Dejemos de lado la crisis que galvaniza al pensamiento filosófico de nuestro tiempo, al buscar soluciones a la vieja querella de los "universales" en la negación de la esencia y en la afirmación única de lo existencial, y al sublimar la angustia del agnosticismo que lo comprime y sofoca, en el reconocimiento de una primacía indiscutible y trágica de la acción sobre el pensamiento, del temperamento sobre la razón, de lo indefinido sobre lo definido, de lo irracional sobre lo lógico, de lo temporal sobre lo eterno.

Tampoco nos detengamos a apreciar el cataclismo que se desmorona sobre ese mundo de las trasposiciones, intermediario entre la realidad y el ensueño —el mundo de la estética— y donde, confundiendo los valores consagrados hace mucho, tratando de superarlos mediante algo así como una deshumanización o incluso una desmaterialización de la belleza, destruyendo la armonía natural y anónima de las cosas para reconstruirla en nuevas combinaciones imprevistas y extravagantes de símbolos, bajo una perspectiva irreal, el artista moderno adopta nuevas escalas para la ordenación de las formas y de los colores, de los sonidos, de las masas y de los ritmos, anhelando traducir ahora en un lenguaje cada vez más elíptico, y a veces sibilino, las eternas "invariantes plásticas".

Limitémonos apenas a considerar, en la vida vegetativa y relacional de las sociedades, de los pueblos y de los Estados, cómo la vieja estructura conceptual, sobre la cual la Humanidad había construido con grandes dificultades una filosofía optimista y una lógica inteligible de la vida, se desarticula por completo y se desmorona debido al golpeteo incesante de nuevas fuerzas incontrolables. De ahí surgió el grito emocionante de Paul Valéry: "¡Nosotros, civilizaciones, ahora sabemos que también somos mortales!"

Realmente, en el ámbito de cada nación, las venerables fórmulas jurídicas demuestran su inanidad e insuficiencia ante esa

tumultuosa "invasión vertical de los bárbaros" que, como bien lo señala Ortega y Gasset, es el síntoma más relevante de la acelerada movilidad social de nuestra época; el derecho del Individuo, tratando de extenderse más allá de las simples y reconocidamente vanas libertades políticas, choca no sólo con los intereses ya consolidados de varios grupos que se dividen entre sí el liderazgo sino principalmente con las responsabilidades agrandadas del propio Estado, llevado éste también, para alcanzar real eficiencia en sus múltiples e interdependientes actividades, a ampliar cada vez más la esfera y el rigor de su control sobre una sociedad ya cansada y desilusionada del liberalismo fisiocrático de épocas pasadas; la solidaridad del ciudadano al organismo nacional a que pertenece por su nacimiento y por su formación cultural, que es un segundo nacimiento, se ve extraviada por dependencias varias a diversos grupos de diferentes denominaciones —mayores éstos, más restringidos aquéllos, no siempre exclusivos los unos de los otros—, de los cuales no le es permitido alienarse y cuyos intereses y fines frecuentemente divergen, cuando no se demuestran antagónicos; qué es la justicia social todavía es una incógnita por resolver; la libertad de prensa y la libertad de palabra ponen en ecuación el problema trascendental de hasta dónde permitir que el poder de las ideas, sabiamente utilizado, pueda servir de trampolín a las ideas de poder, y sea cual sea la anatomía de ese poder por el cual se lucha, se hacen sacrificios sin gloria y muchas veces se sucumbe, y si hay en realidad una ética del poder, éstas son cuestiones que todavía desafían a los más brillantes pensadores, desde Sorel, el apóstol de la violencia, hasta Bertrand Russell, el predicador del evangelio liberal.

Indudablemente, o la Democracia se renueva y fortalece, o sucumbirá, desprovista de fuerza y de voluntad, en los ásperos brazos del cesarismo.

En esa indeterminación de corrientes y contracorrientes en que oscilan, amenazados, los cuadros estructurales de las sociedades modernas, todos los límites antes bien definidos entre conceptos fundamentales y entre categorías jurídicas y sociales se derrumban y se indeterminan en franjas difusas de marginalidad; las contradicciones, al revés, antes difusas y apagadas, gradualmente se individualizan mejor y terminan por polarizarse, tal como los cromosomas en la mitosis celular, generando tensiones internas que se vuelven cada vez más importantes hasta que, por un impulso dialéctico, se produzca finalmente la síntesis liberadora que inaugurará un nuevo ciclo de evolución. Concepción que no puede ser considerada como derivada del materialismo

marxista, cuando se sabe que tal hijo espurio del idealismo hegeliano apenas conservó de éste la dinámica del proceso dialéctico como arma revolucionaria de transformación del mundo, para finalmente sofocarla en la inercia paradójica de un milenio paradisíacamente estático: la sociedad sin clases y sin contradicciones, dialécticamente muerta.

El símbolo de nuestra era es el símbolo de la integración, proceso solucionador por excelencia de todos los antagonismos y que mejor conviene al espíritu faustiano del hombre moderno, enemigo de todas las limitaciones.

Ahora bien, en el campo de las relaciones internacionales es donde mejor sobresale la subversión cósmica de valores y conceptos que nos condena a un aniquilamiento total, en el caso de que la Humanidad no sepa resolver a tiempo las profundas contradicciones que aquella subversión por sí misma denuncia.

Francamente, no entendemos cómo —a menos que se trate, por un mecanismo subconsciente de compensación, de engañarse a sí mismo y a la angustia de la inestabilidad de la cual desea huir— alguien pueda creer actualmente en los viejos sueños de una paz mundial estable, fundada —y todavía más en nuestros días o en los días de nuestros hijos— en la justicia internacional, en la intangible libertad de las naciones, reconocida y respetada por todos, y en ese principio, tan lógico, tan moral, pero no menos irreal, de la autodeterminación y absoluta soberanía de los pueblos, el cual, no por no poder confiarse en él significa que se deje de usarlo y defenderlo a toda costa por ser el único argumento de los débiles contra los fuertes. El ideal de la "renuncia a la guerra como instrumento de la política", proclamado ingenuamente en el pacto Briand-Kellogg, en el interregno eufórico que apenas separó las dos mayores guerras que ya convulsionaron al mundo, se vio completamente superado por la realidad indiscutible de los hechos. La Liga de las Naciones ya había nacido moribunda, triste aborto de un gran idealismo utópico, y la O.N.U. y su extraño sistema de paternalismo político, por más que se le reconozcan los méritos y las realizaciones en el sector de la cultura y de la asistencia técnica, sirvió apenas para crear, a la luz meridiana, un escenario incruento donde pelean tenazmente naciones enemigas e irreconciliables y donde resuenan las tensiones violentas que disocian el mundo actual.

Mientras se multiplican, de esa manera, los sistemas de paz, los compromisos y los acuerdos que solamente sirven, como ya se ha dicho, para evitar las guerras que sin ellos nunca ocurrirían, una nueva filosofía del poder estatal, más crudamente realista, más sincera según algunos, más cínica en la opinión de otros, dejando de lado los idealismos ya gastados y las fórmulas racionalizantes ya caducas del todo, sumerge a todo el universo en su energía arrolladora. Y no es por simple casualidad que dos espíritus tan fundamentalmente antagónicos como el de Spengler y el de Toynbee vislumbren ambos —con absoluta certidumbre el primero y con algunos matices de duda esperanzada y optimista, el segundo—, en el futuro que se acerca, la sombra del gran Imperio Universal en que se aniquilará, finalmente, la civilización occidental.

Los sorprendentes progresos de la técnica y la acelerada industrialización rompen, por la continuidad del aire y por la permeabilidad del éter, la escala de todas las compartimentaciones espaciales en que se había educado el espíritu moderno. Se abre la era de la historia continental predicha por Ratzel. Los países fuertes se vuelven cada vez más fuertes, y los débiles, más débiles cada día; las pequeñas naciones se ven repentinamente reducidas a la humilde condición de estados pigmeos y ya se les profetiza abiertamente un final oscuro, bajo la forma de ineludibles integraciones regionales; la ecuación de poder del mundo se simplifica a un reducido número de términos y en ella se perciben, desde ya, apenas raras constelaciones feudales de estados-barones rodeados de satélites y vasallos. Se propala el eterno monopolio de los actuales Grandes y tal osadía, como la *hybris* de los héroes griegos, despertará, finalmente, las cóleras de Némesis.

Y en un mundo en que día a día menguan las distancias, en que los continentes se vuelven islas o penínsulas, los mares se transforman en lagos y los océanos se confunden todos en un único mar universal, en que todas las barreras físicas, desde las aguas y las montañas hasta las florestas, los pantanos y los desiertos de arena o de hielo, van perdiendo su histórico significado de obstáculos intransponibles, la vida de relación de los Estados, por la creciente interdependencia que los vincula, se sobrepone a su vida propia, individual, vegetativa, como si la comprimiera y la asfixiara en formas cada vez más estrechas y menos elásticas.

La estructura íntima del Estado —estructura política, económica, social— se ve obligada, por lo tanto, a amoldarse a las exigencias y a las limitaciones impuestas por el sistema vigente de relaciones internacionales —el sistema denominado de los múltiples Estados soberanos— renacido para el mundo con la paz de Westfalia, y cuya principal consecuencia fue, sin duda, el principio pragmático del equilibrio o balanza de poderes, tan hábilmente manejado por los estadistas británicos, desde Guillermo Pitt a

Winston Churchill. Anarquía mundial y no propiamente un sistema, afirma Federico Schuman.

Si las tres, o más bien las dos superpotencias o verdaderos Estados imperiales que hoy dominan el panorama internacional, ya que la amplitud y diversidad de sus recursos les permite casi alcanzar la autosuficiencia económica tanto en la paz como en la guerra —única forma segura de libertad e independencia absolutas— han podido evitar, aunque nunca del todo, tales imposiciones externas, los demás Estados y sobre todo aquellos que aún no supieron o no pudieron valorar el potencial latente de su territorio y de su población, pobres países subdesarrollados en el eufemismo —no por eso menos despreciativo—, muy de moda actualmente, deben reconocer aquel hecho como base de toda su planificación, antes que construir en la arena movediza de un aislacionismo engañador y peligroso —por ser irreal— los planes, de antemano destinados al fracaso, de un futuro de prosperidad y grandeza.

b) Seguridad nacional y estrategia total para una guerra total

Por esa razón, el concepto de Seguridad Nacional, entendido —por supuesto— en su más amplia y activa acepción, ha penetrado en todo el dominio de la política estatal, condicionando, promoviendo o determinando toda y cualquier planificación, sea de orden económico, de naturaleza social o política, sin hablar de los planos propiamente militares, tanto de guerra como de paz.

No podría ser de otra forma desde que la guerra ha dejado de ser un simple hiato trágico en un mundo de tranquilidad y paz. Cuando en la época de la Revolución Francesa y de su grandioso epílogo napoleónico, volvía al escenario de Europa la *guerra de las naciones*, relegando a los polvorientos archivos el estilo rococó de las viejas guerras dinásticas, Jomini pudo ver en ella un drama violento de profundas pasiones desencadenadas; pero, sin embargo, ese drama tenía un comienzo bien definido y, felizmente, un término que nunca se podía prever como remoto.

Hoy el concepto de guerra se ha ampliado y no solamente —como lo afirmaba vehementemente Ludendorff en una célebre declaración— a todo el espacio territorial de los Estados beligerantes, absorbiendo en la tremenda vorágine de la lucha a la totalidad del esfuerzo económico, político, cultural y militar de que era capaz cada nación, integrando rígidamente todas las actividades en una resultante única cuyo objetivo era la victoria y nada más que la victoria, confundiendo soldados y civiles, hombres, mujeres y niños en los mismos sacrificios y en peligros idénticos y obligando a la abdicación de libertades seculares y derechos costosamente adquiridos, en manos del Estado, señor todopoderoso de la guerra; se amplió todavía más, y no apenas a toda la extensión del espacio mundial, interesando a la totalidad de los pueblos e invadiendo todos los continentes, todos los mares y todos los cielos, oscureciendo la figura jurídica de la neutralidad y equiparando a beligerantes y a no beligerantes en las mismas dificultades, en un desbordamiento máximo que desconoce cualquier limitación espacial; pero, sobre todo, se amplió también en la escala del tiempo, incorporando en sí misma la preguerra y la posguerra, como simples manifestaciones atenuadas de su dinamismo avasallante, formas larvarias de la guerra, pero en el fondo guerra.

De esa forma, de guerra estrictamente militar se pasó a la *guerra total*, tanto económica, financiera, política, psicológica y científica como guerra de ejércitos, flotas y escuadrillas aéreas; de guerra total a *guerra global*, y de guerra global a guerra indivisible y —¿por qué no reconocerlo?— permanente. La "guerra blanca" de Hitler o la "guerra fría" de Stalin sustituyeron a la paz y, en realidad, no se sabe ya distinguir dónde termina la paz y comienza la guerra —otra evidencia más, y ésta, bajo todos los ángulos funesta, de la confusión general de valores en que podrá zozobrar la civilización del mundo occidental—.

A esa guerra omnipresente, todos los instrumentos de acción, directa o a la distancia, le son de igual valor para lograr la victoria que se traduzca, al fin, en la efectiva obtención de los Objetivos Nacionales y en la completa satisfacción de las aspiraciones o de las ambiciones —justas o injustificables, poco importa— del alma popular, victoria mucho menos costosa si se puede llegar a ella sin el empleo decisivo pero cruento de la fuerza. Por eso le sirven tanto las armas exclusivamente políticas —negociaciones diplomáticas, presiones e intervenciones más o menos ostensivas (¿no es la abstención, a veces, una forma de intervención?), el juego de las alianzas y de las contraalianzas, los acuerdos y tratados en sus cláusulas públicas o secretas— como las armas económicas —sanciones, préstamos e inversiones de capital, presiones cambiarias, política tarifaria y discriminaciones comerciales, el embargo, el *boicot*, el *dumping*—. De la propaganda y de la contrapropaganda, de las ideologías tentadoras y de los *slogans* sugestivos para uso interno o externo, de la persuasión, del chantaje, de la amenaza e incluso del terror hace una de las armas más eficaces

de su variado arsenal. Y conserva las fuerzas militares como una carta poderosa que actualmente, factor catalítico indispensable, vale tanto en la mesa de las discusiones como en los campos de batalla.

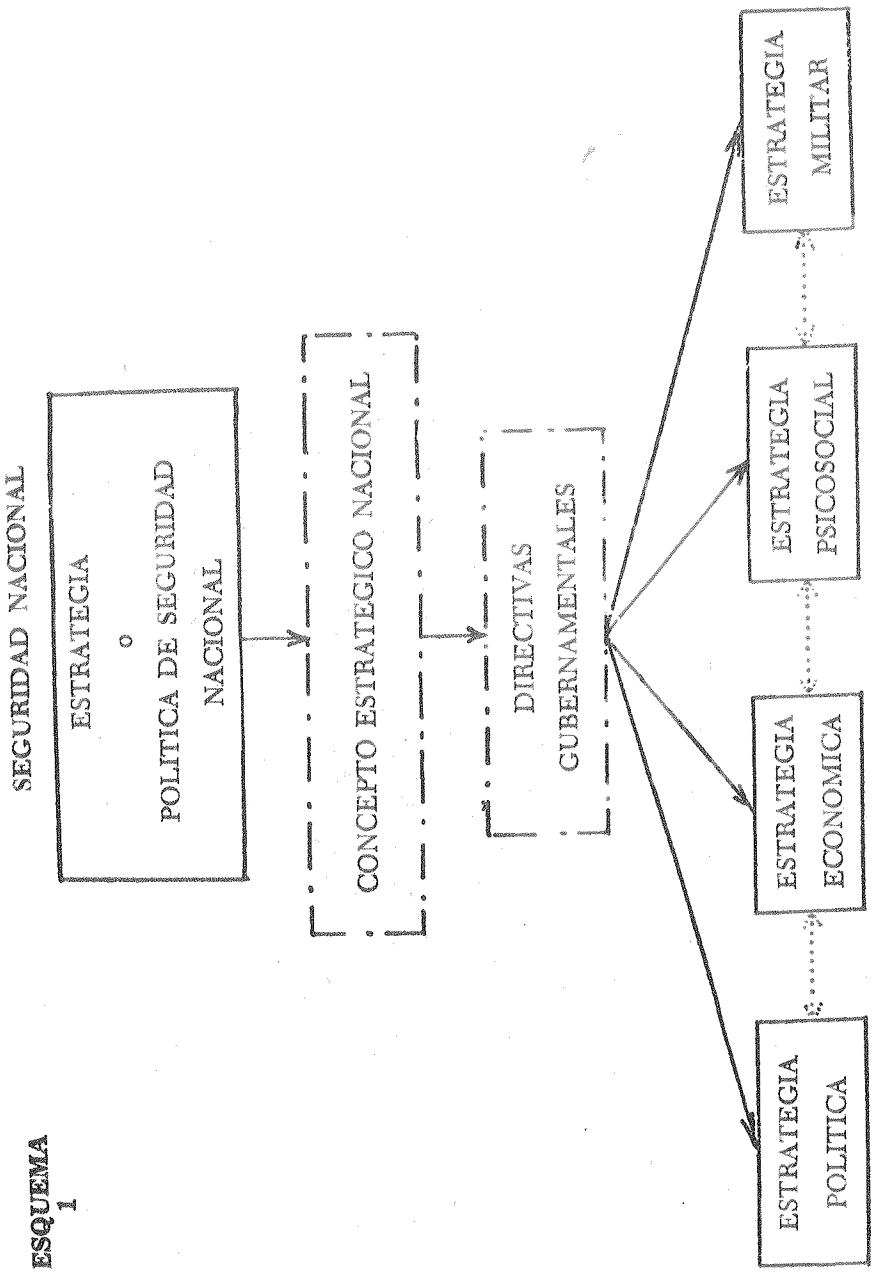
De esa manera, la Estrategia, arte anteriormente reservada al ingenio de los jefes militares en la conducción de sus campañas, llegada ya a la mayoría de edad —según lo dice Beukema— se lanzó, con todo su valioso equipaje de principios altamente experimentados desde Maratón y Salamina, además de Timbra, desde Alejandro y César, pasando por Epaminondas, desde Sun-Tzu y Vegetius y Guibert y Clausewitz, a planos mucho más elevados, caracterizándose finalmente en la aplicación como una verdadera *política de seguridad nacional*. Sin duda, Clemenceau ya lo había previsto cuando afirmó, en una célebre frase, que "la guerra es un asunto demasiado importante para que se lo pueda confiar enteramente a los generales".

Tenemos, así, en la cúpula de la Seguridad Nacional, una Estrategia, denominada por muchos Gran Estrategia, o Estrategia General, arte de competencia exclusiva del gobierno y que coordina, dentro de un Concepto Estratégico fundamental, todas las actividades políticas, económicas, psicosociales y militares que tienen como finalidad fundamental la obtención de los Objetivos, en los cuales se consustancian las aspiraciones nacionales de unidad, de seguridad y de creciente prosperidad. A esa Estrategia se subordinan, pues, tanto la Estrategia Militar como la Estrategia Económica, la Estrategia Psicosocial, la Estrategia Política y una Estrategia Psicosocial, las cuales se diferencian por sus campos particulares de aplicación y por los instrumentos de acción que les son propios, aunque nunca dejen de actuar solidariamente, sea en el tiempo o en el espacio. Pues en el fondo, como la propia guerra, la Estrategia es indivisible y total.

c) Geopolítica y estrategia

Ahora bien, para situar la Geopolítica en el amplio cuadro de esa Estrategia de Naciones, es decir, de hombres, de espacios y de recursos, importa antes que nada distinguir entre la Geopolítica-geografía de Whittlesey, de Jorge Renner, de Demangeon y, de un modo general —con la dudosa excepción de Jacques Ancel—, de toda la escuela francesa, fiel a la ciencia geográfica y a la tradición posibilista de Vidal de la Blache, de Vallaux y de Brunhes, y la Geopolítica-política de Kjellén, Mackinder, del propio Mahan, indiscutible precursor de las prácticas geopolíticas, de Nicholas

ESQUEMA 1



Spykman, el último gran cultor de los análisis geográficos del poder mundial y, sobre todo, de la escuela alemana de Haushofer, legítima heredera del determinismo ratzeliano.

Entre corrientes tan antagónicas no es apenas la diversidad de propósitos la que abre una nítida separación, es también, en sociología, una divergencia fundamental de fondo doctrinario, pero también, principalmente, una oposición entre dos irreconciliables filosofías de la vida.

La antigua lucha entre deterministas y posibilistas trasciende los límites restringidos de la geografía hacia el ámbito de la filosofía política. Más de una vez, la fuerza telúrica del medio físico es la manzana de la discordia, según se quiera ver en ella a la verdadera modeladora del hombre, de la sociedad y del Estado —el hombre como "producto de la superficie terrestre", en palabras de Miss Ellen Semple, y la "historia como la geografía en acción"—, o se la entienda, al contrario, apenas como un condicionamiento más o menos elástico que siempre posibilita, con mayor o menor amplitud, el derecho de libre elección —la naturaleza como "un reservorio donde duermen energías" que le cabe al hombre despertar, "exponiendo a la luz la individualidad de cada región y volviéndola, finalmente, como una medalla acuñada según la efigie de un pueblo"—, tal como lo afirmaba Vidal de la Blache. Incluso en la expresión moderna y hasta cierto punto conciliatoria que trató de dar a ese conflicto Griffith Taylor, en su determinismo de *stop-and-go* que fue considerado, en el fondo, como una especie de "posibilismo pragmático", se siente realmente, como lo hace notar Jean Gortmann, que en la médula lo que todavía subsiste es el eterno debate entre defensores del libre arbitrio y adeptos al determinismo, tal como en la época en que apenas Erasmo se supo aislar, gigantesco, en defensa de un humanismo tolerante y creador, por encima de los estrechos fanatismos que acabarían por ensangrentar a Europa occidental en luchas interminables.

No nos detendremos en apreciar bajo tal ángulo las dos geopolíticas que se confrontan —aspecto que nos llevaría a interminables distinciones—, ya que somos de los que entienden, como el eminente maestro Oliveira Viana, que actualmente no hay lugar para monocausalistas en ciencias sociales —verdad tantas veces afirmada como olvidada, tal vez por el anhelo de simplificar todo para comprender mejor, congénito al espíritu humano, y que siempre reaparece en nuevas concepciones monolíticas, y por lo tanto unilaterales y estrechas, de la evolución de las sociedades humanas: el fatalismo geográfico de Buckle y de Ratzel, la teoría de las pulsaciones climáticas de Huntington, el materialismo histórico

de Marx, Engels y Plekhanov, las teorías racistas de Gobineau, Chamberlain y Madison Grant, sin nombrar el cínico oportunismo de Lenin y de Stalin o de Rosemberg y de Hitler, la supervaloración poética del héroe carlyliano o la superestimación del potencial creador de las masas anónimas del nomadismo, del cual hizo Oppenheimer el fundamento de su original reinterpretación de la historia—.

Tal como fue entendida por Kjellén, Haushofer y sus prosélitos, la Geopolítica se caracteriza igualmente por su concepción del Estado, considerado éste, todavía con más rigor que en las propias lecciones de Ratzel, como si fuese un organismo supraindividual dotado de vida, de instintos y de conciencia privativa —el famoso sentido espacial o *Raumsinn* que sorprendentemente aparece, apenas enmascarado, en las doctrinas norteamericanas del *destino manifiesto*.

Si Ratzel no dejó, él mismo, de plantear reservas a esa concepción organicista del Estado, la cual no obstante está en la base de todas sus teorías y de sus famosas siete leyes de desarrollo y expansión del poder estatal:

> "El Estado humano es un organismo extremadamente imperfecto (...) La comparación del Estado con organismos altamente desarrollados es imperfecta, y muchas tentativas de apreciarlo científicamente como un organismo, han dado pocos frutos, debido principalmente a que tales analogías entre los agregados humanos y la estructura de los organismos biológicos son, en realidad, limitadas..."

Kjellén, por el contrario, vigorosamente afirma:

> "Los Estados son seres conscientes y racionales como el hombre (...) Intereses, prejuicios, instintos y, sobre todo, el instinto de conservación, las ganas de crecer, las ganas de vivir y el anhelo de poder determinan la vida de las naciones...";

para concluir:

> "Si el Estado es un organismo, necesita crecer (...) El poder (estatal) es un concepto fisiológico (...) La geopolítica es la teoría del Estado como organismo geográfico".

Ahora bien, tal analogía biológica, surgida espontáneamente bajo la influencia de los triunfos logrados por la teoría evolucio-

nista y a la cual ni el propio Spencer pudo escapar, sería llevada a sus últimas consecuencias al adherir a ella el metafísico espíritu germánico, alimentado desde hacía mucho por el *organicismo* de Herder, por el *idealismo* de Hegel, por el *estatismo* de Fitche y por el *nacionalismo económico* de List. ¿No estará en este endiosamiento del Estado, a expensas de la subyugación del individuo, toda la tragedia del pueblo alemán?

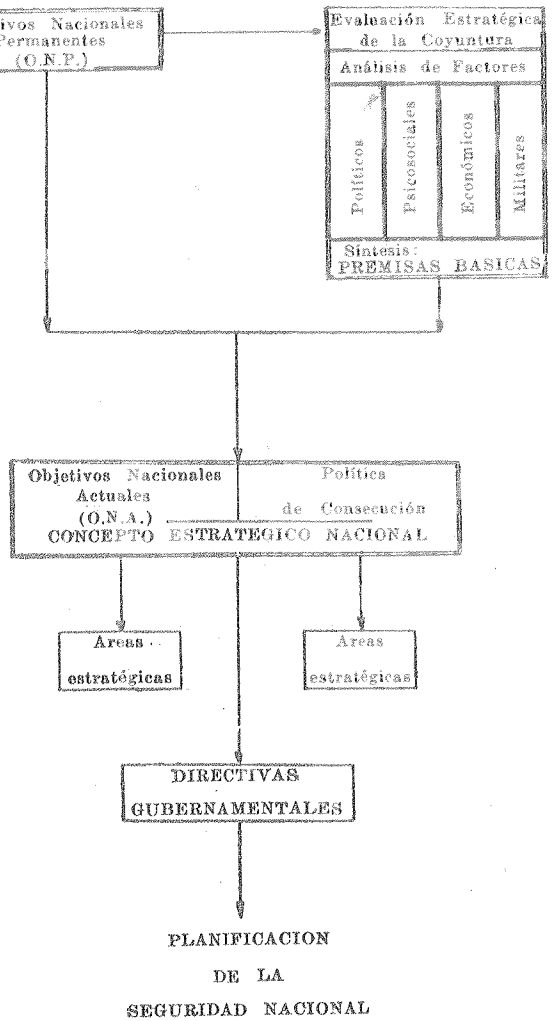
Por lo tanto, si bien le sobran razones a los oponentes de la *Geopolitik* al acusarla de un determinismo estrecho y al criticarle el grosero concepto organicista responsable por muchas de sus distorsiones, no parecen, sin embargo, ser justos al acusarla de haberse dejado llevar por un extremo nacionalismo, sacrificando la serenidad y el rigor de la ciencia en el altar de las aspiraciones imperialistas del *Reich alemán*. Lo que sucede es que la Geopolítica de Kjellén, así como la de Haushofer, siempre se propuso ser consejera de la política, esencialmente un arte, una doctrina, una teoría y nunca una ciencia. Para el primero, ella era apenas una de las grandes cinco ramas en que se dividía la política, y, aunque en las múltiples definiciones de la escuela alemana se hable tanto de arte como de doctrina e incluso de ciencia, la Geopolítica es siempre considerada como "base de la acción política" y el propio Haushofer trató de subrayar su carácter dinámico.

La definición, proclamada por el órgano oficial del Instituto de Munich y firmado por los cuatro grandes de la Geopolítica alemana, es a ese respecto bastante expresiva:

> "La Geopolítica es la ciencia de las relaciones de la tierra con los procesos políticos. Se basa en los amplios fundamentos de la geografía, especialmente en los de la geografía política, que es la ciencia del organismo político en el espacio y, al mismo tiempo, de su estructura. Además la Geopolítica proporciona las armas para la acción política y directrices para la vida política en su conjunto. Así, la Geopolítica se convierte en un arte, el arte de guiar la política práctica. La geopolítica es la conciencia geográfica del Estado".

La concepción de la supremacía del poder marítimo que hizo la gloria de Mahan, el norteamericano que vino a explicar a los ingleses los verdaderos fundamentos de la grandeza de su patria, y la doctrina de la "rebelión de los espacios continentales" que Mackinder sintetizó magistralmente en su conocido aforismo sobre la *Isla del Mundo* y el *Heartland*, se basan ambas en una valora-

ESQUEMA 2



ción de la coyuntura mundial, en una apreciación del sentido de su evolución, conteniendo en sí misma hipótesis bien definidas sobre el futuro equilibrio de fuerzas en el campo político internacional, lo que, en la terminología adoptada actualmente, constituye en realidad una Premisa Básica estratégica. ¿Qué es eso sino una perspectiva política del mundo, una *Weltanschauung*? (esquema 2; ver también Apéndice I).

Poco importa que ambos, partiendo de un exhaustivo análisis geográfico e histórico —podríamos decir *geohistórico* como Vicens Vives, siguiendo a Blandel— de la eterna oposición entre el poder marítimo de las llamadas talasocracias y el poder terrestre del cual las hordas de Gengis Khan fueron los más famosos prototipos, hubiesen llegado a conclusiones totalmente opuestas, el primero sobrestimando el dominio de los mares y el segundo denunciando el peligro de la supremacía de un poder continental firmemente anclado alrededor del "eje del mundo". Lo que eso apenas demuestra es que ahí se trataba realmente de simples hipótesis, de meros *juicios de valor*, como tales sujetos a rechazos, a la desaprobación o por lo menos a un frecuente reajuste en el transcurso del tiempo. Simples racionalizaciones —consideran algunos— de una profunda admiración por el pasado de glorias del Imperio Británico, en el caso de Mahan, y de un temor latente alimentado por el viejo y siempre nuevo antagonismo entre Rusia e Inglaterra, en el caso de Mackinder.

Sea como sea, ¿no hemos visto recientemente, con Douhet, Mitchell y Seversky, esbozarse otra teoría de la absoluta supremacía del poder aéreo? ¿No ha sido ya propuesto el nombre de *Aeropolítica*?

Ahora bien, tanto Mahan al propugnar la creación del poder naval norteamericano, como Mackinder al alentar a sus compatriotas en lo referente a las tremendas amenazas que se cernían sobre Gran Bretaña en las estepas de Rusia, fueron inspirados por el ideal de la grandeza de sus respectivas patrias. Y si el primero obtuvo un mayor éxito, motivando la política evidentemente imperialista de Theodore Roosevelt, esto se debe, sin duda, a que proponía para su país objetivos claramente positivos de afirmación de poder, mientras que la tesis de Mackinder se mostraba incapaz de galvanizar el cansado anhelo de su pueblo con el objetivo claramente negativo de la conservación de una hegemonía que periclitaba, y no solamente por causas externas.

No obstante, de cualquier forma, al evaluar la coyuntura internacional a la luz de objetivos nítidamente nacionales y estableciendo una premisa de base sobre la evolución de los acontecimientos, los dos grandes maestros de la Geopolítica práctica —uno, marinero y el otro, geógrafo y estadista— en realidad hicieron Estrategia, no apenas estrategia militar o naval sino Estrategia en su más elevada acepción. Y por esa razón, encontramos en las obras de ambos, no sólo formulados sino debatidos y defendidos con todo el calor del proselitismo, los verdaderos Conceptos Estratégicos que sugerían a los respectivos gobiernos.

Mahan

Objetivo Actual (es decir, del momento): afirmar la hegemonía norteamericana en el continente occidental y en el Extremo Oriente, teniendo como futuro objetivo suceder a Inglaterra en el liderazgo del mundo.

Política de consecución correspondiente: la creación de una línea corta de unión entre los dos océanos, a través de un canal bien protegido por un cinturón de bases; asegurarse la dominación del Atlántico y del Pacífico, manteniendo una alianza tácita con Inglaterra y oponiéndose a cualquier pretensión expansionista de Japón.

Mackinder

Objetivo Actual: conservar la supremacía británica, impidiendo la emergencia, en el continente, de un poder capaz de controlar el "Corazón del Mundo". Política de consecución correspondiente: impedir cualquier alianza entre Alemania y Rusia, estableciendo entre las dos un cinturón de estados-tapones, el célebre "cordón sanitario".

En lo concerniente a los geopolíticos alemanes, bajo el liderazgo de ese geógrafo *amateur* que fue Haushofer, éstos no hicieron más que aprovechar la sugestiva concepción de Mackinder para la definición de una estrategia germánica que correspondiera a las incontenibles aspiraciones nacionales de expansión, exacerbadas hasta el paroxismo por los resentimientos tan vivos y dolorosos del 18, por el desequilibrio consecuente de la gran depresión económica de los años 30, por un complejo de expoliación —casi diría castración— ante el reparto del mundo colonial y no menos por un sentimiento ambivalente de admiración y odio a Inglaterra, indiscutible soberana de los mares. Tales aspiraciones no fueron creadas por la Geopolítica, venían de un pasado remoto, desde los viejos maestros de la filosofía idealista alemana, desde el Testamento de Federico el Grande.

> "El primer principio del arte del gobierno es mantener el poder existente y, de acuerdo con las circunstancias, aumentarlo y extenderlo cada vez más."

Desde las tesis de Nietzsche, llenas de vigoroso *ethos* nacionalista, respecto del superhombre y la guerra.

"Ama la paz como un medio de preparar nuevas guerras y ama todavía más la paz corta que la paz duradera."

Desde Von Bernhardi, Treitschke y la supervaloración ilimitada de la violencia y de la lucha, desde el sueño de la reconstitución del antiguo Imperio Romano en el III Reich de Van den Bruck, los poemas ultranacionalistas de Wagner, el *Volk ohne Raum* –pueblo sin espacio– de Hans Grimm y el antiguo *Blut und Boden* –sangre y tierra o raza y territorio– hasta el apocalíptico mensaje de Spengler. Había sonado para Alemania la tremenda hora de asumir el papel de "gran perturbador" del orden internacional constituido, si admitimos la terminología propuesta por Castex.

Por mayores que hayan sido sus errores –y el Reverendo Walsh, su mayor enemigo, ve en ella más de un cincuenta por ciento de verdad–, la *Geopolitik* fue fiel al espíritu germánico y a las aspiraciones más profundas del alma alemana. Hagámosle esa justicia.

De Spykman, el ilustre maestro de la Geopolítica entre los norteamericanos, recordemos apenas que, a pesar de haberse propuesto siempre una "estrategia de la paz", no por eso sintió ni la menor necesidad de acompañar a Griffith Taylor en su pueril proposición de una *Geopacifics* universal. Y a él debemos una definición, a nuestro entender bastante clara, de la Geopolítica como "la planificación de la política de seguridad de un Estado, en términos de sus valores geográficos". Nuestro Backheuser no estaba, pues, menos acertado, cuando dijo que la Geopolítica era "la política hecha como resultado de las condiciones geográficas".

Al pretender tratar aspectos fundamentales de la geopolítica brasileña, se nos imponía hacer estas consideraciones preliminares, lamentablemente más largas de lo que hubiéramos deseado, para aclarar debidamente cómo y por qué, eligiendo entre el largo y variado haz de opiniones divergentes, a veces antagónicas y no siempre coherentes consigo mismas, entendemos que la Geopolítica es sobre todo un arte –arte subordinado a la Política y, en particular, a la Estrategia o Política de Seguridad Nacional, tratando de orientarlas a la luz de la geografía de los espacios políticamente organizados por el hombre–. Sus fundamentos radican, pues, en la Geografía Política, pero sus propósitos se proyectan dinámicamente hacia el futuro.

De cualquier manera, por más amplia que sea su perspectiva, abarcando toda la realidad política, económica e incluso cultural en que se sitúa el Estado, superando, como es normal y quizás inevitable –¿quién podrá considerarlo pernicioso?–, la historia, la psicología, la sociología y aun la estrategia específicamente militar, la Geopolítica adopta siempre el punto de vista único y privativo –el del espacio físico–, pues éste debe ser el elemento no exclusivo pero sí dominante del paisaje que ella trata de interpretar, con la finalidad práctica de discernir ahí el margen de posibilidades que serán aprovechadas en la construcción de la mayor grandeza, del creciente progreso y de la seguridad interna y externa del Estado, beneficiándose de las ventajas positivas que ofrezca la tierra y neutralizando, en la medida de lo posible, los aspectos negativos que ella presente en su imparcialidad inconmovible.

Strausz-Hupé la definió como "un proyecto de estrategia política de carácter global". Sin embargo, lo que nunca podrá pretender la Geopolítica o la Geoestrategia, con sus proposiciones de política espacial, será sustituir a la Estrategia, la cual, al valerse de sus sugerencias y alertas, las combina con las que, no menos valiosas y oportunas, provienen de otras apreciaciones o estimaciones de la coyuntura hechas de puntos de vista distintos –el económico y el militar, sobre todo– para, teniendo en consideración las reacciones de unas sobre otras, consustanciarlas a todas en un grado superior de integración, en una política única de Seguridad Nacional, expresada a través de un Concepto Estratégico fundamental y de las consecuentes directrices.

Pero la contribución de la Geopolítica sólo será valedera si, como la Estrategia, se ubica en Objetivos Permanentes, que traduzcan las aspiraciones y los anhelos de la conciencia nacional. Tal es el fundamento de la verdadera Geopolítica que si bien admite, como todo arte, principios generales y se cristaliza alrededor de una doctrina válida, hasta cierto punto, para cualquier meridiano y paralelo, nunca dejará de ser, ante todo, una Geopolítica nacional.

2. Las categorías geopolíticas fundamentales y la realidad brasileña

a) El análisis geopolítico

Tres han sido los esquemas propuestos para el análisis geopolítico de un Estado: el de la escuela denominada del *paisaje político*, el de la *ecología política* de Renner y White y el de la

corriente *organicista* que, partiendo de Kjellén, culminó en la actividad multiforme de la Geopolítica alemana (esquema 3).

Todos los aspectos ahí considerados, con mayor o menor énfasis y con un criterio variable según el caso, pueden ser englobados en las dos categorías fundamentales que —a la par de la metafísica "conciencia espacial"— Ratzel distinguió con tanta sabiduría y analizó, con no menos fecundidad, en su Geografía Política: *el espacio y la posición —der Raum* y *die Lage—*.

El espacio estatal *—territorio—* no debe, evidentemente, reducirse al simple y desnudo espacio físico, aunque constantemente sean revaluadas, ante el nivel logrado por la técnica y por la civilización contemporáneas, las barreras y vías de penetración naturales, las articulaciones y diferenciaciones del relieve, las atracciones y rechazos de sustrato fisiográfico, y por más que se reconozca toda la importancia de su mayor permanencia que confiere a la influencia ejercida por aquel espacio bruto un carácter totalmente especial —componente nítidamente estabilizador en medio de la fluidez de las relaciones internacionales—.

El espacio que interesa a la Geopolítica es el *espacio político* en toda su plenitud, caracterizado por una *extensión*, una *forma* y una *contextura* bien definidas, que posee un *valor* que puede ser estimado, aunque no se lo pueda medir, que abarca una base física más o menos compartimentada en *regiones y subregiones naturales* distintas, que engloba tanto las zonas ya vivificadas por la ocupación efectiva de aglomeraciones humanas —el *ecumeno*— como *zonas muertas* o *pasivas*, a la espera de una valoración real, que comprende un *núcleo central*, denso de población, bien integrado por una compleja red de comunicaciones y caracterizado por un alto índice de producción, *núcleos secundarios* y *marginales* y el simple *dominio* más o menos permeado que a todos circunda; los *límites del territorio*, las *fronteras políticas* —zonas de transición y frente de contacto—, y principalmente las *fronteras de civilización*, en el sentido de Bowman —"ventanas abiertas a los emprendedores sobre un mundo todavía desaprovechado" (Siegfried)—; *zonas vitales* cuya pérdida se traducirá en la anulación del poder de recuperación del Estado, *áreas críticas* de producción y de circulación, *zonas-problema* a la espera de soluciones. También es el *espacio económico* con todas sus diferenciaciones regionales y, no menos, las *regiones culturales*, las *regiones étnicas*, las *regiones lingüísticas*, siempre que sea el caso.

En cuanto a la posición, no se limita la Geopolítica, seguramente, a la simple posición matemática, definida por las coordenadas geográficas y tan llena de consecuencias desde el punto de

vista climático, de la habitabilidad y de los recursos naturales, sino que considera sobre todo la situación en el ámbito mundial, en el espacio regional y en la conexión interregional; aprecia la *accesibilidad* a las corrientes internacionales del tránsito oceánico y aéreo, así como el *grado de dependencia* respecto del comercio exterior; analiza la proximidad o alejamiento respecto de los grandes *centros dinámicos de poder* que dominan la coyuntura nacional, discerniendo la dirección e intensidad de *presiones externas* que ya se manifiestan o podrán manifestarse; evalúa la mayor o menor *continentalidad* del espacio considerado, según se presente más o menos permeable a las influencias marítimas; distingue *zonas de fricción*, existentes o potenciales, con los espacios políticos circunvecinos, estimando la intensidad y sentido de las acciones o reacciones que allí pueden desencadenarse; considera el dinamismo de la *ósmosis fronteriza* y delimita *caminos naturales de penetración*; y todavía, en algunas ocasiones, delimita tanto *plataformas de expansión* dentro del territorio como *zonas de influencia* en el espacio exterior continental o marítimo.

Dentro de cierto relativismo, ya que el propio hecho local sólo puede ser bien evaluado en vista de su condicionamiento externo, parece justo admitir que el análisis del espacio se refiere principalmente a la definición de una Geopolítica aplicada al campo interno y teniendo como objetivo la integración total y la valoración cada vez mayor del territorio nacional, mientras que la estimación de la posición interesa, sobre todo, a la Geopolítica orientada hacia el exterior, en un sentido positivo de ataque o negativo de defensa, y que se caracterice, tanto en uno como en otro caso, por la proyección del espacio nacional sobre los espacios circunvecinos. Y ésta es la razón por la que la Geopolítica, si no fomenta los imperialismos, les abre el camino a sueños de conquista, dominio y expansión territorial.

Ahora bien, tanto en la posición como en el espacio, influye decisivamente, como es fácil concluir, un factor capital: la *circulación*, pues ésta vincula los espacios políticos internos o externos, conquista, despierta y vitaliza el territorio, canaliza las presiones, orienta las reacciones defensivas y da un significado concreto a la extensión, a la forma, a la situación.

Por eso se puede afirmar, aunque en un sentido distinto del adoptado por Edmundo Demolins en su fascinante ensayo, que el camino crea el tipo social —no simplemente el camino natural sino el camino obra del propio hombre—. Lo que sucede es que, en el fondo, el hombre —o cada hombre, como pensaba Protágoras— es "la medida de todas las cosas".

ESQUEMA 3 — EL ANALISIS GEOPOLITICO

(ESQUEMA DE JORGE T. RENNER, MODIFICADO SEGUN SAUER, WHITTLESEY, DIX Y MAULL)

ESCUELA DEL PAISAJE POLITICO (WHITTLESEY-HARTSHORNE ESCUELA FRANCESA)

OBJETO - OBSERVACION, INVENTARIO Y ANALISIS DE TODOS LOS ELEMENTOS POLITICOS DEL PAISAJE CULTURAL Y DE SU INTEGRACION EN CONFIGURACIONES ESPACIALES

1. **El área** (territorio)
   - a. Posición, extensión, forma
   - b. Paisaje natural: macro y micropaisajes (relieve y drenaje; clima; vegetación; recursos naturales)
   - c. Ecumeno, núcleo central y núcleos secundarios
   - d. Subdivisiones políticas
     - (1) Locales
     - (2) Subprovinciales
     - (3) Provinciales
   - e. Capitales y subcapitales
     - (1) Centrales (respecto de fronteras ofensivas o defensivas; de fronteras en regresión)

2. **La configuración interna**
   - a. Diferenciación espacial (asociaciones locales en el paisaje cultural)
     - (1) Raza y etnias
     - (2) Lengua
     - (3) Religión
     - (4) Economía - géneros de vida grupos ocupacionales
     - (5) Política partidaria
     - (6) Otras
   - b. Equipo institucional
     - (1) Sufragio
     - (2) Representación parlamentaria
     - (3) Otros
   - c. Equipo de circulación

3. **Elementos terminales**
   - a. Zonas periféricas (agregadas al ecumeno o residuos de territorio anterior)
     - (1) Relaciones naturales con el ecumeno
     - (2) Subordinación de las estructuras culturales periféricas
     - (3) Carácter unitario o federativo de las zonas agregadas
   - b. Zonas-problema y zonas de roce
     - (1) Causas de las tensiones o roces (naturales y culturales)
     - (2) Relaciones con el ecumeno y con espacios políticos de la vecindad inmediata
   - c. Zonas de frontera
     - (1) Densidad de ocupación
     - (2) Grado de interpenetración, en los diversos segmentos
     - (3) Sectores y puntos estratégicos
     - (4) Sectores desmilitarizados
     - (5) Posiciones defensivas
     - (6) Barreras aduaneras
   - d. Límites del territorio
     - (1) naturaleza: accidentes naturales, límites demarcados artificialmente o mixtos
     - (2) Demarcación anterior o posterior a la ocupación
     - (3) Irregularidades
       - (a) Protuberancias
       - (b) Fallas
     - (4) Quistes fronterizos (incluso corredores)
       - (a) Internos
       - (b) Externos
     - (5) Areas litigiosas

4. **La configuración externa**
   - a. Zonas aliadas o dependientes (colonias y otras)
     - (1) Contiguas o separadas
     - (2) Naturaleza y grado de separación (tierra o agua)
     - (3) Estructura cultural
     - (4) Grado de subordinación
   - b. Agrupamientos internacionales

ESCUELA DE LA ECOLOGIA POLITICA (WHITE-RENNER-VAN VALKENBURG)

OBJETO - ESTUDIO DE LOS AJUSTES POLITICO-GEOGRAFICOS DE LOS GRUPOS SOCIALES AL MEDIO NATURAL, CON INTERPRETACION GEOGRAFICA DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES

1. **El grupo humano y el área en que vive**
   - a. Origen y crecimiento (estadísticas vitales)
   - b. Rasgos étnicos actuales
   - c. Dieta, salud y patrón de vida
   - d. Educación y progreso tecnológico
   - e. Moral
   - f. El área ocupada
     - (1) Posición
     - (2) Espacio
     - (3) Recursos
     - (4) **Crecimiento espacial**
       - (a) Líneas de expansión
       - (b) Etapas históricas de expansión

2. **Estructura del grupo**
   - a. Formas de utilización de los recursos
     - (1) Economía de subsistencia
     - (2) Economía agraria, industrial o balanceada
     - (3) Grado de industrialización - Recursos correlatos
     - (4) Explotación destructiva o práctica de conservación de los recursos
     - (5) Saldos de la producción y déficit
     - (6) Comercio
   - b. Actitudes sociales - iconografía
   - c. Tensiones internas
     - (1) Minorías
     - (2) Otras diferenciaciones
   - d. Control social
   - e. **Migraciones internas**

3. **Ajustes tendientes al control del área**
   - a. Gobierno nacional
     - (1) Monarquía
     - (2) República unitaria o federativa
     - (3) Confederación
   - b. Gobierno provincial
     - (1) Estado tribal
     - (2) Estado feudal
     - (3) Provincias, cantones, departamentos, etc.
     - (4) Soviets
   - c. Gobierno local
     - (1) Villa tribal
     - (2) Unidad feudal
     - (3) Ciudad-Estado
     - (4) Otros (Municipalidad, Comuna, Condado, Distrito, etc.)

4. **Ajuste tendiente a la definición de límites**
   - a. Relaciones con factores del medio geográfico
   - b. Zonas en litigio

5. **Ajustes respecto del exterior**
   - a. Internacionales
     - (1) Comunidad de naciones
     - (2) Alianzas
     - (3) Sociedad de Naciones (Liga, O.N.U.)
   - b. Extranacionales
     - (1) Colonias
     - (2) Mandatos, tutelas y protectorados
     - (3) Extraterritorialidad
     - (4) Estados-tapones y zonas neutralizadas
   - c. Proyectados
     - (1) Planes de paz
     - (2) Programa de comercio
     - (3) Estrategia militar
     - (4) Otros

(Concluye en la página siguiente)

ESCUELA ORGANICISTA (KJELLEN-HAUSHOFER-GEOPOLITIK)

OBJETO - ESTUDIO DEL ORGANISMO POLITICO Y DE SU ESTRUCTURA, TENDIENTE A LA FORMULACION DE UNA POLITICA ESPACIAL

1. **Propiedades físicas del área**
   - a. Posición (die Lage)
     - (1) Respecto de la disposición general de tierras y de mares
     - (2) Regional
     - (3) Accesibilidad
     - (4) Valor estratégico
   - b. Extensión
     - (1) Profundidad
     - (2) Valor defensivo
   - c. Forma
     - (1) Ventajas
     - (2) Vulnerabilidades
   - d. Geomorfología
     - (1) Relieve
     - (2) Aguas
     - (3) Litoral
     - (4) Relación tierra-agua
     - (5) Penetrabilidad
   - e. Clima
   - f. Recursos naturales
     - (1) Inventario
       - (a) Suelo: especies, calidad
       - (b) Materias primas: minerales, combustibles, etc.
         - — grado de autosuficiencia
         - — clasificación (materias primas críticas y estratégicas)
       - (c) Agua
       - (d) Alimentos
       - (e) Otras
     - (2) Saldos y déficit
     - (3) Clasificación del Estado por su categoría económica

2. **El pueblo**
   - a. Razas y etnias
   - b. Población
     - (1) Volumen
     - (2) Composición (homogeneidades y heterogeneidades)
     - (3) Distribución y densidades regionales (grado de saturación; presiones sobre los recursos)
   - c. Cultura
     - (1) Elementos básicos
     - (2) Aptitudes, educación, preparación tecnológica
     - (3) Organización institucional
   - d. Economía
     - (1) Industria: grado de industrialización
     - (2) Circulación
     - (3) Comercio
     - (4) Producción y productividad
     - (5) Patrones de vida
     - (6) Necesidades
   - e. Gobierno
     - (1) Estructura
     - (2) Actitudes cívicas del pueblo
     - (3) Comportamiento político

3. **Anatomía del área política** (análisis morfopolítico)
   - a. Capital
   - b. El núcleo central (centro de gravedad)
   - c. El dominio
     - (1) Regiones
     - (2) Corredores de circulación
   - d. Límites
   - e. Zonas paragolpe
     - (1) Estados-tapones
     - (2) Esferas de influencia
   - f. Expansiones marginales: colonias y dependencias
   - g. El dominio ampliado (der Raum)
     - (1) Provincias de poder (esfera de poder)
     - (2) Plataformas de expansión (cabezas de puente)
     - (3) Direcciones bloqueadas y líneas de menor resistencia
     - (4) Panregiones

ESQUEMA 3 (Conclusión)
EL ANALISIS GEOPOLITICO

ESCUELA ORGANICISTA
(KJELLEN-HAUSHOFER-
GEOPOLITIK)

4. El organismo integrado pueblo-área
   a. Crecimiento histórico
      (1) Etapas de crecimiento
      (2) Zonas (avenidas) de expansión
   b. Tendencias vitales de la población
      (1) En número (expansión demográfica)
      (2) En calidad (educación y salud)
   c. El plano nacional
      (1) Reducción de la población tendiente a la elevación del patrón de vida
      (2) Control de la natalidad tendiente al mantenimiento del patrón de vida
      (3) Estímulo al crecimiento demográfico, que será atendido por
         (a) Mejoría de la organización económica (industrialización - comercio - división en zonas - planificación)
         (b) Colonización en ultramar - emigración
         (c) Desbordamiento allende las fronteras (penetración pacífica)
         (d) Conquistas
      (4) Distorsiones o tensiones internas respecto del plano político
      (5) Programas Autárquicos
   d. Estrategia nacional
      (1) Programa de comercio respecto del dominio ampliado
      (2) Estrategia militar
         (a) Defensiva
            —áreas críticas o vitales
            de producción
            de circulación
            de materias primas
         (b) Ofensiva - direcciones
      (3) Política diplomática
         (a) Unilateral
         (b) Colectiva

5. Manómetros geopolíticos
   a. Mudanza de la capital
   b. Penetración espacial (progreso realizado)
   c. Campos de tensiones y líneas de roces (zonas de antagonismos)
   d. Grado de urbanización - migraciones internas.

b) El espacio brasileño

Ahí tenemos ese amplísimo territorio brasileño heredado de nuestros abuelos, un triángulo físicamente compacto de tierras con el vértice hacia el sur, asentado sobre una amplia meseta que decae insensiblemente al noroeste hacia una no menos inmensa llanura donde los ríos importan más que la tierra, que se inclina al oeste, en un gran hemiciclo, sobre una región anfibia que a veces es agua y a veces tierra, y más al sudoeste se prolonga sobre caudales inquietos que menos separan que unen a regiones indiferenciadas de la circunvecindad política.

La gran meseta central, por su permeabilidad, su relieve peniplanado, su vestimenta florística y su clima estable, da unidad al conjunto —como lo notó Saint-Hilaire—, pues los ríos que allí penetran desde todos los cuadrantes, llegando casi a establecer la continuidad entre las tres principales cuencas, no logran de ninguna manera disociarla, más bien se someten y se prestan a su poderosa acción unificadora que sólo deja de hacerse sentir en la periferia del territorio donde las fuerzas de atracción del Amazonas y del Plata, ambas atenuadas en parte por los cambios de perfil, después de luchar por la supremacía en la inestable región de Cuiabá-Cáceres-Mato Grosso, decididamente se afirman cada vez más hacia el norte y el sur. Solamente la Hilea escapa al papel vinculador de la meseta, resistiéndole la acción cohesiva y aglutinadora, no apenas por la dirección excéntrica de la reguera amazónica sino sobre todo por la discontinuidad que disocia los afluentes orientales del margen sur del gran río, y por la floresta tropical pujante que siempre se opone a las comunicaciones a lo largo de los divisores rebajados y mal definidos.

Los densos palmares del nordeste occidental no logran constituir una barrera que cierre el paso del valle del río Parnaíba hacia el del São Francisco, dada la orientación favorable de los ríos francamente navegables; ni la floresta del Paraná-Uruguay o los pinares del oeste paranaense pueden oponerse a la penetración colonizadora.

Del otro lado del océano, en el punto mejor articulado de la costa, el borde de la meseta, la "gran escarpa" —según Preston James— a veces inclinada más a la retaguardia por una segunda muralla y aunque ya desposeída en gran parte de su mejor aliada, la floresta tropical litoraleña que el hacha y el fuego fueron reduciendo gradualmente a manchas residuales, todavía se opone tenazmente a las entradas hacia el interior, excepto a través de raras aperturas naturales como la del río Doce y la del Paraíba y en el extremo sur donde, zambulléndose en las aguas, se deja abrir, en la base meridional de la meseta, un verdadero mar interior que del este hacia el oeste prolonga todavía una inestimable transversal acuática.

Más hacia el norte desaparece la barrera litoraleña, que da lugar a los altiplanos y llanuras en que se dilata, rebajándose, la gran meseta; escudo a la vista, la costa rectilínea, en gran parte con barreras, dunas, arrecifes y lagunas playeras, no ofrece numerosos obstáculos y la gran vía natural de penetración que es el

río São Francisco se presenta bloqueada por la mole de Paulo Afonso cuando apenas penetra en el *sertão* [2]. Sin embargo, la permeabilidad del terreno a la circulación "por las hipotenusas" o por las cuerdas de los grandes arcos convexos logra compensar hasta cierto punto la falta de una red fluvial perenne que articule internacionalmente el cuadrilátero nordestino cuya soldadura al centro-sur brasileño se procesa naturalmente por el mediano y alto São Francisco en su histórico papel de "río de la unidad nacional" —"el gran camino de la civilización brasileña", en el concepto de João Ribeiro—.

Después del golfo de São Luis, están los estuarios y los canales marginales, la costa baja y pantanosa bajo los efectos de una reciente transgresión marina.

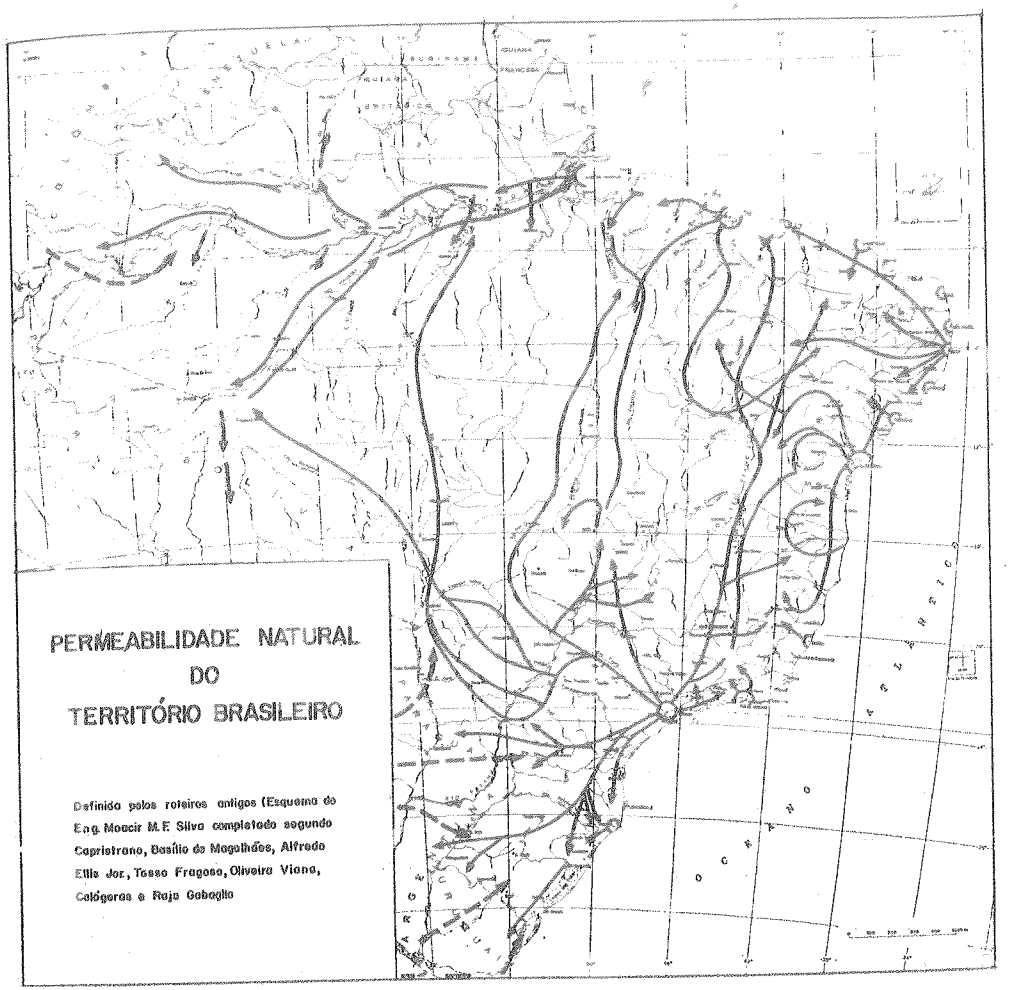
Sobre tal base física, que por su extensión abarca varias regiones naturales característicamente diversificadas y ofrece amplias posibilidades de vida y actividades económicas complementarias, con un clima que, en realidad, no es tan desfavorable como se ha pregonado por ignorancia o por prejuicios, e incluso por despecho, como lo hizo Alberdi; nuestros antepasados —el *bandeirante* [3] paulista, el criador de ganado y el misionero católico— delimitaron el territorio nacional por su esfuerzo incansable al penetrar en el *sertão* y en los montes, extendiéndose desde unos pocos núcleos de irradiación —São Vicente, Bahia, Pernambuco, Maranhão y, posteriormente, Rio de Janeiro— según rumbos que traducen, de la forma más evidente, los caminos naturales —ríos ligados por el eslabón de los varaderos, o si no las legendarias sendas de los indios—, que el paisaje ofrecía y todavía hoy ofrece para la conquista del *hinterland*. Por eso mismo, nada mejor que un esquema de estas antiguas rutas de *entrada*, *bandeiras* [4] y otras exploraciones de la tierra pueden ilustrar el grado y el sentido de la permeabilidad natural del territorio brasileño, datos fundamentales en la consideración geopolítica del valor de esa base física (esquema 4).

2 Zona del interior de Brasil, deshabitada o de muy baja densidad demográfica, todavía no incorporada al proceso económico. (N. del T.)

3 Integrante de una *bandeira*. Por haber sido los *bandeirantes* en su gran mayoría naturales de la capitanía de São Vicente —posteriormente São Paulo— se denomina así a los moradores del actual estado del centro-sur brasileño. (N. del T.)

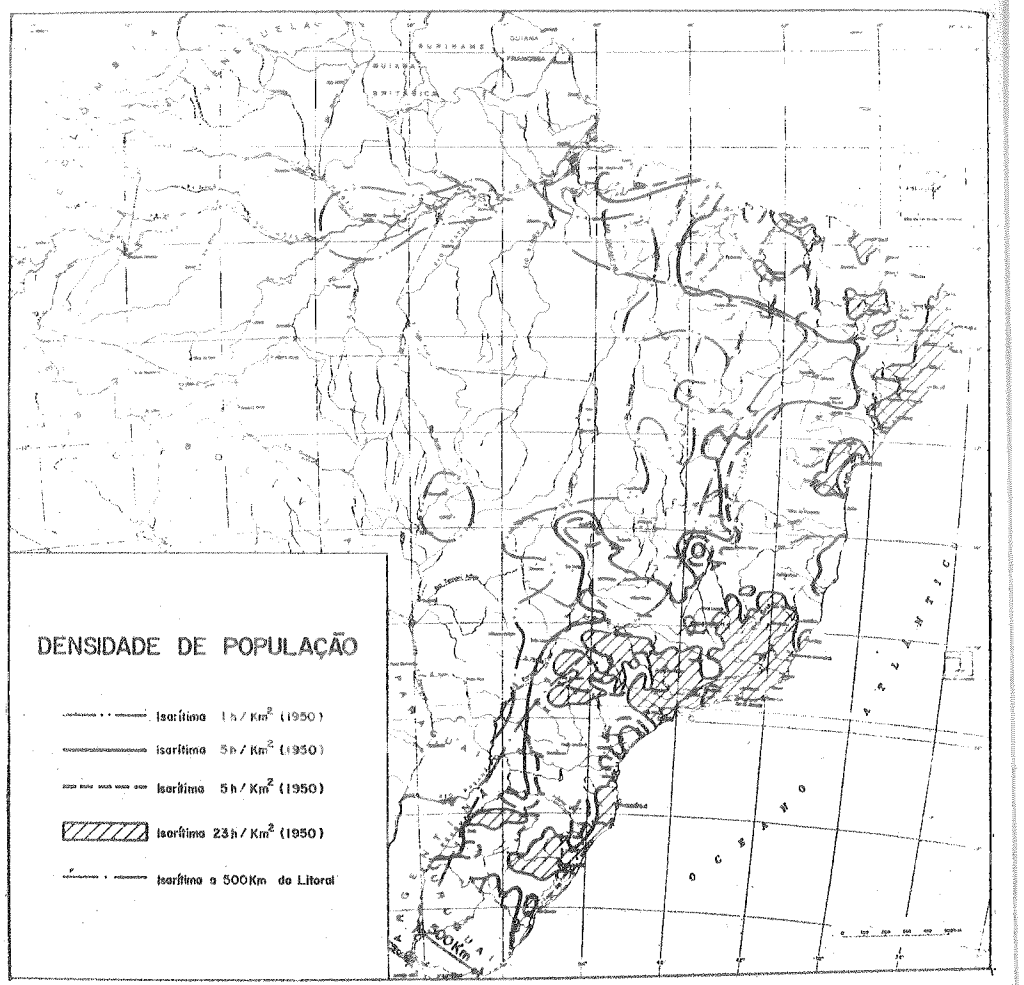
4 Organizaciones armadas que partiendo generalmente de São Vicente —entre el fin del siglo XVI y comienzos del siglo XVIII— penetraban el *sertão* con el propósito de capturar y esclavizar indios, descubrir y explotar minas de oro y diamantes. (N. del T.)

ESQUEMA 4



Después de dos siglos, y estando desde hace mucho calmada del todo aquella febril agitación que llenó de un extraordinario dinamismo todo el segundo siglo de nuestra historia colonial, que se estancó exhausta a fines del setecientos, y habiendo sido negociado a nuestra entera satisfacción el reconocimiento de nuestras fronteras, si hacemos un balance realista de nuestra ocupación efectiva del inmenso territorio que nos cupo, verificaremos que, aunque sea cierto que ya no nos conformamos con "estar arañando (las tierras) a lo largo del mar como cangrejos", en la cáus-

ESQUEMA 5



tica ironía de fray Vicente do Salvador, ni tampoco permanecemos en el tenue "hilo litoraleño" del 1º siglo nombrado por Capistrano de Abreu, o en la "colonización periférica" de principios del siglo XVII a que se refiere João Ribeiro, no hemos hecho nada más que ampliar la base de partida para la exploración y posesión del interior brasileño a escasos 500 km de la orla oceánica (esquema 5).

Con un mapa demográfico en la mano, podemos trazar el límite avanzado de esa nuestra efectiva conquista del territorio, si consideramos como tal una densidad mínima de 5 habitantes por km², la cual corresponde, a grandes rasgos, a la densidad demográfica promedio del Brasil y es inferior a la que presentan los diversos países de Sudamérica, excepto Bolivia y Paraguay [5].

A partir de una franja costera casi toda habitada y donde están esparcidos algunos núcleos importantes de condensación demográfica en el nordeste y en el sur y, sobre la base Iguape-Vitória, una gran concentración al centro, la isaritma considerada todavía no llegó plenamente a la línea avanzada de los 500 km, presentándose muy retardada al oeste del río Parnaíba y con notable irregularidad entre Bahia y Pernambuco. Hacia el oeste de esta frontera de civilización, además de algunos raros desbordamientos y apenas una penetración más honda en la dirección de Goiás, que va absorbiendo la ola colonizadora que avanza desde el litoral, quedan nada más que islas dispersas de población —el Mato Grosso de Goiás, Cuiabá, Manaus, las más importantes—, destacándose en medio del amplio desierto —el enorme *espacio vacío* de la clasificación de Supan (menos de 1 h/km²)—.

En el oeste paranaense, al norte de Minas y en algunos otros sectores, debemos señalar fronteras en nítida y rápida expansión, pero es importante no olvidar que el avance de la colonización brasileña, en la mayoría de sus áreas precursoras, dado el sistema de la monocultura devoradora de tierras, la explotación destructora de las *wonder-crops*, se ha caracterizado lamentablemente —con la notable excepción del noroeste *gaúcho*— por esa forma tan especial denominada *frontera nueva* y que es un avance sin consolidación, de modo que atrás resurge, más o menos victorioso, el desierto.

En esta pintura de Brasil que quisimos hacer más sugestiva que precisa, hemos delimitado a grandes rasgos el *ecumeno* nacional, poco más de un tercio del área total del país, y hacia el oeste, el simple *dominio*, el Brasil marginal, inexplorado en su mayor parte, desvitalizado por la falta de gente y de energía creadora, y que debe ser incorporado realmente a la nación, integrándolo a la comunidad nacional y valorando su gran expresión física, actualmente casi pasiva por completo. Se trata indudablemente de

5 Los datos demográficos utilizados por el autor son los relativos al censo de 1950, cuando la población era de 51.944.397 habitantes. Los censos siguientes —1960 y 1970— acusaron la existencia de 70.119.071 y 93.139.037 personas, respectivamente. Hoy, según las proyecciones del I.B.G.E., la población debe situarse en aproximadamente 114 millones. Esa verdadera "explosión demográfica" alteró sustancialmente la situación que preocupaba al autor. Actualmente las fronteras brasileñas presentan un índice habitacional muy superior al de los países limítrofes. (N. del T.)

una tarea gigantesca que exige una cuidadosa planificación a largo plazo y que consumirá largos años en su realización, además de recursos cuantiosos de todo orden. Pero es necesario que no olvidemos que el vacío de poder, como centro de bajas presiones, atrae desde todos los cuadrantes a los vientos desenfrenados de la codicia. Y, por lo tanto, aunque la empresa sea larga y sobre todo difícil, es necesario que se dispongan prontamente, en el cinturón de esa inmensa área vacía, puestos avanzados de nuestra civilización, convenientemente equipados para que puedan atestiguar la posesión indiscutible de la tierra, a la espera de los mejores días de una integración y valoración continuas y totales, y que estén en condiciones de oponerse a cualquier veleidad alienígena de penetración.

Todavía están ahí, para atestiguarnos la política previsora de nuestros abuelos, el Fuerte Príncipe da Beira en Guaporé, Tabatinga en el Amazonas, Marabitanas en el Rio Negro y São Joaquim en Rio Branco. Lo que urge hacer, en otra escala y con otros medios, es la misma vieja idea en circunstancias nuevas.

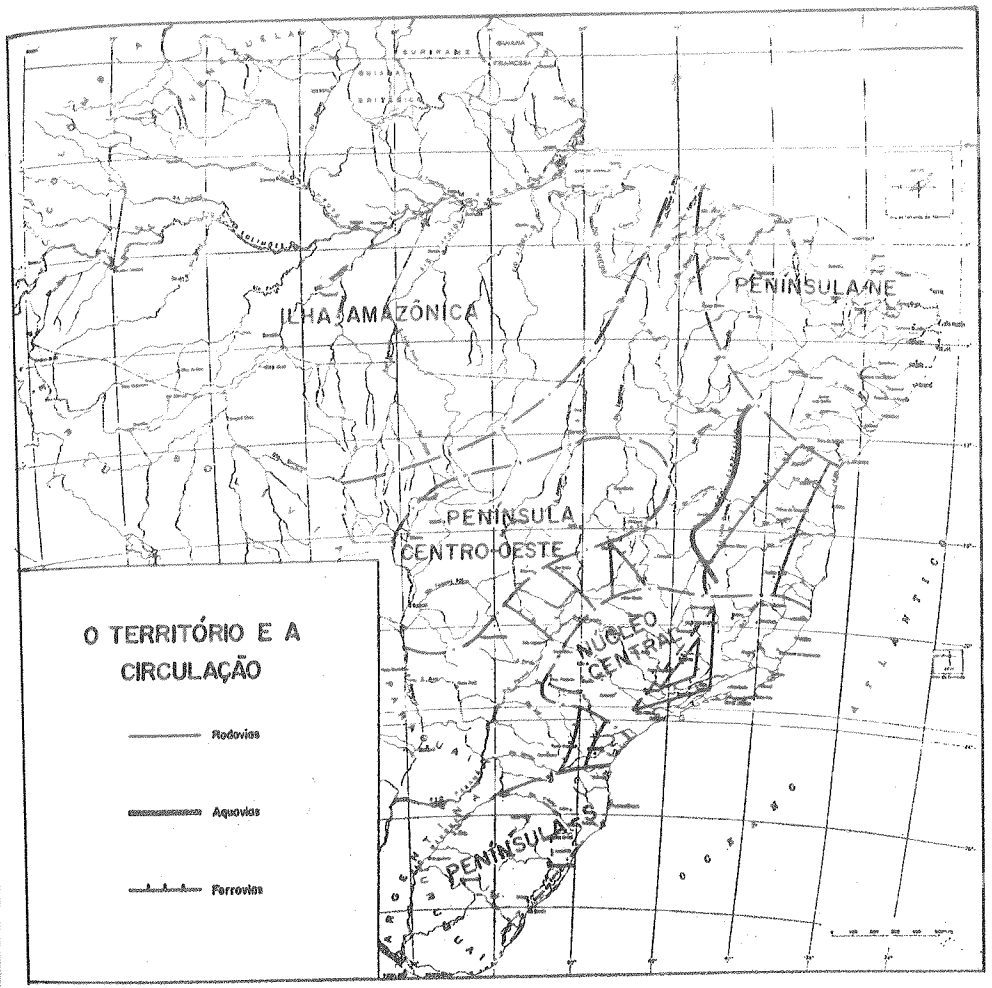
Es necesario taponar el desierto.

Sigamos un poco más esa lectura del mapa del Brasil actual, considerando, al mismo tiempo que la distribución de la población, nuestra red interna de comunicaciones terrestres y acuáticas (esquema 6).

Un notable conglomerado demográfico servido por una rica trama de comunicaciones ferroviarias y viales, alrededor del triángulo Rio-São Paulo-Belo Horizonte, resalta a simple vista. Es el núcleo central de Brasil, su verdadero corazón, aunque no esté definido con la rigurosidad kilométrica de Mark Jefferson; es donde se concentra la mayor masa de población y de riquezas del país[6], donde la circulación es muchísimo más intensa, donde la producción se acumula, donde están afincadas las más importantes industrias de base, donde el dinamismo es más poderoso y enérgico. Sobre la base de la articulación Rio-São Paulo, materializada por las comunicaciones viales y ferroviarias a lo largo del providencial valle del Paraíba, ese núcleo central se estructura en un amplio sector que, de un modo general, está delimitado, desde Santos o un poco más al sur por el valle del río Doce, por los valles del Paranapanema, del Paraná y del Paranaíba, cruzando

6 La situación privilegiada del triángulo São Paulo-Rio-Belo Horizonte se mantiene y se amplía. En 1970 la región abrigaba al 40 % de la población del país. La concentración económica es todavía mayor: la renta industrial del estado de São Paulo equivale a un 59,2 % del total nacional. (N. del T.)

ESQUEMA 6



después del São Francisco para despuntar en las nacientes del Jequitinhonha. Ahí se encuentran casi todo São Paulo, la mayor parte de Minas Gerais, el Distrito Federal[7], el estado de Rio de Janeiro y la mitad sur de Espírito Santo.

7 El autor se refiere al antiguo Distrito Federal, posteriormente —cuando la transferencia de la capital para Brasilia— transformado en estado de Guanabara y, recientemente, integrado al estado de Río de Janeiro. (N. del T.)

En el nordeste, alrededor de los núcleos secundarios del Reconcavo Baiano, de Recife y Fortaleza, se condensa una segunda área ecuménica, también unificada por una apreciable trama de vías férreas y carreteras, como, en el sur, la que se extiende por Paraná y Santa Catarina, ensanchándose después para abarcar todo el territorio del Rio Grande do Sul.

Escasas comunicaciones, que además de insuficientes son precarias, conectan débilmente esas áreas ecuménicas del nordeste y del sur al gran núcleo central, a través de verdaderos *istmos de circulación*.

Por otro lado, en el Brasil centro-oeste, Cuiabá y la región circunvecina que le es tributaria, Campo Grande y el sur de Mato Grosso, Goiania y el sur de Goiás ya se articulan al núcleo central por un istmo bien delimitado, de baja densidad de población.

Y, todavía más hacia el noroeste, está la Hilea —aislada, tributaria del caudal amazónico y nítidamente dependiente de las ligazones marítimas—.

Ya se ha dicho muchas veces que Brasil, bajo el punto de vista de la circulación, es un amplio archipiélago —sugestiva imagen que pone de relieve la pobreza de nuestras comunicaciones interiores y la triste y peligrosa contingencia en que nos encontramos, como esclavos de los transportes marítimos periféricos—. El análisis que hemos hecho nos lleva a distinguir mejor, partiendo del núcleo central del país, tres grandes penínsulas que se proyectan hacia el nordeste, el sur y el noroeste, apenas ligadas por precarios istmos de circulación —zonas críticas de transporte— y todavía más lejos, enteramente aislada, una extensa isla perdida.

Teniendo como finalidad la integración y valoración del territorio nacional, la primera tarea deberá ser forzosamente la de vitalizar esos tres istmos de circulación, a fin de que, por un lado, se articule sólidamente de norte a sur nuestra base ecuménica y, por el otro, se consolide el avance ya esbozado hacia el noroeste, a partir del núcleo central que, geográfica e históricamente, es la verdadera plataforma para la penetración y conquista del interior. Posteriormente a eso, después de habernos volcado sobre la Hilea amazónica, podremos pensar en conquistar la gran isla brasileña del noroeste a través de una maniobra concéntrica que combine el avance del sur hacia el norte, a lo largo de los afluentes de la margen derecha del gran río, con la penetración por la embocadura del Amazonas y sucesivamente por la montante de sus tributarios de una y otra orilla —siguiendo los mismos rumbos que, en épocas ya lejanas, con medios mucho más rudimentarios y propósitos muy distintos, esbozaron *bandeirantes* y misioneros, en su admirable penetración de aquel desierto verde.

Resumiendo en líneas generales la gran idea de maniobra geopolítica para la integración del territorio nacional, se trata de (esquema 7):

1. articular firmemente la base ecuménica de nuestra proyección continental, ligando el nordeste y el sur al núcleo central del país, garantizando al mismo tiempo la inviolabilidad de la amplia extensión despoblada del interior por el taponamiento eficaz de las posibles vías de penetración;

2. impulsar el avance hacia el noroeste de la ola colonizadora, a partir de la plataforma central, de modo de integrar la península centro-oeste al todo ecuménico brasileño (combinando el proceso de la mancha de aceite preconizado por Lyautey con el de los núcleos avanzados que actúen como puntos de condensación);

3. inundar de civilización la Hilea amazónica, protegiéndola de los nódulos fronterizos, partiendo de una base avanzada constituida en el centro-oeste, en una acción coordinada con la progresión E.-O., según el eje del gran río.

Para la realización de tan urgente tarea contamos con una población joven, de elevado ritmo de crecimiento y apreciable grado de homogeneidad. Necesitamos a toda costa detener lo antes posible el éxodo rural desordenado, vinculando al hombre a la tierra del interior por medio de la pequeña propiedad, reduciendo el atraso cultural que opone el interior a la ciudad, y diversificando en bases más sólidas nuestra economía [8].

c) La posición de Brasil

Trataremos de caracterizar ahora, rápidamente, la posición geopolítica de Brasil.

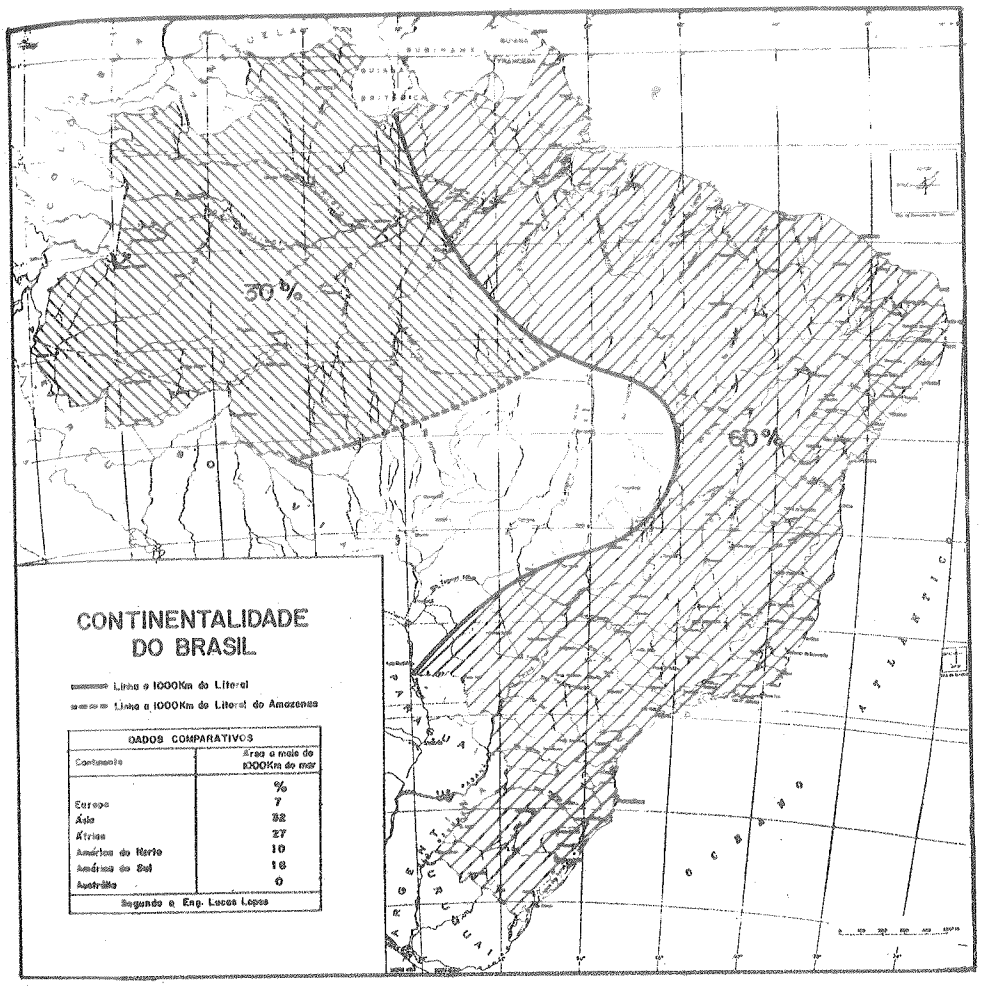
8 Esa recomendación progresista del autor no se cumplió. El gobierno militar mantuvo intacta la estructura agraria; no ejecutó ninguna medida de reforma agraria tendiente a fijar al hombre a la tierra. En consecuencia, se aceleró radicalmente el éxodo rural desordenado. Según el censo de 1960, el 56 % de la población vivía en el campo. En 1970, igual porcentaje habitaba las áreas urbanas. Como la capacidad de expulsión del latifundio es muy superior a la capacidad de absorción de la economía urbana, aumenta peligrosamente el número de marginados, originando el surgimiento de verdaderos "cinturones de miseria" alrededor de las grandes ciudades. (N. del T.)

ESQUEMA 7

Si bien nos desfavorece la posición astronómica —90 % del área total brasileño situada entre el ecuador y los trópicos, con el máximo de ensanchamiento a los 6° de latitud—, tales desventajas, desde el punto de vista climático, son en parte compensadas por la relativa altitud de la meseta y por la influencia marítima que se hace sentir en el interior.

Es verdad que, respecto del litoral atlántico, hay un gran porcentaje de nuestro territorio (40 %) que se encuentra a distancias superiores a 1.000 km, lo que nos coloca en una posición nítida-

ESQUEMA 8



mente desfavorable comparada con cualquiera de la de los otros continentes (Europa: 7 %; Asia: 32 %; Africa: 27 %; Norteamérica: 10 %; Sudamérica: 6 %; Australia: 0 %). Pero, además de ser muy pequeña la validez de una comparación unilateral como esa que pone en lugar de relieve a Australia, a pesar de su inmenso desierto central, es importante considerar que nada más que el Amazonas —sin nombrar a sus tributarios de mayor importancia ni a los del alto Paraguay— prolonga hasta los confines de nuestras fronteras, y más allá de ellas, la acción estimulante del mar, a tra-

vés de su caudal franqueado de navíos de alto calado y en excelente concordancia con las rutas oceánicas. Por esa razón, el grado de continentalidad absoluta del territorio brasileño se ve reducido a apenas un 10 %, igual que el de América del Norte y algo mayor que el de Europa, extremadamente recortada (esquema 8).

Sin duda, Brasil es un país bien equilibrado en ese juego de fuerzas y atracciones continentales y marítimas, compensando, como lo señala el general Mário Travassos, el predominio en el sur del dinamismo continental-marítimo, por la decisiva supremacía de las acciones provenientes del mar en el nordeste, mientras que en la Amazonia, característica región de tránsito, se manifiestan libremente la presión de los espacios interiores y la capacidad de penetración de las influencias oceánicas.

Si bien la localización fuera del hemisferio terrestre poblado, en el creciente exterior o insular respecto de la Isla del Mundo, según Mackinder, nos aleja de los centros de mayor potencia de la civilización occidental a que pertenecemos, y nos pone al margen de los haces directos de la circulación mundial de riquezas —las llamadas avenidas del mundo—, por otro lado, también nos sitúa al margen de las geodésicas sobre las cuales se han manifestado y se siguen materializando las tensiones más fuertes y peligrosas de los antagonismos internacionales.

Las reales ventajas de nuestra situación, con un extenso litoral no muy recortado que dispone de buenos puertos en número satisfactorio y localización conveniente sobre el océano de mayor vitalidad del mundo, se ven reducidas, indudablemente, por la circunstancia de que el Atlántico Sur es apenas un golfo excéntrico del mar universal; pero, en contraposición, se ven reforzadas por el hecho de que el promontorio nordestino, favorablemente delimitado al norte por São Luis y al sur por Salvador, domina el estrangulamiento Natal-Dakar, como tantas veces ha sido subrayado y el último conflicto ha demostrado en la práctica. Además, en ese rincón del mar-océano, no se nos confrontan sino las costas no ecuménicas del Africa occidental y el litoral, mucho menos favorecido que el nuestro, del extremo meridional del continente americano; de manera que, regionalmente, apenas se pueden contar, además de nosotros: la Unión Sudafricana, actualmente envuelta en los graves problemas de su política del *apartheid* y que ya ha elegido más o menos su destino en el sentido de la expansión continental hacia Bechuanalandia y Rhodesia del Sur, y, de este lado, junto a nosotros, Argentina...

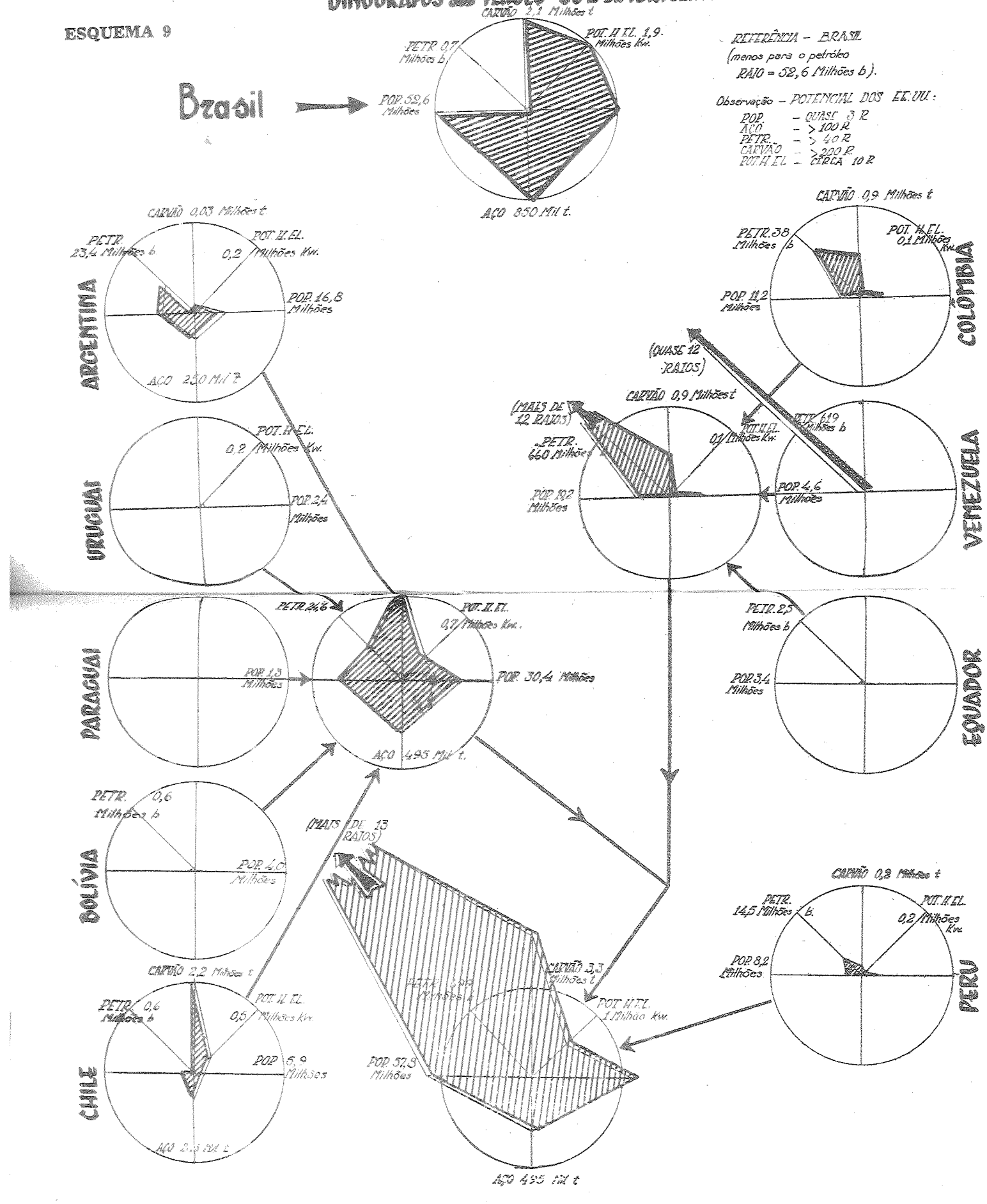
Si, por otro lado, el hemisferio en que vivimos no puede sustraerse a la pujante sombra de la nación amiga del norte que hizo del Mar de las Antillas un gran lago norteamericano, y cuya decidida expansión hacia el sur tanto alarmó, en épocas pasadas, a la conciencia latina en estas regiones de América, motivando las explosiones de Carlos Pereyra, Blanco-Fombona, Vargas Vila y de nuestro Eduardo Prado, es justo reconocer que los imperativos de seguridad y los de su gigantismo económico llevaron a los Estados Unidos de América, al principio con temor pero ahora resueltamente, a salir de su tradicional aislacionismo y a proyectarse más allá del mar, en Europa y en Asia, según una *estrategia de los espacios periféricos*, tan bien formulada por Spykman. Ahora bien, esa actitud norteamericana corresponde al relajamiento de naturales tensiones intracontinentales y tiene su paralelo en el aplacamiento de una doctrina de dominio, como fue siempre, a pesar de cualquier subterfugio, la tesis de Monroe (con o sin corolarios), hacia una doctrina multilateral de seguridad colectiva, en la institución de una política de buena vecindad en sustitución de la del *big steak*, en la moderación de las prácticas intervencionistas, en la diplomacia de los desembarcos de fusileros cediendo a la diplomacia menos ostensiva del dólar, en el reconocimiento de que la unión voluntaria y la paz continentales son prerrequisitos indispensables para planes mucho más altos y, en ese momento, impostergables, impuestos por exigencias de la propia seguridad, aunque a veces expresados en los términos menos realistas de una nueva cruzada por la civilización de Europa.

Los norteamericanos ya no están pensando simplemente en "completar a la perfección (su) confort político", como decía Jefferson a Monroe al encarar "cándidamente" la anexión de Cuba; el juego es ahora mucho más serio y las metas más altas. Al descubrir finalmente que el globo es más fiel que el Mercator, se complacen en señalar que América del Sur está más lejos de lo que suponían y constituye en realidad un territorio de ultramar. Incluso afirma Spykman que, al sur de Natal, América latina es indefendible. Y Walter Lippman, al predicar, desde 1943, por una Comunidad Atlántica, declaraba textualmente:

"En el Atlántico Sur es esencial el mantenimiento de fuertes bases marítimas y aéreas en la proyección oriental de Brasil. Esas bases no pueden ser mantenidas exclusivamente por Brasil, porque ese país no es un arsenal. Por lo tanto, los brasileños tienen que ser apoyados por los Estados Unidos. Como no hay comunicaciones terrestres con Brasil, la defensa estratégica de todo el continente sudamericano del lado del Atlántico depende de las comunicaciones marítimas.

DINÓGRAFOS dos PAÍSES SUL-AMERICANOS

ESQUEMA 9



"Sin embargo, aun en el caso de que nuestras comunicaciones marítimas con la proyección de Brasil estén aseguradas, podríamos apenas realizar mejor una defensa pasiva (...) La zona que tenemos que defender sólo puede ser atacada desde una región cuyas vías de acceso marítimo sean todas dominadas por Inglaterra (Ciudad del Cabo, Gibraltar, Freetown, Falklands)".

Eso explica en gran parte la *transoceanización* de la política norteamericana. De un poder marítimo insular, los Estados Unidos evolucionan hacia una potencia *circum mare*, ampliando a las costas fronterizas su zona de seguridad *antelitoral*. Es el reconocimiento definitivo de que ya no hay baluartes océanicos y de que el aislacionismo *escapista* está completamente muerto, por más que a su favor todavía se pronuncien algunas voces, como la de Herbert Hoover.

Ahora bien, en tales circunstancias, cuando entre nuestros vecinos hispanoamericanos recrudece una oposición a los Estados Unidos de América que se enmascara en la *Tercera Posición* o en algún otro rótulo, aprovechando exactamente aquel enfoque allende el Atlántico y allende el Pacífico de los intereses primarios norteamericanos, Brasil parece estar en condiciones superiores, por su economía no competitiva, por su larga y comprobada tradición de amistad y, sobre todo, por las cartas de que dispone para un canje leal —el manganeso, las arenas monazíticas, la posición estratégica del nordeste y de la embocadura amazónica con su tapón de Marajó— de negociar una alianza bilateral más expresiva que no sólo nos asegure los recursos necesarios para que participemos activamente en la seguridad del Atlántico Sur y defendamos, si es necesario, aquellas áreas brasileñas tan expuestas a ataques extracontinentales contra un ataque que abarque el territorio norteamericano vía Dakar-Brasil-Antillas, sino una alianza que, por otro lado, traduzca el reconocimiento de la real estatura de Brasil en esta parte del océano Atlántico, después de terminar con cualquier política bifrontal y acomodaticia respecto de nuestro país y de la Argentina, ambas naciones, por ejemplo, igualmente beneficiadas, contra todas las razones y evidencias, con armas de guerra naval.

Es necesario que se destaque el hecho, bajo todos los puntos de vista indiscutible, de que si ya hubo una seria amenaza que nuevamente se anuncia y crece contra el litoral brasileño y principalmente respecto del nordeste semiárido y la Amazonia, tierra todavía ignota, tal amenaza no está motivada por ambiciones colonizadoras que aquí piensan encontrar una fuente de materias primas esenciales y, al mismo tiempo, un mercado para sus productos

manufacturados. Para tal finalidad estaría el Africa, tradicional campo de lucha de los imperialismos colonialistas, mucho más cercano, por cierto menos rebelde, rico en materias primas valiosas y no protegido ni por un foso tan respetable como el Atlántico, ni por intereses vitales de una superpotencia como los Estados Unidos. Lo que nos amenaza hoy, como ayer, es algo no dirigido propiamente contra nosotros sino indirectamente contra los Estados Unidos de América, lo cual, incluso si lo queremos subestimar dando un mayor énfasis a la practicabilidad todavía bastante discutible de un ataque transártico, no por eso carece de fundamento, además de que, de ninguna manera, se puede desmerecer la importancia estratégica del nordeste brasileño, no para nosotros que nada queremos del otro lado del Atlántico sino para los Estados Unidos, que ya se comprometieron a fondo en la defensa de Europa como plataforma de ataque o simplemente de salto sobre el océano hacia el continente africano, donde ya se sitúa, al norte, el cinturón de importantes bases aéreas a través de las cuales se espera detener cualquier avance comunista hacia el oeste y martillar el corazón industrial de Rusia. Además de eso, nuestro nordeste es un amplio e inigualable portaaviones que dará a los convoyes norteamericanos que demanden Africa y Europa la seguridad de la travesía océanica, en la parte más estrecha y, por lo tanto, menos vulnerable del Atlántico.

Ahora bien, si consideramos de esta manera la realidad de los hechos y la singular posición del territorio brasileño en el gran conflicto actual en que se enfrentan, realizando la clarividente profecía de Tocqueville, los Estados Unidos y Rusia, es necesario reconocer que la seguridad y la defensa del nordeste, del estuario amazónico y del Atlántico Sur son cargas que recaen sobre nosotros, con mucho más peso en consecuencia que aquel tremendo antagonismo. Para nosotros no hay otra alternativa sino aceptarlas y conscientemente, pues de ninguna forma podemos rechazar deberes que son exclusivamente nuestros, como los de la defensa de la integridad del territorio nacional y el de la seguridad del Atlántico Sur, al cual están vinculadas nuestra prosperidad y, sin duda, nuestra supervivencia. Pero, por otro lado, el derecho de utilización de nuestro territorio, sea para lo que sea, es un derecho exclusivo de nuestra soberanía que no debemos, de ninguna forma, ceder por un plato de lentejas.

Si la geografía confirió a la costa brasileña y a su promontorio nordestino casi el monopolio del dominio en el Atlántico Sur, ese monopolio es brasileño, debe ser ejercido exclusivamente por nosotros, por más que estemos dispuestos, sin tergiversaciones, a utili-

zarlo en beneficio de nuestros hermanos del norte, a quienes nos ligan tantos y tan tradicionales lazos de amistad y de intereses, y al mismo tiempo en defensa de la civilización cristiana, que es la nuestra, contra el imperialismo comunista de origen exótico.

Cuando vemos que los Estados Unidos negocian, a precio de dólares e importantes ayudas de toda especie e incluso a costa de ciertos retrocesos, cambios de opiniones y arañazos en su prestigio, el apoyo y la cooperación de pueblos indecisos o francamente hostiles de Europa occidental, del Medio Oriente y de Asia, nos parece justo hacer valer las cartas altamente valiosas de que disponemos, a fin de obtener los medios necesarios para el ejercicio de una misión y un deber que son resultado de la propia tierra que nuestros abuelos colonizaron y defendieron incluso con su sangre contra el invasor intruso de eras pasadas. También nosotros podemos invocar un "destino manifiesto", y con más razón, ya que no chocará en el Caribe con los intereses de nuestros hermanos del norte...

Y si la vieja Inglaterra supo reconocer muy pronto el destino norteamericano, facilitándole una política de manos libres en el continente occidental, bajo la sombra protectora de la flota británica —la doctrina de Monroe, como se sabe, fue inspirada por Canning—, nos parece que los Estados Unidos sabrán reconocer también aquello que debemos defender, a toda costa, como un derecho inalienable, trazado por la propia naturaleza en el mapa del Atlántico Sur.

Tal vez lo único que falte sea el conocimiento, por parte de los dinámicos creadores de la grandeza norteamericana, de que de nuestra parte existe una decisión plena de aceptar totalmente las responsabilidades que nos caben, impulsando una positiva capacidad realizadora. Lo esencial, pues, es que nos convenzamos de que "el precio del poder es la responsabilidad", como lo proclama Brooks Emeny.

Si de ese panorama atlántico volvemos al paisaje político continental, donde los peligros intrínsecos de nuestra inefectiva, discontinua e incluso, más hacia el noroeste, ganglionar o más bien nula ocupación del territorio nacional ya fueron señalados, lo que vemos a nuestro alrededor es un cinturón de naciones a las que unen, más allá de cualquier disensión, el mismo origen hispánico, tradiciones históricas similares y entrelazadas y, sobre todo, la unidad lingüística, ya que las costumbres y la cultura están hoy bastante diferenciadas por la desigual contribución de los contingentes nativos y por la fuerza modeladora del medio físico distinto. Viejas desconfianzas y antiguos litigios, sin duda, las separan, pero no impedirían una composición de intereses y una combinación de esfuerzos, si se tratara de satisfacer todas las ambiciones y todos los resentimientos a costa del vecino exótico, hoy demasiado rico en virtud de su imperialismo prepotente, que ni puede aprovechar debidamente sus tierras inmensas, y cuya voluntad se considera algo disminuida por la contribución en alta dosis de inferior sangre esclava...

Entre esas naciones, hay tres que se distinguen por su potencial superior, evidenciado, en comparación con Brasil, en los dinógrafos que organizamos, con base en el efectivo poblacional, en la produción de carbón, acero, petróleo y en el potencial hidroeléctrico instalado: Argentina al sur, Colombia al noroeste y Perú al oeste, sin nombrar a Chile, que no tiene fronteras con nosotros (esquema 9). (Ver páginas 72/73.)

Incluso si se constituyen en bloques regionales —el antiguo Virreinato del Plata contando con el recurso de la economía chilena, Colombia unida a Venezuela y a Ecuador— su potencial, por el momento, todavía se presenta bastante inferior al de Brasil, cuya mayor deficiencia se encuentra indiscutiblemente en nuestra casi completa dependencia del petróleo extranjero.

Consideremos la posición relativa de esos centros continentales de poder, felizmente tan aislados unos de los otros (esquema 10).

Del bloque de la Gran Colombia así como del Perú nos separa, excepto en la importante brecha de Rio Branco, la floresta tropical húmeda que limita las penetraciones a las vías fluviales, y si, respecto de la línea divisoria prácticamente desprotegida de ambos lados en esa amplia planicie todavía pasiva, nuestro núcleo central de fuerzas y de recursos de todo orden se encuentra enormemente distante, con una única ligazón a través del mar o por el Amazonas, los centros dinámicos de esas naciones vecinas, aunque mucho más cercanos, se encuentran trepados en las mesetas andinas del otro lado de la cordillera y también sin comunicaciones convenientes con las zonas limítrofes. Por lo tanto, de uno y otro lado regirá la gran ley de la proporcionalidad inversa del poder respecto de la distancia en que actúa, mencionada por Spykman.

Por lo tanto, no parece razonable temer, en ese extenso arco fronterizo del que Manaus es el centro geográfico —punto estratégico destinado naturalmente a núcleo de una amplia maniobra de concentración de fuerzas—, la súbita eclosión de un conflicto o el desencadenamiento de un ataque, por lo menos sin que seamos alertados con gran antecedencia por una sensibilización paulatina de las fronteras, un aumento progresivo de la presión exterior y una sucesión de incidentes que anuncien la borrasca —algo así como lo que sucedió en el Chaco, donde interminables choques por

ESQUEMA 10

la posesión de los denominados fortines precedieron largamente al real desencadenamiento de la lucha—. Pero, por otro lado, la penetración más o menos disimulada, amparada por nuestra indiferencia o por el abandono en que hemos dejado aquellos lugares, es algo que puede ser admitido en un futuro cercano, que incluso ya está sucediendo según noticias que nos llegan de aquí y de allá, y que podría acarrear consecuencias desastrosas. Todo indica que venceríamos, si nos ayudara el tiempo, en un conflicto que

surgiera en esas fronteras muertas, alejadas de nosotros pero también del adversario. Pero lo que más vale es antes evitar que subsanar, sobre todo cuando solamente se podrá subsanar con procesos drásticos e incluso sangrientos. El taponamiento efectivo de los caminos naturales de penetración, que desde más allá de las fronteras conducen a la Amazonia, es una medida que se impone, y se impone con urgencia, para que, como lo hemos dicho, podamos llevar a cabo, cuando sea oportuno, tranquila y metódicamente un plan de integración y valoración de aquel inmenso mundo todavía perdido.

Hacia el sur y el S.O. la situación es distinta.

Aquí se nos enfrenta el poder argentino, concentrado en un evidente núcleo central que, a grandes rasgos, abarca a la gran capital-tentáculo de Buenos Aires y a la provincia del mismo nombre, más una parte de La Pampa y de Santa Fe, y que se articula al N.E. con la Mesopotamia, al N.O. con un núcleo marginal importante que engloba a Córdoba, Mendoza y Tucumán y al S., en condiciones precarias, con la región no ecuménica de la Patagonia, cuya importancia está basada casi exclusivamente en el petróleo de Comodoro Rivadavia y en el carbón de Río Turbio.

Más o menos tributarios de la Argentina, oscilando entre la desconfianza, el resentimiento y la admiración, y subordinados por una indiscutible dependencia económica, Paraguay y Bolivia, "prisioneros geopolíticos", mucho más el primero que la segunda, valen mucho por su posición geográfica en el lado abierto y vulnerable del Brasil meridional y central, y constituyen, sobre todo por su inestabilidad política y económica, indiscutibles zonas de roce externas donde pueden llegar a chocar los intereses brasileños y argentinos.

Mucho se ha escrito, desde Badia Malagrida y Mário Travassos, sobre la oposición entre las dos grandes cuencas del Amazonas y del Plata que en esa región central, reforzada de un lado y del otro por la dinámica de los transportes, se manifiesta con el máximo de intensidad; sobre el antagonismo de las atracciones del Pacífico y del Atlántico que, a través de los nudos y pasos andinos, disocian a Bolivia, tantas veces señalada como "una paradoja política" o "un mero expediente de la Historia"; así como sobre la eterna aspiración paraguaya de poder "respirar por dos pulmones", para que nos detengamos ahora a reexaminar tales aspectos, sin duda relevantes, de la geografía política sudamericana. Es suficiente repetir que será la vitalización y la integración al ecumeno nacional del centro-oeste brasileño, especialmente de Mato Grosso —placa giratoria situada en los lechos comunes de las dos grandes

cuencas hidrográficas— las que al fin permitirán aclarar y definir todo en ese múltiple juego de fuerzas que trabajan incansablemente en el corazón del continente.

Pero es bastante más al sur donde el Uruguay, geográficamente medio brasileño y medio platense, sigue viviendo y prosperando gallardamente en su histórico papel de estado-tapón, y ahí donde las Misiones avanzan como una cuña hacia el nordeste modelando el relieve de Santa Catarina, donde se define la línea de tensión máxima en el campo sudamericano, reforzada por la mayor proximidad de los centros de fuerza potencialmente antagónicos, su dinamismo y potencial superiores, la tradición de choques y conflictos que vienen desde el pasado colonial y finalmente, si bien no menos importante, una aspiración hegemónica alimentada más allá del Plata por una propaganda tenaz e incansable desde los días ya lejanos de Rosas.

Ahí, donde no hay barreras que valgan, se encuentra pues nuestra verdadera frontera viva, la única "realmente sentida que sirve de testimonio a la enorme abstracción de la casi totalidad de las líneas divisorias del inmenso Brasil", como lo escribió el embajador Macedo Soares.

Hacia el norte, la tensión va decreciendo gradualmente hasta anularse al pasar el paralelo de Corumbá.

En lo referente a nuestro litoral meridional, desde Vitória hasta el sur, si hasta ahí pueden extenderse, aunque muy debilitadas, las acciones extracontinentales adversas que amenazan directamente el nordeste, también ahí podrá ampliarse el choque de fuerzas que se materialice en el extremo sur, pero bajo la forma de ataques esporádicos de mayor efecto moral que persistencia o intensidad. El núcleo brasileño no está mal protegido detrás de la barrera litoraleña que, en tal caso, pasará a actuar como nuestra aliada, posibilitándonos no sólo una defensa inmediata sino todavía la utilización de una cadena de montañas de norte a sur, bajo la protección de su paredón escarpado.

En conclusión, el análisis de la posición del territorio brasileño nos conduce a la siguiente configuración general:

- un núcleo central, de importancia capital, altamente sensible tanto a acciones externas desde el mar como a perturbaciones internas instigadas desde afuera y cuya seguridad es absolutamente indispensable a toda la estructura del sistema, relativamente bien protegido por la barrera natural de la gran escarpa litoraleña y sujeto a ataques, si no de gran importancia, por lo menos de alto efecto moral;
- en el nordeste, una zona de vulnerabilidad máxima a acciones extracontinentales, las cuales son previstas para un futuro no inmediato y apenas en el caso de que los Estados Unidos no logren, en la eventualidad de una 3ª Guerra Mundial, impedir que Rusia desborde por sobre el continente europeo y Africa occidental, circunstancias en que siempre tendremos asegurado el concurso inigualable de aquella potencia en la defensa de un área cuya importancia es, ante todo, mundial;
- al sur, extendiéndose hacia Mato Grosso, una zona también de vulnerabilidad máxima, pero a posibles acciones adversarias de origen regional, a las cuales, aunque sean menos potentes, tendremos que oponernos, exclusivamente, con los medios propios que logremos movilizar;
- finalmente, al este, el Atlántico Sur, indispensable a nuestra seguridad y a nuestra supervivencia, sujeto tanto en uno como en otro caso a posibles acciones adversas que dificulten y tal vez incluso impidan nuestras comunicaciones litoraleñas con el sur atacando o, en la hipótesis extracontinental, amenazando seriamente no sólo la navegación de cabotaje sino incluso nuestras ligazones marítimas con los Estados Unidos, aunque se cuente seguramente, en tal emergencia, con poderosa ayuda exterior.

Fuera de este cuadro, queda apenas en la periferia amazónica una frontera pasiva para vigilar y proteger a través del cierre de los caminos históricos de penetración.

Respecto de aquellas amenazas más o menos apremiantes, de mayor o menor envergadura, no nos interesan únicamente a nosotros sino también a un poderoso aliado, el núcleo central brasileño, centro dinámico del país, muy bien situado, lo que demuestra una vez más la clarividencia de nuestros antepasados, ya que se halla más alejado del arco amazónico, donde la amenaza es de poca importancia, menos alejado del nordeste, donde el peligro aumenta pero es segura la ayuda norteamericana, y mucho más cercano al sur, principal área de rozamiento sudamericana, dada su mayor vulnerabilidad a amenazas más directas, más próximas e inmediatas. En lo concerniente a posibles ataques marítimos, la localización de aquel núcleo, aunque se lo considere expuesto, es la mejor que se nos ofrece en todo nuestro litoral.

De manera que lo que más importa es articularlo convenientemente al sur, al nordeste y al centro-oeste para que Brasil esté

en condiciones de realizar, en caso de que las circunstancias así lo exijan, la gigantesca maniobra en la posición central que la geografía le adjudicó en el territorio nacional.

¿Las comunicaciones existentes atienden a esa finalidad? ¿Tenemos listos, en cada una de esas regiones vulnerables, los recursos suficientes para asegurar el éxito de una maniobra esencialmente basada en una mecánica de tiempo y espacio? ¿La masa de maniobra central es suficiente? ¿Estamos en condición de decidir a tiempo el encaminamiento de refuerzos hasta donde sea necesario, a la luz de informes que nos permitan descubrir la tormenta que se avecina? ¿Podremos asegurar en condiciones satisfactorias nuestras comunicaciones marítimas con el sur y el norte? ¿Nos encontramos prevenidos contra acciones de sabotaje, la quintacolumna, las prácticas derrotistas en las zonas vitales del país? ¿Está el pueblo psicológicamente preparado para las eventualidades de guerras que se prevén?

Estas son preguntas de importancia capital que exigen meditación y respuesta.

3. Los grandes dilemas brasileños

Las conclusiones a que hemos llegado por el análisis, primeramente, del espacio y luego de la posición de Brasil, y que se refieren a una geopolítica nacional cuyo objetivo es la integración del territorio, por un lado, y su seguridad, por el otro, son como bien se ve, concordantes de un modo general, tanto en los objetivos que definen como en el orden de prioridades que establecen.

Por lo tanto, tenemos delimitadas tres fases:

1. Equipo y refuerzo de nuestra base ecuménica, articulándola sólidamente de norte a sur, con prioridad hacia el sur. Constitución de potenciales regionales que garanticen lo mínimo de seguridad para la realización de la maniobra estratégica considerada, potenciales proporcionales a la importancia de las amenazas que se prevén (volumen, proximidad en el tiempo y en el espacio, juego de alianzas que motiven) —máximo ante el Plata, mediano en el nordeste (una armazón reforzable a tiempo), mínimo en la periferia amazónica.

2. Integración de la península del centro-oeste brasileño, equipándola con medios que le permitan desempeñar su doble papel de sólida plataforma para un desbordamiento sobre la Hilea o para acciones destinadas a oponerse al avance hacia el norte de un imperialismo platense, subrepticio o virulento.

3. Incorporación de la Amazonia.

Tales fases —como es evidente— no podrán ser rigurosamente exclusivas unas respecto de las otras; apenas traducen, en la alta maniobra geopolítica que hemos visto, la aplicación del imperioso principio de concentración de esfuerzos en el tiempo y en el espacio, al cual, infelizmente, no siempre hemos sabido obedecer.

Es importante señalar, finalmente, que no todo es concordancia entre la geopolítica interna de valoración del espacio nacional y la geopolítica externa, atenta al problema fundamental de la seguridad y la defensa. Lo que sucede es que entre las dos se sitúa un gran dilema brasileño, mucho más importante mañana que hoy: el antagonismo entre las fuerzas continentales y las atracciones marítimas.

El ecumeno brasileño todavía es, como lo hemos visto, una franja relativamente estrecha a lo largo del litoral atlántico del este y, por lo tanto, Brasil actualmente es, y lo seguirá siendo todavía en el momento culminante en que haya concluido la articulación de esa base para futuras proyecciones, un gran *país charnela*, indeciso entre dos destinos.

Por un lado, la amplia *hinterlandia*, todavía casi desierta y a la espera de vitalización, riquezas desconocidas que, con razón o sin ella, el alma popular siempre ha imaginado como fantásticas, un espacio cuyo potencial de atracción se ve aumentado por la continentalidad de otros países mediterráneos e incluso por inmensas áreas cisandinas de naciones del Pacífico, amenazas actuales o potenciales, y que sólo podrán afirmarse más con el tiempo y, además de todo eso, una geomorfología que hace del Brasil, como bien lo imaginó Deffontaines, un país volcado hacia adentro y donde grandes ríos y divisores indefinidos conducen naturalmente al corazón del continente. La antigua tradición de la epopeya *bandeirante*, hoy casi legendaria, hace soñar a la imaginación nacional y le propone un desafío. El actual pesimismo sobre la calidad del suelo en la meseta y en la Hilea no logra desilusionar esos sueños de grandeza.

Pero del otro lado está el mar, no cualquier mar sino el océano más vivificado del mundo, camino sin igual de las civilizaciones modernas, que nos liga a los centros de producción y de cultura del hemisferio norte, de donde nos vienen y vendrán los más fuer-

tes impulsos de renovación y de progreso, toda la técnica moderna, las ciencias y las artes, del cual dependerán siempre nuestra prosperidad y, tal vez en un grado muy superior en el futuro, nuestra seguridad, y donde nuestro amplio litoral favorable y el dominante promontorio nordestino, sin nombrar a las dos avanzadas de Fernando de Noronha y Trindade, nos abren indudablemente francas perspectivas no sólo de fortificar en bases sólidas aquella prosperidad, liberándonos de una deplorable esclavitud a las flotas de banderas extrañas, sino además de garantizar, por nuestros propios medios y contra cualquier amenaza extracontinental, nuestras extensas costas vulnerables.

Por lo tanto, cerraremos con un interrogante este ensayo, en el cual quisimos esbozar sin pretensiones los rasgos importantes de la geopolítica brasileña; no lo haremos sin antes señalar que, si alguna lección definitiva, absolutamente cierta y del todo indiscutible se puede sacar de un análisis, por más sumario que sea, de la realidad nacional ante la coyuntura mundial, y en particular del equilibrio de fuerzas en el continente sudamericano, es que más allá de ese dilema que hemos señalado entre el mar y el *sertão* y otros más que se vislumbren para Brasil, hay uno que domina decisivamente en el momento actual.

Brasil, en la presente hora, sólo tiene una elección: agrandarse o perecer. Y para no perecer es necesario aceptar aquel sabio consejo de Washington:

"Debéis tener siempre presente que es locura que una nación espere favores desinteresados de otra, y que todo lo que una nación recibe como favor lo tendrá que pagar más tarde con una parte de su independencia".

Tal es también el mensaje de esta tierra inmensa y todavía dormida para el hombre brasileño que la habita, que vive en ella, sufre, trabaja, sueña y debe construir hoy, a través de su propio esfuerzo y sacrificio, la grandeza del mañana, mensaje que es un *leit-motiv* que resuena en nuestros oídos como aquellas cuatro imperiosas notas con que el genio de Beethoven inicia la magistral cataratas de sonidos de su *Quinta Sifonía:*

"¡El Destino llama a la puerta!"

Rio, 1952

BIBLIOGRAFIA

1 "The Great Powers in World Politics", Frank H. Simonds and Brooks Emeny, American Book Co., E.U.A., 1939.

2 "Geopolitics in Principle and Practice", Russell H. Fifield and G. Etzel Pearcy, Ginn & Co., E.U.A., 1944.

3 "World Political Geography", G. Etzel Pearcy, Russell H. Fifield and associates, Thomas Crowell Co., E.U.A., 1952.

4 "The Earth and the State" (Geografía Política), Derwent Whittlesey, trad. Fondo de Cultura Económica, México, 1948.

5 "Tratado General de Geopolítica", Dr. J. Vivens Vives, Univ. Barcelona, 1950.

6 "German Strategy of World Conquest", Derwent Whittlesey, Charles C. Colby and Richard Hartshorne, Farrar and Rinehart, Inc., Canadá, 1942.

7 "Foundations of National Power", Harold and Margaret Sprout, editors, Princeton University Press, E.U.A., 1945.

8 "Geografía de América", Oscar Schmieder, Fondo de Cultura Económica, México, 1946.

9 "Mainsprings of World Politics", Brooks Emeny, Foreign Policy Association, 1945.

10 "Total Power", Edmund A. Walsh, S.J., Doubleday & Co. Inc., 1948.

11 "The Axis Grand Strategy", Ladislas Farago, editor, Military Serv. Publising Co., 1942.

12 "Geopolitica do Brasil", Brigadeiro Lysias A. Rodrigues, Biblioteca Militar, 1947.

13 "Makers of Modern Strategy", Edward Mead Earle, editor, Princeton University Press, 1944.

14 "Brazil - Portrait of Half a Continent", T. Lynn Smith and Alexander Marchant, editors, The Dryden Press.

15 "University of Miami Hispanic-American Studies", Robert E. McNicoll y J. Riis Owre, editors, E.U.A., 1941.

16 "Latin America", Robert S. Platt, McGraw-Hill Book Co. Inc., E.U.A. 1943.

17 "América del Sur", E. W. Shanahan, M.A., Ed. Omega S.A., Barcelona, 1950.

18 "Geografía Universal", P. Vidal de la Blache y L. Gallois, Tomo XX, "América del Sur" (por Pierre Denis), Montaner y Simon S.A., Barcelona, 1947.

19 "Geographical Foundations of National Power", Army Service Forces Manual, M 103-3, 1944.

20 "La Politique des Etats et leur Géographie", Jean Gottmann, Armand Colin, París, 1952.

21 "Projeção Continental do Brasil", Gen. Mário Travassos, Brasiliana, 1938.

22 "Geografía política", Arthur Dix, Ed. Labor, Barcelona.

23 "Geopolítica", Jorge Edmundo Jasson y Luis Perlinger, Biblioteca del Oficial, Círculo Militar, Argentina, 1948.

24 "U.S. Foreign Policy: Shield of the Republic", Walter Lippmann, Little, Brown & Co., Boston, 1943.
25 "Geopolítica", Robert Strausz-Hupé, Editorial Hermes, México.
26 "Geopolítica - Generales y Geógrafos", Hans W. Weigert, Fondo de Cultura Económica, México.
27 "Compass of the World", Hans W. Weigert & Vilhjalmur Stefansson, The Macmillan Co., E.U.A., 1944.
28 "Total Peace", Ely Culbertson, Doubleday, Doran & Co., N.Y., 1943.
29 "Introdução a Geografia das Comunicações Brasileiras", Gen. Mário Travassos, José Olympio, 1942.
30 "El Factor Geográfico en la Política Sud-americana", Carlos Badia Malagrida, Madrid.
31 "Fronteiras do Brasil no Regime Colonial", Emb. Macedo Soares.
32 "As Condições Geográficas e o Problema Militar Brasileiro", Gen. Mário Travassos, Sep. Defesa Nacional.
33 "Geography in the 20th. Century", Griffith Taylor, editor, Philosophical Library, E.U.A., 1951.
34 "International Politics", Frederick L. Schumann, McGraw-Hill Book Co., E.U.A., 1941.
35 "International Relations", Strausz-Hupé & Posony, E.U.A.
36 "Democratic Ideals and Reality", Sir Halford J. Mackinder, NY., 1942.
37 "America's Strategy in World Politics", Nicholas Spykman, NY., 1942.
38 "The Influence of Sea Power Upon History", Mahan, Little, Brown & Co., E.U.A.
39 "A Geopolítica Geral e do Brasil", Everardo Backheuser, Biblioteca do Exercito, Rio, 1952.
40 "The Air Future", Burnet Hershey, Duell, Sloan & Pearce, Nueva York, 1943.

II

ASPECTOS GEOPOLITICOS DEL BRASIL — 1959

1. Geopolítica y "Geohistoria"

Comencemos por definir nuestra fe geopolítica, cédula de identidad siempre exigible a todo aquel que se proponga opinar sobre temas de naturaleza tan controvertida y gravemente sospechosos, según algunos —no del todo sin razón, pues ciertas corrientes geopolíticas nunca lograron liberarse de un determinismo geográfico estrecho y simplista, o de un rancio organicismo grosero, habiendo incluso servido, sumisas o entusiastas, a las locuras o crímenes de algunos imperialismos megalomaníacos—.

Para nosotros, la Geopolítica es nada más que la fundamentación geográfica de líneas de acción política, o más bien la proposición de directrices políticas, formuladas a la luz de los factores geográficos en particular, de un análisis basado sobre todo en los conceptos básicos de *espacio* y de *posición*. Es, por lo tanto, una de las ramas de la política, como lo había imaginado el propio Kjellén y como la calificó el maestro Backheuser: *"política como resultante de las condiciones geográficas"*.

No sería justo, así, confundirla con la Geografía Política ni negarle el doble carácter, casi del todo indisociable, de ciencia —en la concepción y fundamentos— y de arte —en la praxis— que la propia política admite. Y por eso mismo, como interpretación de una realidad geográfica y política y, principalmente, como proyección de intereses y aspiraciones nacionales, sólo será válida para nosotros la Geopolítica que demuestre ser esencialmente brasileña.

Extendería al pasado, sin embargo, en el análisis retrospectivo de las importantes correlaciones siempre existentes entre los hechos geográficos y la evolución política de un pueblo sería, a nuestro entender, sobrepasarle demasiado el ámbito propio y natural, para invadir atrevidamente el campo específico de las ciencias históricas —por más que no deje de reconocerse y de estimarse el alto valor intemporal de tales enseñanzas como guía segura para cualquier acción política—.

Por otro lado, nunca podrían prevalecer las tímidas sugerencias de que se sustituya el término, cada vez más consagrado y difundido, aunque también endiosado o difamado, de "Geopolítica", por otra nueva denominación —la de "Geohistoria" (Brandel y Vicens Vives)— bajo la alegación de que ésta caracteriza mejor una "actitud científica y neutral" ante los hechos, inspirándose mucho más en el propósito de "comprenderlos" que de "justificarlos", ¡cómo si la Geopolítica se avergonzara de no ser propiamente una ciencia!

Dejando de lado la ambigüedad desfavorable que resultaría del hecho de darse, corrientemente, el título de "Geohistoria" al estudio de la historia de la Tierra, de su evolución, no nos parece que debiera aplicársele otro sentido que el de una rama particular de la ciencia histórica, precisamente aquella que tratara de poner en un plano de evidencia la fundamentación geográfica de los hechos históricos, sin endosar por eso las exageraciones desmedidas de un Buckle o de un Huntington. Y no se diga que así sería confundida con la propia Geografía Histórica, pues a ésta le incumbe, en especial, reconstituir la geografía del pasado y estudiar las modificaciones geográficas a través de los tiempos, como nos enseña Preston James.

Dentro de una "Geohistoria" tal cabría, indudablemente, el análisis de la fundamentación geográfica de los hechos políticos —acontecimientos, instituciones, ideologías— en su contexto histórico y, por lo tanto, el detenido examen de las geopolíticas del pasado.

De acuerdo con esa opinión, que nos parece la única razonable, la Geopolítica es siempre actual y su objetivo es el futuro, mientras que esa "Geohistoria" se referiría más que nada al pasado; la primera es una rama importante de la política, al punto que ésta sería meramente un miembro de la ciencia histórica, mucho más amplia que aquélla al considerar la totalidad de los acontecimientos sociales sin restringirlos apenas a los de naturaleza política ni a los que realmente resultaran de directrices conscientemente trazadas para la acción política del Estado.

En los tópicos que empezaremos a tratar, saldremos, por lo tanto, y muchas veces, del campo estrictamente geopolítico incursionando en sectores que pertenecen más bien a lo que se podría entender como "Geohistoria", aunque nos repugne usar una definición tan ambigua e incluso superflua. Que tales incursiones serán siempre útiles y hasta indispensables al análisis geopolítico es un hecho indiscutible y ni merece apología. Ya que es muy natural que al esbozar las directrices geopolíticas para el Brasil actual, indaguemos sobre algunas constantes "geohistóricas" que sobresalgan más en nuestros casi cinco siglos de existencia para el mundo de la civilización y de la cultura.

2. Algunas líneas tradicionales de la geopolítica o de la "geohistoria" brasileñas

Al principio, era el simple espacio bruto, virgen de las huellas del hombre político, paisaje descomunal y variado extendiéndose por una amplia meseta sensiblemente homogénea y por las llanuras no menos amplias que la prolongan de norte a sur, por todo el arco del occidente. Pero ya en ese espacio no humanizado, incivilizado, salvaje y, por lo tanto, verdadero vacío político, la mirada penetrante del historiador vislumbraría "franjas o centros formadores de frontera".

Pasamos la palabra a Jaime Cortesão (esquema 11):

"Sobre ese espacio continental, situado en los trópicos húmedos y rodeado insularmente por el sistema hidrográfico platense-amazónico, de rasgos muy vigorosos, se destacan, envolviéndolo en un arco de círculo irregular, ciertas zonas de áspero relieve, declive abrupto o profunda depresión, que oponían un fuerte obstáculo a la expansión humana (...) Señalemos (...) las más características: al norte, la línea de sierras que se extiende desde Tumucumaque hasta Parima, pasando por Roraima; al noroeste, las cataratas de Uaupés y Japurá; al oeste, el tramo con cascadas del río Madeira, las amplias depresiones pantanosas de la planicie de Santa Cruz de la Sierra y del Gran Pantanal; finalmente, más hacia el sur, el Salto de Sete Quedas sobre el Paraná, el Salto del Iguazú y el Salto Grande del Uruguay".

Por más que, en su increíble movilidad de nómadas aficionados a la navegación en cualquier tipo de ríos, los Aruaques y también los Tupís-Guaranís fuesen capaces, gracias a su innato sentido geográfico y de orientación, de despreciar todos esos mar-

ESQUEMA 11

cos formidables, desbordándolos o transponiéndolos merced a la casi milagrosa continuidad de las cuencas hidrográficas riquísimas en afluentes y subafluentes, la verdad es que, habiendo completado un extenso circuito por el interior platense-amazónico y estando muy avanzada la migración de norte a sur, a lo largo del litoral atlántico, los aborígenes, ya ahora bien o mal unificados por el poder aglutinante de la "lengua general" y de la cultura tupí-guaranítica, "al empezar el siglo del Quinientos (...) prefiguraban sobre el territorio, aunque bajo forma ondulante, la fundación colonial de los portugueses, en América del Sur", como lo señala el propio Cortesão.

La unidad geográfica, económica y humana precedía, de esa forma, al imperio lusitano en América, superando, gracias a las facilidades de tradicionales comunicaciones a través del geosinclinal abierto del interior, el poder de disociación con que corrientes atlánticas divergentes —la del Brasil y las de las Guayanas—, aliadas a la extrema vulnerabilidad de la navegación a lo largo de un litoral constantemente atacado por aventureros de todos los orígenes y por frecuentes naves de los enemigos de la Corona, tendían a fragmentar el soberbio conjunto en dos nítidas y separadas porciones. El desmembramiento temporal del estado de Maranhão y del gobierno-general de Pará no sería, en verdad, más que un amoldamiento a esa presión disgregadora mejor sentida tal vez en la lejana metrópoli.

No podríamos siquiera pretender resumir aquí todo el largo proceso de formación y de paulatina afirmación de la conciencia colectiva de esa unidad territorial, que rompería, al cabo de siglos y de mil peripecias, la menguada cárcel del meridiano de Tordesillas. Tal hecho condensa en sí mismo todo el sentido inmanente de la historia colorida y agreste de ese sorprendente Brasil colonial, que supo mantenerse unido bajo las más peligrosas embestidas —de franceses, ingleses, holandeses y españoles— en Bahia y en Rio, al sur, en el nordeste, en el norte, a lo largo del Amazonas y en la dirección de los formadores del Plata, que culminaría en la magistral obra política de Alejandro de Gusmán, prolongando hasta el Brasil reino y el Brasil imperio vigorosas proyecciones en que están radicados los seculares choques a propósito de la Cisplatina, las interminables cuestiones del Plata y la trágica destrucción del Paraguay de Solano López. Y en la República, con el barón de Rio Branco, a través de una intransigente pero siempre hábil defensa del principio de *uti possidetis*, tal conciencia se mantendría vigilante y activa, en un testimonio admirable de feliz continuidad histórica.

El maestro Cortesão ha expuesto mejor que nadie las fases iniciales decisivas de ese proceso, en el ensayo dedicado a la figura excepcional y tan discutida de ese *bandeirante* portugués, Antonio Raposo Tavares, y donde el mito político de la Isla Brasil —el de un estado perfectamente delimitado al este por el océano Atlántico, desde el delta amazónico al estuario platense, y, al oeste, por dos grandes ríos nacidos de un mismo lago inmenso del interior— ganaría reputación de idea-fuerza poderosa, expansionista y agresiva.

que inspiraría muchos de los hechos desmesurados del "bandeirismo" aventurero y audaz y la siempre presente acción política, realista, objetiva, incansable y a veces maquiavélica de la metrópoli portuguesa. La existencia de una grandiosa idea geopolítica, no floreciente apenas en los conocidos devaneos del jesuita Antonio Vieira sino efectivamente presente, más allá de meras exclusividades de ganancia fiscal, en toda la actividad de la Corona respecto de las fronteras meridionales, está configurada también en un documentado estudio del profesor Ferrand de Almeida sobre la diplomacia portuguesa en el Plata.

A la par de esa tradición fundamental, no apenas "geohistórica" sino también del más puro contenido geopolítico —como vemos— de posesión y mantenimiento de una unidad territorial vivamente sentida y cuya clave estaría mucho más en las ligazones por el interior, contorneando por el oeste la gran meseta, que en un circuito costero antes tan difícil e incierto, nos cumple señalar otras, unas todavía vigorosas, otras ya bastante más olvidadas, todas sin embargo susceptibles de resurgir en algún momento en una de esas sorprendentes readquisiciones de la continuidad histórica que suelen suceder en la evolución de los pueblos. Así:

— el alto significado geopolítico del actualmente todavía tan melancólico río Sao Francisco, articulador natural de todo el promontorio nordestino al centro metropolitano de Rio de Janeiro, a través de Minas Gerais y antiguo condensador de población y economía florecientes;

— la importancia de las múltiples vinculaciones nordestinas por el interior, sobre interminables planicies, ligando los lejanos extremos de los amplios y sobrepuestos arcos costeros;

— la utilización de innumerables varaderos o istmos que comunican cuencas hidrográficas de los más variados cuadrantes, habiendo permitido extraordinarios y memorables periplos fluviales de la meseta;

— la salvaguarda de fronteras lejanas y la afirmación de la soberanía nacional allí, mediante la sabia disposición de núcleos defensivos que taponan estratégicamente todas las aperturas a la penetración desde el exterior;

— la sensibilidad al valor geopolítico capital de las regiones interiores del Guairá, del Itatim, de Potosí-Chiquitos —el oeste paranaense, el sudoeste de Mato Grosso y los contrafuertes andinos en el *divortium aquarum* entre el Amazonas y la cuenca del Plata— que bordean del sur hacia el norte la meseta —corazón del Brasil— y detienen el camino del mediano y del alto Paraná por una y otra de sus orillas o dominan el *talweg* del Guaporé-Mamoré que, después de cumplir su papel de divisoria, lleva directamente al mundo amazónico del Madeira;

— el sentido de indispensable plasticidad política ante el tremendo y nuevo problema creado por la amplitud de la inmensa base física tropical propiciadora de las diferenciaciones regionales e inspiradora de las más rebeldes autonomías locales, traduciéndose en la perpetua oscilación entre la centralización y la descentralización administrativas, recurriendo a la dinámica vinculadora de los transportes o a expedientes de fórmulas políticas compensadoras —tal como lo demuestra ejemplarmente Oliveira Viana en su clásico estudio: *Evolución del pueblo brasileño*—;

— el comercio intensivo tanto con el Plata y con Tucumán como, hacia el oeste, con las poblaciones andinas de Bolivia y Perú, a pesar de las fuertes barreras impuestas por un feroz y celoso monopolio de España;

— el intercambio no menos frecuente y la vigilancia siempre constante respecto del litoral fronterizo de Africa, donde la presencia de los hombres del Brasil colonia se hizo tan afirmativa, sobre todo en los siglos XVII y XVIII cuando Salvador Correia de Sá llevaría a buen término la expedición de reconquista de Angola, como lo cuentan Vivaldo Coaracy y el eminente historiador inglés Charles Boxer.

Agreguemos a eso:

— la conciencia, todavía algo difusa, de una comunidad lusitano-brasileña, inclinada en un gran círculo, desde Rio Grande hasta Natal y Amapá y por las Azores y el Portugal peninsular hasta Guinea y Angola, sobre el Atlántico centro-meridional donde Trindade, al sur, marca un importante punto de apoyo entre Rio y Luanda. Esta conciencia que se agudiza día a día, habiendo sido superados los naturales resentimientos de la propia campaña de la independencia y las subsecuentes desconfianzas que tanto enturbiaron los agitados años de nuestro romántico Primer Imperio;

— el sentimiento de una genuina identidad cultural con el mundo latino y católico de allende el mar, del que Francia sería, durante un largo período y hasta hace bien pocos años, el admirable paradigma imitado en todo;

—el espíritu del panamericanismo basado en el reconocimiento de una unidad continental que los amenazadores peligros externos de este nuestro agitado siglo ponen, cada vez más, en la categoría de las realidades indiscutibles, siempre triunfante, hasta hoy de innumerables y graves divergencias, de agudos choques de intereses y de recelos no del todo infundados, por cierto, en contra de interferencias desmedidas y prepotentes de los más fuertes.

Tendremos así un cuadro completo de las principales líneas tradicionales, geopolíticas o simplemente "geohistóricas", que deben ser ponderadas en cualquier tentativa de esbozar directrices de la acción política brasileña, en el campo interno y en el frente internacional.

3. Principales modificaciones estructurales de la sociedad brasileña ante la evolución del ambiente mundial y, en particular, del panorama americano

Hagamos notar, desde un principio, la complejidad ya tantas veces señalada de ese universo brasileño en que coexisten, lado a lado, formaciones sociales y complejos culturales distintos, en muy diferentes grados de evolución, que parecen ofrecer al observador una recapitulación viva, a lo largo del inmenso espacio territorial, de las propias series temporales desigualmente concluidas. Y atengámonos, por lo tanto, a las simples dominantes, capaces de ser tomadas, a grandes rasgos, como características de todo el conjunto, en una visión simplificadora pero no por eso menos aclaratoria.

En el campo económico, superadas, aunque nunca del todo, las formas precapitalistas, a partir de las más rudimentarias —la caza y la pesca primitivas, la simple recolección de los frutos de la tierra, la cultura de la tierra rotada y depredatoria con todo su complejo de la quemada—, y a través del pastoreo extensivo y rudo, sometido a los azares de una naturaleza propicia, y que crearía, en el nordeste, la singular "civilización del cuero" de que nos habla Capistrano de Abreu y, en los límites meridionales, modelaría la bizarra figura del *gaúcho*; de los amplios latifundios de los señores del centro-sur, verdaderas autarcias omniproductivas instaladas en los grandes dominios estancieros bajo la protección de sus clanes guerreros, tal como los describe Oliveira Viana; de la monocultura patriarcal basada en el trabajo servil y que, bajo el doble símbolo de la *casa grande* y de la *senzala*[9] mereció de Gilberto Freyre un monumental y definitivo estudio; de la minería aventurera y ávida que agotaría en poco tiempo los más ricos *placers*, bajo la vigilante codicia de un fisco inexorable, la sociedad brasileña está logrando ahora los más elevados tipos estructurales, por la industrialización intensiva, no restringida a los meros bienes de consumo sino basada en la gran industria de base, cuyo objetivo son las innegables potencialidades amplias de un mercado interno hambriento de productos de todo orden y las posibilidades de una competencia, aunque al principio muy dificultosa, en el propio campo internacional. Ya no la exclusiva producción de bienes primarios, de materias primas y otros productos de exportación, sujeta a todas las exigentes imposiciones del exterior y totalmente sometidas, según los moldes de las clásicas *plantations*, a los intereses inmediatistas de empresarios y capitalistas extranjeros. Ya no la secular renovación de los ciclos económicos —el palobrasil, el azúcar, el oro, el caucho, el café agonizante— llevando finalmente a la estancación y al desaliento, después de un período más o menos efímero de euforia y de riqueza.

Es cierto que el desarrollo económico acelerado, en el ansia de quemar etapas, puede engendrar, por sí mismo, las más serias crisis —de crédito, de divisas, la inflación, las sucesivas huelgas, insatisfacción y motines—; agrava, en muchos casos, puntos fundamentales de estrangulamiento del sistema —el constante déficit de energía, la insuficiencia alarmante de todos los servicios urbanos, la falta de técnicos, la deficiencia de mano de obra capaz—; grava terriblemente las siempre reducidas disponibilidades de un equipo de circulación constantemente en fuerte retraso respecto de la demanda; aumenta cada vez más el alarmante desajuste entre una agricultura atrasada, de rendimiento todavía muy bajo, y una industria en promisorio avance, a pesar de los gravámenes iniciales que perturban la productividad; aumenta, dramáticamente, el peligroso desnivel entre las varias regiones del país, exacerbando los contrastes y creando zonas marginales y áreas-problema —una periferia nítidamente subdesarrollada alrededor de algunos vigorosos núcleos de elevado ritmo de expansión económica—. Pero lo más importante es que ese desarrollo por la industrialización anuncia una liberación más efectiva respecto de los grandes centros externos, motores del dinanismo económico mundial y dará

[9] Se decía de la casa del señor y de los alojamientos destinados a los esclavos, todo un símbolo del régimen servil vigente en Brasil hasta 1888. Título del más famoso ensayo sociológico de Gilberto Freyre. (N. del T.)

como resultado, en beneficio de la unidad y de la cohesión nacionales, una articulación cada vez más sólida de las diversas partes del amplio dominio, incluso las más lejanas o excéntricas, a núcleos propulsores radicados en el propio teritorio y, sobre todo, orientados por genuinos propósitos nacionales.

En el campo político, dejando de lado la espectacular sucesión de fórmulas adoptadas para las instituciones tanto nacionales como locales, hasta llegar a la república federativa y al régimen representativo y presidencial que tenemos, lo que más vale señalar —además de la dinámica partidaria, del estilo tan criticado y tan criticable de la vida pública, del funcionamiento precario del sistema opinión pública-gobierno-propaganda, de la injerencia tan poderosa y sutil del poder económico— es el innegable proceso de maduración política de las masas, cada vez más concentradas en los grandes y medianos centros poblacionales y, día a día, gracias a la penetración de los múltiples medios de comunicación y difusión de ideas, más atentas y más participantes de la vida pública. El viejo señor de ingenio, patriarca todopoderoso, ya desapareció hace mucho, como también va pasando a la historia la figura tradicional del "coronel" [10] del interior; las viejas y orgullosas aristocracias rurales cedieron por completo la delantera a las nuevas *élites* —la burguesía comercial, los "doctores", los barones industriales— que ni siquiera logran afirmarse sólidamente en el usufructo de las posiciones conquistadas, ante las nuevas presiones que les llegan desde abajo, agresivas y unidas, y de la siempre creciente infiltración en sus filas de elementos extraños, aspirados por la elevada capilaridad social que el medio, al extremo cambiante e incluso frecuentemente convulsionado, admite y propicia. El ideario político también se renueva y no menos aceleradamente, bajo el influjo de evidentes imposiciones económicas y bajo el poderoso estímulo de las mutaciones que se llevan a cabo incesantemente a lo largo de ese mundo, tan agitado y tan agónico. Sin embargo, de cualquier forma, según una perspectiva a largo plazo en que se diluyan las frecuentes y lamentables reincidencias, sea cual sea el rótulo bajo el cual se hayan presentado y mantenido, el progreso en el sentido de una efectiva democratización de la vida política nacional es sensible e innegable.

En el campo psicosocial, a pesar de los enormes tropiezos y de muchos errores de orientación, la educación gana nuevos impulsos, difundiéndose en un ámbito cada vez más amplio y des-

[10] El tradicional jefe político en las zonas del interior, una versión criolla del señor feudal. (N. del T.)

viándose de un academicismo de ostentación hacia formas más técnicas y generalmente más productivas, y, si bien las crisis interminables, económicas y políticas, amenazan con agudizar el problema social por la cristalización de clases bien diferenciadas y cada vez más conscientes de su existencia como grupos en oposición o férrea competencia, por otro lado el profundo sentimiento de la unidad nacional, el orgullo por la tierra y por la gente, un espíritu nacionalista muy a flor de piel, algo primario, sujeto a distorsiones bien o mal inspiradas, son factores que demuestran un endurecimiento benéfico de la estructura psicosocial de la nación. Los patrones sanitarios mejoran, sin duda, aunque nunca tanto ni tan rápidamente como lo deseado. Mientras que —lamentablemente— el tono de moralidad, bajo la presión de las vivas dificultades económicas, de la competencia desenfrenada, del ritmo agitado y cansador de la vida y del estímulo de mucha propaganda perniciosa, decae visiblemente, como por otro lado sería de esperar en una sociedad que se caracteriza por tan elevado índice de movilidad social, bajo el nefasto signo de la inflación.

En el sector demográfico en particular, se registra un crecimiento casi explosivo de la población y, a pesar de las migraciones internas descontroladas y del persistente éxodo rural, la ola vitalizadora de la población avanza hacia el interior, lenta, desordenada, irregular pero constante, cubriendo actualmente, casi sin lagunas, aunque con una densidad promedio bastante baja, toda una franja litoraleña de 500 kilómetros de ancho, desde el Río Grande do Sul hasta Maranhão. Hemos evolucionado, pues —y no poco— desde la tenue colonización periférica que todavía caracterizaba al Brasil en los comienzos del siglo XVII, hacia la ocupación de una amplia base de partida, favorable a la maniobra que habremos de realizar, de la incorporación real del inmenso dominio del interior, prácticamente todavía un desierto, a la comunidad nacional.

Ahora bien, mientras progresábamos penosamente, según las líneas generales que hemos señalado, el mundo que nos rodea sufría el tremendo impacto de dos revoluciones industriales que alterarían profundamente todos los patrones dimensionales, toda la escala del espacio y del tiempo, acercando los más distantes lugares y poniendo en íntimo contacto las más apartadas culturas. Sumergieron, en los cataclismos de dos guerras de proyecciones mundiales, a las Grandes Potencias orgullosas de antes y los polos de la dinámica económica, política y militar que galvaniza a todo el mundo, se trasfirieron bruscamente a nuevas regiones, inaugurando estilos completamente distintos en las relaciones internacio-

nales. Finalmente los pueblos del Asia despiertan de su contemplativo marasmo secular y las poblaciones milenariamente explotadas del Africa encuentran el camino de la redención en la áspera lucha contra un colonialismo en franca descomposición, pero que se niega sin embargo a reconocer la derrota.

Más cerca de nosotros, los países de América latina, a través de siglos, como los nuestros, igualmente difíciles —de dificultades, de sacrificios, de luchas y de crisis sucesivas—, siguen en la conquista de más altos patrones culturales y políticos y en busca de la revitalización de sus también débiles estructuras económicas. Viejas disensiones y tradicionales desconfianzas desaparecen gradualmente, y se afirma un sentimiento de solidaridad continental, bajo el calor de las prácticas de una "buena vecindad" comprensiva y sin subterfugios. América latina toma conciencia del hecho de su innegable expresión geopolítica, no sólo potencial sino ya actual, mientras que la sombra proyectada por los Estados Unidos de América, elevados a la categoría de superpotencia líder reconocida por Occidente y de responsabilidades, por lo tanto, ampliadas a una escala universal, deja paulatinamente de generar los mismos recelos de épocas anteriores. Y los resentimientos —aunque existan, y poderosos— son de otro orden; sobre ese particular, hoy se reclama una ayuda y una asistencia que, en realidad, ni siquiera podrían haberse considerado en épocas más lejanas.

4. Objetivos nacionales permanentes del Brasil

Ante las ya señaladas líneas tradicionales de nuestra "geohistoria" y habiendo considerado los principales cambios estructurales de la sociedad brasileña frente a la evolución del ambiente nacional, será el caso, ahora, indagar cómo podrían ser definidos, sumariamente, los *Objetivos Nacionales Permanentes* que deben inspirar toda nuestra acción geopolítica, tanto en el ámbito interno como en el campo internacional.

Sinceramente, no creemos que se pueda llegar a otra formulación divergente de la que sigue, a no ser en cuestiones de poca importancia:

— la salvaguarda intransigente de nuestra independencia política, aunque se admitan autolimitaciones, nunca esenciales, de la soberanía nacional, en beneficio de la cooperación y de la paz internacionales;

— el mantenimiento de un estilo de vida democrático, con bases cada vez más amplias en la participación efectiva y consciente del pueblo;

— la garantía de las libertades regionales (sentido federativo) y de la autonomía local (municipalismo);

— la consolidación de la unidad del grupo nacional, a través de una creciente integración social, con fundamentación en los principios de la justicia social y de la moral cristiana;

— la incorporación efectiva de todo el territorio nacional, humanizándose y valorándose los amplios espacios todavía vacíos;

— el fortalecimiento equilibrado de la estructura económica, a fin de asegurar elevados niveles de bienestar y cultura a todo el pueblo, en todas las regiones del país, garantizándose el grado de autosuficiencia realmente indispensable para el pleno ejercicio de la propia soberanía nacional;

— el mantenimiento del *statu quo* territorial en América del Sur, contra cualquier tendencia revisionista o la formación de bloques regionales, políticos o simplemente económicos, que puedan constituir una amenaza para la propia paz del continente;

— el robustecimiento de la solidaridad y cooperación entre los pueblos de América, para el progreso general y la defensa continental;

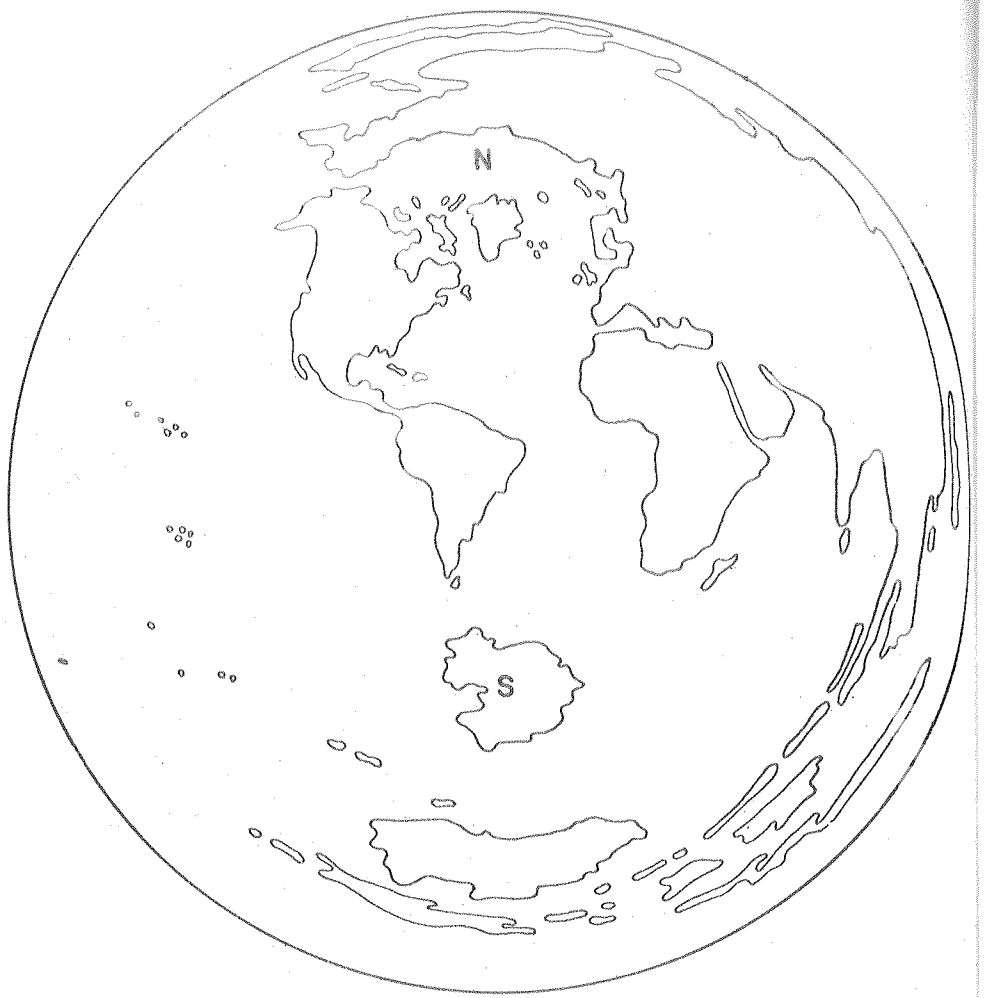
—el fortalecimiento del prestigio nacional en el ámbito externo, basado en el principio de la igualdad jurídica de los Estados, y la creciente proyección del país en el exterior considerando la salvaguarda eficaz de sus propios intereses y también en beneficio de la propia paz internacional.

5. El Brasil actual en el mundo contemporáneo

¿Qué obstáculos importantes se presentan hoy para la consecución o la salvaguarda de tales objetivos? ¿Con qué antagonismos, actuales o simplemente potenciales, tenemos que enfrentarnos? ¿Qué amenazas se hacen sentir o se anuncian?

Un rápido estudio del panorama del Brasil actual en el mundo contemporáneo nos permitirá distinguirlos sin mayores dificultades.

Detengámonos sucesivamente:



Esquema 12

— en una perspectiva brasileña del mundo;
— en la vecindad latinoamericana;
— en el "imperio" brasileño.

a) Una perspectiva brasileña del mundo

Tomemos un mapa del mundo con una proyección bien centrada sobre la región más vitalizada y dinámica del Brasil (esquema 12).

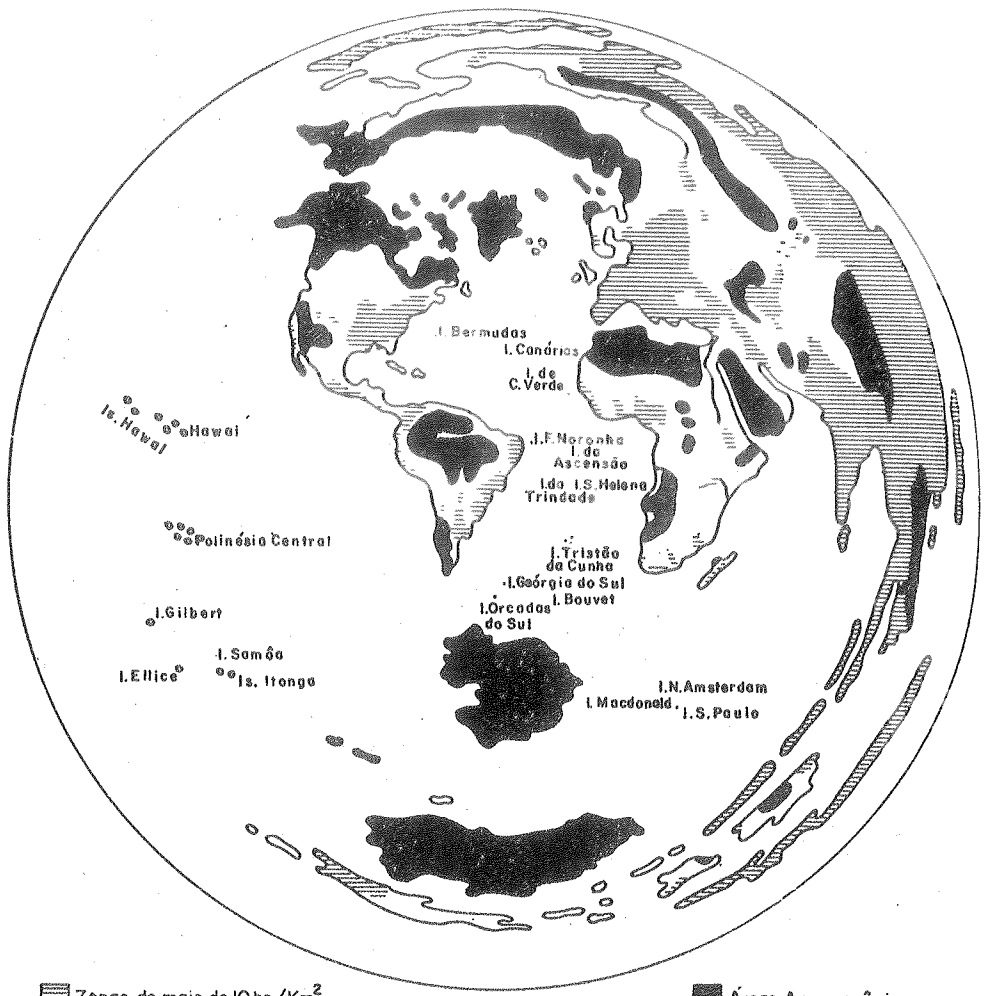
Sobre una perspectiva tal —que señala el eje América-Antártida-Australia, separando nítidamente el hemisferio de las aguas representado por la imponente amplitud del océano Pacífico y sus incontables archipiélagos, por un lado y, por el otro, el macizo hemisferio de tierras del Antiguo Continente, con sus proyecciones tentaculares en ambos extremos diametrales; reduce a sus verdaderas proporciones nada más que peninsulares a la vieja Europa recortada, mientras que resalta en plano singular la mole compacta del Africa, y caracteriza al Atlántico como un nuevo Mediterráneo, igualmente rodeado pero más abierto a influencias y amenazas externas en uno de sus extremos, adecuado a la escala muy agrandada del actual dinamismo internacional— ajustemos un dispositivo de las masas humanas y de los vacíos ecuménicos todavía existentes, un esquema de las principales líneas de relieve y la trama de los principales centros de la circulación mundial.

Allí (esquema 13), frente a la disposición cuadrangular de los núcleos de civilización que limitan, de forma mucho más acentuada y poderosa al norte, los diámetros de las dos cuencas atlánticas, de aquende y de allende el ecuador —el brasileño-platense fronterizo al africano de Nigeria y Costa del Oro, la plataforma oriental norteamericana-canadiense enfrentándose con la masa europea y sus prolongaciones por el norte de Africa y por el Oriente Medio—, impresiona sobre todo el amplio y denso arco de la humanidad asiática que se desdobla continuamente del Japón a la Indonesia, avanzando en el centro el bloque imponente del subcontinente índico. En el exterior, quedan nódulos dispersos y pequeños, disociados por los grandes claros ecuménicos que circundan a los polos, absorben casi todo el continente de Australia, delinean, a través de la Hilea amazónica, del Sahara, de la península arábica y de los desiertos centro-asiáticos, un desmesurado cinturón de aislamiento y disocian Africa en por lo menos dos mitades, una vuelta hacia el mundo atlántico, otra estrechamente vinculada a Eurasia.

Aquí (esquema 14) sobresale, en las líneas más acentuadas del relieve, un dorso americano bañado por el Pacífico y favorablemente protegido, mientras que el Africa ofrece, en su lado oeste, una amplia arcada bien desprotegida frente a la proyección nordestina de Brasil.

Y, en el sistema circulatorio (esquema 15), resaltan enseguida un vigoroso ecuador marítimo-aéreo, la importancia y la riqueza de la actual trama norte-atlántica y el alto significado potencial del Atlántico Sur, lago interior todavía seguro que se afirma como la

O ECÚMENO



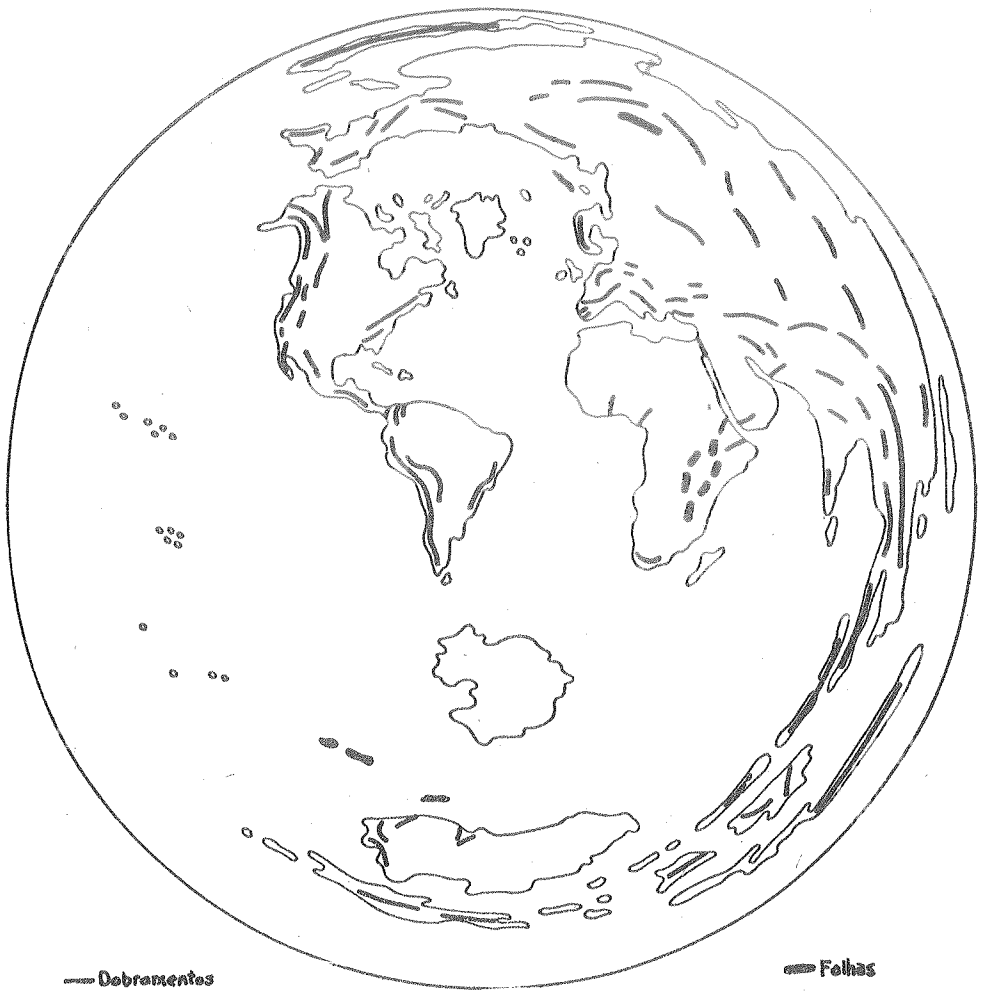
Esquema 13

llave estratégica de todas las vinculaciones menos vulnerables al servicio de Occidente.

Resumamos todos esos datos en una visión compuesta que, esquemáticamente, ponga en justo relieve la posición del continente sudamericano y, en particular, la de Brasil, en ese mundo contemplado desde el centro de nuestra potencia y de nuestra vitalidad económicas.

ESQUEMA 14

O RELÊVO



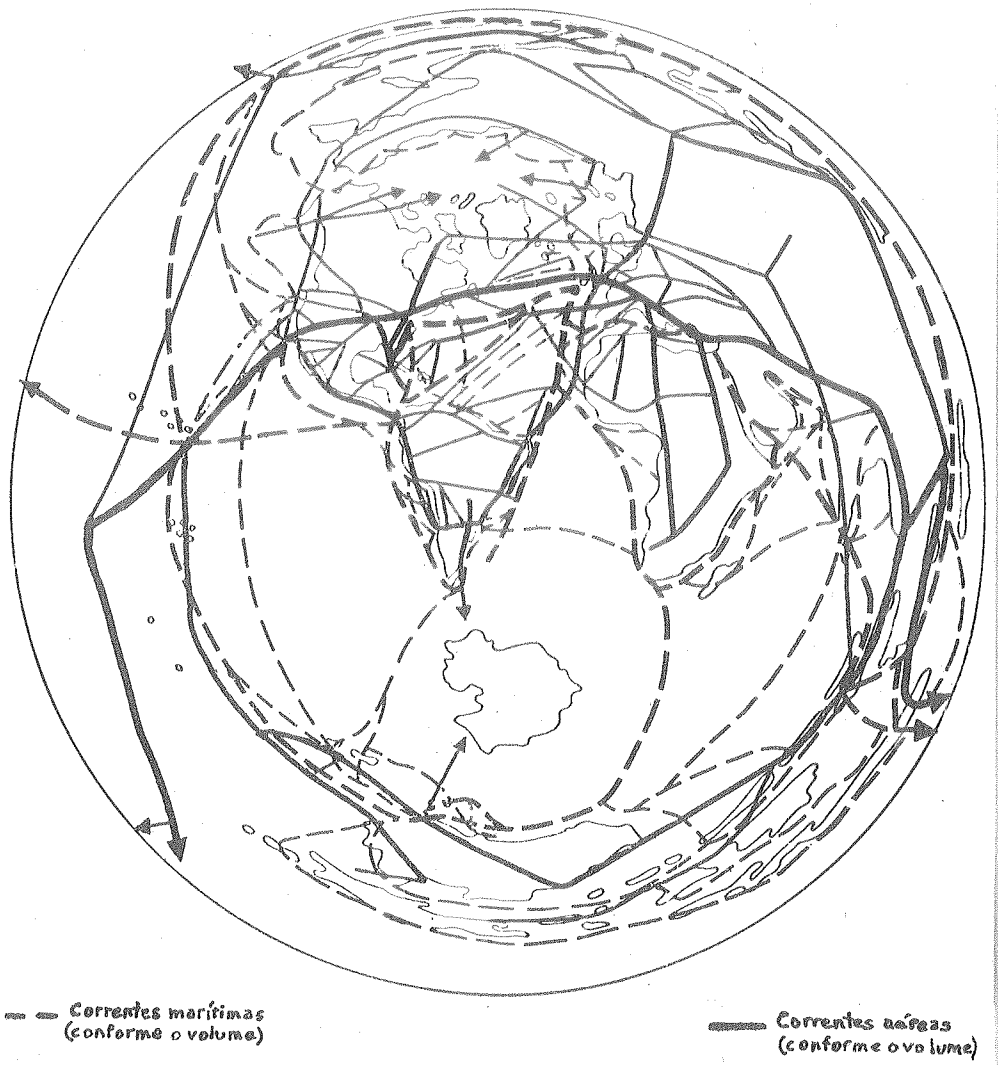
Ya lo hicimos en otra oportunidad con palabras que aquí vamos apenas a reproducir (esquema 16):

"Bien protegida al oeste por el inigualable foso del inmenso Pacífico y, además, por la muralla ciclópea de los Andes, América del Sur se vuelve toda hacia el Atlántico y hacia el hemisferio terrestre del este, al avanzar, en punta, el promontorio nordestino.

"Un primer hemiciclo interior de tierras la circunda, en un radio promedio de unos 10.000 km —América del Norte, en el flan-

ESQUEMA 15

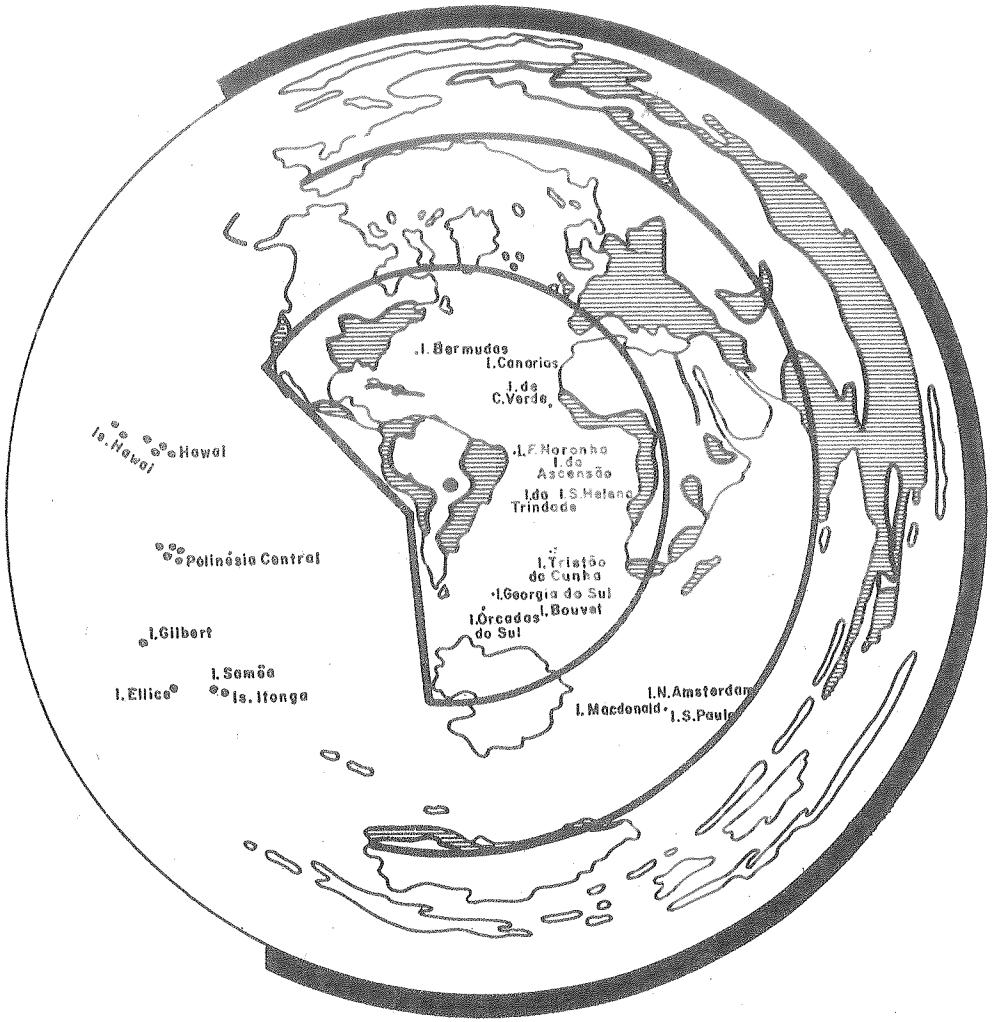
A CIRCULACÃO MUNDIAL



co izquierdo, Africa en posición frontal y la Antártida en el flanco derecho— A lo largo de ese amplísimo arco, las tres masas circundantes se presentan en grados muy dispares de ocupación efectiva por el hombre y de potencial económico y político —máximo al noroeste, muy incipiente al este, nulo al sur—.

"Con origen inmanente en las tierras de ese hemiciclo interior no deberá temerse, en plazo previsible, por más largo que sea, cualquier amenaza directa a la seguridad de América del Sur y, por lo tanto, también de Brasil; por un lado, por ausencia de poten-

A AMÉRICA DO SUL E OS HEMICICLOS INTERIOR E EXTERIOR



Esquema 16

cial de agresión y, por el otro, por exceso desproporcionado de un poder contra el cual no habría cómo oponerse, si antagonismos mucho más graves no lo mantuvieran ocupado en focos lejanos de roces y si —factor nada despreciable— la común profesión de fe democrática y el ideal panamericanista siempre proclamado no constituyeran suficiente zona psicológica de amortiguamiento en que se desvaneciera cualquier resentimiento más fuerte.

"Más allá del hemiciclo interior —realmente gigante, aunque todavía más agigantado por la deformación de la proyección azimutal equidistante—, un bloque macizo de tierras, a una distancia promedio de unos 15.000 km, ocupa bastante más que un cuadrante, avanzando hasta la altura de otra masa secundaria transártica, situada también a igual promedio de distancia. Es el *hemiciclo exterior* amplísimo, descomponible desde el punto de vista de las concentraciones de potencial demográfico y económico que presenta, en cuatro núcleos principales:

— aquende del radio promedio, avanzando hasta morder levemente el hemiciclo interior en la apertura del nordeste, el poderoso núcleo europeo, incluidas una gran parte de la Rusia asiática y la región caucasiana, el cual se infiltra, tenue pero profundamente, en el dorso truncado del continente africano;

— sobre el propio arco de delimitación de los 15.000 km, dos masas que se corresponden, una por atrás del Africa, otra por atrás de la Antártida; ambas, aunque por distintos motivos, todavía no lo suficientemente potentes, pero presentando perspectivas altamente favorables; al este, la India, con su elevado potencial humano y sus riquezas todavía no explotadas, despertando de su contemplativo sueño milenario; al sur, Australia (con el rico apéndice de Nueva Zelanda), demográficamente escasa, luchando con un territorio poco promisorio, pero dotada de una población altamente capacitada y enérgica;

— finalmente, más allá del arco demarcador, la desbordante humanidad amarilla de China y Japón prolongándose por Indochina, por Malasia, por Indonesia y por las Filipinas —un impresionante potencial demográfico y riquezas variadas e inmensas, a la espera de una organización eficiente y activa que los movilice e impulse—.

"De ese hemiciclo exterior pueden surgir en cualquier momento peligrosas amenazas contra el mundo sudamericano, pues de allá ya partieron en épocas pasadas, sea de la Alemania de Guillermo II —poco menos definidas— y del Gran Reich de Hitler —vigorosas—, sea del imperio nipónico de Hirohito —más lejanas— y nuevamente se manifiestan hoy, con excepcional y multiforme violencia, a partir del eje Moscú-Pekín.

"Por lo tanto, ése es el *hemiciclo peligroso* contra el cual América del Sur tendrá que estructurar sólidamente su propia seguridad.

"Ahora bien, frente al mismo, el continente sudamericano podrá considerarse inmune contra acciones más directas, mientras las

FORTALEZA AMERICANA

Esquema 17

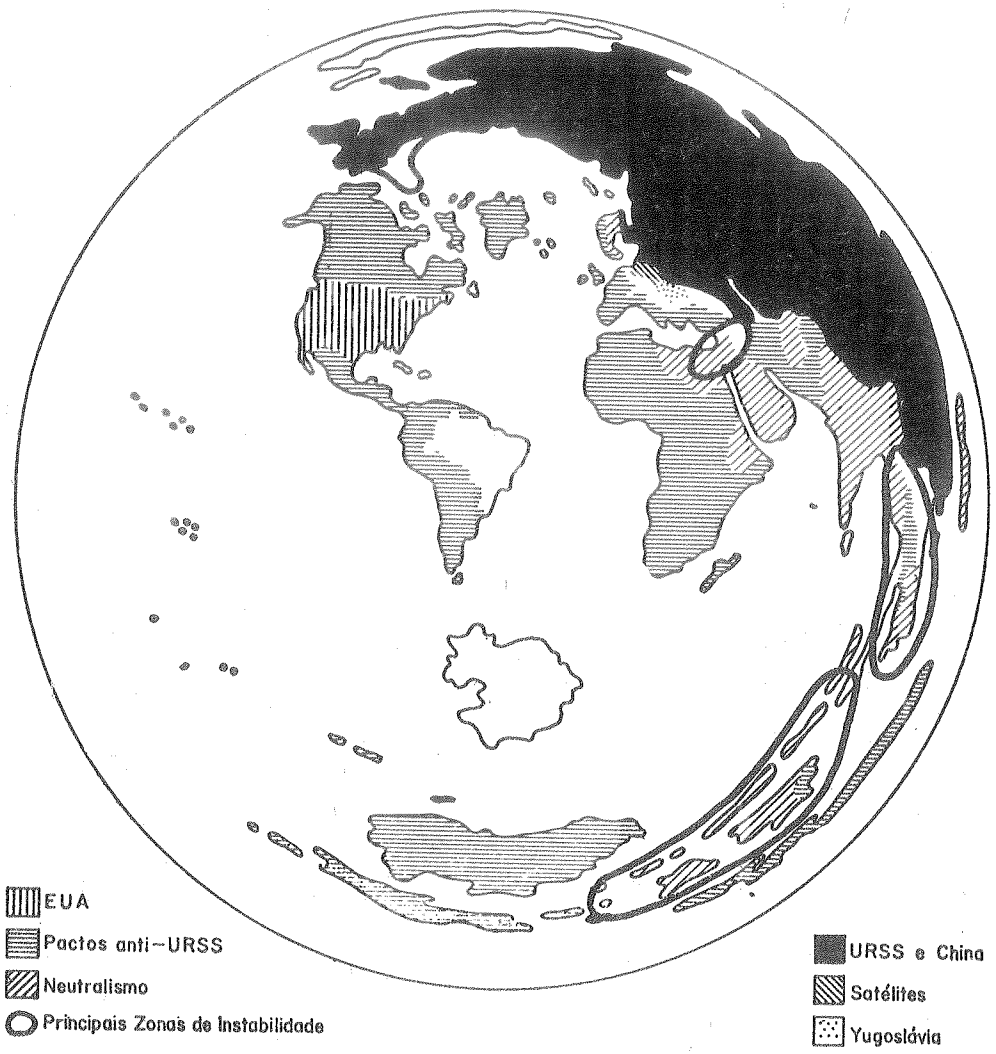
tres masas ocupantes del hemiciclo interior no estén en manos de un agresor potencial.

"El hemiclo interior delimita, por lo tanto, la frontera decisiva de la seguridad sudamericana (esquema 17).

"Taponadas las brechas del nordeste y el sudeste por las avanzadas de Islandia, de Azores-Madeira-Canarias y de Príncipe Eduardo-Crozet-Kerguelén-MacDonald, y prolongada la seguridad, en el Pacífico, el arco limitado por las islas Hawai, Espórades, Marque-

ESQUEMA 18

O ANTAGONISMO DOMINANTE



sas y de la Sociedad, la fortaleza sudamericana permanecerá casi inexpugnable, si se toman, con oportunidad y sabiduría, justas medidas preventivas y, si es necesario, represivas, contra la infiltración quintacolumnista, la agresión disfrazada en subversión insuflada desde lejos, la penetración ideológica emoliente y sutil.

"Lo mínimo que podemos, que debemos, hacer para la seguridad de la fortaleza sudamericana es empeñarnos, juntamente

con toda América del Sur, decidida y perseverantemente, en la preservación en manos amigas de las tierras del hemiciclo interior; esa fortaleza sudamericana necesita desarrollarse y crear riquezas y realizar plenamente sus destinos, en esta época de vertiginoso progreso de las técnicas y de las armas, arrasadoras o insidiosas, de ataques realizados sobre distancias intercontinentales.

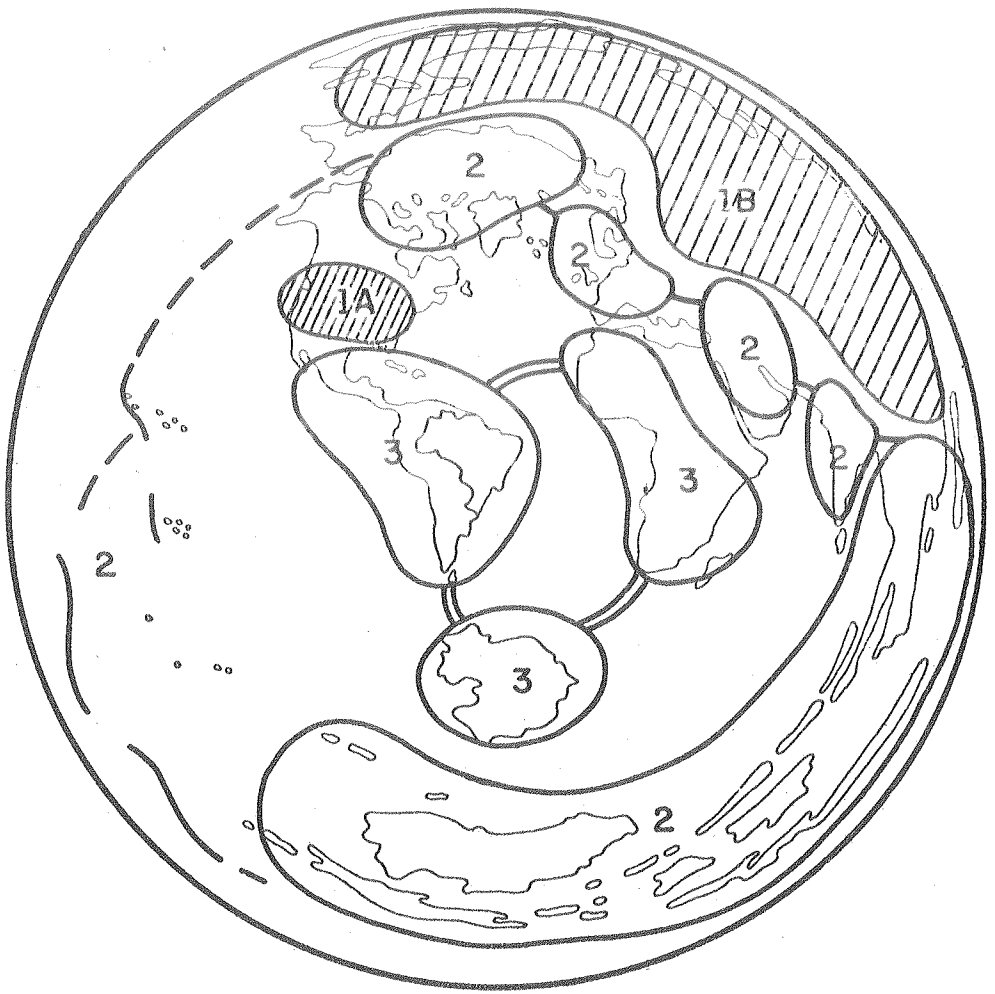
"La firme convicción de ese imperativo geopolítico, trazado en el mapa del mundo por la eterna disposición de las masas terrestres que nos circundan, permitirá basar en sólidos cimientos las seguras directrices de una estrategia mundial de perspectivas ampliadas, de modo que no tengamos que ceder a impulsos emotivos ocasionales cuando llegue el momento de la toma de decisiones graves a que nos fuerce cualquier evolución sombría de la coyuntura internacional."

Ahora bien, en el momento actual lanza sus sombríos presagios sobre todo el mundo un antagonismo de proporciones nunca vistas y que separa el Occidente democrático y el Oriente comunista en dos bloques ya empeñados en una pugna interminable y porfiada (esquema 18).

El principal centro agresor está radicado, otra vez, en el hemiciclo exterior que hemos delimitado, dominando Eurasia desde el Elba y el Artico hasta el extremo litoral del Pacífico. Entre él y el polo opuesto (esquema 19-1A y 1B), centrado éste en la fortaleza-arsenal de los Estados Unidos, están dispuestas circularmente varias *áreas-explanadas* (esquema 19-2) presentando mayor o menor profundidad, potencialidades regionales muy distintas, niveles bastante variables de estabilidad que permiten incluso, aquí y allá, la peligrosa existencia de zonas inestables, y distintos grados de integración en el sistema periférico de defensa que Occidente viene tratando, incansable y aceleradamente, de estructurar —el ártico desierto que las torres de radar actualmente señalan; la Europa de la O.T.A.N., ya del todo recuperada del cataclismo de la última guerra; el Oriente Medio, cada día más convulsionado; la India perpleja y siempre sorprendente en sus decisiones políticas; el amplio cuadrante del Sudoeste Asiático, de Indonesia y de Australia que la O.T.A.S.E. trata de aglutinar con grandes dificultades, y, finalmente, las avanzadas insulares del inmenso Pacífico—. Y, en ese conjunto así nucleado, las direcciones más amenazadoras son, sin ninguna duda: la del Oriente Medio, que abriría el camino hacia el Africa, posibilitando el desbordamiento por el sur de todo el importante baluarte europeo, y, bastante más al este, la de una penetración sobre el arco indonesio, que permitiría el envolvimiento amplio de todo el escudo australiano.

ESQUEMA 19

CENTROS DE PODER
Áreas esplanadas e áreas interiores



Más en el interior del sistema, mejor protegidas por lo tanto contra asaltos directos y articulados entre sí por el mediterráneo del Atlántico Sur, las tres masas de América del Sur, del Africa atlántico-meridional y de la Antártida (esquema 19-3), constituyen una placa giratoria de maniobra superior para cualquier estrategia de resistencia y contraofensiva respecto de siempre posibles y peligrosos ataques, aunque inicialmente sean victoriosos, del expansionismo soviético.

Y así, nunca bastará que nos empeñemos simplemente en mantener el territorio nacional y la circunvecindad inmediata en América del Sur inmunes a la infiltración persistente y mistificadora del comunismo o a menos probables ataques directos, difícilmente montados en fuerza o repetidos en el tiempo. Importará también —y mucho— que estemos vigilantes y dispuestos a cooperar, si y cuando sea necesario en la defensa, a toda costa, de Africa del oeste y del sur que nos queda fronteriza, y desde donde un enemigo activo nos podría ofender directamente, dominándonos las comunicaciones vitales del Atlántico centro-meridional.

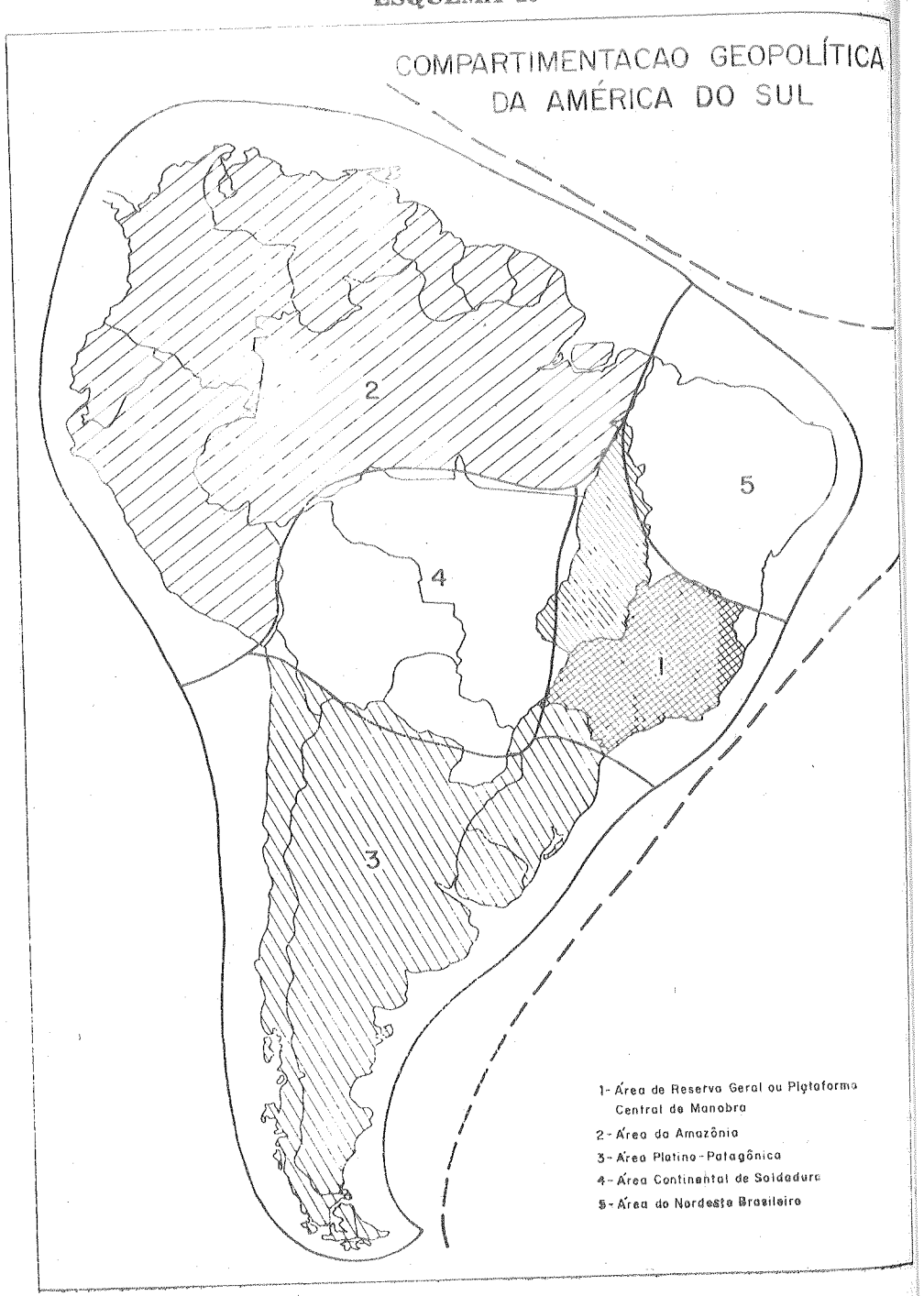
Nada de lo que suceda en el amplio triángulo de masas continentales que delimita a esa cuenca nos puede ser, en ningún momento, indiferente, mucho menos en el momento decisivo en que se debate el Occidente y, con él, todos nosotros, latinoamericanos, que reconocemos y proclamamos, con el más justificado de los orgullos, nuestra histórica y voluntaria participación en sus gloriosos destinos.

b) La vecindad latinoamericana

Superados en gran parte muchos de los focos de fricción tradicionales que convulsionaron, en épocas pasadas y no muy lejanas, el panorama latinoamericano y a veces todavía se hacen sentir a través de mutuas desconfianzas, recelos más o menos infundados y raros choques esporádicos, prontamente contenidos; fortalecido el sentimiento de una natural comunidad latinoamericana que tendrá todo que ganar en una unión sincera y activa de energías en la lucha contra el subdesarrollo y la debilidad económica; vivamente probada la unidad continental ante amenazas externas que se manifiestan, día a día, más próximas y más tremendas, no por eso pierde un sentido objetivo la compartimentación del continente en áreas estratégicas distintas sino que más bien gana cada vez mayor significación, entendidas éstas más como zonas de integración geopolítica cuya finalidad sería la combinación voluntaria de esfuerzos nacionales para tareas constructivas de paz.

En su amplitud territorial que se desdobla por casi todos los meridianos y paralelos de América del Sur y en virtud de las responsabilidades de cooperación internacional que no podría evitar, por su potencial muy superior de recursos materiales en movilización acelerada, Brasil participa, en realidad, de todas esas áreas geopolíticas del continente, integrando en cada una de ellas partes innegablemente expresivas de sus amplios dominios (esquema 20).

ESQUEMA 20



El núcleo central brasileño, estructurado sobre el formidable triángulo de potencia Río-São Paulo-Belo Horizonte y que tiende a expandirse, como lo veremos posteriormente, para incorporar todo el estado de Minas Gerais y el sur de Goiás, constituye, en sí mismo, un área geopolítica bien individualizada en el conjunto continental, con su marcante característica de verdadera *zona de reserva general* o *plataforma general de maniobra*.

Se destacan también otras dos grandes *áreas geopolíticas terrestres*, al noroeste y al sur del continente, delimitadas sobre fundamentos no sólo geográficos sino también históricos, que sería innecesario recapitular aquí, ya que son muy conocidos; abarcan respectivamente:

– la primera: Perú, Ecuador, Colombia y Venezuela, más las tres Guayanas y, a grandes rasgos, la Hilea brasileña representada por Amazonas, Pará, los territorios de Acre, Amapá y Rio Branco y aun el norte de Goiás;

– la segunda: Argentina, Chile, Uruguay y el Brasil platense, integrado por Rio Grande do Sul, Santa Catarina y Paraná.

Al centro, articulando entre sí estas dos áreas y uniéndolas por otro lado a la zona central del núcleo ecuménico brasileño, hay un *área geopolítica de soldadura*, caracterizada por su notorio carácter ambivalente, amazónico-platense y que abarcaría, a grandes rasgos, Bolivia y Paraguay, más el estado de Mato Grosso y el territorio de Guaporé.

Dejando de lado el Pacífico sudamericano, distinguiríamos igualmente, de la banda oriental, dos amplias *áreas geopolíticas* o *estratégicas marítimas*, correspondientes al Atlántico centro-norte y al Atlántico centro-sur, y a las cuales serviría de soldadura el área geopolítica nordestina, incluido ahí todo el arco que va de São Luis a Salvador (el llamado Nordeste oriental, el Nordeste occidental y Bahia).

He aquí una imagen reticulada en el continente sudamericano, la cual, nos parece, debería orientar toda la acción geopolítica de Brasil en su inmediata circunvecindad política –imagen simétrica y centrípeta, bastante equilibrada también en lo concerniente al intenso juego de las interrelaciones marítimo-terrestres y que sitúa el área nuclear brasileña en posición muy favorable en el conjunto–, asegurando la coparticipación expresiva e indispensable de nuestro ecumeno en la solución integrada de las varias problemáticas regionales, de las cuales nunca podríamos separarnos.

c) El "imperio" brasileño

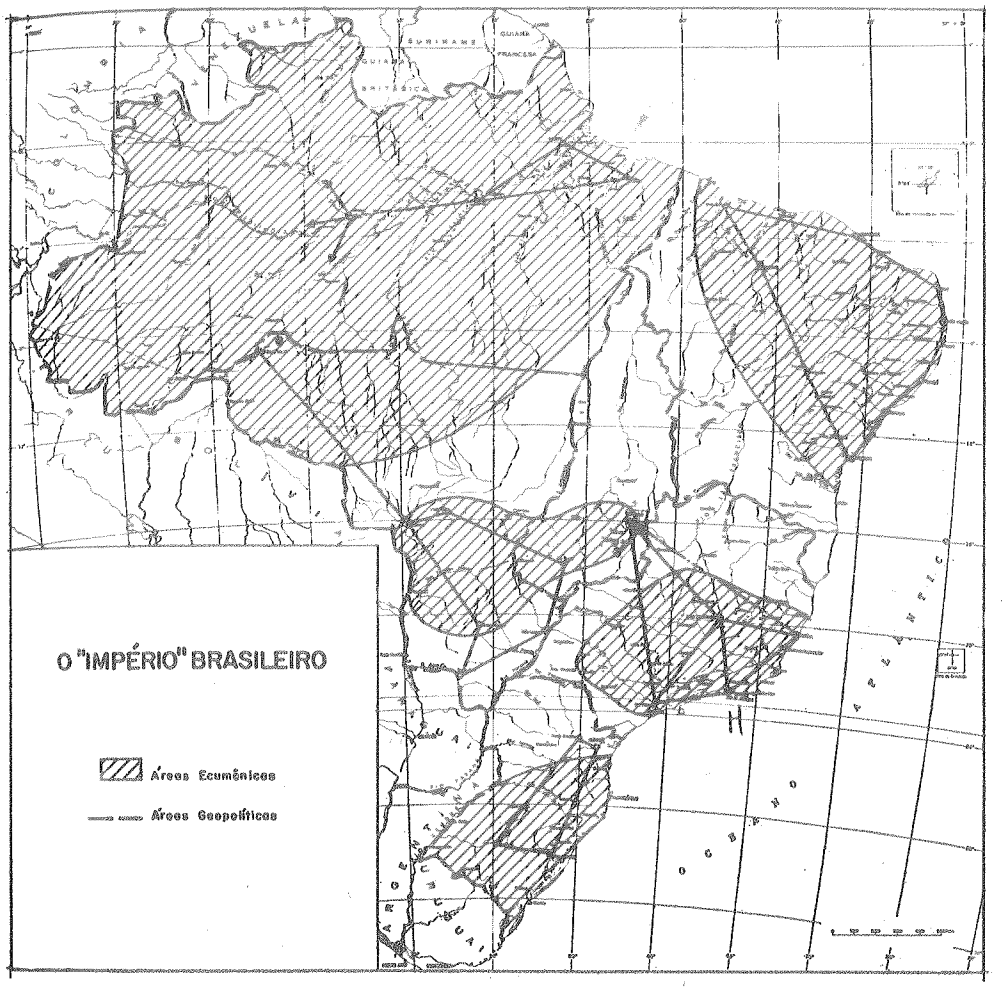
No repetiremos aquí la discusión de la realidad brasileña que nos llevó a pintar, en el estudio anterior, un esquema geopolítico en que (esquema 6) a un *núcleo central*, anclado sobre el ya mencionado triángulo Rio-São Paulo-Belo Horizonte y que, en líneas generales, abarca todo São Paulo, gran parte de Minas Gerais y de Espírito Santo y todo el estado de Rio de Janeiro se articulan, por istmos de circulación por desgracia todavía precarios, tres grandes penínsulas: la nordestina, la del extremo sur y la "goiano-matogrossense"; mientras que, más hacia el noroeste, la Hilea, todavía aislada, tributaria del excéntrico caudal amazónico y nítidamente en la dependencia de las ligazones marítimas, se presenta como una extensa isla lejana cuya conquista no hemos llegado siquiera a emprender sobre bases sólidas.

La propia imagen geopolítica del continente sudamericano, que hemos esbozado recién, incorpora y recapitula, en sus amplios rasgos, esa misma disposición de áreas ecuménicas. Apenas hemos evolucionado desde tales áreas —simple traducción de una realidad más o menos delimitable en términos concretos de ocupación efectiva del territorio y circulación vial y ferroviaria razonablemente densa— hacia zonas geopolíticas, o incluso estratégicas que, como tales, tienen el deber de proyectar en el futuro una concepción política coordinadora de la propia expansión territorial (esquema 21).

Así, el núcleo central ecuménico de Brasil se amplía hacia un área geopolítica de reserva general o de maniobra central, que incorporará necesariamente, en un futuro no muy remoto, la totalidad del estado de Minas Gerais y lo restante de Espírito Santo, extendiéndose, al impulso de la interiorización de la Capital, por todo el sur de Goiás, de modo que el triángulo de potencia que ya se está ensanchando firmemente hacia el cuadrilátero tan bien dotado de São Paulo-Rio-Vitória-Belo Horizonte, acabará por estirarse todavía más hacia el noroeste hasta colocar su vértice interior en la región de Brasilia, posibilitando finalmente la articulación que faltaba con la actual isla amazónica, a lo largo del río Tocantins y del trazado paralelo de la BR-14.

Mientras tanto, la península nordestina también se interioriza, ya como área geopolítica, para englobar a todo el nordeste occidental, por un lado, y a Bahia, por el otro, a fin de poder consolidarse naturalmente en su espléndida base diagonal de Salvador a São Luis, por Juazeiro-Petrolina, Picos y Teresina, y objetivarse la revitalización del tradicional meridiano fluvial del São Francisco-río Preto-Panaguá-río Gurgéia-Parnaíba-Itapicuru. Y el mero istmo de

ESQUEMA 21



circulación limitado por la BR-4 y el TPN, sin eje hacia el extremo sudeste del área, podrá evolucionar francamente hacia la amplia franja de soldadura de la frontera de Minas Gerais.

Por otro lado, la península meridional, comprimida irreversiblemente en un espacio bastante más reducido, ganará apenas mayor organicidad alrededor del cuadrilátero de articulación básica, demarcado por Curitiba-Porto Alegre-Santa Maria e Irati.

Al revés, la actual península del centro-oeste, amputada de la banda oriental, avanza, como área geopolítica plenamente individualizada, reorientándose de sudeste a noroeste para enfrentarse

completamente con Bolivia y Paraguay, de cuyo carácter indeciso y ambivalente participa también, montada sobre las dos grandes cuencas hidrográficas del Amazonas y del Plata. Cuiabá, en el propio paralelo de equipotencia de las atracciones del norte y del sur, está destinada a ser el gran centro de articulación de toda el área, cuya potencial base de circunvalación fronteriza, de Porto Velho a Campo Grande y Ponta Porã, terminará por transformarse en una realidad concreta en la soldadura más avanzada entre el Brasil amazónico y el Brasil platense.

En lo que se refiere a la isla amazónica del actual esquema ecuménico, aunque algo comprimida por el sur y el este, seguirá, como área geopolítica, orientada según el lecho del río formidable, donde Manaus permanecerá como el apoyo del sistema, por más que se articule, adense y vitalice el amplio estuario, en el triángulo Belém-Amapá-Santarém.

6. Posibles directrices de una geopolítica brasileña

Del análisis sumario y de la investigación resaltan, sin duda, todas las principales directrices de una geopolítica atenta a los intereses brasileños —a los Objetivos Nacionales Permanentes plenamente reconocidos— y apoyada en la realidad presente.

En el *campo interno*, la problemática geopolítica se resume en la incorporación efectiva y en la vitalización de todo el amplio dominio, en gran parte todavía vacío del hombre y de la civilización fecundadora. Para lograrlo, agregaremos a la idea de maniobra geopolítica que ya habíamos definido en el estudio anterior, dentro de los límites de un simple ensayo exploratorio, lo que sigue, mediante tres fases, de ninguna forma estancadas en el tiempo (esquema 7):

1. "Articular firmemente la base ecuménica de nuestra proyección continental, ligando el nordeste y el sur al núcleo central del país; garantizar al mismo tiempo la inviolabilidad de la amplia extensión despoblada del interior por el taponamiento eficaz de las posibles vías de penetración";

2. "Impulsar el avance hacia el noroeste de la ola colonizadora, a partir de la plataforma central —la actual región nuclear del país—, "a fin de integrar la península centro-oeste al todo ecuménico brasileño"; y

3. "Inundar de civilización la Hilea amazónica, a cubierto de los nódulos fronterizos, partiendo de una base avanzada constituida en el centro-oeste, en una acción coordinada con la progresión E.-O., según el eje del gran río".

¿Qué orden de prioridad deberá ser establecido en las diversas acciones por realizarse dentro de tal esquema de propósitos? ¿Qué dosificación de medios se deberán atribuir para las diferentes tareas, sobre todo en las que estén destinadas a importantes objetivos de más lejana repercusión y las que atiendan a resultados más inmediatos, entre las que, sacando provecho de las infraestructuras ya existentes y de las posibilidades de economías externas, impulsen todavía más el crecimiento de las zonas por sí mismas en desarrollo, y las que, sin rentabilidad ni segura ni próxima pero apoyadas en principios de justicia social y en imperativos de la integración nacional, desvíen recursos hacia la inversión en áreas marginales y áreas-problema? ¿Qué mayores sacrificios se podrán exigir de las presentes generaciones ya tan recargadas, en beneficio de un futuro más grandioso y mejor? Estas son las candentes cuestiones que escapan a la pura visión geopolítica, ya que abarcan importantes parámetros de orden económico y contenido psicosocial sobre los cuales sería temerario pronunciarse sin un detenido análisis de todos ellos y de su entrelazamiento cibernético. Y ahí es donde se nuclea la diferencia radical que separa la simple concepción geopolítica —una sugerencia ofrecida a la pragmática de los estadistas— de la planificación estratégica y de la obra política, en toda su plenitud integradora.

En el *ámbito externo*, el problema fundamental de la geopolítica es, en primer plano, de naturaleza propiamente estratégica y no podría dejar de hacer hincapié en la salvaguarda de la inviolabilidad territorial ante amenazas externas de cualquier origen, por más improbables que nos parezcan. Bajo tal aspecto, adquiere más importancia, en el frente continental, el fortalecimiento de nuestra base ecuménica, que exige una sólida y permanente articulación de norte a sur, así como la integración del centro-oeste, área de soldadura de inigualable importancia estratégica en el corazón del continente y capaz de permitir una eficaz reacción ante cualquier aventura expansionista, ostensiva o enmascarada, que surja por estos lados, o al influjo de espurias influencias de allende el mar y es capaz incluso de prevenirlas. Todo eso, evidentemente, sin perjuicio de una adecuada estructuración de las tres áreas geopolíticas fronterizas, constituyéndose, en cada una de ellas, potenciales regionales de valor proporcional a la importancia, peligrosidad, grado de urgencia y probabilidad de las amenazas previstas.

En cuanto al frente atlántico:

— en un círculo restringido a la circunvecindad inmediata y considerados, sobre todo, los compromisos recíprocos entre Brasil y los Estados Unidos para la defensa del hemisferio, el fortalecimiento y la articulación de nuestra base ecuménica, extensa charnela anfibia, sigue siendo lo más urgente, agregándose ahora la significación del área nordestina de soldadura entre los dos amplios sectores oceánicos opuestos por el vértice;

— pero en un radio más amplio que no deben evitar, por "avestrucismo" [11] comodista o displicencia criminal, los pueblos que saben reconocer sus indeclinables responsabilidades respecto del futuro, nos debemos imponer la vigilante observación de lo que sucede en el Africa fronteriza, en cuya preservación contra el dominio de fuerzas imperialistas agresivas nos incumbe, por interés propio e incluso por tradición, colaborar eficazmente y de la forma más conveniente.

Sin embargo, la Geopolítica es mucho más amplia que cualquier geoestrategia, pues no se limita a la consideración de agresiones y de antagonismos existentes o previsibles. Al lado de una Geopolítica para la lucha, para la defensa o para el ataque, subsiste y siempre subsistirá una Geopolítica de la paz, volcada hacia los valores mucho más altos y generosos de la solidaridad internacional, de la comunión voluntaria de los pueblos, del incesante progreso de la civilización y de la cultura.

Y en el marco de esa Geopolítica de la paz, creadora y afirmativa, Brasil no podrá, en los días que corren y ante un planeta convulsionado más por la miseria y el hambre que por ambiciones expansionistas y de dominio que realmente existen y que no son, de ninguna manera, despreciables ni remotas, negarse al papel que le cabe en el conjunto de las naciones, a favor de la redención económico-social de toda esa periferia de la que todavía participa, y que se extiende, trágicamente, desde los contrafuertes andinos, a través de toda el Africa, del Medio Oriente, de la península indiana y del sudeste asiático, hasta los confines del mundo indonésico. Y en el ámbito más circunscrito de América latina y, en particular, de América del Sur, es de su competencia estrechar los lazos de cooperación internacional, participando activa y generosamente en la solución de los graves problemas con que se enfrentan los pueblos de las diversas áreas geopolíticas internacionales de que participamos, en todas con amplios tramos de nuestro territorio y con un significativo contingente humano.

[11] El autor empleó el neologismo en el sentido de la táctica del avestruz de ocultar la cabeza bajo tierra cuando se enfrenta a una situación desagradable. (N. del T.)

7. Conclusión

En un brillante ensayo crítico de filosofía de la historia, tomando como tema vivo el pensamiento de Tolstoi de *La Guerra y la Paz* y como epígrafe una frase de Arquíloco, el eminente escritor inglés Isaiah Berlin trazó un notable paralelo entre los que saben relacionar todo con una visión unitaria del mundo y aquellos que, frente a la sorprendente variedad que se les presenta ante los ojos, en una actitud centrífuga e incluso difusa, no tratan siquiera de establecer relaciones unificadoras, de integración y jerarquización, entre los fines que persiguen, las ideas que defienden, las experiencias que viven, las cosas que manipulan.

"El zorro sabe muchas cosas, pero el puerco espín sabe una gran cosa", dijo el poeta griego.

Pues el verdadero espíritu geopolítico es, en resumen, como el puerco espín. Puede no saber mucho, pero sabe una cosa importante. Esa es la fuerza que le da la Geopolítica, con su perspectiva vigorosa, sin duda parcial, siempre incompleta, incluso esquemática, a veces fanática pero unificadora y clasificadora de una realidad cambiante y compleja en que, a pesar de todo, es necesario planificar y actuar.

BIBLIOGRAFIA

1 Almeida, Prof. Luis Ferrand de, "A Diplomacia Portuguesa e os Limites Meridionais do Brasil", Portugal.

2 Berlin, Isaiah, "The Hedgehog and the Fox", Mentor Books, E.U.A., 1975.

3 Boxer, Charles A., "Salvador de Sá and the Struggle for Brazil and Angola - 1602-1686", University of London, Athalre Press, Londres, 1952.

4 Coaracy, Vivaldo, "O Rio de Janeiro no Século XVII", Livraria José Olympio Editora, Rio, 1944.

5 Cortesão, Jaime, "Raposo Tavares e a Formação Territorial do Brasil", MEC, Rio, 1958.

6 James, Preston E., vocablo "Geography", en la Enciclopedia Británica, tomo 10.

7 Silva, Golbery do Couto e, "Planejamiento Estratégico", Biblioteca do Exército, Rio de Janeiro, 1955.

8 Bibliografía brasileña básica: Calógeras, Oliveira Viana, Gilberto Freyre, Capistrano de Abreu, João Ribeiro, Basílio de Malgalhães, Pe. Serafim Leite, Caio Prado Júnior, Roberto Simonsen, Pedro Calmon, Otávio Tarquinio de Sousa, José María Belo, Viana Moog, etcétera.

III

ASPECTOS GEOPOLITICOS DEL BRASIL — 1960

Sobre el tema —aspectos geopolíticos del Brasil—, ¿qué podríamos agregar sustancialmente? Muy poca cosa, sin duda, salvo simples profundizaciones de antiguas ideas, ramificaciones secundarias de conceptos anteriormente formulados, apenas arabescos en un diseño ya compuesto en sus líneas esenciales. El panorama trazado en los estudios anteriores estaría sujeto —de esto estamos muy seguros— a correcciones decisivas y a importantes ampliaciones, reajustes tal vez de base, una perspectiva completamente renovada; sin embargo, sentimos no poder hacerlo, menos por afición pigmaleónica a la obra supuestamente concluida y definitiva sino más bien reconocida como incompleta y sin duda imperfecta, que por la real incapacidad de ver con los ojos todavía vírgenes y criticar sin el denso prejuicio de meditaciones bastante arraigadas. Ni la propia evolución de los hechos geográficos o incluso de las más fluidas realidades sociales, por más que el dinamismo del período en que vivimos en el mundo les siga imprimiendo un nuevo ritmo, acelerado y sorprendente, logró imponer una reordenación decisiva de la perspectiva geopolítica original hecha hace pocos años. Sus fallas, sus distorsiones —ya que las debe de tener, y muchas— corren por cuenta de insuficiencias en su propia formulación; no osamos encubrirlas ni justificarlas con el paso cambiante del tiempo que, al fin y al cabo, siempre transcurrió.

Sobre la rápida síntesis del concepto geopolítico fundamental antes presentado, nos queda por construir algo nuevo en el plano más detallado de una geopolítica regional, muy incipiente en realidad: una microgeopolítica no menos importante ni tampoco menos ilustrativa.

Sin embargo, no nos proponemos hacerlo. Y aquí trataremos apenas de retomar bajo algunas nuevas perspectivas —esperamos que algo más claras— el mismo noble tema de los dos ensayos anteriores.

1. Geopolítica, estrategia y política

Indudablemente, el nacionalismo todavía es toda nuestra nobleza. Y si no lo es conscientemente, es muy importante que lo sea.

Sin duda, el hombre, ente social o político como ya ha sido definido, fue y será siempre el polo de una jerarquía de lealtades —frecuentemente, escenario íntimo de lacerantes conflictos entre diferentes lealtades—. Participe, al mismo tiempo, de múltiples y variadísimos grupos sociales más o menos amplios o exclusivos, más o menos absorbentes y dinámicos, dotados de un mayor o menor grado de presión y de control sociales, de una mayor o menor dosis de estabilidad y permanencia, especialización funcional más o menos rígida, grupos primarios y grupos secundarios, privados o públicos, disyuntivos o no, tanto horizontales como verticales, tanto profanos como sagrados, simples o complejos, naturales e inalienables o de asociación libre y voluntaria, según las innumerables dicotomías ya propuestas —familia, equipo de trabajo, círculo recreativo, estamento, comunidad, clase social, iglesia, nación, grupo cultural, humanidad, para restringirnos a una escala simplificada pero ciertamente sugestiva—; a cada uno de esos conjuntos lo une una relación de dependencia más o menos estrecha, que se traduce, en términos de una adhesión más o menos consciente, por un coeficiente de lealtad extremadamente variable. Distintas lealtades, casi nunca totalmente conciliables, por más que su antagonismo pueda subsistir durante un largo tiempo en forma inadvertida y larvaria, antes de explotar, destrozador y punzante, en los decisivos momentos de una crisis de opción. ¿Y no está ahí, justamente, la esencia medular de tantas tragedias humanas, la causa fundamental de tantas neurosis, la cruz aplastante de todos los martirios? No obedecerás sino a un único Señor, tu Dios, he aquí el supremo mandamiento social. Y en la búsqueda de ese polo superior al cual entregar su suprema lealtad, tal vez esté para el hombre, en último análisis, la respuesta capital a sus eternos anhelos de un equilibrio interno revigorizador, a la formulación de toda una filosofía imprescindible de la propia vida social.

Hubo épocas ya remotas en que (suprema lealtad) la polarizaba el grupo más restringido —la familia, el clan, la propia tribu—, incluso en el seno de sociedades más complejas. Y todavía se nos aparecen, aquí y allá, en los más inesperados cuadrantes, reminiscencias extrañas de esa orientación arcaica de la lealtad del *socius*.

Se podría incluso visualizar toda la historia del hombre en el contexto social como la del ensanchamiento paulatino del propio ámbito en que acaba por manifestarse su lealtad suprema. No sería difícil identificar así, a la manera de Vico o de Spengler, de Danilewsky o Toynbee, sucesivos ciclos de evolución, correspondientes a expansiones y contracciones de ese mismo círculo de la lealtad mayor del hombre, en las varias áreas ecuménicas que éste, bajo su dominio, ha vitalizado.

La lealtad a la ciudad, al burgo, a la comunidad inmediata se vio varias veces superada ante el poder absorbente de imperios o la fuerza aglutinadora y mística de iglesias. La lealtad al señor feudal también fue, en algunas épocas, la suprema lealtad del vasallo y del siervo. La lealtad mayor respecto del monarca, del príncipe, terminó por desaparecer de la Tierra, en la vorágine de varias guerras y al soplo de revoluciones más o menos cruentas. El caudillo, el *duce*, el *führer* inspiraron también neuróticas lealtades transitorias. Nuevas lealtades de nueva denominación y sentido terminaron por imponerse a antiguas lealtades, relegadas a meros planos secundarios, no sin luchas sin embargo. Las luchas señalaron igualmente la confrontación, dentro de cada fase, de lealtades de similar denominación, en el encuentro dinámico entre grupos distintos. El factor ideológico nunca dejó de hacerse presente en cualquiera de los conflictos humanos, sea a través de una formulación nítida, coherente y altamente sugestiva, o apenas a través de una forma fluida, más bien inarticulada e ingenua. Los propios mercenarios, en todas las épocas, han reconocido también una lealtad superior, la lealtad a su código profesional, por más rudo y rudimentario que fuera.

Hoy todavía subsiste la nación como polarizadora de esa suprema lealtad, sin la cual el hombre no sería hombre, incapaz de trascender abnegadamente, en los sacrificios más heroicos, a un egotismo esterilizante y antisocial. Todavía vivimos, para el mayor bien o para la maldición irrescatable de la humanidad —en lo que se refiere a profecías pesimistas o esperanzas redentoras— en la era del nacionalismo, es decir, de la máxima lealtad del ciudadano hacia la nación. Lealtad que no se traduce apenas en el patriotismo —un mero sentimiento, aunque noble y alto e inspirador— sino en el nacionalismo que es mucho más que eso, porque es sobre

todo un anhelo: anhelo colectivo, consciente, deseo creador de agrandar cada vez más la nación, realizando plenamente y, siempre que sea necesario, salvaguardando a cualquier precio los Objetivos Nacionales Permanentes.

La supervivencia de la nación como grupo integrado, en prosperidad y en creciente bienestar —autodeterminación o soberanía, integración social, prosperidad y prestigio—, he aquí, pues, el núcleo fundamental alrededor del cual el nacionalismo se condensa y cristaliza.

Es cierto que otros polos de atracción luchan siempre por la supremacía, tratando de desviar de la nación la lealtad mayor del individuo y captarla en su provecho. No es menos verdadero que ciertos grupos más densos y menos equipados en poder y en cultura —minorías depredatorias en el ámbito nacional, cuando no cosmopolitas— tratan, cada día, de explotar cínicamente la lealtad sincera y muchas veces desarmada del ciudadano común, en beneficio de sus propios y restringidos intereses, casi siempre inconfesables. El sugestivo esquema marxista de la lucha de clases, a pesar de su rigidez y unilateralidad grosera —o justamente por eso— puso de relieve con toda crudeza ese hecho incontrovertible que no había escapado a la penetrante observación de los antiguos. Pero de otras luchas entre otros diversos grupos —facciones, camarillas, partidos en nada todavía representativos de clases, grupos de presión de todo tipo— también es escenario la sociedad nacional, centrándose el premio siempre deseado en el control, parcial o total, duradero o transitorio o simplemente esporádico, del poder del Estado, institución poseedora del monopolio legal de la coacción por la violencia. Y, para eso, en esta singular época de técnicas perfeccionadísimas en el manejo sutil de las masas, sobre todo de las desarraigadas y casi siempre disponibles e inconstantes masas citadinas —medios de comunicación ultrapotentes, envolventes, insidiosos, de amplitud y alcance nunca vistos, una verdadera ciencia de la propaganda fundada en los más recientes postulados del behaviorismo, del psicoanálisis, de la cibernética y de la semántica, que estimulan, fijan, explotan el mecanismo estereotipado de los reflejos condicionados— la grande, la mayor, la más rentable táctica es siempre la de la mistificación del pueblo, presentándosele intereses secundarios y mezquinos de minorías insaciables y corruptoras bajo la apariencia llamativa o inocente de supuestos intereses nacionales, como tales impostergables. Ese es el origen de todos esos nacionalismos falsos, esos seudonacionalismos criminales y espurios que corrompen, vilipendian y mistifican.

Ser nacionalista es reconocer, como suprema lealtad, la lealtad a la nación de que se es ínfima parte, pero parte actuante y consciente. Ser nacionalista es sobreponer, por lo tanto, a cualquier otro interés individual o de facciones o de grupos, a cualquier ventaja regionalista o parroquial, los verdaderos intereses de la nacionalidad. Ser nacionalista es estar siempre pronto a sacrificar cualquier doctrina, cualquier teoría, cualquier ideología, sentimientos, pasiones, ideales y valores, siempre que demuestren ser nocivos e incompatibles con la lealtad suprema que debe ser dedicada, sobre todo, a la nación.

Por lo tanto, el nacionalismo es, debe ser, sólo puede ser un absoluto, en sí mismo un objetivo último —por lo menos mientras perdure la nación como tal—. No hay lugar, ni debe haber, ni podrá haber para el nacionalismo como simple instrumento de un fin que lo trascienda, como un escalón en un nivel que lo supere. Eso nunca será nacionalismo, será engaño, será burla, será incluso chantaje.

Tal es, por ejemplo, el nacionalismo pregonado con gran virulencia y desfachatez por los comunistas de todos los matices —el seudonacionalismo que disimula la fría e inexorable lógica de su internacionalismo inmanente en la metafísica de una dialéctica flotante y adaptable, oportunista y cínica, el seudonacionalismo que se reconoce y se proclama a sí mismo mucho más clasista que propiamente nacionalista, el seudonacionalismo que es, en verdad y ante todo, mucho más partidista y sectario que incluso clasista—. El partido, vanguardia natural del proletariado; el proletariado, clase elegida destinada al liderazgo de todas las afirmaciones nacionalistas; tales son las fórmulas fraudulentas a través de las cuales, mediante identificaciones totalmente ilegítimas, se realiza la doble mistificación comunista que sería simplemente ridícula si no demostrara ser, en realidad, peligrosa y trágica. Ni la denuncia candente de Djillas, desde su calabozo, sobre la usurpación por la "nueva clase", ni la evidencia del destino colonial de los países satélites bajo la brutal opresión del nuevo imperialismo moscovita permiten, sin embargo, alimentar cualquier tipo de duda. Un nacionalismo que sólo presenta, como única constante, la moneda falsificada cuya cara es la admiración, el endiosamiento, la cobarde sumisión a todo lo que viene de Rusia y cuya cruz es el odio sistemático y mezquino, el desprecio constante, el ataque insidioso o brutal a las democracias de Occidente, evidencia claramente que sus fines son otros, muy distintos de la soberanía y de la grandeza nacionales.

Por otro lado, nadie ignora actualmente cómo se va debilitando y ablandando el espíritu nacionalista en muchas áreas del globo, justamente en aquellas donde se había manifestado inicialmente, con todo su poder, sobre las ruinas del Sacro Imperio Romano de Occidente, para culminar en la intoxicación libertaria de aquellos tremendos días de la Revolución Francesa y del consulado napoleónico. Incluso parecería que la ideología nacionalista, por demasiado gastada, ya no logra galvanizar la dedicación del ciudadano ni inspirar a las masas desorientadas y escépticas. Y tantos son los obstáculos existentes, que ya no se ofrece más la promesa de un radiante futuro en los cuadros, cada vez más restringidos, de naciones desvalidas, casi desesperanzadas, muchas veces amputadas.

Por eso se proponen nuevas formulaciones ideológicas; resurge un nuevo y flamante humanismo; el internacionalismo se difunde; se predica un pacifismo sin fibra y abúlico. Al mismo tiempo se dilatan las fronteras; se afirman y se extienden alianzas en nuevas formas de comunidad; se anuncia, tal vez, la aparición de naciones rejuvenecidas en bases territoriales bastante más ampliadas. Ahora bien, el nacionalismo ya ha presenciado y servido de inspiración y farol y de instrumento ideológico a ideologías similares en épocas pasadas, no muy remotas —Bismarck, Garibaldi y Cavour fueron algunos de sus más activos líderes—. Por lo tanto no consideramos que todavía sea del todo irremediable la actual tragedia de ese nacionalismo, decadente y escéptico, del Occidente europeo.

Sin embargo, a la par de eso, en otras regiones, en el Africa convulsionada y caótica, en el sur y sudeste de Asia, a lo largo del amplio arco indonesio, florece ahora un nacionalismo romántico, turbulento y heroico, en plena lucha anticolonialista o apenas salido de ella, sometido al peso de confusas creencias totémicas y un tribalismo tradicional y primitivo, todavía extasiado con las primeras conquistas de una libertad tan postergada y ensayando los primeros pasos, inciertos pero confiados, a veces anárquicos e incluso destructores, en el rumbo de la organización hacia el progreso nacional. Ahí está presente la xenofobia, esa enfermedad infantil del nacionalismo.

Para los países de América latina, casi en su mayoría, "Estados viejos-nuevos", como los definió Luis Alberto Sánchez, a pesar de sus múltiples y desconcertantes supervivencias feudales, del lamentable y siempre exuberante espíritu de hegemonía militarista del caudillismo todavía potente, de la inautenticidad política de su *intelligentsia*, del ausentismo acobardado de su clase media, de las extremas vulnerabilidades de una opinión pública poco articulante y, además, de toda la forma cercenada, de las innumerables

carencias y serias debilidades de un subdesarrollo ya crónico y apenas superado en pequeñas islas de progreso sorprendente y excepcional, la fórmula nacionalista es toda otra, sin duda. Con un ya largo pasado de independencia política bien consolidada, de soberanía más o menos amplia y reconocida por lo menos en principio, conscientes de sus reales posibilidades y de sus principales deficiencias, teniendo todavía muchísimo que realizar en el propio marco nacional que le ofrece un amplio campo para su capacidad creadora y sus anhelos de grandeza y progreso, están finalmente por lograr el nivel superior de un nacionalismo ya maduro, realista y crítico y, en otras palabras, aséptico, que ya no se unirá más a la corruptora histeria demagógica y bloqueará, al fin, la endemia desvitalizadora de la teorización hueca y superada.

Ese es el nacionalismo sano que debe inspirar, motivar, penetrar toda elaboración política, toda concepción estratégica, toda formulación geopolítica.

Nada impide que sigan existiendo, paralelamente, una política, una estrategia y una geopolítica referidas a ámbitos mucho más amplios, desbordando, así, los límites de cada nación; una geopolítica sudamericana, una estrategia de Occidente, una política panamericana, por ejemplo. Alianzas formales o informales, tanto como naturales asociaciones de intereses, siempre podrán dar origen a políticas, estrategias y geopolíticas integradas del conjunto. Pero éstas solamente tendrán validez para cada nación interesada en la medida en que traduzcan, sin alteraciones ni cobardes rendiciones y en una nueva fórmula de integración, los propios objetivos y las directrices específicas de la política, estrategia o geopolítica nacionales. Surge ahí, apenas, un proceso de acomodación y conciliación multilaterales.

Animadas en plenitud por un espíritu nacionalista fecundo, tanto la política y la estrategia como la geopolítica encuentran orientación en los Objetivos Nacionales Permanentes. Sin embargo, las tres se sitúan en planos distintos, incluso en lo concerniente a esos ONP, superiores a todas ellas.

Verifiquémoslo. Los Objetivos Nacionales Permanentes, como es evidente, son de naturaleza esencialmente política y traducen, deben traducir, en un cierto período histórico, las aspiraciones y los intereses de toda la colectividad nacional. Supervivencia de la nación como nación, soberanía, creciente integración, prosperidad, bienestar y prestigio son las categorías intemporales en que tales intereses y aspiraciones necesariamente se inscriben. Su formulación más precisa y, en cada caso, objetiva, para cada fase de la vida de la nación considerada, constituye por sí misma una

sabia obra política de auscultación e interpretación legítima del sentimiento y del pensamiento de todo un pueblo. Obra que también se completa, en realidad, por una amplia tarea educativa que debe realizarse en profundidad por las verdaderas *élites* representativas, con perseverancia, fe y dedicación. A la Geopolítica, que debe ser elaboradora de proposiciones políticas basadas en la realidad geográfica, le cabe, sin duda, suplir y estimular la conciencia del propio valor espacial, el sentido alerta a antagonismos potenciales, permanentemente inscritos en el eterno modelado de la tierra, la percepción de los condicionamientos más o menos elásticos de fundamentación territorial. De esa manera, coopera sustancialmente en la propia elaboración de los ONP. A la Estrategia, sin embargo, éstos le son presentados de forma que a ella no le compete discutir sino analizar y sólo reinterpretar para la construcción o revisión de su propia doctrina, la definición de los Objetivos Nacionales Actuales, estratégicos en esencia, la concepción y la conducción de sus maniobras cuyo objetivo será siempre la seguridad.

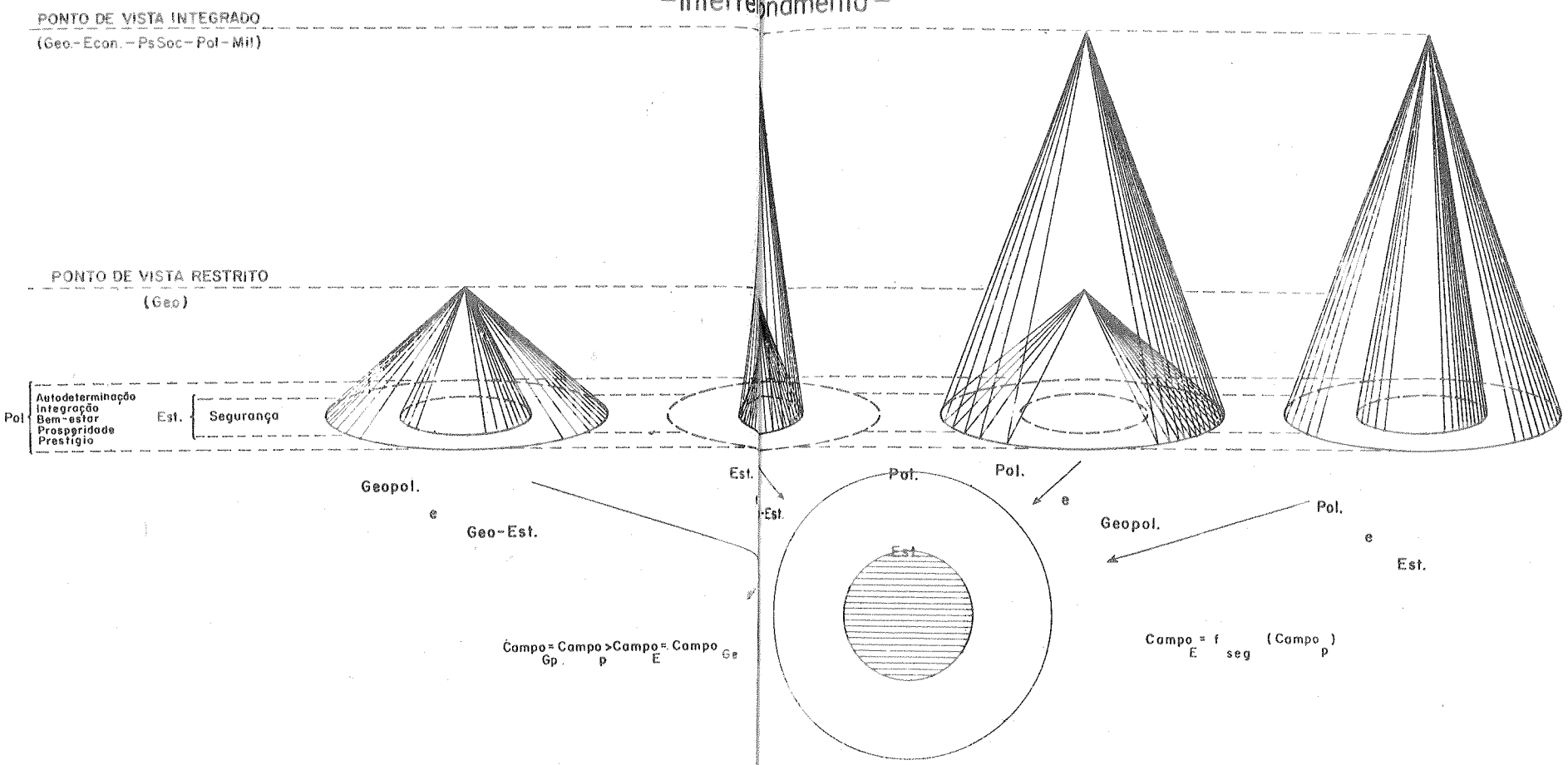
Lo que sucede es que, desde el punto de vista lógico y del método, la Geopolítica precede a la Política, no tanto como componente de ésta o mera parte suya sino colaborando con ella mediante la presentación de sugerencias y también de proyectos; mientras que la Estrategia viene después de la Política, como un sector del todo especial en el cual predomina la dinámica vital de los antagonismos, sobre todo entre Estados (esquema 22). En el marco de una Política totalmente inclusiva, cuyo objetivo es la grandeza de la nación y el bienestar y prosperidad del pueblo, la Estrategia se restringe al dominio específico menor de la seguridad nacional. Y ahí el bienestar y la prosperidad, como objetivos por lograrse, encuentran eco apenas en la medida en que interesen, con elevado grado de prioridad, al fortalecimiento del Potencial Nacional, y en particular a la mejoría de la propia moral de la población.

Por lo tanto, por más amplio que sea en las épocas de intranquilidad general y amenazas omnipresentes, el ámbito estratégico será siempre bastante más restringido que el político. Sin embargo, el campo de la Geopolítica es igual a éste, no distinguiéndose, por consiguiente, por la amplitud de sus fines sino por la naturaleza de su método, concentrado, con especial énfasis, en el análisis y en la interpretación de los factores geográficos de base. Y como la Estrategia se inscribe en la Política, la Geoestrategia integra a su vez la Geopolítica.

ESQUEMA 22

POLÍTICA - ESTRATÉGIA: OPOLÍTICA - GEO-ESTRATÉGIA

- Interrelacionamento -



POLITICA - ESTRATEGIA - GEOPOLITICA
GEOESTRATEGIA - JERARQUIA

ESQUEMA 23

De ahí resulta (esquema 23) que la Política comanda siempre tanto a la Estrategia como a la Geopolítica, a ésta como colaboradora de sus propias formulaciones, a aquélla como subordinada suya, con misiones definidas por cumplirse en un ámbito operacional más reducido. De la primera, *ex ante*, acoge e incorpora sugerencias o rechaza proposiciones; de la segunda puede considerar, *ex post*, apenas ponderaciones y restricciones de mayor o menor severidad. Una imagen distintiva tan nítida no subsiste, lógicamente, en medio del proceso circular de formulaciones y reformulaciones sucesivas que caracteriza a toda obra de creación política, a la conducción de cualquier maniobra; pero tampoco desaparece totalmente, razón por la cual mantiene, a pesar de todo, un cierto valor conceptual en la clarificación de las ideas.

La permanencia mucho mayor de los factores geográficos que están condicionados más de cerca por el propio marco fisiográfico y que, no obstante, varían tanto en significado como en valor, otorga a la Geopolítica una estabilidad muy superior, por un lado, a la de la Política, la cual, en su integración, es llevada a considerar, además, elementos extremadamente inestables, sean ellos económicos, psicosociales o incluso militares, y superior también, por otro lado, a la de la Estrategia, dado que el dominio de ésta se caracteriza por la presencia, actual o potencial, de antagonismos cuyo grado de virulencia puede oscilar entre amplios límites, incluso en períodos relativamente cortos de algunos años. En lo concerniente a las concepciones de base que fundamentarán y orientarán la Estrategia, la Política es, sin duda, mucho más estable que ésta, aunque lo sea apenas en un grado similar en el desdoblamiento inferior de sus propias directrices generales. Sería de desear la existencia de un nuevo término que correspondiera, en nivel idéntico al de la Estrategia, al ámbito no estratégico de la Política. Pero ésta no es la única oportunidad en que el vocablo "política", por condensar en sí mismo varios significados distintos, dificulta la precisión en la caracterización metodológica de los hechos.

Limitándonos, a partir de aquí, al campo específico de la Geopolítica, empecemos por señalar qué contenido abarca:

— una doctrina que contiene también una ideología;

— una perspectiva o "cosmovisión" o *Weltanschauung*;

— y directrices generales para la acción;

habiéndose adoptado, en ese desdoblamiento lógico, también el criterio de estabilidad decreciente.

La doctrina, necesariamente adaptada a las condiciones peculiares de cada nación, implica a su vez:

— una conceptuación de lo que realmente es la Geopolítica, de su objetivo, su doble relación con la Estrategia y la Política, la definición de su campo particular de aplicación;

— la caracterización de los varios conceptos geopolíticos básicos; el Espacio, bajo el doble punto de vista de la Extensión y de la Forma, la Posición, la Circulación, entre los principales;

— la enunciación y el análisis de las leyes y principios que la

condicionan o rigen —leyes de la geografía política, de la sociología, de la ciencia política, principios geopolíticos, principios propiamente estratégicos—.

A la luz de tal doctrina será necesario esbozar, desde un punto de vista inflexiblemente nacional, una perspectiva del mundo, manteniéndola siempre actualizada ante la evolución de la propia coyuntura, sobre todo en lo referente a adelantos tecnológicos y a mutaciones políticas. Consecuentemente, directrices generales definirán las grandes líneas de maniobra o maniobras geopolíticas que serán llevadas a cabo para la consecución o salvaguarda de los Objetivos Nacionales Permanentes, y servirán, por lo tanto, de orientación segura al estudio pormenorizado de los varios problemas geopolíticos particulares que se presenten, permitiendo no sólo caracterizarlos bien sino sobre todo atribuirles la prioridad más conveniente en el conjunto. De ahí resulta todo un programa. Pero tales directrices están sujetas, desde luego, a revisiones mucho más frecuentes y profundas.

La definición de los propios Objetivos Nacionales Permanentes en términos geopolíticos, más estas Directrices Generales, constituyen globalmente lo que podría ser denominado Concepto Geopolítico Nacional, a semejanza del conocido Concepto Estratégico Nacional, de carácter restringido al sector dominado por el factor de la "seguridad".

Aunque varíen en grados muy distintos, esa doctrina, esa perspectiva, esas directrices geopolíticas sufren todas el impacto de una evolución más o menos acelerada, que se caracteriza por varios factores, diversos módulos y algunos vectores, a veces identificables. No nos detendremos aquí en el análisis de cada uno de ellos; hagamos notar apenas, por un lado, el factor tecnológico, responsable en nuestra época de la más sorprendente mutación de todo el panorama geopolítico del mundo y, por el otro, el alto significado que presentan, sobre todo, los dos módulos correlatos del espacio y del tiempo, condicionándolos, por sí mismos, a todas las ecuaciones circulatorias y por consiguiente al dinamismo real de las propias relaciones internacionales. Para cada época, esos módulos definen un radio de acción geopolítico máximo —elemento decisivo en la fórmula dimensional de los imperios ecuménicos—. Dijo Mackinder que la insularidad o aislamiento a la distancia y la universalidad, factores aparentemente contradictorios, hicieron toda la grandeza británica. Y le pertenece a Fox la expresión muy actual: gran poder + gran movilidad del poder = superpotencia. Ahora bien, solamente los módulos de espacio y de tiempo permiten entender y evaluar tales aforismos del más puro quilate geopolítico.

Por otro lado, el ritmo de crecimiento del país respecto del contexto internacional del cual es parte, en varios círculos sucesivamente más amplios y menos rígidos de asociación o incluso integración en proceso, se traducirá por una evolución geopolítica más o menos veloz, ya que siempre habrá que atender, so pena de trágica insolvencia, al principio capital de la proporcionalidad del poder al tamaño de las responsabilidades y compromisos asumidos. La presencia o no, en cierto período histórico, de un antagonismo nítidamente dominante, con elevado grado de virulencia, en el panorama mundial, forzará a distorsiones más o menos fuertes en la perspectiva a adoptar en cada nación, principalmente si ésta es muy vulnerable o si está muy cerca de los centros dinámicos de poder que se amenazan y luchan.

La profunda consideración de todos esos factores y módulos de evolución permitirá, además, en una proyección meditada y serena para un futuro no lejano, esbozar, aunque sea tentativamente, los principales vectores que caracterizan la previsible evolución del propio panorama mundial y, por lo tanto, las modificaciones que serán admitidas en la perspectiva geopolítica que se hubiera adoptado.

No desempeñaría plenamente la Geopolítica el papel que le cabe si, además de segura intérprete de la coyuntura mundial y nacional en lo que ésta presenta de más fundamental y estable, no fuese también capaz de fecundas y acertadas previsiones sobre los días de mañana.

Pero los Mahan, los Mackinder y los Spykman serán siempre, en realidad, bastante raros... Y todavía más raro es que se los escuche con tiempo...

2. Perspectiva geopolítica brasileña

Ahora trataremos de esbozar, aunque apenas en sus rasgos más sobresalientes, la perspectiva geopolítica brasileña que nos parece la más adecuada ante el actual panorama de la coyuntura nacional y mundial.

Para eso, consideremos sucesivamente, en tres círculos de visión cada vez más amplios:

— el "imperio" brasileño;
— el marco continental;

—y el mundo amenazador y tumultuoso de allende el mar.

a) El "imperio" brasileño

En realidad, Brasil es un "imperio", un amplio imperio compacto con un extenso frente marítimo y una dilatada frontera continental, casi equipendientes alrededor del eje de simetría norte-sur que, desde el cabo Orange a la barra del arroyo Chuí, limitan rudamente el curso continuo del Tocantins-Araguaia y, posteriormente, con raras intermitencias, el Paraná y el Uruguay, desde las nacientes del Aporé hasta la desembocadura del Quaraí. Aquel frente ocupa una posición sin duda algo marginal en el caprichoso contorno del océano mundial en que el Atlántico Sur es nada más que un golfo todavía excéntrico; aquella frontera se extiende, en gran parte, a través del desierto dominado por la Hilea como un amplísimo cinturón protector; todas esas condiciones son favorables de inicio y aseguran el indispensable grado de inmunidad frente a acciones de conquista, basadas en la potencia o en la duración, provenientes del exterior. En el fondo se trata de la propia insularidad, en proporciones continentales.

Guanabara, Rio de Janeiro, el sur del Espírito Santo, Minas Gerais en su parte meridional y todo el estado de São Paulo configuran, en la elevada concentración de sus núcleos urbanos, un *bloque metropolitano* ya de por sí imponente; mientras tanto, bastante más allá, en el arco distendido hacia el noroeste, desde Corumbá —o incluso más al sur— hasta la lejana comarca de Amapá, por los territorios de Rondonia y del Acre, todo el occidente amazónico del Juruá, del Javari, del Japurá y del Uaupés, Rio Branco y la provincia guayanense, se suceden las "marcas" semidesiertas, todavía inestables, casi totalmente abandonadas, abiertas a penetraciones de grupos sin bandera definida y a correrías de nómadas sin ley y donde, alrededor de una farsa de organización política poco adecuada y de un rudimentario sistema de guarniciones militares tan esparcidas como débiles, se cristalizan nódulos de población activa, completamente ignorantes del grande, enorme y vital papel que realmente les incumbe, e incumbirá por mucho tiempo, de colonias de población precursoras y, al mismo tiempo, de puestos dinámicos y agrestes de defensa.

En el medio, un desmesurado "dominio", en variadísimo grado de ocupación, de integración y de progreso: la charnela litoraleña" en escuadra, anclada, al sur, en el centro propulsor que vitaliza y comanda toda la *hinterlandia* portoalegrense y, al norte, en la región bragantina de Belém do Pará, con su réplica menor en el triángulo homotético del promontorio ultrasensible de Salvador-Recife-São Luis; las *áreas submetropolitanas* del interior, en el Triángulo Mineiro, en el Mato Grosso de Goiás y, bastante más allá, alrededor de Cuiabá o de la articulación fluvial de Santarém a Manaus; multiplicadas "colonias" más o menos florecientes, de explotación agrícola, ganadera o minera, poco o muy metidas en el gran aislamiento del *sertão*; *frentes precursores activos* combinándose espontáneamente en amplias maniobras de envolvimiento para la incorporación de fragmentos del desierto todavía cercano —al oeste de Santa Catarina y Paraná, hacia allá del río Doce— o apenas empujando directamente la frontera, como en el sur de Goiás, en Paracatu, frente a Barreiras en el medio São Francisco, en los valles de Merim y Pindaré del medio-norte arrocero y productor de algodón, en el norte de Paraná con la todavía avasalladora ola del café, en la mitad sur de Mato Grosso como natural prolongación de la propia expansión paulista hacia el oeste; el lento desdoblamiento y el pachorriento progreso de la ocupación rural en tentáculos filiformes que de a poco van finalmente dando existencia ecuménica a los innumerables ríos de toda la despoblada cuenca del Amazonas o del nordeste occidental —la típica distribución lineal del amplio hábitat disperso—.

Verdaderas vías imperiales —carreteras, sobre todo, y rutas aéreas, que contrastan con el lento avance ferroviario y el lamentable olvido de inigualables ejes fluviales— mal o bien implantadas, algunas apenas esbozadas como meros pero significativos actos de afirmación y de voluntad más que como realidades tangibles y fecundas, tratan, con grandes dificultades, desde el *núcleo central* nítidamente delineado, hacia el sur, hacia el norte, hacia el oeste distante y el noroeste todavía más alejado, de vincular el conjunto heterogéneo, agreste, ganglionar e inmenso.

Y, además de todo eso, una dinámica migratoria sorprendente que se manifiesta desde hace siglos en pulsaciones irregulares, según direcciones inconstantes y a través de radios desmedidos, que atestigua la real ausencia de barreras internas decisivas y que consolida, bien o mal, la própia unidad nacional por la aculturación incesante y niveladora y la fusión racial indiscriminada; un desarrollo económico y social, aunque en un ritmo inferior al deseado, dependiente en gran parte de macizas contribuciones del exterior, pero que ya presenta un apreciable grado de autonomía en ciertas áreas progresistas de elevado índice de ahorro, amplias economías externas, fuerte propensión para la inversión y, además, un indiscutible espíritu imperialista, alerta y vigoroso, muchas veces incontenido y extravagante, que traduce bien una duradera herencia

de aquellos insuperables colonizadores de todo un continente intacto en quienes Saint-Hilaire vio una formidable "raza de gigantes".

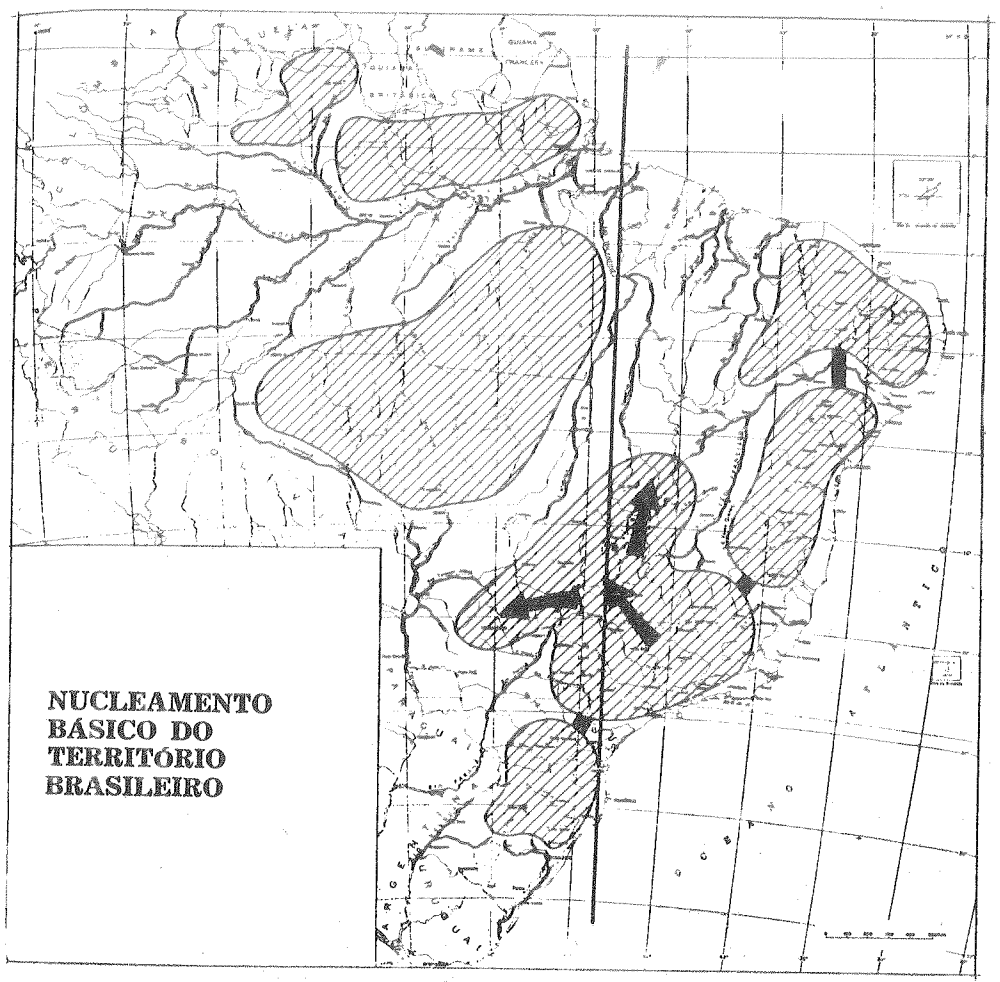
Sin embargo, detengámonos en una evaluación inicial y con cierto sabor retrospectivo ante ese coloso imperial de nuestra época —y mucho más de un futuro que se avecina a grandes pasos—, en una apreciación geopolítica, llamémosla virgen, de la estructura bruta del simple territorio, tal como se ofrecía, con sus múltiples frentes siempre engañadores —las abruptas laderas que enmascaran la meseta nada más que ondulada, la floresta pluvial densa y maciza de la costa que disimula interminables *cerrados*, la *caatinga* [12] grisácea, retorcida y seca, los llamativos palmares que ornamentan las vías fluviales *maranhenses* creando la ilusión de una amplísima cobertura vegetal homogénea, la floresta amazónica que se prolonga hacia el sur en interminables galerías a lo largo de todos los ríos, originando el espejismo de una incalculable riqueza del suelo—, un desafío extraño y agobiante al aventurero y al colono originario de tierras lejanas. Y trataremos de distinguir, en sus líneas fundamentales, la compartimentación natural, potencialmente geopolítica, de ese amplio conjunto enterizo de mesetas, llanuras, altiplanos, cuestas y laderas que vendría a ser nuestro por el valor indomable del *bandeirante* destructor y andariego, el rudo estoicismo del criador de ganado del nordeste, la valentía guerrera del *gaúcho* en las batidas fronteras del sur, la robusta perseverancia del misionero en la selva del Amazonas y, no menos, la astucia política de la metrópoli cuando, desvanecido al fin el espejismo de los fabulosos tesoros de una portentosa India, impulsó, a través de los Felipes, toda la conquista del nordeste y del norte rumbo al estuario amazónico y, desde Lisboa, pobló el Continente de São Pedro, con los ojos colocados en la colonia de Sacramento y en el condominio del Plata.

Un amplio arco irregular (esquema 24), con el centro en algún lugar en la divisoria de las cuencas franciscana y paranaense, limita los extremos de la influencia marítima natural capaz de hacerse sentir directa o intermitentemente a lo largo de cursos fluviales sin obstáculos y, por lo tanto, francamente navegables sin ninguna obra de adaptación desde su desembocadura oceánica o, por lo menos, en largos tramos significativos de su propio curso medio

12 *Cerrados*: región cubierta por árboles raquíticos y tortuosos entre las cuales vegetan gramíneas que sirven de alimento al ganado.

Caatinga: floresta típica del nordeste brasileño, cuyos árboles pierden sus hojas en razón del estiaje prolongado; generalmente espineras, cactáceas y bromeliáceas. (N. del T.)

ESQUEMA 24



o superior. Quiebras de perfil o simplemente agotamiento de nivel, ahí tenemos, desde Urubupungá o Jupiá, en el alto Paraná; la boca del Inhanduí en el río Pardo o, más arriba, Tupi; Miranda, al noroeste; en el Taquarí, Herculanea o Coxim; São Lourenço, en el río homónimo; Baliza en el Araguaia y Peixe en el Tocantins; Barreiras, S. Maria da Vitória, Buriti y Pirapora, en la cuenca del São Francisco; Governador Valadares en el Doce y, finalmente, São Fidelis en el Paraíba, delimitando, por los tres cuadrantes del oeste, del norte y del este, un dilatado *heartland* de-

incontestable predominio continental. Lo cierra, al sudeste, la cristalina escarpa de la sierra del Mar que cae abruptamente hacia la estrecha franja litoraleña. Y al sudoeste, impidiendo, más allá de Paranapanema, la penetración en el área en escalones de los afloramientos basálticos de Paraná, Santa Catarina y Rio Grande, la floresta subtropical de araucarias, actualmente ya tan demolida y destrozada, pero originalmente, sin duda, un imponente obstáculo que las esparcidas manchas de los campos generales, prontamente conocidas, permitirían cruzar en rumbos bien determinados y verdaderamente polarizadores de todas las intenciones de travesía —Jaguariaíva, Castro, Ponta Grossa, Guarapuava y Palmas, de nordeste a sudoeste, con los de Curitiba algo desechados hacia la izquierda—.

En el actual mapa político, ese *heartland* abarca prácticamente todo São Paulo y Rio de Janeiro, gran parte de Minas Gerais, la mitad sur de Goiás y una amplia área del Mato Grosso meridional, estructurándose alrededor del triángulo São Paulo-Brasilia-Belo Horizonte, con Juiz de Fora o Petrópolis, o más bien Tres Rios, asegurando la indispensable articulación con Rio de Janeiro, zambulléndose en la pendiente, recortada en plena orilla del mar.

En el extremo nordeste del país, el escudo arqueano, con pequeñas incorporaciones de antiguos sedimentos, configura, entre el meridiano del Parnaíba y del Gurguéia al oeste y el arco interrumpido del São Francisco al sur, casi conectadas por el río Preto y la laguna de Parnaguá, otro bloque macizo de tierra que avanza casi hasta el propio borde costero, ante el papel esporádico y frustrante de los ríos intermitentes y torrenciales de la región.

Entre aquel *heartland* central y ese macizo nordestino, apretada entre el estirado S. Francisco, por un lado y, por el otro, la marina baiana cuya influencia el Jequitinhonha y el Pardo, así como el caprichoso trazado del Reconcavo, penetran de alguna manera, la Chapada Diamantina, prolongando el Espinhaço, desde el sur y a través del propio S. Francisco interrumpido, desdobla su largo puente doblemente encornizado.

Mientras tanto, hacia el sur, la continuación de la imponente muralla de la sierra del Mar, prolongada por la curva extravagante de las cuestas de la sierra Geral, inclinándose al este sobre el litoral atlántico, cuya influencia es llevada al interior apenas por algunas concavidades costeras y por el valle más profundo del Itajai y, en Rio Grande do Sul, sobre el paralelo acuático del Jacuí-Ibicuí, demarca un tercer núcleo de tierras densas, encuadrado a occidente por la frontera del Uruguay y, después, del río Paraná, y cubierto en gran parte por el manto casi continuo de su floresta subtropical de pinos.

Todavía más hacia el interior, frente al gran *heartland* central pero del otro lado de la nítida diagonal fluvial del Tocantins-Araguaia-Rio das Garças y S. Lourenço, que acaba por anastomosarse, indefinida, en el pantanal mato-grossense, un segundo bloque continental, hasta hoy una réplica no ecuménica del primero, domina todo el sur de la Hilea, entre el Madeira y el Guaporé, por un lado y el Tocantins-Araguaia por el otro, desdoblándose hacia el norte hasta las primeras quiebras de perfil de los afluentes meridionales intermediarios del Amazonas.

De ese nucleamiento básico del inmenso territorio resalta inmediatamente la configuración general de una gigantesca cuña: la mole central, romboidal, con los flancos bien equilibrados entre sí, incluso en el juego invertido de distancias y masas; y en el triángulo avanzado del segundo *heartland*, esbozando ya, por sí mismo, las potentes pinzas que deberán abarcar e incorporar la Amazonia. Alrededor, modelando justamente el robusto conjunto articulado —áreas periféricas bajo el comando de las cuatro masas capitales, verdaderas franjas pericontinentales continuas; al este, propiamente marítimas; al oeste, constituyendo dos amplios y sucesivos cinturones fluviales que repiten ambos, en su ruda configuración de campanas contrapuestas o de golfos contrastantes, la misma estructura marcante del Atlántico Sur, hacia allende y aquende del estrangulamiento de Natal a Dakar—. Debemos señalar todavía, entre esos dos cinturones pericontinentales del interior, una orientación notablemente invertida; en el primer cinturón, el golfo del norte es mucho más profundo, mucho más abierto a las influencias marítimas; en el segundo, el del oeste es, por el contrario, bastante más amplio, mucho más penetrable a presiones continentales, si no fuera por la extraordinaria navegabilidad del gran río y muchos de sus afluentes, al oeste de la angostura de Obidos. Y ésta corresponde a la sinuosa pero mucho más decisiva sección interrumpida de aquél, que va de S. Lorenço (Rondonópolis), en la cuenca del Paraguay, a Baliza, en la naciente del Araguaia.

Marginalmente, el Guaporé y el Jauru, por el interior, y el orificio de Breves, en la periferia oceánica, comunican, en ambos extremos, a los dos cinturones fluviales.

Además de todo eso, todavía se vislumbran, más allá de la reguera amazónica, en el rincón triangular del río Negro y del Branco y, más al este, de éste hasta el Amapá, dos núcleos se-

cundarios de tierras macizas, hoy desarticulados del conjunto principal pero de extraordinaria importancia desde ahora como tapones naturales que deben ser prontamente consolidados y estructurados sólidamente.

Ahora bien, al considerar la disposición general de las masas continentales que nuclean todo el espacio brasileño resultan también señaladas las principales líneas de articulación interna que entre las mismas se ofrecen:

— las articulaciones periféricas marítimas o fluviales, constituyendo éstas, en la *hinterlandia*, los propios ejes, más o menos ramificados y a veces incluso duplicados, de los cinturones pericontinentales del interior;

— las articulaciones directas, a lo largo de las líneas secas, que esbozan ya, potencialmente, el vigoroso armazón de la "charnela litoraleña", estando el núcleo sulino y, a través del pontón baiano, el escudo del nordeste, atados a la plataforma del *heartland* central; y, además de eso, anuncian la proyección de éste todavía más hacia el interior, por el *divortium aquarum* del Paraguay y del Araguaia, uniendo a su dinámica propia el segundo *heartland* del Juruena y del alto Xingu.

De todo eso —espacio nucleado o asas espaciales de distinto valor potencial, tanto por su extensión como por la propia posición ocupada en el conjunto resultante, articulaciones naturales de orientación general diferente, mayor o menor densidad, grados y formas variables de efectiva cobertura del espacio, alargamiento variable, o sea, índices bastante distintos de circulación potencial— es comprensible que surja, nítidamente, el sentido de una jerarquía natural entre tales masas, jerarquía también potencial, que la ocupación por el hombre, las reales posibilidades de valoración por el vigor de una técnica siempre en progreso, todas las innumerables e imprevistas circunstancias históricas de la aventura colonizadora tenderán a confirmar o, al contrario, a renegar, sofocar o comprimir.

Es evidente que el gran *heartland* central, por su simple y desnuda expresión espacial y por la posición superior de que disfruta en el conjunto como centro natural de toda la estructura, trae inscrito en sí mismo un destino imperial manifiesto ya que, por otro lado, el colonizador, el poblador y, con él, la civilización y la técnica, vendrían de tierras lejanas, siempre a través del Atlántico. Sin embargo, es conveniente considerar un poco más deteni-

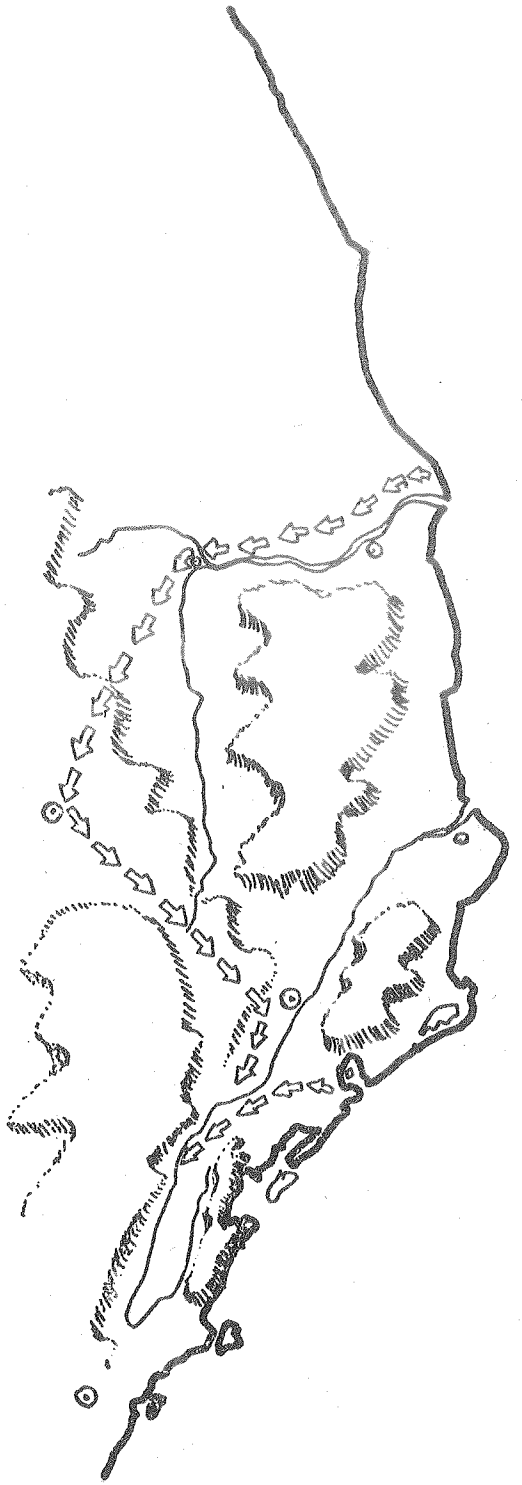
ESQUEMA 25

damente el grado relativo de su propia articulación natural interna, del cual dependería, sin ninguna duda, su posibilidad de que, en algún momento, logre organizarse y estructurarse para la concreción de aquel destino promisorio.

Ahora bien, sierra arriba (esquema 25), los campos de Piratininga, en la planicie aluvional poco rica del Tietê, del Tamanduateí y del Pinheiros, constituyen, ante todo, gracias a la caprichosa disposición del relieve y de los ríos, una encrucijada natural, como no lo dejaría de notar Capistrano y que ha sido observada por la profesora Myriam Ellis. S. André da Borda do Campo que Tomé de Souza, en su preocupación gubernamental de impedir la despoblación y la consiguiente pauperización de la marina, impidiendo, en provecho del fisco, las antiguas relaciones con los españoles de Asunción, pretendería que fuese un cerrojo que "enceguecierа" el ya tradicional camino del interior, acabaría trasladándose junto a la Casa de S. Paulo, fundada en la meseta gracias a la obstinación de Nóbrega, para cumplir su destino geográfico de formidable trampolín hacia el *sertão* del interior.

En realidad, el Tietê y el Paraíba, éste por su extraordinaria curva de Guararema —testimonio indudable de una notable captura prehistórica—, sitúan a S. Paulo en el propio vértice de la articulación de dos grandes penetrantes fluviales que conducen, como condujeron históricamente, por un lado, por la garganta del Embaú a través de la Mantiqueira, a todo el sur de Minas Gerais y, por el otro, como en el emocionante tiempo de las monzones, por el Paraná y sus innumerables afluentes de la derecha, a la Vacaria mato-grossense, a Cáceres y a Cuiabá bastante más al norte, e incluso a la propia Amazonia, como lo demostró Manuel Félix de Lima en célebre periplo, Guaporé arriba y río Madeira abajo. Además, bastante cerca de S. Paulo, por Campinas, Sorocaba e Itu, el amplio arco, convexo hacia el oeste, de la extensa depresión periférica que, apretada del lado de la costa por la Mantiqueira primero, y luego por la Paranapiacaba, bordea las cuestas arenítico-basálticas de la cuenca del Paraná, de Casa Branca a Itararé, siguiendo hacia el sur según el sinuoso trazado de una gigantesca ese —franja de relieve apenas ondulado, tierras pobres en que se condensan, sucesivas, las manchas de los *cerrados* en medio de la floresta tropical, en el territorio paulista, y campos limpios abriendo claros en la floresta de araucarias, ya en áreas del Paraná, región de pasaje típica constituida por anchos valles naturales de circulación— conduce: del lado oeste, al margen del Paranapanema y, por éste, al Paraná, al sur de Mato Grosso y a Cuiabá; por el extremo norte, vía Mogi-Mirim y a lo largo del Mogi-

ESQUEMA 26



Guaçú, al valle del río Grande, al triángulo Mineiro y al sur de Goiás; mientras que, por su parte meridional, y saltando de Ponta Grossa a los campos de Curitiba, lleva hasta el litoral de S. Catarina o si no se insinúa por Guarapuava hasta el valle del Iguaçú, siguiendo el trazado de una inmemoriable senda de los indígenas. Por otro lado, al norte de S. Paulo, el promontorio de la Mantiqueira, entre esa depresión periférica y el propio valle del Paraíba, abre un pasaje interior que, por Atibaia y Bragança Paulista, abarca toda la meseta sur de Minas Gerais con los valles del Sapucaí-Guaçú y del alto río Grande, desde donde, sin dificultades, se pasa a las nacientes del S. Francisco. Y finalmente el viejo Camino del Mar, tan conocido por los indígenas, asegura una ligazón bajo todos los aspectos más favorable, como lo había percibido el jesuita Manuel da Nóbrega, sobre la barrera de la sierra del Mar y, cuesta abajo, hasta la costa en S. Vicente.

Las aperturas del río Doce y de la Guanabara, sin duda menos promisorias a una penetración exploratoria, se vincularían en poco tiempo, a través del incentivo económico, con la red centrífuga de S. Paulo, sea remontándose la longitudinal del Paraíba —ese S. Francisco en miniatura del *heartland* central— o dibujándose una lazada desde Governador Valadares a Belo Horizonte, a Juiz de Fora y a Tres Rios (esquema 26).

Ninguna de las otras áreas nucleares, ni la del extremo sur ni la del codo nordestino —excéntricas en el conjunto del sistema— ofrecería internamente una articulación natural tan adecuada y tan densa: en la primera (esquema 25), la orientación paralela de los principales valles de sus ríos bien ubicados, los escalones sucesivos del relieve que llegan a tres en el Paraná, avecinándose el borde de la cuesta cada vez más al litoral con la disminución del propio basamento cristalino, la amplia cobertura vegetal de la meseta evitando la manifestación de otras articulaciones además de las que se ofrecen al avance discontinuo por las manchas de los Campos Gerais —la longitudinal catarinense del río del Peixe, o la transversal de Porto União a Joinvile, por ejemplo— no sugerirían más que una simple trama ortogonal y pobre, muy poco ampliada; mientras que la segunda propiciaría, sin mayores dificultades y gracias también a depresiones periféricas en las cuencas sedimentarias marginalmente desnudadas, y según un esquema de cuerdas comprendiendo los varios arcos costeros, el trazado de múltiples lazadas de mayor o menor desarrollo y de varias penetrantes naturalmente convergentes en virtud de la gran concavidad

del litoral, volcada hacia adentro, una articulación irradiante pero centrada, bien en el interior, en pleno vacío, en un punto que sólo podría adquirir expresión propia regional como destacada avanzada, a través de la *hinterlandia*, por el propio *heartland* central. Tanto en una como en otra de esas áreas, los principales núcleos de población, necesariamente implantados en la periferia del litoral, continuarían excéntricos, sin fuerzas para articular toda la región alrededor de sí y sujetarla a su dinamismo. Además, tanto en uno como en otro caso, extensos sectores inhóspitos de la costa —el litoral arenoso del Rio Grande do Sul, el *sertão* semiárido que llega hasta el mar en Rio Grande do Norte y Ceará— impondrían serias discontinuidades en la marcha de la propia población litoraleña.

En cuanto a la región intermediaria de la Chapada Diamantina, en su destino geopolítico de gran pontón, no comportaría sino una simple articulación longitudinal con travesaños, no muy numerosos ni tampoco demasiado penetrantes.

Ya en el segundo *heartland*, con su modelado bruto, permitirá una fácil articulación en radios centrífugos a partir de un núcleo propulsor que funcione desde Cuiabá o algo más al norte, estando este centro necesariamente proyectado desde el *heartland* central, más reculado.

Así, a la incontestable supremacía de éste, tanto en valor espacial como en valor de posición, se agrega todavía una superior articulación potencial interna.

En recursos naturales variados, además, ningún otro se le puede comparar —ricas áreas agrícolas, con amplios tramos de tierra *roxa* que verían el auge del café y del algodón y que suplantarían al nordeste en la propia producción cañera; pasturas bastante favorables que abrigarían inmensos rebaños de calidad; también una buena cobertura forestal; toda la extraordinaria riqueza de los terrenos altamente mineralizados de las Gerais donde, al oro y al diamante de los ricos *placers* que determinarían un *rush* impresionante, se agregan una inigualable cantidad de hierro, el manganeso, la casiterita, el berilo, la mica, el cristal de roca, los mantos de bauxita, la dolomita y el mármol, minerales radiactivos, elevado potencial hidroeléctrico, sea bien junto a la escarpa costera, sea en los rápidos y saltos de los ríos voluminosos que recorren el sinclinal paranaense—. Y además de todo eso, un clima variado, tonificante y siempre ameno, en la casi totalidad del área.

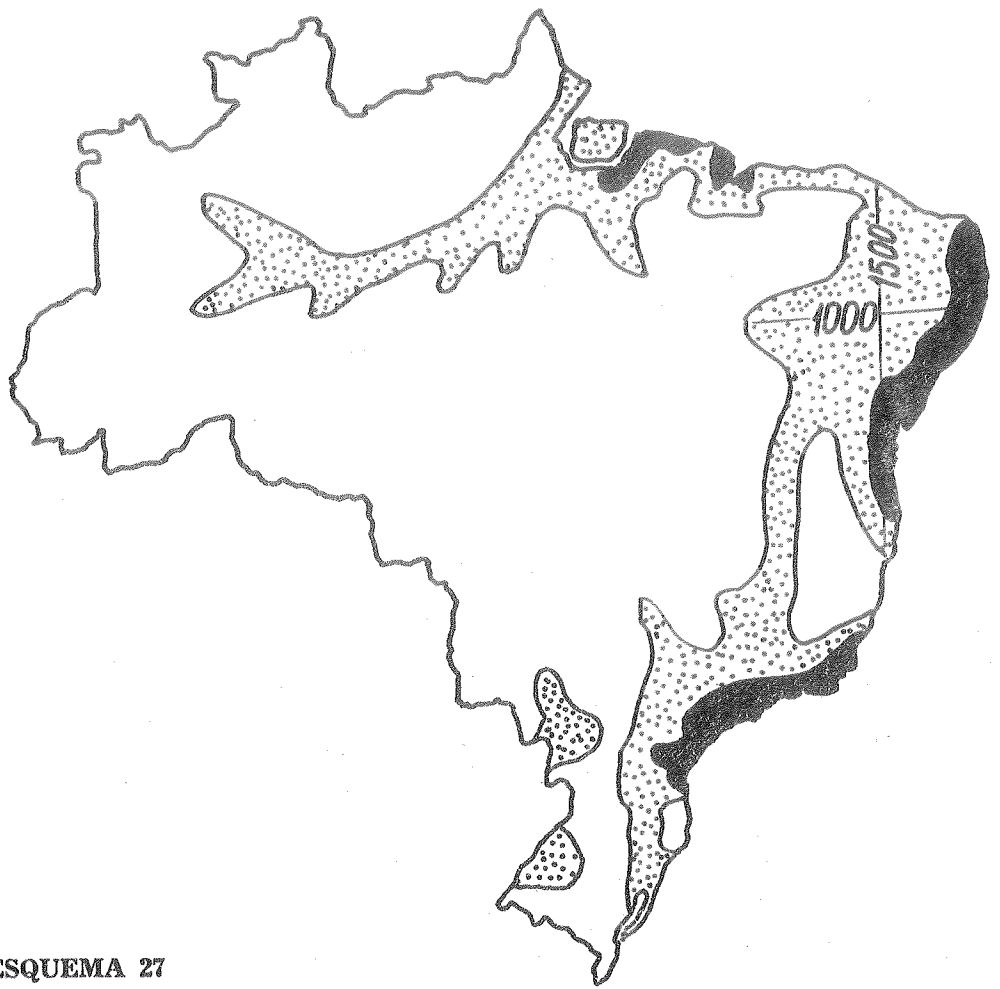
Incluso la relativa pobreza de la marina en la región de S. Vicente, donde no sería posible competir con el rico *massapé* [13] del nordeste, mucho más cerca de los mercados importadores, serviría de incentivo a la subida de la escarpa, huyendo de la natural insalubridad de la costa; mientras que la pequeña cuenca sedimentaria de S. Paulo no tendría capacidad de fijar al colono, ofreciéndole apenas una escasa policultura de subsistencia y obligándolo después a penetrar en el interior, en busca, como dirían, de "remedio a la pobreza". Por esa razón S. Paulo, totalmente volcado hacia el *sertão* interior, constituye la única excepción en la alargada costa, rompiendo, a pesar de toda la duradera experiencia lusitana por Africa y por Asia, con el tradicional sistema de una ocupación periférica de sentido nítidamente mercantil —factorías y fortalezas nucleando raros centros de población litoraleña en aperturas favorables a orillas del océano y asegurando, contra nativos y la interferencia de aventureros, la esencial continuidad de las relaciones con la metrópoli de allende el mar—.

La inclusión de casi todo el *heartland* central en la parte portuguesa delimitada en Tordesillas anunciaba aquí, así, la propia expansión de la frontera bastante hacia el oeste (esquema 26).

Sin embargo, históricamente, la ocupación del territorio se haría, como es sabido, con pronunciado esfuerzo en el Reconcavo y en el litoral pernambucano. El rico suelo formado por los sedimentos terciarios costeros pagaría, multiplicados en riquezas, los cansancios del colono y de esa forma los ingenios se multiplicarían, lado a lado, devorando la floresta tropical de la cuesta, mientras que la ocupación del interior se iría haciendo a través de la implantación de los "corrales", en una transhumación lenta pero incansable que el modelado del escudo nordestino, como lo hemos visto, y la cobertura vegetal escasa y abierta de las *caatingas* facilitarían bastante. La floresta y el *sertão* se complementarían para hacer del nordeste, durante mucho tiempo, la región rica y codiciada del Brasil.

La importante hazaña de penetración y de conquista, impulsada sobre todo por los Felipes contra aventureros e invasores franceses y los "bárbaros" aliados suyos, y que llevaría a cabo la incorporación de toda la costa este-oeste, hasta S. Luis y de ahí a la boca del Amazonas, así como la ardua campaña, ya casi nacional, de la expulsión de los holandeses, aprovecharían al máximo, ambas, la permeabilidad natural de esa área nordestina, abriendo innumerables caminos por el interior y permitiendo, así, una población sobre bases mucho más amplias.

[13] Tierra arcillosa formada por la descomposición de calcáreos cretáceos, muy rica para el cultivo de la caña de azúcar. (N. del T.)



ESQUEMA 27

Durante todo el siglo XVII, nadie vislumbraría todavía la futura supremacía del *heartland* central, ecuménicamente reducido, como lo muestra Aroldo de Azevedo (esquema 27), a un arco de cerca de 300 km de radio alrededor de S. Vicente, con raras proyecciones hacia el sur y noroeste y también a lo largo de la gran articulación que el S. Francisco, en la época un verdadero condensador de poblaciones, "cruzando el dominio de las *caatingas*...,

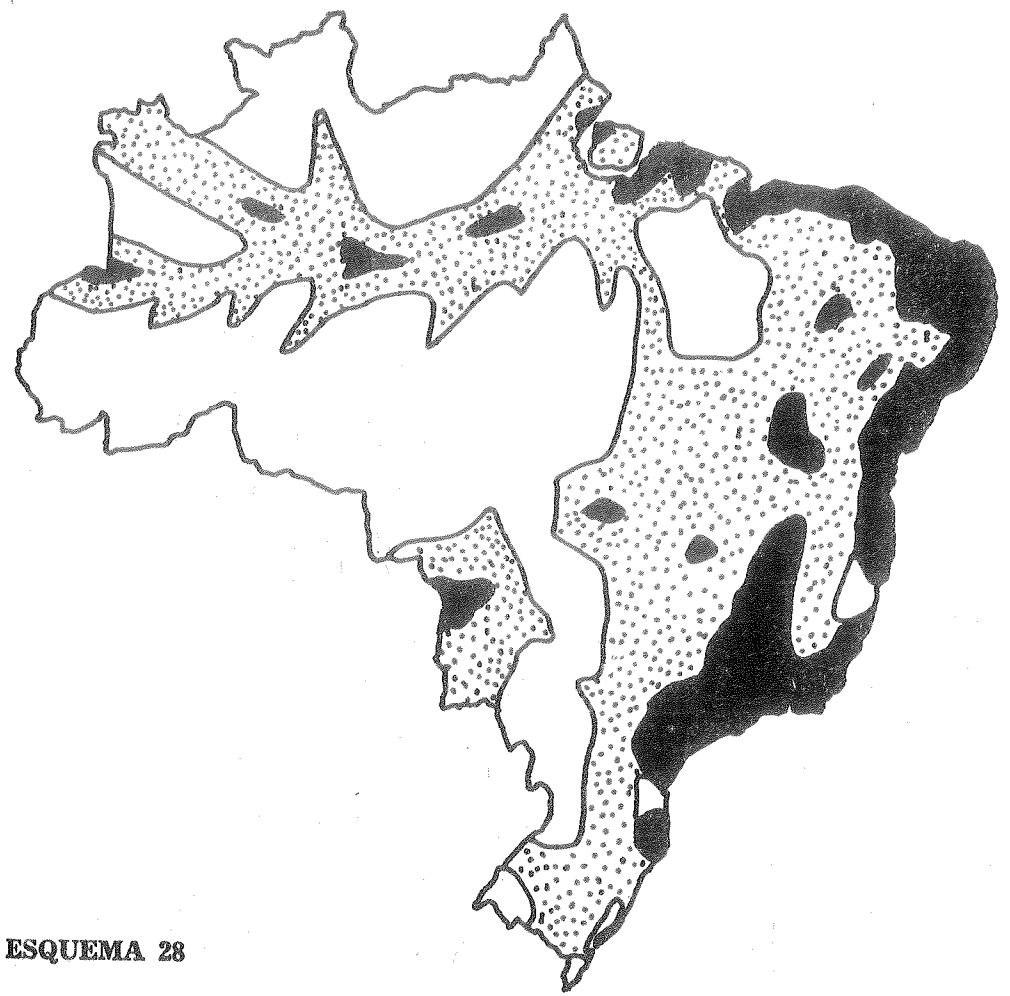
como si fuera una especie de Nilo nativo", aseguraba con el núcleo nordestino, mucho más agigantado y compacto —cerca de 1500 km de N. a S. y más de 1000 en su mayor expansión desde la costa al interior—.

La decadencia de la principal fuente de riqueza del nordeste, o más bien de toda la colonia, ante la competencia de las Antillas, y el providencial descubrimiento de las Gerais, inaugurando el febril ciclo de la minería, dislocarían definitivamente el eje económico hacia el sur, donde el ecumeno ganaría mayor consistencia y se condensaría. Se abren nuevos caminos del interior hacia la costa, penetrando en algunos lugares la escarpa litoraleña. Ni los intereses del fisco lograrían detener decisivamente la dinámica circulatoria que toma impulso. Por otro lado, la activa presencia de los españoles al sur, los problemas que se agravan de Sacramento y del Continente de S. Pedro —ese nuevo teatro de operaciones que se inauguraba— también atraían fuertemente los intereses de la metrópoli. Rio de Janeiro será la nueva capital de la colonia (1763).

Intereses estatégicos, todavía más que las ventajas del intenso comercio que se podría entrever, pondrían en el orden del día la cuestión de una articulación terrestre por el extremo sur. La expansión natural de S. Paulo, orientada según las líneas de penetración que el territorio ofrecía, no llevaría más que a Curitiba y a Paranaguá, como ya hemos tenido la oportunidad de ver. S. Francisco do Sul y Laguna serían meros puestos de avanzada lejanos. La ligazón se hará desde ahí hacia el sur y hacia el norte.

Pero de cualquier forma, a fines del setecientos (esquema 28), la marcha de la población y el progreso de la urbanización todavía no permitirían, por sí mismos, ante la vista de un mapa demográfico, concluir por la próxima supremacía decisiva del *heartland* central. Había habido muchos avances colonizadores en las direcciones más divergentes; la inestabilidad todavía era grande, y la ocupación todavía era reducida, respecto de la del nordeste.

En realidad, el auge del café sería el responsable de toda una apreciable infraestructura de transporte y de disponibilidad de capitales para otras inversiones, lo que condicionaría, bastante más tarde, la implantación de un parque industrial poderoso, el real muelle del avance poblador hacia el interior del estado de S. Paulo, realizado hace cerca de medio siglo; la revitalización de la Zona da Mata en Minas Gerais y de la expansión final, en ambos sentidos, del Espírito Santo y Paraná. Tanto es así que, en áreas aproximadamente equivalentes de un millón y medio de kilómetros cuadrados, el nordeste y el *heartland* central, algo ampliados am-



ESQUEMA 28

bos, presentarían un fuerte desnivel favorable al primero en volumen poblacional, tanto en estimaciones para 1808 (1.250.000 contra 900.000 almas) como en la encuesta de 1923 (2.050.000 contra 1.550.000). En 1950, el saldo respecto del segundo sería de casi 5 millones.

Actualmente, en el mapa demográfico (referido a 1950; esquema 5), sobresale principalmente el gran bolsón que, desde Santos o algo más al sur, a grandes rasgos y con raros desbordamientos aquí y algunos atrasos allá, bordea todo el Paranapanema, el Paraná y el Rio Grande hasta su afluente, río das Mortes, desde

donde se interna nuevamente, después de pasar por Belo Horizonte, para alcanzar luego el río Doce y seguirlo, prácticamente, en todo su curso medio e inferior. Una profunda penetración, al centro, ya llega al Araguaia, demarcando un amplio corredor ecuménico de S.E. a N.O. en el Goiás meridional. El nuevo censo del 60 mostrará, sin la menor duda, la condensación de la población en ese *heartland* central ya que, si bien áreas rurales antiguas y decadentes de la Zona da Mata en Minas Gerais y de la mitad meridional del Espírito Santo se han constituido en impresionantes zonas de expulsión, en contraste, las zonas precursoras del Mato Grosso de Goiás y el sur del estado de Mato Grosso se presentan como uno de los más potentes focos de atracción. La interiorización de la Capital Federal, con todo lo que eso deberá representar, principalmente a través de la reorientación ya esbozada de toda la red circulatoria, ayudará a la ocupación de la extremidad septentrional del *heartland* central, cuyo dinamismo será, así, también multiplicado.

Mientras tanto, en el sur como en el nordeste, los núcleos de población más densos todavía están situados, en gran parte, en la periferia de las respectivas masas continentales, pequeñas fallas que se manifiestan aquí y allá y raras islas centrales de importancia algo mayor, con el camino en la confluencia de las fronteras de Ceará, de Paraíba y de Rio Grande do Norte, región favorecida por la pluviosidad, por la existencia de presas y por los transportes ferroviarios.

El segundo *heartland* interior todavía es un gran desierto incógnito, con excepción del pequeño avance que se hizo sentir al norte de Cuiabá.

Pasados cuatro siglos y medio de nuestra historia, solamente el *heartland* central, por lo tanto, está logrando plenamente su destino geopolítico de amplia área de condensación ecuménica, centro de propulsión económica, compleja encrucijada de caminos, nudo de vinculación natural de todo el bloque continental, plataforma esencial para el futuro expansionismo hacia el interior. Ahí se va cumpliendo, pues, aquella coincidencia fundamental de los espacios físico, demográfico, económico y político que sitúa el poder en el centro de una base compacta, posibilitando actuar dinámicamente y en potencia.

Los bloques del nordeste y del sur, en fases mucho más atrasadas, ni siquiera se articulan todavía, sólida y seguramente, al *heartland* central, justamente por la debilidad de su propia ocupación interior. Las ligazones periféricas mantienen, así, la primacía de la banda del Oriente, dado el atraso —tal vez sería mejor usar la palabra retroceso— de la vitalización de las grandes líneas fluviales del interior —el Parnaíba y el S. Francisco por un lado, el Paraguay, el Paraná y el Uruguay en el otro extremo—. Débiles comunicaciones viales y ferroviarias, inadecuadas e incluso inseguras, a través de angostos istmos de circulación todavía precaria e irregular, los transforman en meras penínsulas que apenas han evolucionado de su inicial *status* insular. El *heartland* interior sigue siendo una isla, así como son también islas menores los núcleos de tierras más allá del Amazonas y del Negro, dando al conjunto de la Hilea la nítida configuración de un colosal archipiélago.

Al esbozar, hace unos años, un panorama geopolítico del Brasil, ante un mapa demográfico con el trazado de las isaritmas de 1, de 5 y de 23 habitantes por kilómetro cuadrado, ya habíamos distinguido (esquema 5) la misma estructura general de una cuña avanzando hacia el interior: señaladas, alrededor de un núcleo central propiamente ecuménico, las tres penínsulas del sur, del nordeste y del centro-oeste y, bastante más allá, la amplia y despoblada isla de la Amazonia. Esa es una pintura demográfica, el cuadro ecuménico de 1950, posiblemente no modificado hasta hoy en sus contornos más esenciales.

El análisis del modelado brasileño nos lleva ahora, por caminos diferentes, a un esquema similar (esquema 24), en el cual se ven, alrededor de un *heartland* central, tres bloques, del sur, del nordeste y del noroeste, ligándose a aquél a través de pontones más o menos definidos y extensos —por lo tanto, también tres penínsulas— y, en el extremo norte, dos islas gemelas, a ambos lados de la reguera del río Branco; cada uno de esos núcleos domina, a su vez, una periferia más o menos amplia. Ahí tenemos, por lo tanto, una visión anticipada de la futura ocupación adecuada del territorio, una perspectiva, válida solamente a grandes rasgos, de lo que podrá ser más tarde, a través de sucesivas etapas, el mapa ecuménico de Brasil. Y de esa proyección resulta:

— el actual núcleo central extendiéndose por todo el *heartland* central e incorporándose finalmente al Brasil económico y político, el valioso potencial de la unidad fisiográfica que esa área compacta representa, con lo cual será absorbida casi enteramente la actual península del centro-oeste, en parte integrante del macizo y en parte periférica y naturalmente subordinada a él;

— la península sulina explayándose algo más al noroeste para absorber todo el respectivo bloque macizo de tierras, con lo que ganará en organicidad estructural;

— la península del nordeste vitalizando apenas su propio escudo central de tierras;

— mientras que en la isla amazónica surge apenas esbozada su estructura íntima de masas.

De ambos esquemas, sin embargo, con miras en la propia acción estratégica o geopolítica y considerando, por lo tanto, el necesario reajuste de minucias que tenga en cuenta el trazado de los límites políticos entre estados, es decir, la organización administrativa del territorio y busque la coincidencia, en la línea de la frontera, con los marcos de compartimentación internacional de la América española —realidades políticas las unas y las otras, que no podrían de ninguna forma ser subalternizadas, pues aquella acción tendrá que desarrollarse en el marco de las mismas— resulta la misma delimitación objetiva de las áreas geopolíticas brasileñas a que hicimos referencia en un estudio precedente (esquema 29).

— un *área geopolítica de reserva general* o de *maniobra central* —S. Paulo, Rio de Janeiro y Guanabara, Espírito Santo, Minas Gerais y el sur de Goiás, con el Distrito Federal— [14] estructurada políticamente sobre el propio *heartland* central, que en breve será la proyección natural del actual núcleo central ecuménico, y donde el "triángulo de potencia, que ya se está ensanchando firmemente hacia el cuadrilátero tan bien dotado de São Paulo-Vitória-Belo Horizonte, acabará por estirarse todavía más hacia el noroeste hasta colocar su vértice interior en la región de Brasilia, posibilitando finalmente la articulación que faltaba con la actual isla amazónica, a lo largo del río Tocantins y del trazado paralelo de la BR-14";

— un *área geopolítica del ala norte*, abarcando todos los estados del Gran Nordeste, desde Bahia inclusive hasta Maranhão, y uniendo así al escudo nordestino todo su pontón baiano del sur, por simple distensión de la actual península del nordeste, " a fin de poder consolidarse naturalmente en su espléndida base diagonal de Salvador a São Luis, por Juazeiro-Petrolina, Picos y Teresina, y realizarse la revitalización del tradicional meridiano fluvial del São Francisco-río Preto-Panaguá-río Curguéia-Parnaíba-Itapicuru. Y el mero istmo de circulación limitado por la BR-4 y el

[14] Aquí el autor se refiere al nuevo Distrito Federal, a la región donde se construyó Brasilia, la nueva capital, en pleno Planalto Central brasileño. (N. del T.)

ESQUEMA 29

TPN, sin eje hacia el extremo sudeste del área, podrá evolucionar francamente hacia la amplia franja de soldadura de la frontera *mineira*";

— un *área geopolítica del ala sur* —Paraná, S. Catarina y Rio Grande— anclada en el macizo núcleo de tierras entre el Paranapanema y el Jacuí-Ibicuí, por la ampliación momentánea de la península ecuménica del sur, la cual, así, "ganará apenas mayor organicidad alrededor del cuadrilátero de articulación básica, demarcado por Curitiba-Porto Alegre-Santa Maria e Irati";

– un *área geopolítica del oeste*, reajustada a los contornos del Mato Grosso más el territorio de Guaporé, e incorporando, por lo tanto, casi todo el segundo *heartland* del interior, además de gran parte de la amputada península actual del centro-oeste, a fin de "reorientarse de sudeste a noroeste para enfrentarse completamente con Bolivia y Paraguay, de cuyo carácter indeciso y ambivalente participa también, montada sobre las dos grandes cuencas hidrográficas del Amazonas y del Plata. Cuiabá, en el propio paralelo de equipotencia de las atracciones del norte y del sur, está destinada a ser el gran centro de articulación de toda el área, cuya potencial base de circunvalación fronteriza, de Porto Velho a Campo Grande y Ponta Porã –la BR-29 actualmente en construcción, prolongada desde Cuiabá hacia el sur por Rondonópolis y Coxim (BR-31 y BR-16)–, "terminará por transformarse en una realidad concreta, en la soldadura más avanzada entre el Brasil amazónico y el Brasil platense";

– finalmente, un *área geopolítica de la Amazonia* –Amazonas, Pará y los territorios de Acre, Amapá y Rio Branco–, lo restante de la isla original y amplísima del esquema ecuménico, con los dos nódulos gemelos de tierras macizas de la región guayanense y una parte del segundo *heartland* interior, montando a un lado y al otro el geosinclinal este-oeste; área geopolítica que, durante muchísimos años, "seguirá (...) con el eje hacia el lecho del río formidable, donde Manaus permanecerá como el apoyo del sistema, por más que se articule, adense y vitalice el amplio estuario, en el triángulo Belém-Amapá-Santarém".

b) El marco continental

Extendamos ahora la mirada, desde el núcleo central brasileño o el área geopolítica de reserva general, hacia más allá del contorno fronterizo continental y marítimo hasta los baricentros de poder de los países vecinos. Y, atentos a conocidas fundamentaciones geográficas e históricas, proyectemos, en concordancia, las grandes líneas del reticulado geopolítico del territorio nacional hasta los límites extremos del continente en el mediterráneo antillano del norte y en el Pacífico meridional, al oeste.

Resultará sin dificultades una compartimentación geopolítica de toda América del Sur (esquema 20). Y en ésta el área geopolítica nuclear de Brasil evidentemente mantiene, en toda su plenitud, el mismo papel capital de *zona de reserva general* o *plataforma central de maniobra*.

Al noroeste, un *área geopolítica continental de la Amazonia americana*, caracterizada por la inmensa cuenca del gran río que, por el Cassiquiare, capta el propio Orinoco y, en el alto Caquetá, casi se liga al Magdalena, y enmarcada al oeste por los imponentes arcos de los Andes, al norte por el escudo guayanense, amplia nada más que el área geopolítica de la Amazonia brasileña, englobando así a la Gran Colombia, encuadrada, en sus extremos, por Perú y las Guayanas.

Al sur, un *área geopolítica continental platense-patagónica* prolonga el área geopolítica del Brasil meridional, a través del Uruguay y del territorio chileno, hasta la extrema defensa de los Andes chilenos que también incorpora a sí.

Y entre las dos, indecisa entre las atracciones provenientes de las dos grandes cuencas dinámicas del Amazonas y del Plata, hay una *nítida área geopolítica continental de soldadura* que abarca el área geopolítica brasileña de Mato Grosso y de Guaporé, y también Paraguay y Bolivia.

En la primera se entrecruzan: de este a oeste, el antagonismo tantas veces señalado entre el Pacífico y el Atlántico, prepondera grandemente la influencia de este último, gracias a la penetración profunda y casi omnipresente de su portentoso caudal, frente a la todavía pobre dinámica que se esboza a través de los pasos y de los nudos andinos, y, del norte hacia el sur, la oposición continental-marítima entre la influencia del golfo del Caribe, francamente permeable a una vigorosa presión exterior de América del Norte, y la atracción del corazón del continente. Aunque sea débil, dado el intenso trabajo disociador que se produce más en ese cuadrante, y la falta de potencial demográfico y económico, esta última fuerza tiene a su favor la densidad muy superior y la mayor penetración de los afluentes meridionales del Amazonas e incluso, a través de la propia inestabilidad natural del área de soldadura, todavía incorpora algo del dinamismo platense que pulsa bastante más al sur. Ante la influencia que viene del hemisferio norte, más lejana, la Gran Colombia y, en menor grado, las Guayanas, desempeñan, como ya lo hemos señalado, el papel geopolítico de enormes estados-tapones. Pero lo que más importa es que en un caso la atracción atlántica, y en el otro la influencia continental, son favorables a Brasil.

En la segunda área, platense-patagónica, todavía sigue manifestándose la oposición, omnipresente en toda América, entre el Pacífico y el Atlántico, con indiscutible predominio de éste en toda la sección septentrional, dada la potente fuerza atractiva e integradora del Plata. También se ejerce, de norte a sur, un an-

tagonismo continental-marítimo similar al que existe en la Amazonia, equilibrándose aquí, sin embargo, la mayor proximidad y el efectivo dinamismo del Plata con la presencia también, más inmediata e inmejorablemente localizada, del núcleo central brasileño. Y éste nunca actuará aisladamente, pues siempre estará en condiciones de apoyar y coordinar acciones convergentes, gracias a la ponderable participación de Brasil, en espacio o en términos demográficos, en la propia área de soldadura que queda al norte.

En ésta se reflejan profundamente, como hemos visto, todos esos antagonismos y oposiciones de los más distintos cuadrantes y de variada naturaleza, a tal punto que la solidez de esa área capital sobrelleva una importancia estratégica, como verdadera garantía de la propia estabilidad continental. No sería de admirar que, en geopolítica, el compartimiento más inestable, justamente por serlo, pueda volverse la base de toda la estabilidad en el área mayor circunyacente. Por lo tanto, la presencia brasileña en el área de soldadura continental, siendo —sin ninguna duda— una carta de inigualable valor, traduce una responsabilidad permanente que nunca podremos olvidar, ni siquiera menospreciar.

Todavía nos falta situar el área geopolítica del nordeste brasileño en ese conjunto de toda América latina, en el cual sigue desempeñando, como en Brasil, apenas en una escala diferente, el mismo sensible papel de puesto avanzado de defensa contra acciones extracontinentales provenientes del Atlántico o de más allá, o el de la plataforma esencial de proyección hacia oriente. Y su importancia queda más clara si lo caracterizamos, justamente, como *área de soldadura* entre las dos grandes *áreas geopolíticas o estratégicas del Atlántico Sur y del Atlántico Norte.*

Pero eso nos lleva a extender la mirada hacia el mundo de allende el mar.

c) El mundo de allende el mar

No repasaremos aquí la fundamentación geopolítica que en otra ocasión hemos presentado detenidamente, a través de un análisis de la disposición general de las grandes masas continentales y marítimas, de las más destacadas líneas del relieve terrestre, del nucleamiento poblacional y de los vacíos ecuménicos, así como de la complicada red de la circulación internacional, para la perspectiva del mundo que nos parece más adecuada y más justa, desde el punto de vista brasileño —en el caso, también sudamericano—, que es el único que nos debe importar.

Hagamos notar, pues, la imagen centrada en el propio corazón de nuestra América del Sur de los dos hemiciclos de tierras que nos enfrentan (esquema 16):

—el *hemiciclo interior*, a un radio promedio de 10.000 km, que va desde la isla norteamericana, potente sobre todo en su amplio borde de oriente, hasta la Antártida desierta y glacial, al sur, pasando a lo largo del intranquilo continente africano, semipoblado y atrasado;

—y el *hemiciclo exterior*, limitado, a grandes rasgos, por un arco de 15.000 km de radio y donde sobresale la Eurasia tentacular y envolvente, con densas masas de población concentradas a un lado y al otro de un casi desierto intermedio, con sus formidables ejes de poder, actual o apenas potencial, escalonados desde la península avanzada de Europa occidental hasta el corazón del imperio soviético y, más allá, al Japón ultradenso, a la espantosa inmensidad de China, a la compacta mole de la India, al arco insular estirado de Indonesia, pululante de una humanidad sufriente e inquieta. La progresista Australia, entre Nueva Guinea y Nueva Zelanda, demarca el extremo, hacia más allá del Polo Sur, de ese colosal hemiciclo exterior que, en su frente central, casi llega a morder el arco más interior, flanqueando el costado septentrional de Africa.

Si algo de positivo nos enseña la historia, desde hace siglos, es que ese hemiciclo exterior constituye, para América del Sur, el *hemiciclo peligroso*, de donde le han sobrevenido continuamente las amenazas más graves, más duraderas, continuadas y potentes. Mientras tanto, el hemiciclo interior, sobre todo en esta nuestra era agigantada, de amplísimo radio de acción geopolítico y estratégico que no respeta ni a océanos ni a ninguna masa continental, sobresale, en el dispositivo general, como *frontera decisiva de la seguridad sudamericana.*

Cubierta, en el ala norte, por el escudo de América del Norte y el arco antillano adyacente y, en el flanco sur, por la inhóspita fortaleza de la Antártida; con la maciza Africa en su primera línea capital de defensa; cerradas las dos entradas atlánticas por el complejo insular de Azores, de las Canarias y de Cabo Verde, al norte, y por las islas dispersas que dominan las salidas del Indico, al sur; disponiendo de una favorable longitudinal intermediaria a lo largo del Atlántico Sur, desde Ascensión a la isla Bouvet y al archipiélago de las Sandwich del Sur; protegida, al oeste, por la inmensidad del océano Pacífico donde se zambulle, de golpe, la formi-

dable muralla de los Andes, la Fortaleza Sudamericana es, por sí misma, un conjunto estratégico natural bien equilibrado y dispuesto. Es necesario estructurarlo sólidamente, asegurando una firme articulación entre sus diversas masas componentes, y haciendo que con cada una de éstas se vuelva invulnerable a toda especie de ataques, subrepticios o directos.

Situando en esa perspectiva general o, en otras palabras, subyacente y algo más permanente del mundo, tal como lo vemos desde Brasil y, por lo tanto, desde América del Sur, el cuadro del actual *antagonismo dominante* entre el Occidente demócrata y cristiano y el Oriente comunista y materialista, podemos distinguir y calificar, además de los dos grandes centros de poder que cristalizan a su alrededor los dos bloques en pugna (esquema 19):

—un cinturón de verdaderas *áreas-explanada*, en la amplia frontera del dominio soviético, traduciendo la *estrategia de los espacios periféricos* propugnada por Spykman, áreas estas en diferentes etapas de integración como puestos avanzados de la defensa occidental a través de la O.T.A.N., la O.T.A.S.E., la C.E.N.T.O. —o en variable grado de inestabilidad—: el Medio Oriente, el Sudeste Asiático y, sobre todo, caminos muy favorables a una progresión, sea por la fuerza o, más probablemente, por la infiltración insidiosa y enmascarada de la ideología y del poder comunistas; y, bastante más atrás, constituyendo un triángulo que circunda y protege el extenso lago interior del Atlántico Sur, clave de las comunicaciones marítimas más seguras al servicio de Occidente, tres áreas interiores —América del Sur, Africa atlántico-meridional y Antártida— estructuran una indispensable plancha giratoria de maniobra para cualquier estrategia decisiva de contención o de contraataque, en amplia escala, frente al expansionismo sino-moscovita.

Por eso se entiende bien todo el esfuerzo que los comunistas vienen llevando a cabo, con tenacidad y astucia, para llegar al Africa convulsionada por inconmensurables tensiones de las más diversas —en las que se mezclan y luchan el nacionalismo xenófobo y turbulento, el colonialismo reaccionario y recalcitrante, el tribalismo primitivo e irresponsable, un racismo fanático, arrogante y cruel— y para penetrar en la coraza panamericana, mediante la hábil y siempre oportuna explotación de los justos anhelos de mayor independencia efectiva y nivel de vida superior de las masas expoliadas y todavía casi indigentes del semimundo subdesarrollado de América.

3. Directrices geopolíticas

Paralelamente a los tres cuadros, recientemente esbozados, de una perspectiva geopolítica brasileña, examinaremos ahora las directrices generales que de ellos resultan en una conclusión casi inmediata.

a) Brasil y su "hinterlandia"

Con el fin de lograr la humanización, la integración y la valoración del inmenso territorio, en gran parte todavía desaprovechado y desierto, el esquema tripeninsular de áreas ecuménicas nos está indicando, sin excluir naturales superposiciones, avances o retrocesos siempre posibles en este o en aquel sentido, la consideración de tres fases sucesivas en la amplia maniobra geopolítica por ser realizada (esquema 7).

Podemos definirla así:

1ª fase. — Articular firmemente la base ecuménica de nuestra proyección continental, ligando el nordeste y el sur al núcleo central del país, garantizando al mismo tiempo la inviolabilidad de la amplia extensión despoblada del interior por el taponamiento eficaz de las posibles vías de penetración.

2ª fase. — Impulsar el avance hacia el noroeste de la ola colonizadora, a partir de la plataforma central, a fin de integrar la península centro-oeste al todo ecuménico brasileño.

3ª fase. — Inundar de civilización la Hilea amazónica, a cubierto de los nódulos fronterizos, partiendo de una base avanzada constituida en el centro-oeste, en acción coordinada con la progresión E.-O., según el eje del gran río.

Trasplantemos ese esquema de maniobra hacia el mapa en que hemos dibujado hace poco el nucleamiento natural del territorio brasileño. Resultará fácilmente la traducción de la misma maniobra, exenta de cualquier deformación, en nuevos términos más coherentes con la nueva pintura, lo que permitirá ciertamente su mejor entendimiento y el de algunos de sus principales condicionamientos (esquema 24).

Aquí, la primera fase —sin hablar del taponamiento que deberá ser realizado sin demora, a lo largo de toda la frontera desde el corte del Paraná al Territorio de Amapá, medida de seguridad

indispensable para que se pueda llevar a cabo, metódicamente, el conjunto ordenado de la maniobra– consistirá sobre todo:

– en la sólida trabazón del núcleo sulino y, a través del pontón de Bahia, del escudo del nordeste, ambos al *heartland* central, lo que se llevaría a cabo, principalmente, por medio del establecimiento de comunicaciones viales y ferroviarias de elevado rendimiento, utilizables bajo cualquier condición de tiempo, suficientemente resguardadas y ofreciendo la posibilidad de alternativas para el caso de emergencias, y

– en la incorporación a ese sistema de circulación del espacio pericontinental fluvial y marítimo, sea la revitalización de toda nuestra abandonada navegación de cabotaje –flota desmantelada, puertos obstruidos, organización portuaria ineficiente y caótica bajo el signo de las reivindicaciones irresponsables de carácter político o también subversivo, y de lamentables medidas demagógicas– o sea el inestimable aprovechamiento de la navegación natural de muchos ríos favorables, corredores móviles que ahí yacen por despreocupación de nuestra parte, completamente relegados como si fueran inexistentes, aunque hayan visto en otras épocas breves períodos de florecimiento.

A la segunda fase le corresponderá el dominio, a través de la ocupación efectiva y del desarrollo económico, de todo el *heartland* central, impulsándose la ola de población desde el núcleo central decisivamente al interior, y eso comprenderá:

– por un lado, la terminación de una adecuada articulación interna, a través de la circulación tanto vial y ferroviaria como fluvial, sin olvidar de ninguna manera el extraordinario papel que podrán desarrollar, con algunas adaptaciones, las dos notables transversales del Tietê-Paraíba y del Rio Grande-Alto S. Francisco, y

– por otro lado, la incorporación de la periferia circulatoria del segundo cinturón interior, donde resalta el papel integrador del Paraguay y de sus mayores afluentes, del Tocantins y del Araguaia.

La tercera fase, de conquista de la Amazonia, exigirá ser afianzada en el segundo *heartland* del interior, para la concreción del gran esquema de maniobra, concéntrico durante todo un largo e importante primer tiempo y luego divergente a partir del polo capital de Manaus. El inigualable valor de los cursos de agua no

ESQUEMA 30

necesita ser subrayado, desde el Guaporé, demarcando lateralmente la frontera, hasta los múltiples afluentes penetrantes del Amazonas. La Transacriana (BR-29), prevista por Euclides da Cunha, merece aquí una especial referencia, ya que podría ser considerada como un elemento esencial del propio taponamiento inicial de la frontera.

Si recordamos que, paralelamente a todo esto, habrá que seguir con la incorporación paulatina de los diversos macizos atlánticos de tierras, lo que se traducirá en articulaciones internas convenientes para cada uno, en la población y colonización, en la

explotación racional de los recursos naturales, tendremos una pálida idea del enorme volumen de toda la obra que deberá ser llevada a cabo para que Brasil sea, finalmente, el "coloso del Sur", como lo anhelamos, confiados.

Seguramente, el sorprendente progreso de la técnica moderna, ya ocurrido o todavía por verse, vendrá en nuestra ayuda, multiplicándonos las posibilidades y la capacidad de acción, a condición de que nos esforcemos por conocerlo enseguida y asimilarlo prontamente. Consideremos el inestimable papel que la aviación desempeña desde ya entre nosotros (esquema 30) en la integración de centros dispersos a través de enormes distancias y en la integración que se va haciendo en la *hinterlandia*, por más que la densidad más significativa de las aerovías con un apreciable ritmo de tránsito dibuje, en el mapa del país, el esquema de un gran nódulo débilmente conectado, a lo largo del litoral, con el norte y con el sur. Y consideremos, por otro lado, lo que podrá representar la utilización de nuestros recursos en minerales radiactivos.

b) Brasil en el archipiélago sudamericano (esquema 20)

Desde el punto de vista de posibles antagonismos que siempre podrán surgir entre Estados del continente, estimulados por la propia dinámica de tensiones naturales o por motivos de otro orden, es cierto que Brasil nunca deberá ignorar ninguno de ellos, interviniendo para prevenirlos, limitarlos o apaciguarlos y, si es posible, para hacerlos cesar, dentro del objetivo fundamental de asegurar la paz, reforzar la unidad continental y mantener el *statu quo*. Somos una nación territorialmente realizada, satisfecha con el patrimonio que le pertenece debido a antiguos conflictos que no hemos podido evitar, y a una actuación diplomática perseverante y clarividente; por lo tanto, de ninguna manera compartiremos o siquiera transigiremos con cualquier idea descabellada de revisionismo de las fronteras.

Dentro de esa línea general de acción, la maniobra de integración territorial que hemos delineado hace poco se ajusta perfectamente, porque representará un peso específico muy superior incorporado a nuestra área de maniobra central y, por otro lado, una participación brasileña mucho más efectiva en el área vital y decisiva de la soldadura continental, cuya natural inestabilidad siempre podrá constituir un peligro que exigirá una pronta solución. El taponamiento del extenso arco fronterizo del noroeste se inserta, coherente e imperativo, en el cuadro que actualmente examinamos, como providencia salvaguardadora y prudente, cuya

importancia y urgencia aumenta con la simple evaluación de los potenciales presentes en los tres compartimientos estratégicos del oeste.

No quedará ninguna duda, por otro lado, de que ante esos balances regionales se impone la sólida articulación entre el nordeste, el *heartland* central y el núcleo sulino, en una primera fase; posteriormente, la de los dos *heartlands* entre sí, a fin de asegurar una satisfactoria movilidad de nuestro poder estratégico, todavía concentrado a gran distancia de las fronteras.

Desde el punto de vista positivo de una participación eficaz en el desarrollo conjunto de esa extensa América del Sur, la responsabilidad brasileña no podría ser mayor, por ser nuestro país integrante, con partes bastante significativas de su territorio y de su población, de todas las áreas geopolíticas del continente. Y nuestra mayor contribución no podrá ser otra sino la de volver cada vez más ponderable nuestra presencia allí, con la contribución más inmediata del potencial dinámico del núcleo central brasileño, acercándose cada vez más a ellas. Sobre este particular, es importante subrayar, por lo menos, la importancia de la vitalización de los ríos navegables de toda la franja fronteriza donde la bandera brasileña necesita, en el más corto plazo, hacerse no sólo presente sino asidua y, además de eso, la necesidad de un concurso nacional, realmente representativo, en las comunicaciones tanto aéreas como marítimas entre los principales centros de población de los países sudamericanos.

El mercado común que se está estableciendo ahora, gran paso proyectado en el sentido de una mayor unidad continental y de un desarrollo económico más acelerado y coherente, exige sobre todo, para su concreción, la base física de un sistema adecuado de circulación en toda América del Sur. Brasil no podría dejar de cooperar, decididamente, en la creación de esa base indispensable.

c) Brasil en pleno mundo

Del envolvente mundo de allende el mar, de ese macizo hemiciclo que se desdobla hacia allá del Atlántico Norte, del Mediterráneo y del Indico, nos vienen otra vez gravísimas amenazas, unidas ahora a un nuevo y refinado arsenal de armas terribles que van desde la sutil propaganda ideológica, conducida en moldes racionales y fríos, hasta las modernas armas termonucleares, capaces de inaugurar una nunca vista guerra intercontinental.

Por eso insistimos sobre la cada vez mayor vulnerabilidad de un país como Brasil, en que se concentran, en una franja litoraleña de muy reducida amplitud ante los actuales patrones de las tácticas ofensivas, los más poblados centros del país, sus principales núcleos industriales y los más importantes ejes de circulación vial y ferroviaria. El nordeste brasileño, por su posición dominante respecto del estrangulamiento de Natal y Dakar, adquiere una significación estratégica sin igual. Y el Atlántico Sur, difícilmente interdicto a la penetración de veloces y maniobreros submarinos atómicos dotados de armas nucleares de largo alcance, pierde cada vez más el significado de foso protector de nuestro centro de potencia.

Sin embargo, en una primera fase de guerra general desencadenada entre Occidente y Oriente, los ataques de intimidación o de represalia de los cuales podemos ser víctimas —y por más destructores y tremendos que fueran— nunca dejarán de ser esporádicos, intermitentes, seguramente localizados y de corta duración. Solamente el dominio por los soviéticos de importantes bases en el litoral fronterizo de Africa les permitirá actuar decisivamente, en continuidad y potencia combinadas, contra algún punto del territorio brasileño. Y, por lo tanto, en la gran batalla del mantenimiento de la invulnerabilidad de toda esa Africa atlántico-meridional a penetraciones y, sobre todo, a la radicación del poder soviético ahí, se jugará el propio destino de Brasil.

El hemiciclo interior, configurado por América del Norte, Africa y Antártida en la perspectiva del mundo que toma por centro el continente sudamericano, constituye para todo éste, como ya lo hemos dicho, la frontera decisiva de su seguridad. También es, y principalmente para Brasil, encargado de la cobertura general del sistema, sobre el borde del Atlántico.

Ahora bien, de toda esa dilatada frontera, el Africa viene a ser, por su propia posición estratégica entre los dos bloques antagónicos, por las vías de acceso naturales que a ella conducen, por la inestabilidad en que se debate, la parte más vulnerable y, al mismo tiempo, más valiosa, más codiciada por lo tanto. La Antártida, en el momento actual, todavía es un amplio desierto excéntrico; América del Norte, inclusive México, el poderoso centro de todo el sistema defensivo de Occidente, el punto decisivo, la ciudadela difícil de abordar y de someter y que, según todo lo indica, será más fácil de abordar llevándola paulatinamente al aislamiento, a la asfixia y al cerco, antes que por cualquier imprudente embestida directa.

Incluso con relación al frente atlántico de la plataforma africana, todavía muy alejada de la periferia del mundo comunista, que está también contenido, mal o bien, por el cerco de puestos avanzados de la defensa occidental, la *estrategia del acercamiento indirecto*, de que nos habla Liddel Hart, será, sin ninguna duda, la más conveniente, de efectos más inmediatos y, además de eso, mucho menos peligrosa. Relegada la acción militar ostensiva al plano meramente secundario de las amenazas y de las ostentaciones de prestigio y de fuerza, todo el amplio y variado espectro de las sutiles tácticas de infiltración, del terrorismo, de la guerrilla, de la propaganda ideológica que componen ese complejo moderno de la guerra insurreccional o subversiva, ofrece perspectivas mucho más promisorias de éxito, sobre todo donde ya se manifiesten tensiones sociales graves y se eternice un modelo intolerable de vida, tal como lo han demostrado en la práctica Mao-Tse-tung y Ho Chi Minh.

He aquí por qué no estará la propia América latina inmune contra insidiosos ataques de ese tipo, mucho más de temer mientras perduren la estancación económica, la corrupción, la miseria, la ignorancia y el hambre.

Combatir el subdesarrollo en las áreas nacionales atrasadas y en el resto del continente, cooperar también en la inmunización de los jóvenes países africanos contra la fatal infección del comunismo, estar vigilante y atento a cualquier progresión soviética hacia esa Africa atlántica donde está situada la frontera avanzada y decisiva de la propia seguridad nacional, colaborar por todos los medios en mantenerla libre del dominio comunista, he aquí, más o menos bien delineadas, en un orden de prioridad decreciente aproximado, las principales directrices que nos parecen indeclinables de una geopolítica brasileña adecuada a la actual época agitada y cataclísmica, ante un mundo que se debate y agoniza en el más brutal encuentro de civilizaciones antagonistas.

4. Algunas conclusiones

Características dominantes de una geopolítica brasileña

La geopolítica que hemos terminado de esbozar, para los tres campos sucesivamente más amplios a que debe necesariamente referirse —el interno, el continental y el mundial—, condicionada

muy de cerca por los contornos dominantes de la coyuntura actual, puede ser caracterizada como:

– geopolítica de *integración y valoración espaciales*;

– geopolítica de *expansionismo hacia el interior* y, también, de *proyección pacífica hacia el exterior*;

– geopolítica de *contención*, a lo largo de las líneas fronterizas;

– geopolítica de *participación en la defensa de la civilización occidental* que también es la nuestra;

– geopolítica de *colaboración continental*;

– geopolítica de *colaboración con el mundo subdesarrollado* de aquende y allende el mar;

– geopolítica de *seguridad* o geoestrategia nacional, ante la dinámica propia de los grandes centros externos de poder.

Creemos firmemente que ella se encuadra estrictamente en las propias aspiraciones e intereses nacionales. Y que, consecuentemente, satisface las dos condiciones prioritarias a que debe subordinarse la única Geopolítica que para nosotros es digna de ese nombre, ser una geopolítica realmente actualizada y, sobre todo, una geopolítica esencialmente brasileña.

BIBLIOGRAFIA

1 "Historia Geral da Civilização Brasileira - I - A Epoca Colonial - 1 - Do Descobrimento à Expansão Territorial", Dirección: Sérgio Buarque de Holanda, Difusão Européia do Livro, São Paulo, 1960.

2 "Atlas do Brasil (Geral e Regional)", IBGE, Rio, 1959.

3 "The Nature of Conflict - Studies on the Sociological Aspects of International Tensions", The International Sociological Association and Jessie Bernard TH. Pear, Raymond Aron, Roberto C. Angell, UNESCO, París, 1957.

SEGUNDA PARTE

I

GEOPOLITICA Y GEOESTRATEGIA — 1959

1. Introducción

Al iniciar esta serie de ensayos sobre temas de la geopolítica brasileña, no nos parece superfluo —sino utilísimo e incluso indispensable— discutir la conceptuación de la Geopolítica y de la Geoestrategia, que nos deberá orientar en las apreciaciones objetivas que trataremos de hacer sobre el caso concreto del Brasil de hoy y de mañana.

Sin duda, entre las primeras —y no menores— perplejidades que asaltan a todo aquel que se detenga algo atentamente en el estudio y en la apreciación comparativa del pensamiento de los más notables maestros de la geopolítica, está la de elegir con criterio entre muchos puntos de vista divergentes y, en gran parte, indudablemente antagónicos, además de haber sido casi siempre emitidos sin una preocupación rigurosa de serenidad científica, el cual lo guiara en la penetración del amplio y fecundo campo de conocimientos, de relaciones y analogías, de teorías, perspectivas e interpretaciones del mundo ecuménico que invaden y atraviesan hoy todo el dominio de la Geografía, de la Economía, de la Estrategia y de la Política.

Es sabido que los geopolíticos —y los mejores— fueron muy reputados maestros que analizaron, con clarividencia y profundidad, las relaciones de poder entre las naciones a la luz de los condicionamientos geográficos de todo orden, mucho antes incluso de que el profesor escandinavo hubiera creado el nombre de bautismo que tanta ventura tendría. Sin nombrar a Ratzel, el verda-

dero precursor de la antropogeografía y de la geografía política, con sus afamadas leyes del crecimiento de los Estados y sus fecundos conceptos de espacio y de posición (*Raum und Lage*) —ya que la geopolítica nació bajo el influjo inmediato de sus lecciones—, basta que recordemos el nombre de Mahan, ese incontrovertible exponente de la doctrina de la supremacía del poder marítimo que determinaría, en sabios rumbos, toda la proyección inicial de los Estados Unidos en la senda de las grandes potencias mundiales. No sera el caso de exponer aquí, entre teóricos y prácticos de la política y del arte de la guerra, desde Vauban a Napoleón, de Maquiavelo a Disraeli o a Marx, innumerables conceptos dispersos del más puro quilate geopolítico, pero estamos seguros de que la cosecha sería abundante y altamente instructiva. Y las páginas todavía hoy tan vivas y particularmente significativas para la era tormentosa que atravesamos, legadas a nuestra cultura por Tucídides, al narrar las vicisitudes de aquel tremendo drama en que zozobraría Grecia y el esplendor de toda una civilización incomparable, ofrecen un impresionante paralelo, ya muchas veces subrayado, y un sugestivo retrato, en miniatura mediterránea, de la moderna concepción de Mackinder sobre la lucha tantas veces renovada entre el poder terrestre anclado en *heartlands* más o menos compactos y amplios y el poder marítimo envolvente de las talasocracias.

Pero, además de eso, dejando de lado lo que ya se ha denominado prehistoria de la geopolítica, vale la pena recordar que son muchos los maestros en esa disciplina, así reconocidos por todos, que expresamente rechazan, horrorizados, ese título, o por lo menos simulan ignorar la existencia de esta seudociencia, tan admirada por unos como despreciada y calumniada por otros.

Geopolítica, arte; Geopolítica, ciencia; Geopolítica, apenas una rama de la Geografía; Geopolítica, simple factor subalterno de la Ciencia Política; Geopolítica, perspectiva de una estrategia global de naciones; Geopolítica, cosmovisión política; Geopolítica equivalente a una Geografía Política renovada, consistiendo en el fondo en una simple aplicación de ésta o ciencia-arte nítidamente distinta; Geopolítica igual a Estrategia General o subordinada a ésta; incluso una Geopolítica-Geopolítica en oposición a una execrada Geopolítica-*Geopolitik* o a una extraña *Geopacifics*, inscrita por Griffith Taylor entre los dominios, desde siempre admitidos, de una Geopolítica de paz y una Geopolítica de guerra; he aquí apenas algunas de las profundas divergencias de conceptuación sobre lo que realmente es la Geopolítica, su finalidad, su amplitud, su método y su valor.

Sin embargo, tal confusión no es de forma alguna específica de los estudios geopolíticos.

Por un lado, todavía no es menor la falta de una sistematización definida y bien clara en el dominio en general de las Ciencias Políticas, a pesar de los múltiples esfuerzos emprendidos últimamente, incluso bajo los auspicios de la UNESCO. Ciencias Políticas y Ciencia de la Política, Teoría General del Estado (*Allgemeinestaatslehre*) y Ciencia o Ciencias del Estado (*Staatswischenschaften*), Derecho Público General y Ciencia del Derecho, Política Internacional y Doctrina del Estado, Filosofía Política y Derecho de las Naciones, Filosofía del Estado y Filosofía del Derecho, Sociología Política y Sociología Cultural, y otras más, son todas disciplinas que chocan y se disputan entre sí, con recíprocas acusaciones de espíritu imperialista, presentando límites de lo más imprecisos y una perturbadora multiplicidad de conceptuación y métodos. Además del desbordamiento incesante y al parecer inevitable de cada una de ellas sobre otros dominios del conocimiento humano y el frecuente recurso a nociones y teorías oriundas de los más diversos campos de estudio —la Geografía, la Historia, la Psicología Social y el Psicoanálisis tanto de Freud como de Adler y de Jung, la Etica, la Economía y la Ciencia de las Finanzas, la Antropología Cultural, la Demografía, la Estadística, la Sociología en todos sus complejos sectores, desde la Ecología Social de la Escuela de Chicago hasta la Sociología del conocimiento de Mannheim—.

Por otro lado —y éste es el ángulo que nos interesa más de de cerca— el vertiginoso progreso de la ciencia aplicada y de la técnica, sobre todo de las ideas, ampliadas en escalas nunca vistas por los nuevos medios de transporte y comunicaciones, a través de todas las latitudes y todas las longitudes y superando cualquier obstáculo antes calificado como intransponible, tiende a destruir y a hacer explotar todo el sistema de compartimentación espacial que caracterizaba a nuestro mundo, desde la aparición y la afirmación en el escenario internacional de los Estados-naciones como unidades soberanas de cristalización efectiva del poder. En ese mundo que se ha vuelto, potencialmente, uno solo —como lo dice James Burnham, corrigiendo el famoso título del ensayo de Wendell Wilkie—, la brusca reducción de las distancias a escalas casi provinciales, la trasmisión casi instantánea de las acciones y reacciones entre Estados, el estrechamiento de los contactos entre naciones situadas en polos antípodas en un ecumeno ya sin desvanes ni confines, daría a las relaciones internacionales un dinamismo potente y febril, una multidimensionalidad que se extravasa

a todos los instantes, y largamente, del campo político tradicional hacia el militar, el económico y el psicosocial, una desconcertante complejidad que desafía a los analistas y dificulta la toma de decisiones estratégicas oportunas, adecuadas y eficaces.

Nada de lo que un Estado resuelva o deje de hacer en el escenario internacional o incluso en el propio ámbito interno —ya que estas últimas actividades siempre tendrán repercusiones exteriores, por debilitar o fortalecer, en mayor o menor grado, su propio potencial nacional— podrá ser realmente indiferente, actualmente, a cualquier otro Estado. Y nótese que una determinada nación, simple átomo más o menos cargado de poder que es la energía fundamental que anima a todo el campo de las relaciones internacionales, se ve enfrentada a más de ochenta otros Estados, tantos cuantos componen la actual configuración política del universo y los cuales se presentan, además, constituyendo amplios haces de intereses más o menos solidarios a través de las más diversas organizaciones —desde las asociaciones para fines específicos, económicos o culturales, como muchas de las ligadas a la O.N.U. y, en cierto grado, la Unión Latina, hasta los sistemas más o menos integrados de seguridad colectiva: la O.T.A.N., la O.E.A., la O.T.A.S.E.—, para culminar en los Estados confederados del tipo de la Comunidad Británica y en los Estados multinacionales como la U.R.S.S. y su disciplinada cohorte de países satélites. Imagínese, pues, la complejidad de las relaciones bipolares, triangulares y multipolares, de intensidad y naturaleza variadísimas, que envuelven a cada Estado en una trama de tensiones discordantes, cuando ya no es posible ignorar el mundo a lo largo y confinarse en un lugar más o menos delimitado del globo donde sólo llegaran las presiones de algunas pocas grandes potencias de intereses universales y efectiva capacidad de acción a la distancia. Ya no hay lugar para "espléndidos aislamientos" —ni el aislamiento sería posible ni, si lo fuera, podría aspirar a ser soportable y, mucho menos, espléndido—.

Ahora bien, en esta tesitura de relaciones, tanto de antagonismo como de cooperación —pero nunca de indiferencia o aislamiento—, las viejas coordenadas a que hacían referencia los estadistas en su juego sutil de la diplomacia tradicional, y en que se encuadraban los militares cuando eran llamados al proscenio de lucha, tendrían que diluirse y deshacerse para dar lugar a cuadrantes más amplios y a horizontes más despejados.

Ya no se logra, con algo de precisión, delimitar la política interna de los Estados de su política externa; la Estrategia desborda sobre la Política, penetrándola por completo; la guerra invade la paz, pareciéndonos una condición humana de carácter permanente y normal, ya confundidas del todo las acciones revolucionarias y subversivas con las actividades propiamente militares y colocadas en idéntico plano las acciones ofensivas y defensivas llevadas a cabo en el campo económico o en el sector de la propaganda y del adoctrinamiento psicológico; se habla tanto de táctica política como de tácticas psicológicas o financieras; el arsenal de armas de ataque y de defensa se enriquece, diferenciándose al extremo, con los más heterogéneos instrumentos, desde el *dumping* y el *boicot* hasta la persuasión o la intimidación a través de la radio o de la prensa, al mismo tiempo que la técnica llega al espacio exterior con sus *Sputniks* de ahora, sus atentos vigías de mañana y sus plataformas de ataque en un futuro no muy remoto, y domestica y controla las más terribles explosiones atómicas para entrega a domicilio del enemigo, a través de alcances intercontinentales cada vez más ampliados.

Los viejos temas y conceptos ganan nuevos sentidos a través de sucesivas extensiones y amenazan confundirse todos en la acepción más general:

— la guerra ya no es sólo guerra, también es guerra económica, guerra política, guerra psicológica, guerra de ideologías; tanto la guerra civil como la revolución también son guerras; la guerra puede ser guerra fría y, como tal, permanente, insidiosa, multiforme. ¿Qué será entonces la paz?

— la Estrategia deja de ser apenas el arte de los generales, también es estrategia económica, estrategia política, estrategia psicosocial; también hay otra estrategia a la par de una táctica de la acción subversiva, habiendo sido Lenin un maestro indiscutible en ambas; los economistas en su planificación se esfuerzan por distinguir, a cada paso, variables estratégicas frente a variables no estratégicas; los juegos de estrategia abren un revolucionario capítulo del análisis matemático; y la estrategia puede ser tanto estrategia de paz como estrategia de guerra. ¿Qué queda entonces de la Política?

La noción de integración se afirma cada vez más en todos los rumbos; la guerra es total y, por lo tanto, indivisible; no lo es menos la propia paz; la Estrategia es general y, por lo tanto, integrada; la Política también lo es, a su vez.

En esa actual confusión generalizada de conceptos, a que no puede resistir la terminología básica, y acompañada de no menor subversión de todos los valores sociales, tanto políticos como éti-

cos, lo que se impone con urgencia es una clarificación y ordenación de las ideas básicas, la estructuración —aunque con carácter provisional y flexible— de un renovado sistema conceptual que permita el esfuerzo continuado y progresivo del análisis y finalmente la fijación de directrices seguras para la acción. Y no menos indispensable es disponer de tal cuadro de nociones fundamentales para que se puedan efectivamente señalar los resultados de estudios ajenos, integrándolos en una sola doctrina coherente y racional, doctrina que, para ser útil, debe estar basada en las realidades nacionales, orientarse por las aspiraciones e intereses reales de la nacionalidad, situarse en el plano limitativo de las posibilidades que ofrezca realmente el potencial nacional, encuadrarse objetivamente en el panorama coyuntural, proyectado hacia un futuro previsible.

Sin una doctrina así, amplia y elástica, no será posible acompañar ni siquiera la evolución del pensamiento político y estratégico que actualmente progresa a pasos agigantados en los países líderes del mundo, ante el impacto de las contradicciones y antagonismos profundos de esta hora que vivimos; no habrá, sobre todo, un modo de absorber, en nuestro beneficio, las nuevas enseñanzas, las teorías modernas, las concepciones revolucionarias que están surgiendo a cada instante, sin incurrir en los peligros de una seudoasimilación erudita pero fatua que, en realidad, terminará por traducirse por el caos en las ideas y la parálisis en la acción.

Y en lo que se refiere, particularmente, a los estudios geopolíticos y geoestratégicos, eso se vuelve todavía más imperativo, ya que —como lo hemos señalado— la confusión y los aspectos contradictorios de lo que se difunde habitualmente bajo aquellos rótulos, exigen una cuidadosa selección y encuadramiento de lo que se considere aceptable, en una perspectiva doctrinaria sólida, comprensiva y diáfana.

Por eso creemos necesario referirnos, en el umbral de estos breves y poco pretensiosos ensayos sobre Geopolítica, al cuadro de la doctrina de seguridad nacional ya en meditada elaboración entre nosotros desde hace varios años, la cual nos podrá ofrecer el marco donde situar, en su justo papel y en su ámbito adecuado, tanto la Geopolítica como la Geoestrategia.

Como hilo conductor en la rápida presentación de aquel núcleo doctrinario, tomemos la noción de Estrategia y apreciemos el significado que tiene actualmente, discriminando los componentes tradicionales que le darán forma, junto a las mutaciones revolucionarias que está sufriendo.

2. Evolución del concepto de estrategia

Cuando, a principios del siglo XVIII, empezó a ser empleado con un sentido técnico que acabaría por distinguirlo en oposición al dominio de la táctica, el término "estrategia" ya llevaba consigo todo un complejo de nociones tradicionales que se habían afirmado a través de los tiempos en el contexto del arte militar antiguo con el cual siempre se había identificado antes, como suma del saber de los generales.

Ahora bien, ésta era un amplio todo, todavía no sistematizado, en que se inscribían la administración militar, el conocimiento y manejo de las formaciones adecuadas de la tropa, la ciencia de las fortificaciones, el arte del mando, el hábil recurso a la propaganda de guerra y una gran parte de un saber político,pragmático y rudo. Tanto la *Ciropedia* como los celebrados *Comentarios* de César dan el más claro testimonio a ese respecto. Pero de cualquier forma los dos polos de ese antiguo arte se situaban nítidamente, por un lado, en el choque de la batalla cruenta y, por el otro, en el ingenioso recurso de la estratagema y la astucia. No es cierto que la batalla antigua fuera siempre aquellas "batallas anónimas" de simple desgaste frontal de que nos habla Foch; tanto Epaminondas en Leuctras como Aníbal en Cannas, Alejandro en Arbelas e Iso, Escipión en Zama y César en Farsalia crearon los primeros modelos de las batallas-maniobras —penetración y rebatimientos, desbordamientos y envolvimientos simples o dobles—, sabias combinaciones de masas, de direcciones y de esfuerzos tanto en el espacio como en el tiempo, que los grandes jefes militares de la época moderna se limitarían a ampliar en una escala siempre creciente y a perfeccionar con maestría, valiéndose de la incomparable flexibilidad y de la potencia multiplicada de los nuevos instrumentos de que dispondrían en la acción. Pero la batalla en la antigüedad clásica era, de un modo general, un lance que se aceptaba o se podía desechar —en sus campos fortificados, las legiones, por ejemplo, desafiarían la paciencia y gastarían todo el ardor de muchos enemigos impetuosos—. Sólo muy raramente, la maniobra *antes de la batalla* obligaría al adversario a iniciarla en condiciones desfavorables. En ese particular, Darío hubiera sido un extraordinario precursor si realmente se hubiese dado debida cuenta del éxito estratégico sin precedentes que había efectivamente logrado en Iso, pero que la habilidad táctica de Alejandro terminaría condenando a la derrota, bajo el tropel de sus falanges disciplinadas y de su caballería invencible. Epaminondas sería un

maestro sin seguidores, pues solamente Aníbal, mucho más tarde, sabría elevarse al plano de las concepciones de conjunto capaces de orientar toda una campaña según una idea superior de maniobra, flexible y amplia –la invasión de Italia promovida desde la base de operaciones creada, a través de los años, en España, por el odio indomable de los Barca, y la genial marcha sobre Roma, permanecen hasta hoy como obras maestras del arte–. Ni el espíritu de método que había presidido los planes de Alejandro el Grande en su conquista de todo el mundo de Oriente, ni la *horribilis diligentia* de César captarían, sin embargo, la esencia de ese nivel supremo del arte, casi totalmente inmerso en una bruma prenatal.

Así, el contrapunto de la batalla sería, a fin de lograr la sorpresa y producir un efecto psicológico a veces decisivo, la estratagema, el ardid, el embuste en que también fue maestro incomparable el Aníbal de Trebia y de Trasimeno. "Engañar lo es todo en la guerra", como ya lo había enseñado Jenofonte. Pero el insigne cartaginés fue el que provocó los lamentos de los adversarios: "Fuimos más bien engañados que vencidos", diría Valerio Máximo.

Ese binomio tradicional del arte militar, tal como se le había conocido en toda la antigüedad clásica, persistiría todavía durante siglos, asistiendo a la decadencia de la caballería en su singular papel de arma de decisión y a la aparición y perfeccionamiento de las armas de fuego que llevarían a la profesionalización de los ejércitos, vueltos cada vez más rápidos en su desdoblamiento para la batalla, e instrumentos tan caros y de difícil recuperación que una política de objetivos limitados no dejaría de resguardarlos al máximo.

Gengis Kan y Sabutai apenas iluminarían fugazmente un interregno brillante, con sus extraordinarias maniobras de pinzas que sólo en épocas muy recientes podrían encontrar paralelo, cuando, otra vez, la movilidad estratégica lograse, gracias a nuevos ingenios, una decisiva supremacía en teatros de operaciones favorables. Por otro lado, la *vieille escrime*, con sus maniobras y contramaniobras, envolvimientos y contraenvolvimientos, sitios y contrasitios, sus recíprocas amenazas a las líneas de comunicaciones y sus fintas siempre renovadas, respondería al ideal de la "guerra sin batallas", proclamado honestamente por Massembach. Sin embargo, surgiría y se desarrollaría con eso un sentido logístico que reduciría las batallas a simples actos, aunque peligrosamente decisivos, que deberían evitarse siempre que fuera posible, en un amplio marco de maniobras que constituía una campaña en su totalidad.

De esa manera, ya se habían creado las condiciones para una disociación, en el ámbito de un arte de guerra en rápida evolución, de dominios distintos entre una *estrategia*, orientadora de la maniobra tanto antes como después de la batalla, y una *táctica* circunscrita a las maniobras realizadas en el propio campo de la lucha.

La connotación entre Estrategia y Estratagema, evidenciada por la raíz común y todavía bastante viva en la época de Federico, que recomendaría vestir al león con la piel del zorro, desaparecería gradualmente, a medida que, con los grandes efectivos resultantes de la *levée en masse*, la organización divisionaria –genial solución que permitiría manejarlos eficazmente, con un abierto orden que los sustraería de la matanza por un fuego ya bastante mortífero, y con la aceleración y la amplitud dadas a las operaciones por una nueva mentalidad de la cual Carnot fue un exponente–, se daría cada vez más relieve al problema logístico de las marchas, encarado como una mecánica hábil pero, en realidad, poco sutil. Era la *grande tactique*.

Napoleón le imprimiría la marca de las creaciones geniales y la maniobra para la batalla, en 1796 como en 1805, 1806 y sobre todo en 1814, alcanzaría el *status* supremo de legítimo artífice de las victorias. El movimiento coordinado de las masas desde mucho antes de la batalla pero ya relacionado con ella, el largo frente de desarrollo que permitía mantener al enemigo en la incertidumbre y en la inseguridad, los cambios repentinos y desconcertantes de líneas y centros de operaciones que aseguraban una mayor libertad de acción o los dispositivos de expectativa estratégica, larga trama extendida en que se dejaría envolver el enemigo desprevenido ante tan organizada dinámica de masas sabiamente articuladas en el espacio y en el tiempo, toda la maniobra, ofensiva o defensiva, anterior a la batalla, era un prólogo, pero un prólogo brillante que condicionaba muy de cerca la victoria o la derrota en el decisivo acto de fuerza.

Marengo, Waterloo, Wagram serían, para decirlo de alguna manera, excepciones. Nunca el arte había sido tan grande –tan grande que durante mucho tiempo solamente se le vio una cara, aquella que formaría el núcleo de la tradición clausewitziana, que se extendió, cada vez más unilateral y rígidamente, a través de Von Moltke y Von Schlieffen, de Bonnal y de Foch–.

Sería la batalla, lo fundamental. Utilizar batallas para lograr los objetivos de la guerra, la finalidad de la Estrategia. Le cabría a ésta, pues, decir dónde y cuándo realizar las batallas, creándo-

les las mejores condiciones posibles. Argumento único de la guerra, la batalla sería todo el objetivo de las operaciones estratégicas.

Foch nos pintaría a Napoleón siempre ansioso por empezar la batalla decisiva y definiría una campaña como una sucesión de actos estratégicos culminando cada uno de ellos en una gran batalla. Loizeau contrapondría, en el análisis de las maniobras de ala de Ludendorff y de Foch, los éxitos estratégicos y los éxitos tácticos, dentro de un espíritu similar. Y Gamelin sintetizaría: "el éxito estratégico presupone, evidentemente, como condición primaria, el éxito táctico".

Era la Estrategia subordinada a la Táctica.

Lo que sucede es que, entre la vieja estrategia que se proponía como ideal ganar la guerra sin llevar a cabo la batalla, y esta otra estrategia en que el objetivo supremo sería la batalla, se situaban las dos fulgurantes décadas en que tantos nombres famosos —Montenotte, Rivoli, Marengo, Jena, Austerlitz— empañarían la visión. Estrategia brillante y audaz, la de las grandes batallas decisivas en que se jugaba —y con qué sabiduría e intuición casi divinas— el destino de las naciones en las alturas de Pratzen, en los bañados de Arcole o a las orillas del Saale. La maestría era sin igual y, por lo tanto, no dejaría de darse cuenta de que esa estrategia no era, de forma alguna, toda la estrategia ni la única ni la mejor.

Sería —con toda justicia— la estrategia en *tono mayor*. Pero a su lado una estrategia en *tono menor* que Fabio, el Contemporizador, había esbozado tan bien ante la embestida de Aníbal y en la cual habían brillado Turenne, Montecuculi, Wallenstein y Tilly, merecería también una posición de relieve. Flexibilidad, sentido de las huidizas oportunidades, astucia y osadía siempre bien combinadas, amplio empleo de estratagemas y engaños, ¿no exige también un virtuoso esa estrategia de objetivos limitados que evita la batalla para no perder la guerra e incluso gana la guerra sin realizar ninguna batalla decisiva?

El gran mérito de Liddell Hart fue demostrarlo situando la Estrategia en su verdadera misión que no está de ninguna forma restringida a ganar batallas decisivas, sino que es mucho más amplia y variada: lograr determinados fines —políticos, económicos o psicosociales— mediante el empleo eficaz de los medios militares, a través de batallas si es necesario, por la maniobra sin batalla siempre que sea posible.

Por lo tanto, la batalla es un acto casi siempre decisivo, aunque no siempre indispensable. Lograr sin batalla los objetivos deseados será siempre mucho más acertado que iniciar una batalla innecesaria. Toda estrategia debe obedecer, indudablemente a un justo balance entre los resultados que se buscan y los riesgos en que se incurre —de ahí viene la noción tan difundida hoy, aunque todavía poco analizada, de riesgo calculado—. Correr riesgos innecesarios cuando se pueden lograr idénticos resultados arriesgando mucho menos, es un error que no podrá ser absuelto por la forma brillante con que se juegue y gane aquella carta decisiva. Dicho de esa forma, incluso M. de la Palisse lo proclamaría entre sus célebres aforismos. Pero la verdad es que habrían de pasar muchos años antes que se disipase la visión unilateral que la fascinación napoleónica, con toda su elocuente dramaticidad, había impreso al pensamiento militar del siglo diecinueve y principios del vigésimo.

Ahora bien, ya a esta altura, limitada inferiormente por la Táctica, cuyo ámbito se confinaba al arte de disponer y maniobrar las fuerzas en el campo de batalla, la Estrategia amenazaba con desbordar cada vez más al plano superior de la Política. La extensión de la guerra a los campos político, económico y psicosocial justificaría, sin grandes discusiones, el concepto de "guerra total" del que Ludendorff sería el mayor paladín, pero pondría de relieve también, ante la estrecha interdependencia de tantas acciones diversificadas a integrarse para un fin único —la victoria—, el problema capital e inevitable de la unidad de dirección de la guerra. Fue natural que Ludendorff, general derrotado a pesar de la innegable maestría de muchas de sus concepciones estratégicas y tácticas, proclamase los errores de los políticos y censurase duramente la falta de apoyo dispensado, desde el interior del país, a las operaciones militares que habrían de agotarse por completo, justamente por eso. La tesis de la "puñalada por la espalda" aplacaría la conciencia de los militares, pero los llevaría inevitablemente a pleitear el imperio de los generales sobre toda la máquina gubernamental, por lo menos en período de guerra. El ejemplo de Napoleón, jefe del gobierno y jefe de los ejércitos, comandante y emperador, sería un precedente peligroso y un paradigma fácil. Las lecciones teóricas de Clausewitz, subordinando la Estrategia a la Política, así como las enseñanzas prácticas de Von Moltke, el viejo, sobre el justo encuadramiento del general en la conducta general de la guerra, acabarían por ser olvidadas. Y Ludendorff afirmaría sin ninguna restricción: "La política, en su conjunto, debe servir a la guerra".

Mientras tanto, la creciente complejidad de la guerra total y la aparición de los nuevos panoramas creados por la guerra económica, por la guerra política, incluso por la subversiva, y por la

guerra psicológica, cada una con sus instrumentos propios y sus técnicas particulares, no llevarían mucho tiempo para circunscribir a los militares en su limitado papel. Y si bien el reconocimiento de que los mismos principios tradicionales del arte de la guerra —el de la economía de fuerzas, la seguridad y la sorpresa, la masa y la ofensiva, para no citar sino a los principales— valen igualmente en esos nuevos dominios de la guerra ampliada, justificó plenamente la admisión de una Estrategia General o Gran Estrategia, integrada por componentes restringidos a los diversos campos, entre los cuales apenas uno era el militar, no por eso se aceptaría la tesis doblemente imperialista de Ludendorff, que siempre ponía la Estrategia Militar en una posición predominante en el conjunto y, además, la sobreponía nítidamente, y con ella la Estrategia General que ya se esbozaba, respecto de la política.

La opinión de Liddell Hart, a que ya hemos hecho referencia, traduce en este particular, y con fidelidad, la moderna conceptuación. Y no se diga que él es restrictivo respecto de la Estrategia. Aunque siempre subordine, con razón, la Estrategia a la Política, le reconoce a la Estrategia Militar una amplitud que le hace abarcar igualmente las dos modalidades, los dos estilos diversos de la acción estratégica militar: la *Estrategia de batallas*, adecuada a las circunstancias en que el campo militar sea el dominante con relación a los demás, y la *Estrategia de objetivos limitados*, que corresponde a las situaciones en que haya que buscar decisión en otra parte, en el campo económico, en el político o en el psicosocial, por una maniobra lateral de nuevo estilo. La estrechez de las teorías que reducían todo el arte a una sola faceta —la de la estrategia de aniquilamiento, tan del gusto germánico— parece hoy definitivamente superada. Y la colosal amenaza atómica de nuestra época, en el marco de posibles acciones de represalia masiva que sólo podrían causar la destrucción recíproca de los contendientes, habrá contribuido grandemente para ese retorno a la moderación y al sentido común.

Pero la Segunda Guerra Mundial obligaría a un nuevo ajuste de los conceptos de Estrategia y de Táctica. Esta vez la consecuencia más evidente sería principalmente una expansión del dominio táctico. El empleo en íntima coordinación de medios terrestres, aéreos y navales, sobre todo en operaciones de envergadura nunca vista, pondría en relieve una Táctica Combinada que se agregaría a la Táctica peculiar de cada una de las Fuerzas Armadas y su desdoblamiento jerárquico de acuerdo con los diversos instrumentos de acción que las integran. Y, por otro lado, a pesar de las seductoras teorías de Douhet, de Mitchell y de Seversky postulando una hegemonía decisiva del Poder Aéreo, de las interminables disputas entre marineros y aviadores en cuanto al control de las operaciones aeronavales, la experiencia de la guerra pasada acabará, sin duda, por obligar al reconocimiento de que sólo hay un único poder militar, integrado e indivisible, constituido por la combinación de medios terrestres, aéreos y navales, en proporción equilibrada de acuerdo con la naturaleza y la importancia del papel que le cabe, en cada período, a la Estrategia Militar de una cierta nación o coalición de naciones. Siendo así, siempre habrá menos lugar para Estrategias peculiares de cada Fuerza Armada —la Estrategia terrestre, la Estrategia naval, la Estrategia aérea se extinguirán totalmente en la unidad compacta de una Estrategia Militar integrada—. Sin embargo, eso no implica rechazar la frecuente eventualidad de que sean atribuidas a elementos de una determinada fuerza ciertas misiones estratégicas —las misiones podrán ser estratégicas y atribuidas por la Estrategia Militar; el hecho de cumplirlas, sin embargo, no envolverá cuestiones de estrategia sino, cada vez más, apenas consideraciones tácticas, logísticas y técnicas—. Y con el tiempo, la unificación en un proceso, venciendo todos los obstáculos de la tradición y de la inercia, llevará al archivo de los conceptos militares obsoletos la noción de Fuerza Armada independiente, tal como todavía la tenemos en el momento actual.

Por otro lado, a la extensión del acto de la batalla terrestre o naval en el espacio o en el tiempo —batallas de larga duración desarrollándose en frentes y profundidades enormes— que ya había sido una de las características de la Primera Guerra Mundial, se vino a sumar la mayor amplitud en aquellas dimensiones, permitida por las acciones aéreas desarrolladas a larga distancia e incluso en el intervalo entre períodos de contacto terrestre o naval y soldarían en un todo casi continuo operaciones antes profundamente disociadas entre sí, como actos bien distintos de una campaña. La batalla perdería así los nítidos contornos que la individualizaban en el contexto de toda una campaña, cuya unidad antes sólo era realmente asegurada por la maniobra estratégica. Y más se confundirían, por lo tanto, los límites antes relativamente precisos entre la Estrategia y la Táctica militares, ampliándose ésta sobre dominios antes reservados a la primera.

En contraposición, la Estrategia avanzaría, a su vez, todavía más sobre el campo destinado a la Política, en particular a la política internacional.

Había surgido la guerra fría, insidiosa e incansable, en el marco del formidable antagonismo de nuestra época entre el Occi-

dente y el Oriente, marcado aquí y allá por convulsas crisis sangrientas, unas veces con aspectos más característicos de subversión armada como en la Grecia de la ELAS y del EAM, otras veces asumiendo la apariencia de verdadera guerra entre naciones como en la península coreana. De esa manera se evidenciaba el hecho, antes casi inadvertido debido a la tradicional separación entre la Política y la Estrategia y entre los diplomáticos y los militares, de que tanto en la paz como en la guerra las relaciones entre los Estados obedecen a los mismos principios de acción y se limitan a tipos de maniobra similares, integrando, en realidad, un solo arte, el de promover y asegurar los Objetivos Nacionales, a pesar de los antagonismos existentes o presumibles en el ámbito internacional. Y en el ámbito interno también —habría que reconocerlo además ante el papel cada vez más importante desempeñado, tanto en la guerra propiamente dicha como en la guerra fría, por la quintacolumna telecomandada desde el exterior—.

La estrategia del tiempo de paz, así como la estrategia de guerra, representaría la más frecuente expansión de un arte que dejó hace mucho de ser apenas un simple arte de los generales, para volverse parte superior y vital del propio arte del estadista. Verdadera estrategia de las naciones, su instrumento de acción pasaría a ser el *Poder Nacional*, integración de los recursos de todo orden —políticos, económicos, psicosociales y militares— de que dispone cada nación para promover la consecución y la salvaguarda de las aspiraciones e intereses de un pueblo, consustanciados en Objetivos Nacionales claramente definidos con actualidad y realismo. La Estrategia de hoy es, así, el arte de fortalecer y aplicar, tanto en la guerra como en la paz, el Poder Nacional, para superar o vencer —en ciertos casos, apenas difiriendo o contorneando— los antagonismos que se manifiesten o puedan manifestarse en el futuro, en el campo interno o en el ámbito internacional, en oposición más o menos frontal con aquellos Objetivos Nacionales.

Parte excelsa de la Política, la Estrategia se transformó, finalmente, en toda la Política de Seguridad Nacional.

También es verdad —conviene subrayarlo— que, en un sentido todavía más amplio, la Estrategia podría ser definida como el arte de superar o vencer antagonismos, actuales o potenciales, desfavorables a la consecución o salvaguarda de determinados objetivos —y en la medida necesaria para que se pueda promover efectivamente esa consecución o salvaguarda—. Los antagonismos implican, por otro lado, oposición de ideas, de valores, de objetivos o fines y se caracterizan, cuando están actualizados, por la lucha

más o menos pertinaz, más o menos violenta, entre dos voluntades oponentes, individuales o colectivas.

Así entendida, la Estrategia se subordina siempre a fines u objetivos que le son impuestos desde afuera y su papel consiste, finalmente, en garantizar la seguridad indispensable para la consecución o salvaguarda de los mismos. Se inscribe pues, en cualquier caso, en otro dominio más amplio, el de tales objetivos o fines.

La autonomía, unidad y especificidad de esa Estrategia resultan de la adopción de ciertos principios fundamentales que le son privativos —los de la sorpresa y seguridad, en primer plano, el de la ofensiva, de la iniciativa, de la libertad de acción y algunos otros corolarios—, sin perjuicio de la aplicación simultánea de otros que pertenecen, de derecho, a una teoría o arte más amplio de la acción, *praxis* o pragmática general en que mejor se encuadran los celebrados principios del objetivo, de la concentración de esfuerzos, de la economía de medios y en cuya rama colectiva o social tienen validez el principio de la unidad de mando, el de la disciplina intelectual y el de la organización jerárquica.

En la aplicación de los más diversos casos concretos y en los más variados dominios, la Estrategia orienta siempre la elección de la línea de acción más favorable entre varias alternativas y preside la descomposición o desdoblamiento sucesivo de objetivos y líneas de acción, a partir de los objetivos iniciales recibidos, trazando esquemas de maniobra por realizar y definiéndoles las condiciones de ejecución. Líneas de acción o esquemas de maniobra que también son denominados estrategia, en la práctica.

Dentro de ese sentido muy general de lo que es la Estrategia como arte, se puede admitir la categoría hoy consagrada de los llamados "juegos de estrategia", así como las expresiones "estrategia del ajedrez" o del fútbol, "estrategia de un partido político", "estrategia de la huelga", "estrategia de la competencia económica entre oligopolios" y otras similares. En cualquier dominio en que se verifique un choque de intereses u objetivos, una competencia de voluntades o una lucha entre individuos, entre equipos o cualquier grupo social, la Estrategia, *lato sensu*, tiene justa y oportuna aplicación.

Ya el frecuente uso por los economistas e incluso por los sociólogos del adjetivo "estratégico" como sinónimo de "dominante" o "autónomo" —en las expresiones actualmente tan vulgarizadas de "variables estratégicas", "sector estratégico", "control estratégico"— no se justifica de ninguna forma, es abusivo y confusionista. Y no se diga que las consideraciones anteriores son totalmente bi-

zantinas, pues eso sería desconocer la creciente importancia de la contribución que al arte militar, en varios de sus sectores, ya ha prestado —y la acercará cada vez más a la perfección, en un futuro no lejano— la extensión racional del concepto de la Estrategia a dominios susceptibles de tratamiento matemático-científico. La investigación operacional es actualmente uno de los instrumentos más fecundos en manos de los jefes militares, suministrándoles bases cuantitativas en las cuales fundamentar acertadas decisiones, sobre todo a través del análisis y de la evaluación de operaciones o de sistemas de armamento. La cinemática estratégica, basada en las conocidas ecuaciones de Lanchester y en el respectivo análisis de probabilidades, permite desde ya determinar las necesidades en equipos de combate para ciertas misiones; prever y calcular, según el principio del *minimax*, porcentajes de pérdidas entre fuerzas oponentes, lo que tiene especial aplicación en el problema de la atribución de medios aéreos para el bombardeo estratégico de los centros industriales del enemigo, e incluso demostrar, con imprevista elegancia, el principio de la concentración de fuerzas, precisando las condiciones que le aseguran el mayor grado de validez. Y el análisis comparativo, a través de coeficientes de eficiencia de ciertas tácticas alternativas, no ha sido de los menores servicios prestados por la investigación operacional a la guerra moderna.

Pero volvamos a la Estrategia que nos interesa y cuyo campo específico es el de la Seguridad Nacional.

3. Cuadro conceptual de la seguridad nacional

La moderna conceptuación, lograda a través de una larga evolución, siempre —como lo hemos visto— en el sentido de una generalización cada vez mayor, del término "estrategia", tanto referido al arte en sí mismo como a su aplicación por un determinado Estado (o coalición de Estados), en un cierto panorama coyuntural, exigiría un reajuste de todo el cuadro conceptual de la Seguridad Nacional (esquema 2).

Se definirían, en primer lugar:

OBJETIVOS NACIONALES, como la traducción de las aspiraciones e intereses de todo el grupo nacional;

distinguiéndose:

los *permanentes* (O.N.P.), que expresan las aspiraciones e intereses que perduran en determinada etapa, más o menos larga, de la evolución del grupo nacional; como núcleo constante y universal ahí figuran, bajo formas más agresivas y positivas o más defensivas y negativas, las ideas motrices de integración nacional, autodeterminación o soberanía, bienestar y progreso;

los *actuales* (O.N.A.), que representan la cristalización de esas aspiraciones e intereses, a la luz de las limitaciones impuestas por las posibilidades y circunstancias del momento, en particular por los antagonismos internos y externos, tanto existentes como presumibles.

La POLITICA NACIONAL sería, por lo tanto:

- el gobierno del Estado, que se ocuparía de la consecución y de la salvaguarda de los objetivos nacionales;

y la ESTRATEGIA NACIONAL podrá ser definida con precisión como:

- la orientación y dirección tanto del desarrollo y refuerzo de los recursos nacionales como de su aplicación, a fin de promover efectivamente la consecución y la salvaguarda de los objetivos nacionales (actuales), a pesar de los antagonismos internos o externos, existentes o presumibles.

La SEGURIDAD NACIONAL podría ser definida como:

- el relativo grado de garantía que el Estado le proporciona a la colectividad nacional, para la consecución y salvaguarda de sus objetivos, a pesar de los antagonismos internos o externos, existentes o presumibles.

Resultaría entonces que:

- la ESTRATEGIA es la POLITICA DE SEGURIDAD NACIONAL.

Siendo así, la política abarca la estrategia, restringiéndose ésta a aquel sector de la política que se encuentra bajo la influencia, directa o indirecta, de antagonismos internos y externos, existentes o presumibles.

Según las circunstancias —mayor dinamismo de las relaciones internacionales, mayor dependencia del Estado respecto del exterior, presencia de antagonismos más peligrosos y apremiantes, mayor vulnerabilidad de la nación considerada—, el ámbito de la estrategia podrá ampliarse mucho y coincidir casi enteramente con el de la política.

En cualquier caso, la política comanda a la estrategia, fijándole los objetivos propios, O.N.A., en función de los objetivos nacionales permanentes. Por lo tanto, aquéllos son objetivos de carácter estratégico, mientras que los O.N.P. son objetivos políticos.

Debemos definir ahora el instrumento de acción de la estrategia:

PODER NACIONAL es la expresión integrada de los medios de todo orden (políticos, psicosociales, económicos y militares) de que dispone la nación, efectivamente, en el momento considerado, para promover, en el ámbito interno y en el campo internacional, la consecución y salvaguarda de los objetivos nacionales, a pesar de los antagonismos internos y externos, existentes o presumibles.

Ese poder nacional es el instrumento unificado de la estrategia. Sin embargo, para el análisis y la planificación, es necesario considerar cuatro expresiones interrelacionadas del poder nacional: el poder político, el poder psicosocial, el poder económico y el poder militar.

Respecto de sus evaluaciones estimativas y siempre focalizadas en un futuro más o menos remoto o más o menos cercano, la estrategia conceptúa:

el POTENCIAL NACIONAL, expresión integrada por los medios de todo orden (políticos, psicosociales, económicos y militares) susceptibles de, en mayor o menor plazo, ser transformados en PODER, para hacer la guerra.

De esa forma, el potencial considerado por la estrategia está referido al esfuerzo máximo de que es capaz la nación para enfrentar un determinado antagonismo. Corresponde al que también es denominado POTENCIAL DE GUERRA. Es un máximo de poder nacional futuro, bien situado en el tiempo.

Como en el caso del poder, para fines de análisis y planificación, se admiten también cuatro expresiones interrelacionadas del potencial nacional, a pesar del carácter unificado de éste: potencial político, potencial psicosocial, potencial económico y potencial militar.

Tanto el poder como el potencial nacional que, por otro lado, viene a ser un poder "en ser" o "potencial de poder", tienen, pues, fundamentos políticos, militares, económicos y también psicosociales —es decir, demográficos, étnicos, culturales, sociales y éticos—, además de los fundamentos geográficos que condicionan más o menos estrechamente, a su vez, a los demás.

Por otro lado, aunque la estrategia nacional sea una estrategia general, necesariamente integrada, para el análisis y la planificación también se consideran, relacionados con los campos político, psicosocial, económico y militar, ESTRATEGIAS PARTICULARES, subordinadas a aquélla y cuyo objetivo es lograr objetivos particulares fijados para cada uno de tales campos (esquema 1).

Así:

- la ESTRATEGIA POLITICA, que se propone, en particular, crear y fortalecer lazos de cohesión interna y de cooperación externa, en beneficio de la consecución y salvaguarda de los objetivos nacionales, al mismo tiempo que trata de disociar y de debilitar la cohesión y la cooperación con que puedan contar los antagonismos considerados;

- la ESTRATEGIA PSICOSOCIAL, que se propone, en particular, fortalecer la moral de la nación y de sus aliados, debilitando la de los antagonistas considerados;

- la ESTRATEGIA ECONOMICA, que se propone, en particular, reforzar la estructura económica nacional y su rendimiento, garantizándole la complementación mediante recursos exteriores, al mismo tiempo que trata de debilitar el sistema económico de los antagonistas considerados, y

- la ESTRATEGIA MILITAR, que se propone, en particular, reforzar la estructura militar de la nación y emplear sus fuerzas armadas contra los antagonistas considerados, contraponiéndose a las fuerzas armadas de éstos y derrotándolas, si es necesario.

De un modo general, a cada estrategia particular le cabe, especialmente, reforzar la correspondiente expresión del poder nacional y debilitar o destruir el poder de los antagonistas considerados, mediante acciones llevadas a cabo en el campo que le es propio.

Generalmente cada una de ellas aplica, en ese campo de acción específico, tanto los instrumentos que le son peculiares como, a través de las estrategias hermanas, los que son propios de éstas. Al participar siempre varias estrategias de una misma acción, es normal clasificar a ésta por la denominación de la estrategia dominante. En muchos casos, las estrategias particulares actúan de una forma tan interrelacionada que sería completamente artificial querer separarlas con nitidez.

De cualquier forma, la estrategia nacional —en su justa expresión integrada, que es la única real, o en los aspectos particu-

lares en que se desdoble, apenas como expediente necesario para el análisis y la planificación— orienta la acción del Estado tanto en la paz como en la guerra.

Y de esa manera caracterizaríamos a la guerra por el empleo de la violencia organizada al servicio de la estrategia y, en último análisis, de la política nacional. La guerra fría no es guerra; por lo tanto, el empleo analógico del término es, sin duda, más pernicioso que útil.

La tremenda evolución tecnológica de los últimos tiempos, aliada a las dinámicas características del actual sistema de Estados-naciones, dio lugar al fenómeno, resucitado en nuestra época, de la totalización de la guerra: ésta se extiende a todo el territorio amigo y enemigo, debido al mayor alcance de los medios de agresión y a la imperiosa integración del esfuerzo nacional; hay un desbordamiento hacia todos los campos —guerra política, guerra económica y guerra psicosocial, fuera del ámbito propiamente militar— y se recurre a instrumentos de todo orden; la tendencia es a la guerra global. Esa guerra total es la guerra en su máximo de violencia y para ella el campo militar es nítidamente dominante.

No obstante, seguirán ocurriendo guerras atenuadas —localizadas o limitadas—, sobre todo cuando el peligro atómico, con las nuevas armas de difícil detención, amenaza a los contendientes con una recíproca destrucción total. En esas guerras atenuadas, el campo dominante puede no ser el militar, aunque siempre se deba admitir el riesgo de que lo sea en cualquier momento, por un repentino aumento del coeficiente de violencia. Lo que sucede es que, en esas formas de guerra, el campo militar también es el campo dominante, aunque apenas potencialmente.

El concepto de guerra total es, en el fondo, un verdadero concepto límite.

A la estructura conceptual de la seguridad nacional, que hemos terminado de esbozar en sus grandes rasgos, habría que hacerle corresponder una metodología de planificación (esquema 2).

Toda la planificación de seguridad nacional no podría dejar de basarse en los objetivos nacionales permanentes (O.N.P.), guiarse por el principio fundamental de la adaptación recíproca de los medios y fines y adoptar el método de las aproximaciones sucesivas.

Así, mediante una evaluación estratégica de la coyuntura, se establece —o se actualiza permanentemente— un concepto estratégico nacional (C.E.N.), el cual define:

- los objetivos nacionales actuales, y
- las correspondientes políticas de consecución (líneas de acción adoptadas).

En ese C.E.N. también se hace referencia a:

- las hipótesis de guerra (H.G.) que deben ser consideradas (antagonismos que pueden llevar a la guerra), y
- las principales áreas estratégicas.

Las directrices gubernamentales definirán posteriormente y para cada campo (el político, el psicosocial, el económico y el militar):

- los objetivos particulares por lograr;
- las correspondientes líneas de acción;
- las condiciones de planificación y de ejecución.

En lo que se refiere a la planificación propiamente dicha, es conveniente desdoblarla en:

- planificación de la información estratégica;
- planificación del fortalecimiento del potencial nacional, y
- planificación de guerra (incluso para la seguridad interna).

La referencia que hemos hecho a áreas estratégicas pone en evidencia desde luego un posible y útil desdoblamiento en la planificación y en la aplicación de la estrategia nacional que, en última hipótesis, será siempre global o universal, en estrategias regionales, entre las que se ubican las estrategias de ámbito continental. De la misma forma se distinguirían, cuando fuera conveniente, y con referencia al territorio nacional, una estrategia de aplicación interna y otra para la acción externa, correspondientes a los tradicionales sectores de la política.

Con base en una idéntica estructura de conceptos, se consideraría también la formulación de la estrategia de coaliciones de Estados o de organismos regionales de seguridad colectiva, fundamentadas en objetivos comunes que tradujeran las aspiraciones e intereses colectivos, reconocidos como tales por todas las naciones integrantes, voluntariamente o bajo coacción más o menos sutil, particularidad que se estudiaría debidamente pero que no tendría una influencia decisiva en la conceptuación general del problema.

Es importante observar todavía que la coyuntura internacional, en cada período histórico, siempre se caracteriza por la manifestación de un *antagonismo dominante* entre dos naciones o coaliciones de naciones —siendo una de ellas el "gran perturbador" —según la terminología del almirante Castex—, lo que, en realidad, le presta un colorido especial a todo el sistema de relaciones internacionales del planeta. Eso es una gran verdad en el mundo actual, dado el mayor entrelazamiento de intereses entre todos los pueblos de la Tierra. Así, ninguna estrategia nacional será valedera si no trata de encuadrarse en una perspectiva objetiva de la coyuntura mundial, que sólo podrá ser suministrada por el análisis estratégico del antagonismo dominante del momento.

Para trazar su estrategia, un Estado cualquiera, por más débil que sea, necesita mirar el mundo a lo largo, en su totalidad global, y no sólo discernir ahí las tensiones dominantes que lo agitan, sino captarles la intensidad, sentirles la evolución y preverles el desenlace.

No hará una buena estrategia el Estado que no disponga, en esta época, de un sismógrafo estratégico de la mayor sensibilidad.

4. Discusión de los conceptos de geopolítica y geoestrategia

Veamos ahora cómo conceptuar más justamente a la geopolítica y a su subsidiaria, la geoestrategia, a fin de encuadrarlas en el panorama conceptual de la seguridad nacional, que hemos terminado de esbozar.

Indudablemente sería de poco valor recurrir aquí a las innumerables definiciones y conceptuaciones propuestas, debido a la enorme divergencia de puntos de vista a que nos hemos referido al principio.

Sin embargo, una pequeña muestra podrá servir como expresiva ilustración.

Comencemos por Kjellén, ya que su real contribución, evaluada según los patrones actuales, se reduce a muy poco, excepto a haber forjado una denominación que encontraría una amplísima repercusión y a haber luchado por el reconocimiento de una justa autonomía para los estudios de naturaleza geopolítica. Pero sus concepciones, animadas por un organicismo demasiado al pie de la letra, se encuentran actualmente casi del todo superadas, quedando de ellas apenas aquello que había sido tomado prestado al pensamiento ratzeliano.

A Kjellén le pertenece la conocida definición:

"La geopolítica es el estudio del Estado como organismo geográfico, es decir, como fenómeno localizado en cierto espacio de la Tierra, por lo tanto, del Estado como país, como territorio, como región o, más característicamente, como dominio político (Reich)", y se sabe que él la propuso como una de las ramas de la política.

En su obra fundamental —"El Estado como estructura vital" (*Staten som Lifsform*, 1916)—, se explayaba a propósito de su sistema de política:

"Ahora es fácil distinguir los límites naturales de nuestra ciencia respecto de los otros dominios del conocimiento humano. Su ala izquierda no es la geografía sino la geopolítica, cuyo objeto de estudio no es la Tierra sino siempre y exclusivamente la Tierra penetrada por la organización política, es decir, el dominio público. Su ala derecha tampoco es la política constitucional sino la política de la soberanía (del poder soberano). En el centro, se sitúa la teoría de la masa humana, políticamente organizada, que lleva a cabo las actividades del Estado, es decir, del pueblo".

De ahí viene la conocida división de la política en geopolítica, demopolítica, ecopolítica, sociopolítica y cratopolítica.

Por otro lado, distinguiendo siempre la geopolítica de la geografía, Kjellén aclara:

"Como ciencia política, ella (la geopolítica) siempre tiene en vista el Estado como una unidad y contribuye para el entendimiento de su naturaleza, mientras que la geografía política estudia la Tierra como sede de comunidades humanas, respecto a sus otros atributos".

La posición de Kjellén fue difundida entre nosotros por Backheuser, con la más absoluta fidelidad:

- en lo referente a la geopolítica pura, una de las ramas de la ciencia política y, por lo tanto, también ciencia: "La geopolítica es el estudio de los procesos políticos que ocurren en dependencia del suelo de los Estados";

- en lo referente a la dualidad fundamental de los estudios geopolíticos: "La geopolítica (como cualquier otra ciencia abstracto-concreta) puede evidentemente ser encarada en dos marcos diferentes, armónicos entre sí, aunque cada uno tenga su propio objetivo: el marco general —de ciencia pura— y el marco particular —de ciencia de aplicación— orientado hacia un determinado sector, el cual, en la hipótesis especial de la geopolítica, puede

ser un único Estado (como Brasil), un grupo de Estados, o incluso un continente en conjunto";

- en lo referente a la geopolítica aplicada, "es una política hecha como resultado de las condiciones geográficas" o, más precisamente, "la parte de la administración superior del Estado que traza las líneas maestras para la investigación, valoración y explotación del suelo del país, en su triple aspecto: de *territorium* (es decir, de espacio político), de *situación geográfica* y de *dominium* (es decir, de riqueza patente o latente)"; de ahí viene la afirmación: "Es lógico, consecuentemente, que no pueda haber una geopolítica de carácter general sino exclusivamente una geopolítica para cada país", afirmación que no tendría sentido si estuviera referida a una ciencia pura;

- en lo referente a las relaciones con la ciencia geográfica, "la doctrina de Kjellén (...) es de política y no de geografía" y, en otro pasaje, "la geografía política es el nexo que une la geografía a la geopolítica".

Sería con la escuela alemana, bajo la conducción de Haushofer, que se perderían todos los contornos iniciales bien definidos del conocimiento político, el cual desbordaría ampliamente sobre todos los sectores del conocimiento humano, sin frenos metodológicos ni restricciones de objeto o de finalidad, distorsionando conceptos en busca de audaces generalizaciones y valiéndose muchas veces de falsas analogías, pero en un esfuerzo de integración que tendría, en el fondo, varias consecuencias benéficas, porque realmente respondería a una necesidad de la época histórica que atravesamos, a pesar incluso de que se pusiera al servicio de innegables y rudas aspiraciones imperialistas.

"Desviaciones heterodoxas de la doctrina", así los calificaría Backheuser. Era mucho más que eso. Como lo comenta Jean Gottman, "era un *sistema* en el sentido más amplio del término, pronto para absorber a toda la ciencia política, a todas las ciencias sociales". "Una panciencia geográfico-histórica", en las palabras de Vicens Vives.

Las definiciones y redefiniciones, acompañadas de una acalorada discusión, se suceden en un caos avasallador y ni siquiera acuerdos oficiales entre los "4 Grandes" de la geopolítica (Haushofer, Obst, Lautensach y Maull), manifiestos oficiales y declaraciones ortodoxas logran detener la confusión generalizada que terminaría por esterilizar un admirable impulso de sistematización de los conocimientos y de análisis interpretativo de la vida de relaciones de los Estados.

Haushofer había proclamado: "La geopolítica es la ciencia de las relaciones entre la Tierra y el desarrollo político", y, tratando de caracterizar su derecho a la autonomía:

- la geografía política es la "doctrina de la compartimentación del poder estatal en el espacio de la superficie terrestre y de su determinación por la forma y estructura, clima y vegetación del suelo", mientras que la geopolítica sería "la ciencia de las formas de vida política en los espacios vitales naturales, considerados a través del proceso histórico, en su vinculación con el medio ambiente".

El *Lebensraum*, un concepto difuso de espacio vital que se amoldaría a todos los ideales imperialistas, perseguiría, fatídicamente, desde la cuna a la geopolítica alemana para entregarla finalmente, como poderosa y sutil arma de guerra nueva, en manos de la megalomanía histérica de Hitler.

La geopolítica se despersonalizaría gradualmente y se descaracterizaría, para fragmentarse al fin, no en ciencia ni en arte, no en geografía ni en política, sino en la mera racionalización turbulenta y febril de una insaciable sed de poder.

Un simple resumen de algunas proposiciones, recogidas aquí y allá en la abundante literatura de la geopolítica difundida por la Escuela de Münich, basta para hacer notar las flagrantes incoherencias, las profundas divergencias de naturaleza, de contenido y de finalidad:

- "Geopolítica es la doctrina del poder del Estado en la Tierra."

- "Geopolítica es la ciencia que trata de los organismos políticos espaciales y de su estructura."

- "Geopolítica es el fundamento científico del arte de la acción política en la lucha de vida o muerte entre los organismos estatales por el espacio vital."

- La geopolítica debe ser entendida como "la ciencia de las relaciones entre el espacio y la política, cuyo principal objetivo es mostrar cómo el conocimiento geográfico puede ser transformado en equipo intelectual para el líder político".

- "La geopolítica es la ciencia de las características terri-

toriales y raciales que determinan el desarrollo de los pueblos y de los Estados" (acuerdo del 10 de diciembre de 1936).

• "La geopolítica surgió de la geografía política. Activa el depósito de conocimientos de la última y la pone al servicio del líder político" (Haushofer).

• "La geopolítica se refiere a las necesidades de espacio de un Estado, mientras que la geografía política examina apenas su condicionamiento espacial" (Otto Maull).

• "La geopolítica es una ciencia de aplicación y nada más que la geografía política aplicada" (Maull).

• "La geopolítica no se ocupa del paisaje político sino de procesos políticos en correlación con el suelo" (Maull).

• "Debemos, además, estudiar la geopolítica con referencia al presente y al futuro, antes que al pasado" (Haushofer).

• "La geopolítica es la ciencia que trata de la dependencia de los acontecimientos políticos respecto del suelo. Se basa en los amplios fundamentos de la geografía, particularmente de la geografía política, la cual es la doctrina de los organismos políticos espaciales y de su estructura [...] La geopolítica tiene como objetivo suministrar el equipo para la acción política y una guía para la vida política [...] La geopolítica debe transformarse en la conciencia geográfica del Estado" (*Zeitschrift für Geopolitik*).

• "La geopolítica es la ciencia de la vinculación geográfica de los acontecimientos políticos" (Lautensach, Maull y otros).

• "La geografía política es 'estática', mientras que la geopolítica es 'dinámica' (Lautensach); la primera es como una 'instantánea' y la segunda, como una 'película cinematográfica' de un mismo proceso general" (Hennig).

• "La geografía política trata de 'los vínculos geográficos de la historia política', mientras que la geopolítica propone 'una política estatal de conformidad con los vínculos geográficos de la política'" (Passarge).

• "La geopolítica es el instrumento geográfico de la ciencia política" (Adolf Grabowsky).

• "La geopolítica es tanto ciencia como política. Es una ciencia política nacional" (Heinz Kloss).

• "La geopolítica pretende ser una ciencia aplicada, que trata de trazar directrices para la acción política" (Karl Schmidt).

• "La geografía política es una ciencia del espacio. De esa forma se orienta hacia el pasado, mientras que la geopolítica se vuelve hacia el futuro. La primera muestra cómo el espacio influye en el Estado, imponiéndole sus leyes y, para decirlo con otras palabras, sumergiéndolo. La geopolítica considera cómo el Estado supera las condiciones y leyes del espacio y hace que ambas sirvan a sus propósitos. La primera da un mayor énfasis a la simple presentación de las características del espacio. La segunda focaliza las necesidades de espacio, con el expreso objetivo de descubrir normas para la conducta del Estado en un espacio siempre en expansión. En resumen: la geografía política encara el Estado del punto de vista del espacio; la geopolítica encara el espacio del punto de vista del Estado" (Otto Schäfer).

• "La geopolítica desea suministrar elementos a la acción política y quiere ser una guía para la vida práctica. Así, le permite a ésta pasar del saber al poder. [La geopolítica] pretende ser la conciencia geográfica del Estado" (Henning).

¿Para qué más citas? Ciencia pura, ciencia aplicada, doctrina, teoría de arte político, movilización de conocimientos para la acción política, guía y directriz para el Estado, simple aplicación de la geografía política; poder, espacio, suelo, espacio vital e incluso raza; organismos políticos, lucha entre Estados, dinámica del poder, conciencia geográfica, tanto como el esotérico sentido espacial (*Raumsin*), el ideal autárquico, la noción de panregiones, los manómetros políticos, las torsiones geopolíticas, ¿no tenemos ahí un conglomerado heterogéneo y a veces incoherente y contradictorio, en que muchas ideas justas y conceptos fecundos se entremezclan con un rígido determinismo, un organicismo materialista y estrecho, una mística pseudocientífica y el arrogante espíritu imperialista de un nacionalismo racial, agresivo y turbulento?

Dentro de ese caos sin fronteras proliferarían las "ciencias" nuevas —una política del espacio (*Raumpolitik*), una geodinámica política, una geoeconomía, una biopolítica, también una eticopolítica, la geomedicina de Finke, la geojurisprudencia de Frank, la geopsicología de Hellpach y su extraño factor psicótropo—, casi todas actualmente en el más completo olvido y, finalmente, la *Wehr-geopolitik*, geopolítica militar que, con el sugestivo nombre de geoestrategia, está conquistando en nuestra época una indiscutible proyección.

La "explosión geopolítica" de la Escuela de Münich, desencadenada por aquel aprendiz de hechicero que fue Haushofer, comprometida por su asociación cada vez más íntima con un racismo jactancioso, resentido, irracional y pasional, que cometería tremendos genocidios, responsabilizada por haber estimulado, en Occidente, la catastrófica paranoia imperialista de Hitler y, en el Pacífico, con el Memorial Tanaka, el insaciable apetito del imperialismo nipón, habría de despertar reacciones incontroladas que sólo serían calmadas por el tiempo, permitiendo que se evaluara, con realismo y serenidad, la contribución original que ella trajo realmente a la ciencia geográfica, por un lado, y a la estrategia y a la política, por el otro.

No facilitaría de ninguna manera —sino que más bien dificultaría mucho—, en esa justa y tardía revisión valorativa, la existencia de fronteras siempre imprecisas entre la calumniada geopolítica y la tradicional geografía política, cada cual luchando hasta hoy por una hegemonía, o incluso por un exclusivismo realmente injustificable.

Es así que Jorge Renner, por ejemplo, llega a afirmar:

"La geopolítica puede ser considerada como una designación abreviada de la geografía política, tal como geoeconomía es la abreviatura de geografía económica". Y agrega: "Así definida y clarificada por Taylor (Griffith Taylor), puede concluirse que geopolítica es sinónimo de geografía política; la diferencia entre las dos, por lo tanto, ha resultado no de una disparidad entre los temas tratados sino de una diferencia entre los geógrafos alemanes que vivían en un clima de neurosis nacional y los geógrafos no germánicos de los regímenes democráticos. Prácticamente todos los geógrafos y la mayoría de los científicos de la política tenían las mismas raíces y, por lo tanto, no trataron de establecer ninguna dicotomía fundamental entre los dos términos".

No es de extrañar, pues, que Renner diga en otro pasaje:

"La geografía, ciencia social, puede ser definida como la estrategia de hombres, de espacio y de recursos" (naturales).

Sin embargo, habiendo sido vencido gradualmente ese espíritu unilateral y negativista, ya está surgiendo una comprensión más equilibrada del significado de los estudios geopolíticos cuya autonomía de objeto y de método se viene admitiendo paulatinamente. El reconocimiento por el pensamiento político norteamericano de las responsabilidades mundiales asumidas, casi a disgusto, por Estados Unidos como país líder de la civilización occidental, alertó en buena hora a los científicos y estadistas de ese país hacia la innegable potencialidad de la geopolítica como instrumento de análisis y de fundamentación, en la formulación y conducción de una política exterior necesariamente ecuménica. Spykman, Strausz-Hupé, Possony, el Rev. Walsh, Brooks Emeny, Weigert, Schuman, James Burnham, Carr, Culbertson y tantos otros están contribuyendo decisivamente para restablecer la geopolítica en su justo dominio y su efectivo valor.

Es del propio Spykman la definición bastante objetiva: geopolítica es "la planificación de la política de seguridad de un país en términos de sus factores geográficos".

Comparémosla con la de Strausz-Hupé:

- la geopolítica como un "proyecto de estrategia política de carácter global";

y con la definición ya citada anteriormente de Everardo Backheuser:

- la geopolítica como "política hecha como resultado de las condiciones geográficas".

Dejemos de lado, en cuanto a la fórmula de Spykman, el empleo poco feliz del término "planificación", por demás inclusivo en la acepción que hoy le es justa y ampliamente reconocida, y que allí está usado como sinónimo de simple directriz, orientación general, concepto nuclear, y admitamos, pues, la expresión "planificación [...] en términos de sus factores geográficos", como si significara, más precisamente, "directriz u orientación trazada con base en los factores geográficos"; no obstante, la citada definición todavía es, a nuestro parecer, restringida, ya que se limita a la "política de seguridad nacional", es decir, a la estrategia, tal como la conceptuamos en su amplio significado actual de estrategia general, integrada y global. Hechas aquellas dos pequeñas apreciaciones, la proposición de Spykman viene a encajar en lo que se denominaría, más exactamente, la geoestrategia, es decir, la fundamentación geográfica de una directriz estratégica.

En lo que se refiere a la definición de Strausz-Hupé, con toda su ambigüedad en el empleo de la expresión "estrategia política", que no se sabe si debe ser identificada con la rama política de la estrategia general o si debe ser interpretada como referida, exclusivamente, al campo internacional, de ámbito necesariamente universal, el énfasis dado a la idea de "proyecto", de simple propuesta, de directriz presentada en carácter apenas tentativo, re-

presenta el reconocimiento expreso de que los factores geográficos, por más que se les amplíe la extensión y la influencia bajo la capa de conceptos relaciones —geoeconómicos, geomilitares, etc.—, no deben ser considerados, de ninguna manera, como rígidas determinantes de una orientación política o estratégica que debe ser objetiva y realista, para que sea práctica y eficiente.

De la feliz aserción de Backheuser no tenemos nada que decir en cuanto al ámbito más amplio que atribuye a la geopolítica; apenas consideramos útil ponderar el leve sabor determinista que trae consigo la locución "*como resultado* de las condiciones geográficas", que no es de admirar en quien aplaude a Kjellén por considerar al Estado como "fundamentalmente, esencialmente, *un ser* vivo" y se preocupa por defender a Ratzel y al determinismo geográfico contra la escuela posibilista de Vidal de la Blache, de Brunhes y de Vallaux.

Ahora bien, el análisis de las tres definiciones que hemos seleccionado, al referirnos al cuadro conceptual ya trazado de una doctrina brasileña de seguridad nacional, nos permite —lo creemos sinceramente— situar a la geopolítica y a la geoestrategia como fundamentación geográfica, respectivamente, de una política y de una estrategia nacionales, capaces de proponer, tanto respecto a la una como a la otra, directrices generales que, ante factores y condicionamientos de otro orden, podrán ser aceptadas o rechazadas *in limine*, o abandonadas apenas provisionalmente a la espera de tiempos mejores.

Tenemos, pues, que la geopolítica, basada en la ciencia geográfica y, en particular, en la rama denominada geografía política, sirve de fundamentación geográfica y propone directrices, fundadas en los conceptos básicos de espacio y de posición, a la política nacional, tanto en el dominio no estratégico de ésta y donde se lucha por el bienestar, el progreso, el desarrollo logrables sin la amenaza de antagonismos internos o externos, como en la esfera de la seguridad nacional, es decir, de la estrategia. En ese último caso, surge la geoestrategia, entendida como la geopolítica de seguridad nacional.

En el ámbito de la geoestrategia, se sabe que los factores geográficos condicionan más o menos severamente todos los elementos y fundamentos del poder y del potencial nacional, sean ellos propiamente políticos, económicos, psicosociales o militares y, por lo tanto, proporcionan una fundamentación y la proposición de directrices a cualquiera de los componentes admitidos de la estrategia general. Se puede, pues, aceptar también la división de la geoestrategia en capítulos, sin duda interdependientes, pero no por eso menos separables para el análisis y el estudio más detenido: una geoestrategia política, una geoestrategia psicosocial, una geoestrategia económica y, finalmente, una geoestrategia militar.

La adopción del título de geoestrategia para lo que, en realidad, no es más que una geoestrategia militar, muy restringida y unilateral a pesar de proclamársela una visión global —global en el espacio terrestre, pero restringida en lo que se refiere a la amplitud de la acción estratégica hoy extendida, con redobladas razones, a los campos económico y psicosocial— es una prueba de lo que, con toda propiedad sociológica, se debe estigmatizar como "atraso cultural", o aceptar conscientemente ciertas generalizaciones y progresos ante la evidencia indiscutible y real pero, en determinados sectores restringidos, seguir apegándose a fórmulas estancadas y a conceptos obsoletos. En ese particular, vemos con sorpresa que se afilian a tal corriente muchos nombres representativos del pensamiento militar francés que nos dio un Castex y toda su admirable visión estratégica universalizadora y bien integrada. El pequeño volumen "Geopolítica y geoestrategia", del comandante Pierre Célérier, bajo muchos aspectos interesante y útil, es una demostración clara de la confusión que todavía perdura y que urge superar.

Por otro lado, habría que averiguar el porqué de la no viabilidad de estudios autónomos sobre los fundamentos económicos, por ejemplo, de la estrategia y de la política —una ecoestrategia, a la par de la ecopolítica preconizada en vano por Kjellén—. Nos parece que, entre los fundamentos del poder nacional y, por lo tanto, de la estrategia y de la política, hay que reconocer una jerarquía que los dispone en dos categorías u órdenes: la de los fundamentos geográficos, mucho más estables y definidos, que sirven de condicionamiento, a su vez, a los fundamentos políticos, económicos, psicosociales y militares. Siendo así, la geografía los penetra a todos y, por lo tanto, influye igualmente en cada una de las ramas de la estrategia y de la política; mientras que los fundamentos del segundo orden —políticos, psicosociales, económicos y militares— son realmente de la rama que les corresponde, es claro que sin perjuicio de las interrelaciones plenamente reconocidas entre todos, en el seno de la estrategia general o de la política, la ecoestrategia, como la ecopolítica, equivaldría a la propia estrategia económica. ¡Qué diferente sería identificar la geopolítica o la geoestrategia con una política o estrategia especiales, que ningún sentido tendrían si se refirieran a puros valores del espacio! Recordemos la conocida frase de Jean Grottman: "En el espacio, lo que cuenta es el hombre organizado".

5. Geopolítica y geoestrategia brasileñas

Aceptada la caracterización anterior de la geopolítica y de la geoestrategia y su respectiva subordinación a la política y a la estrategia, en provecho de las cuales realizan análisis referidos a las coordenadas fundamentales de espacio y de posición y formulan sus concepciones, sus proyectos, sus propuestas de acción, resulta desde luego evidente que ambas se deben ajustar rigurosamente a los objetivos —permanentes o actuales— reconocidos como tales por aquéllas.

Es cierto —ya lo hemos mencionado— que los objetivos nacionales permanentes admiten un núcleo universal y constante que integra, bajo el interés vital de supervivencia, las ideas-fuerza de autodeterminación, de integración, de bienestar, prosperidad y prestigio, las cuales, a su vez, polarizan una constelación de valores e ideales sociales, tanto políticos como económicos y éticos, que varían ampliamente de país a país y de cultura a cultura.

La supervivencia sin una dosis apreciable de autodeterminación o soberanía sería, en realidad, en el mundo de los Estados-naciones que todavía hoy nos rodea, a pesar de ciertos indiscutibles síntomas de transmutación en todo el sistema, una contradicción insoluble o una mera ficción jurídica; algo sobreviviría siempre, seguramente, pero nunca un Estado, lo que no significa que se diga, en contraposición, que el propio Estado, realmente soberano, no admita autolimitaciones mayores o menores de su poder de soberanía, en beneficio de la paz o de la cooperación internacionales, ante ciertas graves amenazas de su total destrucción. Hay, por lo tanto, una graduación bastante extensa en la amplitud de ese atributo del Estado —una simple mirada al actual panorama internacional de múltiples dependencias más o menos estrechas entre todas las naciones lo muestra con toda claridad—; no por eso, sin embargo, podemos considerarlo como menos esencial.

Por otro lado, la siempre creciente integración del grupo social que compone la nación, tanto bajo el punto de vista político como psicosocial y económico, también es una condición fundamental de la propia supervivencia del Estado. Esa integración es un proceso social, permanente y dinámico, que presenta fases críticas de retroceso y fases positivas de recuperación más o menos acelerada pero que desconoce la estancación duradera; una amenaza de desintegración social, de escisión, de cisma en el medio de la comunidad nacional es siempre un desafío de los más serios a la propia supervivencia del Estado-nación, según la magistral lección de Toynbee.

En cuanto al bienestar, a la prosperidad y al prestigio internacional, además de que son valores genuinos en sí mismos, es cierto que un nivel mínimo para cada uno de ellos es del todo indispensable, sea a la autodeterminación del Estado, o incluso a la integración efectiva de su cuerpo social.

También le es esencial a la supervivencia el mantenimiento del territorio, base física del Estado, ya que su mutilación redundará, en cualquier caso, en perjuicio de la integración y en reducción del bienestar, de la prosperidad y del prestigio nacionales.

En lo que se refiere a los objetivos nacionales actuales, también éstos se condensan alrededor de la necesidad de seguridad, referida a aquellos mismos objetivos permanentes —seguridad contra todas las amenazas a la supervivencia de Estado-nación, en una formulación universalizadora—.

Así, cualquier geopolítica nacional debe tener como objetivo esencial la supervivencia del Estado, como entidad internacional dotada de un poder soberano, como organismo social en proceso de continua integración, como nación próspera y prestigiada en el mundo; mientras que toda geoestrategia nacional sólo puede proponerse la seguridad del Estado-Nación —una geopolítica de seguridad nacional, tal como fue anteriormente formulada—.

Lo que le da, pues, a cada geopolítica nacional, así como a cada geoestrategia, un colorido particular, características propias, un *tonus* más o menos alerta, un dinamismo más o menos potente, es el complejo jerarquizado de ideales y valores, aspiraciones e intereses específicos de la comunidad considerada, en el período histórico que atraviesa.

De acuerdo con tal premisa, será posible vislumbrar desde ahora mismo —sin la detenida formulación o análisis de los objetivos nacionales permanentes o de un concepto estratégico nacional—, cuáles son las principales características de una geopolítica brasileña.

Ahora bien, Brasil, en la amplitud de su *hinterlandia* —creada por el innegable sentido geopolítico de una metrópoli que buscaba en el nuevo mundo compensaciones para su irremediable frustración en las incursiones por el mar-océano y en las aventuras por el Oriente, movilizando la inquietud, la valentía y la codicia de aquella inigualable subraza de *mamelucos*—, es actualmente un país territorialmente satisfecho, con amplios espacios todavía casi totalmente vacíos y prácticamente inexplotados en sus riquezas aún desconocidas y que presenta, evidentemente, un profundo desequilibrio económico y cultural entre las regiones de sus diversos cuadrantes, los varios "Brasiles" en que realmente se

desdobla el panorama continental brasileño. Por lo tanto, nuestra geopolítica deberá ser necesariamente, en este período de la vida histórica nacional, una geopolítica de expansionismo interno, de integración y valoración territoriales, sin considerar siquiera la posibilidad de un imperialismo allende el mar, grotesco y fuera de lugar para quien dispone, dentro de su hábitat, de todo un inmenso imperio para construir.

Brasil es, por otro lado, una nación en una etapa crítica y todavía rudimentaria de su desarrollo económico y social y, por lo tanto, un país potencialmente agredido que se sitúa en la periferia atrasada de un mundo en vertiginosa ascensión hacia nuevos y revolucionarios patrones y cuyo dinamismo potente, incoercible, fatal, amenaza con desbordarse por todo el planeta, sumergiendo en una pseudomorfosis ignominiosa y sofocadora a todos los núcleos de civilización y cultura todavía no maduros ni lo suficientemente resistentes. La geopolítica brasileña necesita ser, por lo tanto, una geopolítica de afirmación en el exterior, de presencia, de participación cada vez más alerta y activa en la medida en que se desvanecen las últimas oportunidades de una cooperación verdaderamente recíproca entre los grandes y los pequeños, los fuertes y los débiles, los evolucionados y los inmaduros, basada realmente en mutuos intereses reales, aunque sean desproporcionados, pero mensurables en una misma escala de valores. Y además debe ser una geopolítica coordinada con las directrices comunes de aquella periferia económico-social a que aún pertenece Brasil y que solidarizan, más o menos estrechamente, intereses y aspiraciones similares, así como amenazas del mismo orden y de idénticos orígenes.

Brasil también es una nación que —por su origen cristiano y los valores democráticos y liberales que sustancian a la cultura naciente en esta frontera en expansión— integra el mundo de Occidente, hoy como nunca amenazado por el dinamismo imperialista y el imperialismo ideológico de la civilización materialista que tiene su base en el corazón macizo de Eurasia. Y nuestra geopolítica tendrá que ser, por consiguiente, una geopolítica consciente y decididamente partícipe de la geoestrategia defensiva de la civilización occidental, a cuyos destinos tenemos los nuestros indisolublemente ligados, lo queramos o no.

Brasil es, finalmente, un imperio cuyos límites desprotegidos y despoblados de amplio hemiciclo en los cuadrantes del norte, noroeste y oeste constituyen puntos de atracción y factores de estímulo a ambiciones, siempre posibles, por parte de vecinos menos dotados de riquezas y tierras y que, al sur, todavía se enfrenta con residuos, de ninguna forma insustanciales, de una tradicional rivalidad de carácter hegemónico que el tiempo y la evolución no han logrado disipar completamente y sepultar en el pasado. Por lo tanto, mientras no pierdan del todo su real significado esas amenazas periféricas, que se diluirán finalmente en el marco bien concluido de una conciencia colectiva de América latina o de una Panamérica mayor, siendo superadas por un acentuado desnivel entre el grado de progreso logrado por Brasil y el de las repúblicas vecinas en bases físicas y demográficas más menguadas, la geopolítica, la geoestrategia brasileñas no podrán dejar de permanecer atentas al problema de la seguridad de sus límites fronterizos en todo el perímetro continental. Será, en ese particular, una geoestrategia de contención, en gran parte preventiva.

Geopolítica y geoestrategia de integración y de valoración espaciales, de expansionismo hacia el interior pero igualmente de proyección pacífica en el exterior, de mantenimiento de un imperio terrestre y también de activa participación en la defensa de la civilización occidental, de íntima colaboración con el mundo subdesarrollado del continente y de allende el mar y al mismo tiempo de resistencia a las presiones originadas en los grandes centros dinámicos de poder que configuran la actual coyuntura, la geopolítica y la geoestrategia brasileñas necesariamente están insertas en los marcos, sucesivamente más amplios, de una geopolítica y de una geoestrategia para el bloque latinoamericano, de una geopolítica y de una geoestrategia continentales, de una geopolítica y de una geoestrategia de todo el mundo occidental.

Para su formulación, pues —aunque sus líneas sean las más generales posibles—, se hace indispensable una perspectiva geopolítica y geoestratégica del mundo ecuménico que nos rodea en ámbitos cada vez más dilatados, pero bajo el signo siempre presente del principal antagonismo del momento histórico en que vivimos. Una revisión de las varias teorías o cosmovisiones o *Weltanschauungen* geopolíticas que interpretan las tensiones mundiales dominantes se impone, así, como un insustituible telón de fondo a la más simple consideración de la geopolítica y de la geoestrategia brasileñas.

Pero éstas sólo merecerán el nombre de brasileñas si para ellas, realmente, Brasil es el centro del universo o, más bien, el ombligo del mundo.

BIBLIOGRAFIA

1 Backheuser, Everardo, "A Estrutura Política do Brasil - I - Notas Prévias", Mendonça, Machado & Cia., Rio de Janeiro, 1926.

2 Bouthoul, Gaston, "Las Guerras", Biblioteca del Oficial, Buenos Aires, 1956.

3 Cammon, Gral., "La Guerre Napoleónienne", Berger-Levrault, París, 1907-1925.

— "Le Système de Guerre de Napoléon", Berger-Levrault, París, 1923.

— "Quand et Comment Napoléon a conçu son système de bataille", Berger-Levrault, París, 1935.

4 Carr, Edward Hallett, "Conditions of Peace", The Macmillan Co., Nueva York, 1942.

5 Célérier, commandant Pierre, "Géopolitique e Géoestratégie", colección *Que sais-je?*, Presses Universitaires de France, París, 1955.

6 Clausewitz, Karl von, "On War", The Modern Library, Nueva York, 1943.

7 Clemenceau, Georges, "Grandeurs et Misères d'une victoire", Plon, París, 1930.

8 Colin, J., "Les Transformations de la Guerre", Flammarion, ed., París, 1911.

9 Delbrück, Dr. Hans, "Ludendorff peint par lui-même", Payot, París, 1922.

10 Foch, Mar., "Mémoires", Plon, París, 1931.

— "Des Principes de la Guerre", Berger-Levrault, París, 1921.

— "De la Conduite de la Guerre", Berger-Levrault, 1933.

11 Foch, Mar., y otros, "La Doctrina Francesa de la Guerra", Biblioteca Militar, Madrid, 1920.

12 Fonseca Jr., Cel. Leopoldo Nery da, "Geopolítica", Bedeschi, Rio de Janeiro, 1940.

13 Garthoff, Raymond L., "Doutrina Militar Soviética", Biblioteca do Exército, Rio de Janeiro, 1957.

14 Hart, Liddell, "The British Way in Warfare", Faber and Faber Limited, Londres, 1932.

— "Les Guerres Decisives de l'Histoire", Payot, París, 1933.

15 Jomini, "A Arte da Guerra", Bibiloteca Militar e Gráfica Laemmert Rio de Janeiro.

16 Loizeau, colonel L., "Succès Stratégiques, Succès Tactiques", Berger-Levrault, París, 1931.

17 Ludendorff, Erich, "Conduite de la Guerre et Politique", Berger-Levrault, París.

18 Magalhães, Cel. J. B., "Civilização, Guerra e Chefes Militares", Biblioteca do Exército, Rio de Janeiro, 1958.

19 Maquiavelo, "A Arte da Guerra", Ed. Peixoto, Rio de Janeiro, 1944.

20 Schlieffen, Mar. conde von, "Cannas", Biblioteca del Oficial, Buenos Aires, 1930.

21 Schneider, Lt. colonel Fernand, "Histoire des Doctrines Militaires", colección *Que sais-je?*, Presses Universitaires de France, París, 1957.

22 Yutang, Lin, "Entre Lágrimas y Risas", Editorial Sudamericana, Buenos Aires.

II

DOS POLOS DE LA SEGURIDAD NACIONAL EN AMERICA LATINA — 1959

1. Introducción

Al estudiar, en un ensayo anterior, la posición geopolítica de Brasil en el contexto de América del Sur, hemos tratado de hacer resaltar, a lo largo de nuestras amplias y abiertas fronteras, todavía desprotegidas o totalmente desiertas en una gran parte, los sectores de mayor y menor vulnerabilidad a presiones externas, tanto actuales como, sobre todo, potenciales, originarias de los centros de dinamismo más intenso que, del sur al norte, bordean, entre 600 y 800 km de muy desigual permeabilidad, nuestra extensa línea fronteriza. Y también hemos señalado, siempre que ha sido el caso, la prolongación de tales amenazas a regiones más sensibles de nuestro litoral atlántico.

En tales consideraciones nos hemos basado, fundamentalmente, en la incuestionable realidad del medio físico sudamericano que orienta, condicionándola en sus grandes rasgos, a través de los obstáculos que presenta y de las vías de acceso que ofrece, así como de los recursos de todo orden de que dispone, la expansión forzosa de los varios polos de irradiación humana que, históricamente implantados en el aislamiento de algunas brechas más favorables del perímetro litoraleño, a ambos lados de las abruptas cumbres andinas, de la Hilea impenetrable y agresiva, del agreste *sertão* del nordeste, de la reseca llanura central del Chaco y de la pampa interminable o de las castigadas plataformas patagónicas del sur, se fueron ampliando gradualmente, arrojando tentáculos, proyectando brotes a lo lejos y soldándose por medio de anasto-

mosis, en una tal vez desordenada pero no por eso menos efectiva y vigorosa ocupación paulatina del inmenso hábitat que la ola explosiva de un incomparable crecimiento demográfico impulsa, febril e incesantemente. No faltará mucho, por lo tanto —en la más amplia perspectiva de vida de las naciones—, para que las olas de población, oriundas de diversos cuadrantes y que, en la parte inferior de los caudales platenses ya están al borde de una creciente presión, terminen por enfrentarse y comprimirse más estrechamente las unas contra las otras, en el resto de una frontera que hoy es solamente algo más que una mera definición cartográfica. Y entonces —todo lo lleva a creer, sin exagerados pesimismos— surgirán nuevos problemas de antagonismo, viejas controversias de contenido antes casi teórico y libresco reaparecerán, debido al acicate de intereses reales, y se polarizarán las tensiones todavía imprecisas actualmente en zonas de roce que se encuentran sumergidas en el gran vacío de la indiferencia bilateral que es plenamente justificado por la distancia y por el desierto.

La historia de todos los pueblos está ahí para atestiguar que, si bien el intenso contacto favorece, a través del intercambio mutuamente ventajoso y del conocimiento recíproco, la amistad y la colaboración internacionales, éstas generalmente sólo vienen a concretarse después de un período más o menos dilatado de conflictos y choques, de luchas ostensivas o sordas por la hegemonía, por la dominación, por una mayor influencia, proceso a través del cual se lograría al fin una situación de estabilidad más durable y proficua.

La engañadora tranquilidad de una confortable convivencia de fachada, fundamentada mucho más en el real aislamiento que en un contacto estimulante de pueblo a pueblo a lo largo de fronteras vivas de intereses, no nos debe convencer de que todo será siempre así, en el mejor de los mundos posibles, aun cuando, después de muchos años, la realidad subyacente de zonas de roce que hoy son apenas histórica y geográficamente remotas pueda emerger finalmente, a través de la incorporación de nuevos contenidos dinámicos, de naturaleza económica y política, plenamente actuales y polarizadores de incontroladas emociones colectivas.

Sobre ese particular ningún ejemplo es más instructivo que el ofrecido por la evolución histórica más reciente de Estados Unidos, tradicionalmente aferrado a los justos consejos de Washington sobre el peligro de las complicaciones europeas y finalmente inmerso en la actualidad, después de renovadas tentativas de un real aislacionismo insostenible por sí mismo, en toda la extensión del planeta, desde el Artico al Indico, de Alaska al Medio Oriente y al Sudeste Asiático, en la más activa y vital confrontación de intereses, de ideologías y de técnicas avanzadas de guerra. Sin duda, muchos habrían encontrado descabellada la tesis de Tocqueville cuando, hace más de un siglo, predijo el tremendo conflicto cósmico de nuestra agitada era:

"Hay, en los días que corren, dos grandes naciones en el mundo que, partiendo de distintos puntos, parecen tender a un mismo fin. Nos referimos a los rusos y a los norteamericanos. Ambos crecieron sin que fueran percibidos, y mientras la atención de la humanidad se concentraba en otros lugares, súbitamente se pusieron al frente de las naciones y el mundo supo de su existencia y de su grandeza casi al mismo tiempo [...]

"Sus puntos de partida son diferentes y sus trayectorias no son las mismas; sin embargo, cada uno de ellos parece destinado, por la voluntad de los cielos, a controlar los destinos de toda una mitad del universo".

En la clarividente visión del joven aristócrata francés, las realidades momentáneas de una enorme distancia geográfica y de un recíproco aislamiento económico, cultural y político no oscurecieron, de ninguna forma, las terribles potencialidades de un encuentro que se daría, cara a cara, entre esos dos mundos gigantes, a través del espacio y del tiempo. Ni tampoco en su tesis, plenamente comprobada por los hechos, pesaron las probabilidades, siempre más o menos dudosas, de la aparición de caudillos o líderes que promoviesen decisivamente, de un lado y del otro, con plena responsabilidad individual, el proceso expansionista que habría de poner a Estados Unidos y a Rusia en contacto prácticamente directo, en todo el amplio borde marítimo del continente de la Eurasia.

Naciones aisladas unas de las otras, sin frentes de contacto ni zonas de intereses comunes, no son propiamente amigas, ni pueden ser realmente enemigas; el estrechamiento del contacto en áreas limítrofes o externas de influencia de ambas podrá llevarlas tanto a la cooperación como al conflicto, por cierto más probablemente al segundo que a la primera o si no, con mayor propiedad, a la primera (cooperación), superada, al cabo de algún tiempo, por el segundo (conflicto).

Es innegable que está madurando, en ese hemisferio, una conciencia de solidaridad continental, estimulada desde hace mucho por los generosos ideales de algunos verdaderos estadistas panamericanos, al calor de cuyas convicciones se diluirían gradualmente varias desconfianzas e incomprensiones, mal fundadas en el desconocimiento suspicaz y en desubicadas tradiciones heredadas,

de raíces antiguas pero exóticas. También la alentaría enormemente, con la autoridad de su creciente prestigio, la gran nación líder de América del Norte cuando, dejando de lado el *big steak* que el primer Roosevelt había manejado tan ampliamente, logró darse cuenta —y de eso no hace mucho, ni hubo tampoco una convicción siempre constante— de que otros procesos y otras técnicas de persuasión serían mucho más productivos al cimentar sólidamente la paz interna y la defensa colectiva del continente como bases indispensables a su propia seguridad, cada día más amenazada en los cuadrantes de este y oeste o, como ahora, en el tercer frente transpolar. Hay que reconocer, sin embargo, que esos cuidados, presurosamente proclamados siempre, por el mantenimiento de una solidaridad continental noble e idealista, son fruto, por parte de Estados Unidos, de los más directos reflejos de su mayor o menor compromiso en áreas ultramarinas lejanas, donde la concentración de esfuerzos desmedidos y una vigilancia siempre alerta los llevan a veces, como en nuestra época, a desatender las tensiones que agitan, subterráneamente, el edificio imponente pero poco sólido —convengamos— de un panamericanismo todavía envuelto, en gran parte, en fórmulas grandilocuentes, pero casi totalmente vacías de real contenido económico, ideológico y político. Por otro lado, tampoco hay que olvidar el hecho indiscutible de que una solidaridad continental de tal orden servirá mucho mejor a los intereses de Estados Unidos, ya que permitirá justificar y mantener e incluso acentuar, si es posible, una indiferenciación igualitaria y niveladora de ese paisaje sudamericano tan cercano y donde no les será agradable contar, seguramente, con vecinos poderosos y tal vez inquietos. Como si los norteamericanos no se hubieran quejado tanto, pero al mismo tiempo aprendido tanto, de la fría y calculadora política del equilibrio del poder de los ingleses...

De cualquier forma, sin embargo, y visto desde un ángulo distinto, el sentimiento de solidaridad entre las naciones de una región cualquiera será siempre tanto más fuerte y resistente cuanto más serias y constreñidoras sean las amenazas externas y, por lo tanto, es natural que él oscile en intensidad, constantemente, variando incluso entre los extremos de una casi indiferencia y de una casi alianza, al influjo de la actuación, en ese particular indudablemente decisiva, de los centros externos de poder de donde puedan partir agresiones más o menos peligrosas y como tal reconocidas. Lo que sucede es que, innegablemente, el grado de sensibilidad de las propias naciones interesadas, respecto de esas

agresiones, tal vez enmascaradas o indirectas, se revestirá siempre de importancia capital.

Siendo así, se comprende bien que, para cada una de las naciones sudamericanas, el foco de sus problemas de seguridad oscile, también, entre dos polos: por un lado, peligros de origen extracontinental que, al manifestarse más nítida y urgentemente, refuerzan la propia solidaridad de todo el hemisferio y hacen olvidar, casi por completo, las preocupaciones relativas a siempre posibles conflictos en el interior del propio continente; y, por otro lado, estas últimas preocupaciones, al volver a ocupar el primer plano, después de que aquellas amenazas hubieran sido alejadas, con el debilitamiento concomitante de los propios lazos de solidaridad continental. Para cualquier nación, tal oscilación sólo cesará realmente cuando, debido a su mayor desarrollo y a su franco progreso, se haya ella distanciado tanto de las demás que los peligros y amenazas en la circunvecindad política sean finalmente alejados por completo, o incluso definitivamente. Pero, en tal caso, la dinámica de las relaciones internacionales ha demostrado que esa nación emergerá, propiamente, del restringido círculo regional en que se hubo afirmado y crecido, pasando a integrar ahora otro mundo más dilatado, dentro del cual —a menos que ocupe una singular posición por su potencial efectivo— se verá de nuevo sometida al constante ritmo de una misma oscilación entre amenazas cercanas y peligros lejanos, ahora apenas ampliada a una mayor escala. Sólo como potencia realmente mundial podrá escapar, durante algún tiempo, a esa pendular atracción de sus primordiales intereses de seguridad nacional. Pero, aun así, no olvidemos que la paz ecuménica nunca pudo durar indefinidamente, como Roma, primero, y luego Inglaterra en época reciente, habrían, melancólicamente, de reconocer.

Ahí tenemos la razón por la que, en la coyuntura actual, cuando, en las palabras de Toynbee, la civilización occidental a que todos pertenecemos en esa América libre se ve cercada por la herejía materialista del imperialismo soviético, la amenaza de origen extracontinental supera, innegablemente, a cualquier otra, al exigir, por nuestra parte, una redoblada atención y un esfuerzo deliberado y viril de seguridad colectiva.

El propio desconcierto común de las naciones sudamericanas, ante la mal disimulada indiferencia actual de Estados Unidos, demasiado ocupado éste en los actos que considera decisivos de una estrategia concentrada hacia más allá del Atlántico y del Pacífico, constituye un elemento de refuerzo a la solidaridad continental, por más paradójico que parezca, ya que aquéllas son ahora las

mayores interesadas en colocar en su debido relieve el carácter alarmante y urgente de ese peligro de origen extracontinental remoto, capaz, sin embargo, de actuar a la distancia con una eficiencia nunca vista.

Para sentirlo en su justo valor, basta con echar una mirada vigilante y escrutadora a este mundo poco tranquilo que nos rodea.

2. Este mundo a lo largo...

Ya hemos dicho en otra oportunidad que no habrá una geopolítica brasileña que merezca tal nombre sin que considere a Brasil como el centro del universo. Veamos, por lo tanto, cómo se nos presenta este mundo a lo largo, visto desde aquí, desde la región nuclear del ecumeno brasileño.

El mapamundi en proyección azimutal, oblicua y equidistante, con el centro en S. Paulo, elaborado por el Sr. João Soukup, nos suministrará con bastante fidelidad el panorama deseado (esquema 12).

Sin embargo, debemos prevenir desde ya a los lectores sobre las fallas muy naturales en una interpretación apurada de esta perspectiva, tan poco común. Aquí, las distancias y direcciones se conservan exactas apenas cuando están referidas al punto central elegido: la escala será válida solamente para rectas que pasen por ese centro de proyección, representando siempre arcos de grandes círculos del globo; en un contorno exterior graduado, por otro lado, fácilmente se leerían los azimuts de cualquier dirección con origen en el centro. Alrededor de éste, sin embargo, los espacios se deforman cada vez más en el sentido de la anchura, ampliándose sucesivamente según círculos concéntricos; así el contorno externo representa un solo punto, la antípoda del propio centro, mientras que, en la vecindad de este último, la deformación es mínima, tal como no podría dejar de serlo, en ese proceso de permanente sustitución de los senos por los arcos respectivos, a lo largo de los dos primeros cuadrantes de un mismo círculo máximo.

El hecho de situarse en el polo del mundo está siempre asociado a un astigmatismo especial que prolonga, a lo largo del horizonte, las tierras lejanas, como extraños dibujos de El Greco.

Se ve: la isla Formosa, vermiforme; las Filipinas, abarcando, estiradas, casi todo un cuadrante; el Asia, desde el estrecho de Behring hasta Singapur, como un amplio semicírculo de tierras compactas, avanzando, en uno y en otro extremo, sus envolventes tentáculos, que son prolongados todavía más por Indonesia, al sudeste, y seguidamente por Nueva Guinea.

Mientras tanto, la imagen de Brasil y de América del Sur es la misma, tan familiar para nosotros; el continente del norte apenas se dobla un poco más hacia el sudeste, en el frente atlántico, avanzando, en los confines del Pacífico, como un ala medio abierta, la proyección de Alaska. Africa le ofrece a América del Sur el vientre retraído, arqueando toda su masa, exagerada en tamaño, de tierras densas y sin notables recortes, como si diera una mayor plausibilidad a la renombrada hipótesis de Wegener.

En cuanto a Europa, desaparece casi por completo, mera península insignificante en la mole impresionante de Eurasia, de cuyo seno parece retroceder, escapando, tímida, a los contactos. En contraposición, del lado opuesto, la Antártida resalta, en su justo y creciente valor, enmascarando la presencia de un continente australiano que nunca nos parecería tan cercano a nosotros como lo está realmente.

La inmensidad del Pacífico, poblada de archipiélagos e islas cuya identificación nos asombra porque figuran en los más extraños e inesperados lugares, ilustra ahora, bajo una sugestiva imagen, la existencia real de los dos hemisferios distintos, el de las tierras y el de las aguas.

Al revés, el Atlántico figura nada más que como un simple mediterráneo mayor, claramente apropiado para las escalas acrecidas del actual dinamismo del mundo, al que no falta el cinturón de Natal-Dakar para repetir la dicotomía en cuencas distintas que Calabria y Sicilia, por un lado, y Tunisia del otro, siempre han impuesto al viejo *mare nostrum* de los romanos, ni tampoco un balizamiento de islas que esboza, de un extremo al otro, una larga espina dorsal —las Baleares, Cerdeña, Sicilia, Malta, Creta y Chipre, reproducidas aquí, de norte a sur, a partir de Islandia, por las Azores, Cabo Verde, Ascensión, Santa Elena, Tristão da Cunha y Gough—. El océano Glacial Artico parece, aquí, apenas un mar cerrado, como el mar Negro de allá y la Groenlandia, despoblada y con su capa helada, ofrece una fácil confrontación con la península agreste y montañosa de Anatolia. El pequeño y agitado mundo insular del Egeo, resguardado tras el abrigo cretense, se reproduce de alguna forma en el encaje del Caribe y su caprichoso arco de las Antillas, un Egeo invertido que se vuelve hacia el exterior. Y las Islas Británicas se reducen a algo más que a un conjunto del tipo Córcega-Elba, casi pegado a un continente que, en realidad, apenas protege. Mientras que Gibraltar y Suez se ven multiplicados en las cuatro aberturas del Behring, del Panamá,

de los estrechos de Magallanes y de Drake, mientras que el ancho vacío entre la Antártida y el Cabo, que abre una amplia ventana hacia el universo índico, apenas encuentra puntos de apoyo que constituyan, más adelante o más atrás, una cortina bien orientada de vigilancia y de protección.

Tenemos aquí, pues, un nuevo mediterráneo, mucho más vulnerable, al sur, a influencias externas de lugares lejanos y destinado, por lo tanto, a un dinamismo muy superior y todavía más trepidante.

Sin embargo, ¿de dónde provendrán esas influencias exógenas? ¿Y dónde se radican, en ese mediterráneo, los centros de poder litoraleño?

Sobrepongamos al mapa un panorama ajustado de la humanidad actual (esquema 13).

Enseguida vemos que, en el mundo atlántico, el trazado de las costas está reforzado por la existencia de amplias regiones no ecuménicas —el desierto verde de la Hilea y el desierto de arena sahariano—, por la creación de dos cuencas distintas, la del norte y la del sur. Y tanto una como la otra aparecen bloqueadas, en sus extremos opuestos, por desiertos de hielo, precedidos ambos por amplísimas explanadas, todavía no favorables a una más densa población.

Así, según el diámetro de cada una de esas dos grandes cuencas, se enfrentan, con extensión y densidad bastante mayores al norte del ecuador, núcleos ecuménicos realmente importantes en la actualidad y que podrán seguir siéndolo, en esta parte del mundo:

- el compacto nódulo de la plataforma estadounidense, con su desbordamiento al nordeste por casi todo el valle de San Lorenzo y los numerosos y significativos puntos de condensación de la periferia antillana, bajo su incomparable atracción, del lado de acá, y, allende el mar, en el frente fronterizo, la masa tentacular del mundo europeo cuyas raíces se sitúan más allá de los Urales, se extiende avasalladora por toda la península y, hasta la estrecha franja del litoral norteafricano, penetra a lo largo del Nilo como un cordón y lanza por el Irán, en demanda del Indico, vía puente caucásico, una vanguardia bien nutrida;

- en la cuenca meridional, mucho menos definida, la ya amplia "charnela" ecuménica casi rectangular, balizada, a grandes rasgos por Fortaleza-Uberaba-Rosario-Bahía Blanca-Mar del Plata-Río de Janeiro-Recife y Natal, a la cual se soldarán en breve los núcleos de condensación demográfica de Brasil, Argentina y Uruguay, se sitúa como en escuadra respecto de las más importantes bases de población del "blando vientre" del Africa —Nigeria, Costa de Oro, Sierra Leona y Liberia, circunvecindades de Dakar—.

Más hacia el sur, el circunscrito polo de la Ciudad del Cabo, limitado del lado del Atlántico por una zona no ecuménica bastante bien caracterizada, se deja atraer mucho más por el borde oriental, esbozando el envolvimiento que, por Port Elizabeth y Durban, Mozambique y Zanzíbar, el gran centro de Nairobi asociado a los lagos tectónicos de Victoria y Tanganica, y finalmente la condensación etiópica, trata de dar la mano, en Kartum, a la avanzada propiciada por el Nilo, desde su embocadura hasta las profundas nacientes.

Fuera del marco atlántico, más a lo lejos, la impresionante masa de la península hindú, ya soldada por Birmania al incontable universo de la China comunista que, flanqueada por Japón, pletórico de humanidad y, más abajo, por Formosa, se prolonga, infiltrándose, a través del arco indonesio, entre las Filipinas densamente pobladas, por un lado, y la Australia todavía casi desierta, por el otro.

Entre el ecumeno europeo-moscovita y el mundo propiamente asiático hay desiertos y fallas que apenas tratan de vencer; la larga y filiforme proyección rusa a lo largo del eje siberiano, por Osmk, Irkutsk hasta Vladivostok, que desborda por el norte la amplitud desierta del Altái y del Gobi, y los tímidos avances desde la extensa isla de población del margen sur del Ural que busca gradualmente contacto con el continente chino, venciendo las tremendas dificultades de la región francamente agreste y hostil.

En el frente occidental de las Américas, la discontinuidad todavía es la regla entre nódulos de población bastante restringidos, casi sofocados por el medio y largamente espaciados en el litoral poco recortado y no muy propicio que una formidable barrera de trazado concordante y continuo, del sur al norte, demarca y aísla rígidamente, con sus sucesivos pliegues que modelan, aquí, la meseta boliviana y, más allá, las grandes mesas semiáridas de la región entremontana de Columbia y del Colorado (esquema 14).

El relieve explica perfectamente por qué las Américas, tanto la del sur como la del norte, son continentes que, en su totalidad, se inclinan hacia el lado del Atlántico, ya que los pliegues mucho más antiguos y erosionados del este, limitados por un litoral lleno de recortes y de islas costeras, dificultan apenas el contacto directo de las influencias marinas con las regiones más centrales donde, sin embargo, penetran profundamente, desbordando por ambos flan-

cos aquellas limitadas murallas, los valles convergentes de grandes ríos.

De cualquier forma, el dorso americano, vuelto hacia el Pacífico, aparte de las importantes cumbres de la costa, tiene la real protección de la inmensidad oceánica, siendo esta protección mucho mayor, bajo ambos aspectos, para América del Sur, a pesar de la orientación general a que obedece, en su caprichoso trazado, el enjambre de las incontables islas de Indonesia.

El relieve africano, aunque sea poco expresivo en esa inmensa meseta central de casi todo el litoral en diversos puntos, con sus pliegues paralelos de los extremos del norte y del sur y su notable región de fallas al este, penetración de una población que encontraría pocos puertos favorables y se vería frustrada por los numerosos ríos siempre bloqueados, en la embocadura, por bancos de arena y que, cortados por rápidos en su curso, apenas penetran en el interior.

En el amplio arco africano que se abre al oeste sobre el Atlántico, justo frente a Brasil y a la Argentina, no es de esperar, en ningún caso, un ritmo de crecimiento y de expansión capaz de superar la dinámica demográfica sudamericana. Y por otro lado, allí existen gravísimos problemas sociales y de razas...

Ahora bien, no podríamos pretender un retrato más fiel del dinamismo real y de la propia vitalidad, sobre todo económica y política, de los varios núcleos de condensación humana que configuran el ecumeno, que a través de una imagen de la densa circulación mundial de personas y de bienes que, por medio de corrientes marítimas y aéreas de volumen e intensidad desiguales, envuelven a todo el globo en una impresionante trama (esquema 15).

El ecuador marítimo, vinculando en un estirón el borde oriental del vigoroso núcleo americano a la península europea, se prolonga posteriormente por la estrecha ruta del Mediterráneo y del mar Rojo, en demanda de Colón en el Ceilán, de Singapur y de Manila, para cruzar el Pacífico en Honolulu y cerrar finalmente el circuito vía Canal de Panamá.

Varias lazadas, cumpliendo laboriosas el periplo de América del Sur o de Africa, ofrecen importantes alternativas a la difícil travesía de los canales, mientras que otras, bastante más secundarias, sirven al Extremo Oriente o integran Australia y Nueva Zelanda a la circulación universal;

- las primeras, costeando el litoral de China y de Japón, de Singapur y Hong-Kong hasta Tokio, donde se articulan a la corriente principal en las Islas Hawai, o buscan directamente el litoral de América del Norte en Vancouver, San Francisco o Los Angeles;

- las segundas, menos definidas, que convergen desde el extremo sudafricano, desde Ceilán o Singapur hacia la costa meridional de Australia que acompañan de punta a punta, antes de cruzar el Pacífico hasta Honolulu o también San Francisco, o que buscan el entroncamiento en la lazada americana del sur.

Resalta enseguida, pues, la extraordinaria significación del Atlántico meridional, tradicionalmente oscurecida desde la era de Lesseps, para cualquier tipo de ligazones, más largas pero mucho más seguras, con el mundo exterior al mediterráneo atlántico, completamente libres de interferencia o bloqueo, siempre posibles en canales altamente sensibles y de rendimiento todavía escaso o en estrechos mares vulnerables. Y ese inmenso golfo del Atlántico, dominado en el extremo norte por el promontorio del nordeste brasileño y el flanco opuesto de Africa, solamente es limitado, del otro lado, por la plataforma aislada de la Antártida, situada en el centro de las más directas comunicaciones por el mar con Australia, Nueva Zelanda y el mundo de más allá.

En cuanto a la circulación aérea, su principal tronco, todavía preso, también, a la travesía del Atlántico Norte, busca, en grandes arcos de círculo máximo, a Egipto en El Cairo, a la India en Calcuta, a Manila en Las Filipinas, a las Islas Hawaii por Guam y por Wake y, posteriormente, a San Francisco, cerrándose finalmente en la gran transcontinental aérea de Estados Unidos. Varios puentes, como el de Natal-Dakar, presentan alternativas diversas, más o menos directas, mientras que otras dos grandes rutas, con variantes parciales, articulan el conjunto de Australia-Nueva Zelanda-Indonesia, por un lado, o la extensa región de Rusia, de China y de Japón, del otro, a la circulación mundial;

- la ruta de Bangkok, Singapur, Darwin y Sydney en Australia, Auckland en Nueva Zelanda y las Islas Fiji, hasta llegar a Hawai;

- y la longitudinal Hong Kong-Shangai-Tokio, combinada con la penetrante de Moscú, Irkutsk y Pekín.

Además de ésas, las más recientes rutas traspolares y circumpolares empiezan a condensarse en la región ártica y ya se esbozan en el frente polar del sur.

Dos redes continentales merecen destacarse: el circuito ameri-

cano, balizado por Nueva York, San Francisco, Ciudad de México, Panamá, Lima, Santiago, Buenos Aires, Río, Recife, Natal, Belem, Caracas Miami y Nueva York de nuevo, con numerosas variantes; y el todavía mal caracterizado contorno africano que trata de ligar las dos penetrantes de El Cairo y Trípoli a Ciudad del Cabo con las rutas transatlánticas del sur y las vías transaharianas del oeste.

Por lo tanto desde el punto de vista aéreo, el Atlántico Sur todavía es casi pasivo; tampoco la Antártida vio materializada, hasta ahora, su envidiable expresión potencial. Con excepción del puente Natal-Dakar, todo se resume ahí en trazados perimetrales.

Examinadas a grandes rasgos la distribución geográfica de las tierras y mares alrededor de América del Sur, la configuración de las grandes masas ecuménicas todavía separadas por desiertos más o menos hostiles, mientras que lazadas cada vez más densas y apretadas de la circulación marítima y aérea intentan, al contrario, soldarlas, trataremos de traducir esas imágenes fragmentarias a una visión de conjunto única, simplificada y casi esquemática, que ponga de relieve la posición del continente meridional y del propio Brasil, en ese mundo que nos rodea y que estamos contemplando desde el centro de nuestra potencia y de nuestra vitalidad económicas (esquema 16).

Bien protegida al oeste por el inigualable foso del inmenso Pacífico y, además, por la ciclópea muralla de los Andes, América del Sur se vuelve totalmente hacia el Atlántico y hacia el hemisferio terrestre del este, avanzando, en punta, el promontorio nordestino.

Un primer hemiciclo interior de tierras la circunda, en un radio promedio de alrededor de 10.000 km, América del Norte en el flanco izquierdo, Africa en posición frontal y la Antártida como flancoguardia derecha. A lo largo de ese amplísimo arco, las tres masas circundantes se presentan en grados muy dispares de ocupación efectiva por el hombre y de potencial económico y político, máximo al noroeste, muy incipiente al este, nulo al sur.

Con origen inmanente en las tierras de ese hemiciclo interior no habrá que temer, en un plazo previsible, por más largo que sea, ninguna amenaza directa a la seguridad de América del Sur y, por consiguiente, de Brasil: por un lado, por ausencia de potencial de agresión y, por el otro, por exceso desproporcionado de un poder contra el cual no habría cómo oponerse, si antagonismos mucho más graves no lo mantuvieran ocupado en lejanos focos de roces y si —factor nada despreciable, sin duda— la común profesión de fe democrática y el ideal panamericanista proclamado no constituyeran un factor psicológico suficiente de amortiguación en que cualquier resentimiento más fuerte se diluyera.

Más allá del hemiciclo interior, realmente gigante, aunque todavía más agigantado por la deformación ya señalada de la proyección azimutal equidistante, un macizo bloque de tierras, a la distancia promedio de cerca de 15.000 km, ocupa bastante más de un cuadrante, avanzando sus pinzas hasta la altura de otra masa secundaria transártica, situada también a igual distancia promedio. Es el hemiciclo exterior amplísimo, descomponible, del punto de vista de las concentraciones del potencial demográfico y económico que presenta, en cuatro núcleos principales:

- aquende del radio promedio, avanzando hasta morder levemente el hemiciclo interior en la abertura del nordeste, el poderoso núcleo europeo, estando incluidas ahí una gran parte de la Rusia asiática y la región caucasiana, el cual se infiltra, tenue pero profundamente, en el dorso truncado del continente africano;

- sobre el propio arco de balizamiento de los 15.000 km, dos masas que se corresponden, una por atrás de Africa, otra por atrás de la Antártida, ambas presentando perspectivas altamente favorables, aunque todavía no lo suficientemente potentes, por distintos motivos: India, al este, con su elevado potencial humano y sus riquezas todavía no explotadas, despertando de su contemplativo sueño milenario; al sur, Australia (con el rico apéndice de Nueva Zelanda), demográficamente escasa, al contrario, luchando con un territorio no muy promisorio, pero dotada de una población altamente capacitada y enérgica;

- y, finalmente, todavía más allá del arco demarcador, la desbordante humanidad amarilla de Japón y China que se extiende por Indonesia, Malasia y Filipinas, un impresionante potencial demográfico y riquezas variadas e inmensas, a la espera de una organización eficiente y activa que los movilice e impulse.

De ese hemiciclo exterior pueden surgir amenazas peligrosas, en cualquier época, contra el mundo sudamericano, pues de allá ya han partido en eras pasadas, sea de la Alemania de Guillermo II —poco menos definidas— o del gran *Reich* de Hitler —vigorosas—, sea del imperio nipón de Hirohito —más lejano— y nuevamente hoy se manifiestan, con virulencia excepcional y multiforme, a partir del eje Moscú-Pekín.

Este es, por lo tanto, el hemiciclo peligroso contra el cual

América del Sur tendrá que estructurar sólidamente su propia seguridad.

Ahora bien, ante eso, el continente sudamericano podrá considerarse inmune contra acciones más directas y de fuerza, mientras las tres masas encubridoras del hemiciclo interior no estén en manos de un agresor potencial.

El hemiciclo exterior baliza, por lo tanto, la frontera decisiva de la seguridad sudamericana (esquema 17).

Taponadas las brechas del nordeste y sudeste por las avanzadas de Islandia, de Azores-Madeira-Canarias y de Príncipe Eduardo-Crozet-Kerguelén-Mac Donald, y prolongada la seguridad, en el Pacífico, al arco balizado por las Islas Hawaii, Espórades, Marquesas y de la Sociedad, la fortaleza sudamericana permanecerá casi inexpugnable, si se toman, con oportunidad y sabiduría, justas medidas preventivas y, si es necesario, represivas, contra la infiltración quintacolumnista y la agresión enmascarada en subversión impulsada desde lejos.

América del Sur y, con ella, Brasil deben empeñarse, decidida y perseverantemente, en la preservación en manos amigas de las tierras del hemiciclo exterior; esto representa lo mínimo que podemos, que debemos, hacer para la seguridad de la fortaleza sudamericana, que necesita desarrollarse y crear riquezas y realizar plenamente su destino, en esta época de vertiginoso progreso de las técnicas y de las armas, arrasadoras o insidiosas, de ataques realizados sobre distancias intercontinentales.

La firme convicción de ese imperativo geopolítico, trazado en el mapa del mundo por la eterna disposición de las masas terrestres que nos circundan, permitirá basar en sólidos cimientos directrices seguras de una estrategia mundial de perspectivas ampliadas, a fin de que no tengamos que ceder a impulsos emocionales, cuando se tomen decisiones graves a las cuales seremos llevados si se produce cualquier evolución más sombría de la coyuntura internacional.

3. El antagonismo dominante en ese momento coyuntural

Ahora bien, el análisis que hemos terminado de esbozar, a grandes rasgos impresionistas, de ese mundo que nos rodea trató de ser, tanto como nos fue posible, neutral, ciñéndose al examen imparcial de posibles tensiones incoloras entre masas de territorios y núcleos humanos, tal como están dispuestos en el ecumeno ampliado y, paradójicamente, mucho más solidario, de nuestra época. Si con eso hemos ganado amplitud de visión sobre cualquier tipo de sorpresas que el futuro encierre en su vientre tal vez inescrutable, no eliminando, *a priori*, con base en las realidades tremendas y mucho más sensibilizantes del momento histórico que vivimos, hipótesis por sobre cualquier sospecha y cuya probabilidad nos parecería hoy nada más que ridícula; si, al hacerlo, hemos tratado —o, por lo menos, lo hemos deseado— de esbozar algunas pocas conclusiones de mayor validez en la perspectiva de generaciones, con fundamento más sólido en la estabilidad secular de la configuración mundial de las masas continentales y en las grandes líneas siempre previsibles de la evolución histórica de los pueblos, ahora importa trasplantar ese crudo análisis al campo de las fuerzas, de potencialidad nunca vista, que agitan profundamente a la Tierra, en este momento de agoreros y apocalípticos sismos sociales.

Hace mucho que las civilizaciones han dejado de vivir más o menos confinadas en universos distintos, con sus amplias fronteras-explanadas que absorbían, lejanas, los choques periféricos y las incursiones más o menos frecuentes; su intercambio muy poco activo, económico o cultural, y esporádicos encuentros que presagiaban, generalmente, una remodelación drástica y repentina, por aglutinaciones y fragmentaciones de las varias áreas ecuménicas, característicamente centrípetas. Esa compartimentación espacial de la humanidad, así estancada, limitaba casi siempre las tensiones, imponiendo un campo bien definido y restringido a los antagonismos que surgieran inevitablemente. El mundo que conocemos, que está en nuestra prehistoria de modernos retoños de civilizaciones desaparecidas, fue durante siglos apenas el reducido universo del mediterráneo oriental donde Atenas, Tebas y Esparta lucharon por una hegemonía fugaz y circunscripta, a la que ni siquiera la portentosa aventura de Alejandro lograría formar bases más amplias y objetivos más dilatados; después vino el mundo de la *urbs*, del *Latium* y del *mare nostrum* en que la batalla decisiva y de aniquilamiento total entre Roma y Cartago se llevaría a cabo como en un barril cerrado, sin repercusiones más allá, un mero episodio local de violencia concentrada; se transformaría, hace siglos, en el mundo europeo, después del sorprendente derrocamiento del imperio de Augusto y de la paciente reconstrucción, bajo la égida de una iglesia ecuménica, a partir de los destrozos dispersos que vigorosas manos bárbaras habían conservado; las aventuras de Colón abrirían, mucho más tarde, el mundo del Atlántico, así como Vasco da Gama penetraría en el amplio y fabuloso rincón del mar Indico, pero, hasta fines de aquel siglo, las Américas eran todo un uni-

verso lejano y bastante diferente, un otro mundo, en resumen, como no lo serían menos la India opulenta y admirable, el exótico Extremo Oriente, los paradisíacos Siete Mares, el Africa salvaje y bruta, la Australia semiperdida en ignotos lugares. Al comienzo del novecientos, la guerra ruso-japonesa podía ser acompañada, desde América, con el distraído interés puramente deportivo de quien asiste en la arena a la lucha de los campeones, apoyando libremente a uno o al otro. En ese particular, como en muchos otros, la Primera Guerra Mundial se constituiría en un marco divisorio muy nítido, mientras que la segunda ya transcurriría, en su mayor parte, bajo el signo de trágicas realidades que no habría cómo negar: la guerra global y la indivisibilidad de la paz en un mundo lleno de contradicciones y de incoherencias pero, en realidad, un único mundo.

Ahora bien, en un ecumeno plenamente solidario, es normal que, en cada período histórico, entre todos los antagonismos actuales o potenciales que ya se manifiestan o tienden a manifestarse, uno de ellos, por su mayor amplitud, su dinámica superior, la importancia de los centros de poder envueltos y los intereses vitales que amenace, se caracterice nítidamente como el *antagonismo dominante*, dando colorido a los demás, usándolos muchas veces a su arbitrio o, al contrario, manteniéndolos en estado apenas latente o simplemente larvario, moldeándolos a todos, en una verdadera bipolarización bien definida, aunque temporaria, de todo el campo de tensiones sociales, respecto del cual ningún pueblo, ningún espacio y ningún interés pueden alienarse ni guardar una estricta neutralidad. Así fue en el conflicto greco-persa en el Mediterráneo oriental y que arrollaría a fenicios y escitas y lidios y egipcios y babilonios, a todos los pueblos del Cercano Oriente, mientras que crearía en el Egeo el milagro fugaz pero brillante de la unidad de Grecia; así sería en el transcurso del prolongado conflicto entre Roma y Cartago, al cual no faltarían griegos, macedonios y númidas; así sucedería a lo largo de las interminables luchas por la hegemonía en Europa, tal como el feroz duelo entre Francia e Inglaterra que atraería al conflicto incluso a Rusia, abarcando a todo el continente y desbordando hasta las lejanas orillas del Nilo.

En el mundo de hoy, el antagonismo dominante entre Estados Unidos y Rusia, que polariza todo el conflicto —de profundas raíces ideológicas— entre la civilización cristiana de Occidente y el materialismo comunista de Oriente, y en el cual está en juego la dominación o la liberación del mundo, mantiene a todo el planeta bajo su dinamismo avasallante, al cual no pueden ni podrán escapar, en los momentos decisivos, los más reiterados y honestos propósitos de un neutralismo que, al fin y al cabo, es impotente y obligatoriamente oscilante.

Con centro en el dinamogénico arsenal norteamericano y a través de la extensa red de sistemas regionales de seguridad colectiva —la O.T.A.N., la O.T.A.S.E., la O.E.A.— y varios pactos multi- o bilaterales —el A.N.Z.U.S., la Alianza Balcánica, el agonizante Pacto de Bagdad, los acuerdos de Estados Unidos con España y China nacionalista, etcétera—, reforzada por compromisos solemnes —la Doctrina Truman, la Resolución de Taiwan, la Doctrina Eisenhower—, el mundo anticomunista se estructura contra la expansión soviética por las Américas y Australia, por casi toda el Africa, por la Europa occidental y del sur, además de amplias cabezas de puente en Asia —la Turquía asiática, Irán, el doble Pakistán y Tailandia (esquemas 18 y 31)—. Mientras tanto, el mundo comunista soviético, sólidamente estructurado en la U.R.S.S. y en la gran China continental, ya desborda al oeste sobre los llamados satélites comprometidos con el Pacto de Varsovia y, en el frente del este, por Corea del Norte y el Vietnam septentrional.

Comprimidos entre esos dos mundos opuestos, luchando por un neutralismo radicado en el justo temor por la supervivencia nacional, ante ese choque de los dos gigantes, se sitúan raros Estados que abren reducidos claros entre fronteras agitadas y tensas: Suecia y Finlandia en el norte europeo, Austria y Suiza en el corazón de Europa, Afganistán, India y Birmania en el mediodía de Asia.

En las restantes áreas, se señalan varias zonas de inestabilidad extremadamente peligrosa, sea en el Medio Oriente, donde el nacionalismo árabe de Nasser galvaniza los espíritus alrededor de un ideal anticolonialista y panarábico indiscutiblemente sano pero agresivo, inmaduro y violento, excitado hasta el paroxismo por la presencia progresiva de Israel y por los formidables intereses creados, centrados en el petróleo y en el Canal de Suez, mientras que desde Moscú soplan incansables y hábilmente manejados, los vientos de la cizaña y de la discordia, juntamente con promesas de ayudas y regios regalos de armas; más allá, en el sudeste asiático y en Indonesia, donde se ofrecen favorablemente una turbulencia natural y un miserable patrón de vida como blancos fáciles a la penetración acelerada de una adiestrada y sinuosa infiltración comunista.

Veamos cómo en la perspectiva, básica por su mayor estabilidad, a que ya habíamos llegado, puede ser traducida la coyuntura actual y su característico antagonismo dominante.

Otra vez más el polo agresor está situado en el hemiciclo exterior, anclado ahora en el *heartland* de Eurasia que domina, en mayor parte, desde el Elba y el Artico hasta los confines del Pacífico; sin embargo, el amplísimo potencial de todo el hemiciclo todavía no se encuentra totalmente integrado bajo el liderazgo soviético, innegablemente vigoroso y flexible pero totalitario y despótico y que, fríamente estructurado sobre el principio de que los fines justifican los medios, tiene como su objetivo manifiesto el dominio de todo el mundo.

Del lado opuesto, el Occidente democrático y cristiano, con su centro de poder asentado en el ala izquierda del hemiciclo interior, se articula en otras dos importantes áreas externas: el continente australiano y sus dos satélites geográficos, Nueva Zelanda y Nueva Guinea, del otro lado de la Antártida, y frente al escudo africano, sobre las playas más próximas a Eurasia, las cabezas de puente residuales de Europa occidental y del Asia sudoccidental, casi fragmentadas en dos pedazos, hace poco, por la defección de Irak, y al este de las cuales se abre, a través de la India y de los países inestables del sudeste asiático, una formidable brecha apenas taponada, mucho más a la retaguardia, por el sistema defensivo de la O.T.A.S.E. y del A.N.Z.U.S.

Por lo tanto, alrededor de América del Sur se estructura la seguridad occidental en tres fuertes baluartes defensivos (esquema 19):

- el del continente norteamericano, al norte, directamente solicitado por el frente polar mucho más cercano;
- el de Europa occidental-Turquía-Asia sudoccidental, que bordea el mundo comunista soviético a lo largo de un inmenso arco, pero con una profundidad restringida;
- y al sur, el conjunto australiano.

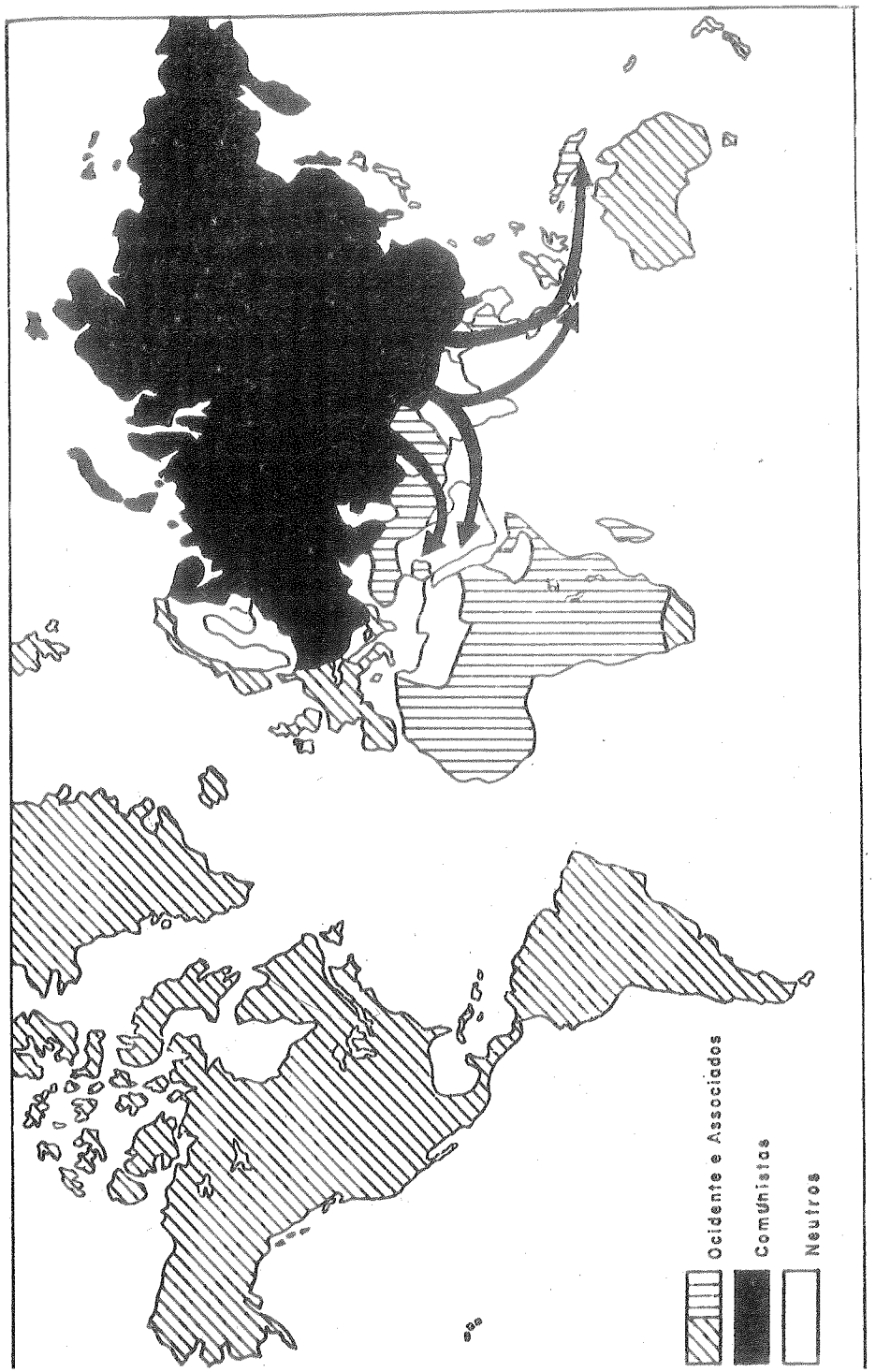
También aquí, por su potencial efectivo y por su mayor o menor vulnerabilidad a las acciones enemigas, el valor de esos baluartes se presenta en sentido decreciente, de un máximo al norte a un mínimo en el sur.

Entre los tres formidables baluartes, Islandia cierra de alguna forma la brecha del Atlántico norte entre Groenlandia y Escandinavia, mientras que, al este y al oeste, apenas avanzadas insulares, todavía más escasas en el Indico, cubren los inmensos vacíos oceánicos.

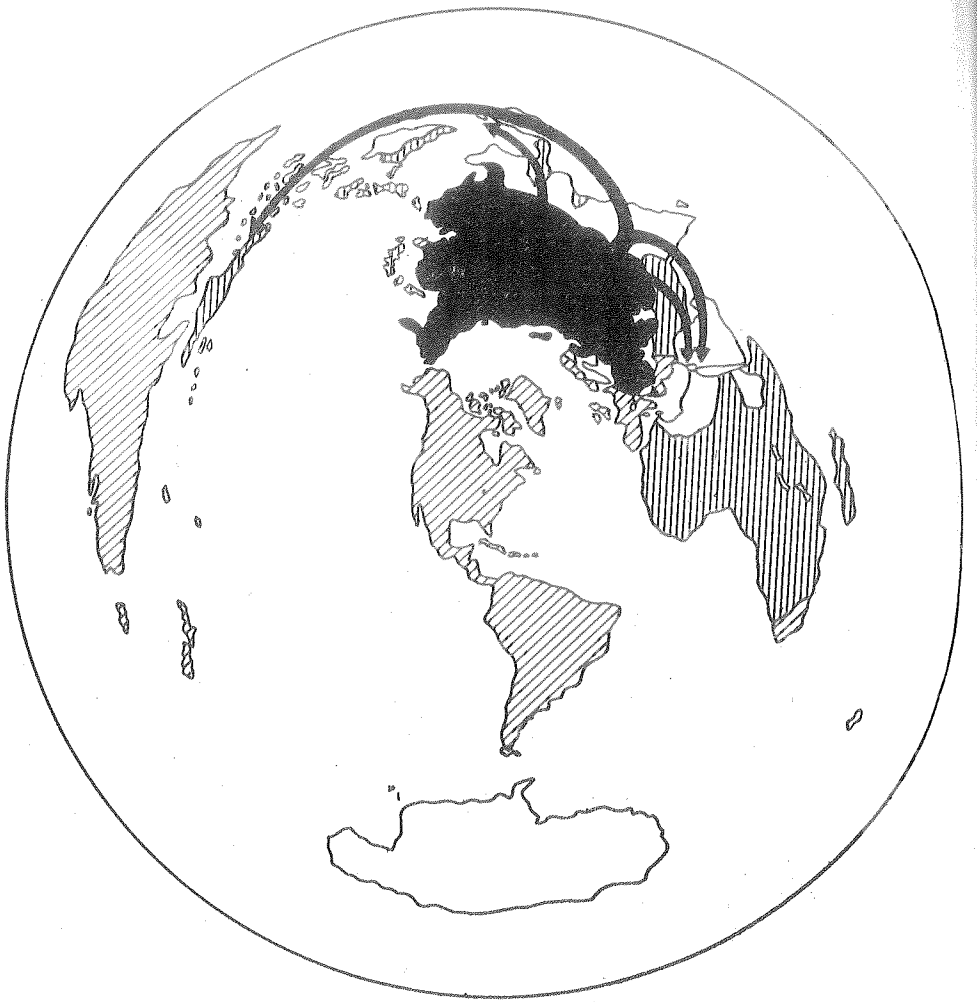
Por otro lado, las ya señaladas zonas de máxima inestabilidad

ESQUEMA 31

ERSPECTIVAS DO ANTAGONISMO ENTRE
OCIDENTE E O ORIENTE COMUNISTA



ESQUEMA 31A CENTRO: WASHINGTON



económica y política del Medio Oriente y del sudeste asiático, incluso la Indonesia de Sukarno, abren vías favorables de acceso a un expansionismo soviético, fiel a la máxima de Lenin: conquistar el Occidente a través del Oriente (esquemas 31 y 31A).

En realidad, penetrando a lo largo del amplio arco indonesio, después de desbordar completamente a Tailandia, el imperialismo comunista se habrá infiltrado decisivamente entre las Filipinas y los raros puntos de apoyo occidentales de la cuenca del Indico, amenazando directamente al baluarte australiano. Mientras tanto, aprovechando el nacionalismo árabe y el movimiento irredentista del norte africano, a los cuales impulsa al máximo, presentándose como amigo para luego subyugar a estos pueblos bajo la misma tiranía descarada y cruel con que domina a Hungría y a los demás satélites europeos, el bloque comunista soviético podrá extenderse por todo el Medio Oriente y el litoral sur del Mediterráneo, volviendo insostenible, por el doble envolvimiento macizo, las posiciones occidentales en casi todo el baluarte defensivo de la periferia de Eurasia. La India de Nehru difícilmente podría sobrevivir a ese avasallador doble desbordamiento por el oeste y por el este.

Ante tal previsión, sin duda pesimista pero plenamente justificada por los decisivos esfuerzos realizados por las potencias occidentales en mantener a cualquier precio la neutralización del Medio Oriente, y las desconfianzas siempre alertas en lo referente al doble juego llevado a cabo peligrosamente por Nasser, el triángulo América del Sur-Africa-Antártida ve bastante multiplicadas su importancia geoestratégica y sus responsabilidades geopolíticas (esquema 19).

No hay duda de que la discontinuidad del ecumeno africano, nítidamente dividido por los desiertos y por la selva tropical en dos mitades casi del todo aisladas, permitirá que subsista mucho del valor defensivo del continente, aun en el caso de que la expansión comunista logre un sólido avance en el nordeste y en el norte. Pero en ese momento la amenaza ya estará llegando a las puertas de la fortaleza sudamericana.

El conjunto triangular de América del Sur, Africa y Antártida constituye realmente la retaguardia vital de todo el mundo de Occidente. Cualquier penetración importante de un enemigo en ese triángulo comprometerá seguramente todo el sistema defensivo del mundo occidental, sobre todo porque volverá extremadamente vulnerables las comunicaciones marítimas y aéreas de las cuales el Atlántico es el escenario insustituible, y la Antártida, el candado —"decisiva plataforma reculada de las comunicaciones marítimas y aéreas del Occidente", como bien lo señala el almirante Lepotier—.

Por otro lado, es evidente que de las tres masas continentales que configuran el amplio triángulo, Africa es la más vulnerable bajo todos los puntos de vista estratégicos, estando ya actualmente amenazada por el imperialismo enmascarado de Rusia, mientras que América del Sur y Antártida siguen estando más protegidas por el arco de posiciones de la primera línea de defensa que limita a América del Norte, a la propia Africa y a Australia, a pesar de la gran abertura del sudeste y de la amplitud, apenas poblada de puntos de apoyo diminutos, del océano Pacífico. En contraposi-

ción, América del Sur es, entre aquellos tres, el continente más importante, dada su mayor proximidad al centro de poder capital de todo el Occidente y cuyo envolvimiento permitirá completar por el sur.

No nos ilusionemos, por lo tanto: aunque estén vitalmente interesados en contener la expansión multiforme del imperialismo soviético donde ella se manifieste y, sobre todo, en el intranquilo Oriente Medio y en el norte de Africa, Estados Unidos no por eso despreciará la extraordinaria significación geopolítica y geoestratégica de América del Sur donde no permitirá de ninguna forma, en nombre de los principios de solidaridad continental o del ideal panamericanista o de la seguridad colectiva o, si es necesario, incluso contra cualquier principio, que se instale en este continente, su vecino inmediato del sur, cualquier foco comunista ultrapeligroso para su propia supervivencia.

Ahora bien, ¿cuáles serán, realmente, las posibilidades de agresión de un enemigo soviético respecto del continente americano del sur? ¿Se encuentran ellas confinadas a un futuro más o menos remoto que se sitúa para después de un acto preliminar indispensable de desbordamiento sobre el Africa?

Sabemos muy bien que, en el actual panorama de casi paridad atómica, han decrecido largamente las posibilidades, no obstante siempre presentes, del desencadenamiento voluntario de una guerra nuclear general en la que la magnitud de las represalias, seguramente temidas, desanimaría a cualquier agresor. Es bastante posible que el poder de intimidación estratégico de Occidente, representado por el arsenal atómico disponible y por el Comando Aéreo Estratégico de Estados Unidos, haya sido realmente, como lo piensan algunos, el factor decisivo que logró disuadir a la U.R.S.S. de llevar a cabo una expansión ostensiva por las armas en Europa occidental o por el Medio Oriente, en toda la época anterior al actual período de un casi equilibrio atómico. No es menos posible que George Kennan haya tenido razón al afirmar —y reafirmar no hace mucho— que a los dirigentes soviéticos nunca les había interesado, en ninguna época, el desencadenamiento de una guerra general, por motivos completamente distintos que el simple recelo de las tremendas represalias. E incluso existen impresionantes declaraciones como las del científico alemán Erwin Oppenheimer, asegurando que Rusia dispuso durante un largo período de tiempo, hasta la experiencia de Eniwetok el 1º de marzo de 1954, de una innegable supremacía atómica, debido a los errores del grupo encabezado por Robert Oppenheimer, a la lamentable disputa respecto del circonio y el cadmio, a los escrúpulos de conciencia de muchos sabios norteamericanos, mientras que, del otro lado de la cortina de hierro, se aprovechaban mejor los resultados ya logrados por los alemanes y se sacaba partido de la traición de los Pontecorvo y de los Fuchs.

Pero por otro lado, como argumenta Garthoff, es posible que los soviéticos estén mucho más preocupados con el balance entre capacidades residuales después de un espectacular duelo atómico —simple primer acto de supervivencia en el marco más amplio de una guerra moderna total—, seguros de poder soportar mejor la destrucción en masa, gracias a las medidas preventivas que toman y a la férrea disciplina con que esperan dominar a las poblaciones subyugadas y psicológicamente condicionadas.

De cualquier forma, la mayor probabilidad actual parece ser la guerra limitada, el conflicto generalizado y, sobre todo, la agresión comunista indirecta que capitaliza los descontentos locales, las frustraciones de la miseria y del hambre, los justos anhelos nacionalistas, los resentimientos y odios anticolonialistas generados por un largo pasado de opresión imperialista para, después de insuflarlos y apoyarlos, incluso materialmente, provocar la erupción de violentos focos de perturbación y desorden y lograr, finalmente, una influencia decisiva, o incluso el dominio ostensivo, sea a través de golpes de Estado llevados a cabo por una camarilla que le acepte las imposiciones, o mediante una larga y exhaustiva guerra subversiva de terrorismo y de guerrillas. Ahora bien, tal forma de agresión, mucho más grave al ser insidiosa y sutil, no exige, necesariamente, la contigüidad espacial. La U.R.S.S. puede fomentarla cerca de sus fronteras, como siempre ha preferido, dadas las ventajas de usar al Ejército Rojo como amenaza inmediata y terrible, capaz de liquidar cualquier tipo de resistencia, incluso sin intervenir directamente. Eso ha sucedido en el proceso de satelización de Europa oriental y de la misma forma actuó China en Corea y en Indochina. Pero nada impide, en el caso, la actuación a la distancia, sin duda más difícil pero mejor disimulable, en cualquier lugar donde las condiciones económicas precarias, que condenan a las masas a la miseria y al hambre ante el consumo ostensivo de minorías corruptas, propicien el ambiente favorable a la propagación de una ideología nítidamente revolucionaria y aparentemente igualitaria.

Y éste es el motivo por el que, desde ya, América del Sur realmente se encuentra bajo amenazas muy palpables que, en cualquier momento, se podrán concretar a través de brotes insurreccionales, objetivando, aunque no declaradamente, la implantación en territorio sudamericano de un gobierno favorable a la ideología comunista que se transforme en un grave y urgente peligro para

la unidad y seguridad de las Américas y de todo el mundo occidental.

Contra un peligro de ese orden —mucho más grave que cualquier tipo de ataque directo en el caso de una guerra general, por ser ésta mucho menos probable en estos lugares lejanos bien protegidos—, no deberemos temer sino algunas acciones de comandos, ataques de submarinos o poco más que eso; mucho más apremiante de lo que resulte de una fase preliminar, necesariamente lenta, de expansión soviética por la Europa occidental o Africa, es que sobre todo América del Sur necesita precaverse y prepararse desde ya, para que, en el caso de que ocurra, no nos veamos en la contingencia humillante y llena de incalculables riesgos de recurrir a fuerzas ajenas para que vengan a ayudarnos, en nuestro territorio, comprobando así nuestra incapacidad de mantener las instituciones democráticas y libres y el estilo de vida cristiano por el que siempre hemos optado.

En cualquier otro caso de actuación sudamericana en lugares extracontinentales, es natural que, en forma realista, nos resignemos a un papel de simples fuerzas auxiliares en el conjunto operacional de Occidente y, para eso, debemos prepararnos conscientemente. Pero en la hipótesis mencionada anteriormente, más apremiante, más peligrosa, mucho más posible, no sólo no debemos contar con un apoyo exterior sino que debemos hacer todo para que éste sea absolutamente innecesario, evidentemente superfluo e incluso injustificado, a fin de que la ocupación extranjera, bajo pretextos o razones ponderables o no, no se vuelva el precio desmesurado de una seguridad que no hayamos sabido mantener como hombres.

Respecto de eso, hay que tomar desde ya una decisión, con la máxima solidez y evidencia. El tiempo urge. Contra la peor forma de entreguismo que es ese entreguismo psicológico de los teleguiados comunistas, capaces no sólo de disponer de cualquiera de nuestras riquezas en beneficio de la pseudopatria del socialismo sino también de complacerse en el más puro servilismo mental, en un servilismo espiritual que sólo anhela saber cuál es la línea justa que le cumple servir, defender y propagar, es necesario prevenir prontamente a las *élites* descuidadas, egoístas y satisfechas, fortalecer a las masas desprotegidas e inermes al calor de esa sabia y noble cultura cristiana que es la nuestra, y sobre la base indispensable de un desarrollo económico y social que no rechace, sin embargo, los valores espirituales para ceñirse a los simples patrones materialistas, en una previa rendición, interesada y cobarde, a la ola amenazadora y avasalladora de la ideología soviética, fundamentada precisamente en el dogma similar, al mismo tiempo rígido y flexible, del materialismo dialéctico.

Y además de eso debemos prepararnos, en América latina, para dar una mano a cualquiera de nuestros vecinos, en la defensa de un inigualable patrimonio común, contra cualquier embestida exótica.

Como segunda prioridad, debemos aprontarnos también para cooperar, si es necesario, en la defensa del Africa, contra un expansionismo soviético que desde ahí nos amenazará directamente. Y no menos —prioridad número tres— en el mantenimiento de los baluartes defensivos del mundo occidental que, en Europa, en el sur asiático y en Australia, garantizan nuestra relativa tranquilidad y toda nuestra seguridad. Todo eso, es claro, sin perjuicio de estar en condiciones de repeler amenazas más directas, necesariamente no muy potentes ni tampoco duraderas, en el caso de una guerra global.

Por lo tanto, si alguna lección nos puede ofrecer la visión panorámica del mundo en esta época que atravesamos, es la de que debemos, con discernimiento y coraje, alzar nuestra mirada más allá y comprender, finalmente, que las fronteras de nuestra seguridad y de América del Sur no están situadas en el justo perímetro continental, ni solamente en el litoral directamente fronterizo, sino bastante más allá, en los baluartes de Eurasia y de Australia y, sobre todo, en la gigantesca plataforma de Africa.

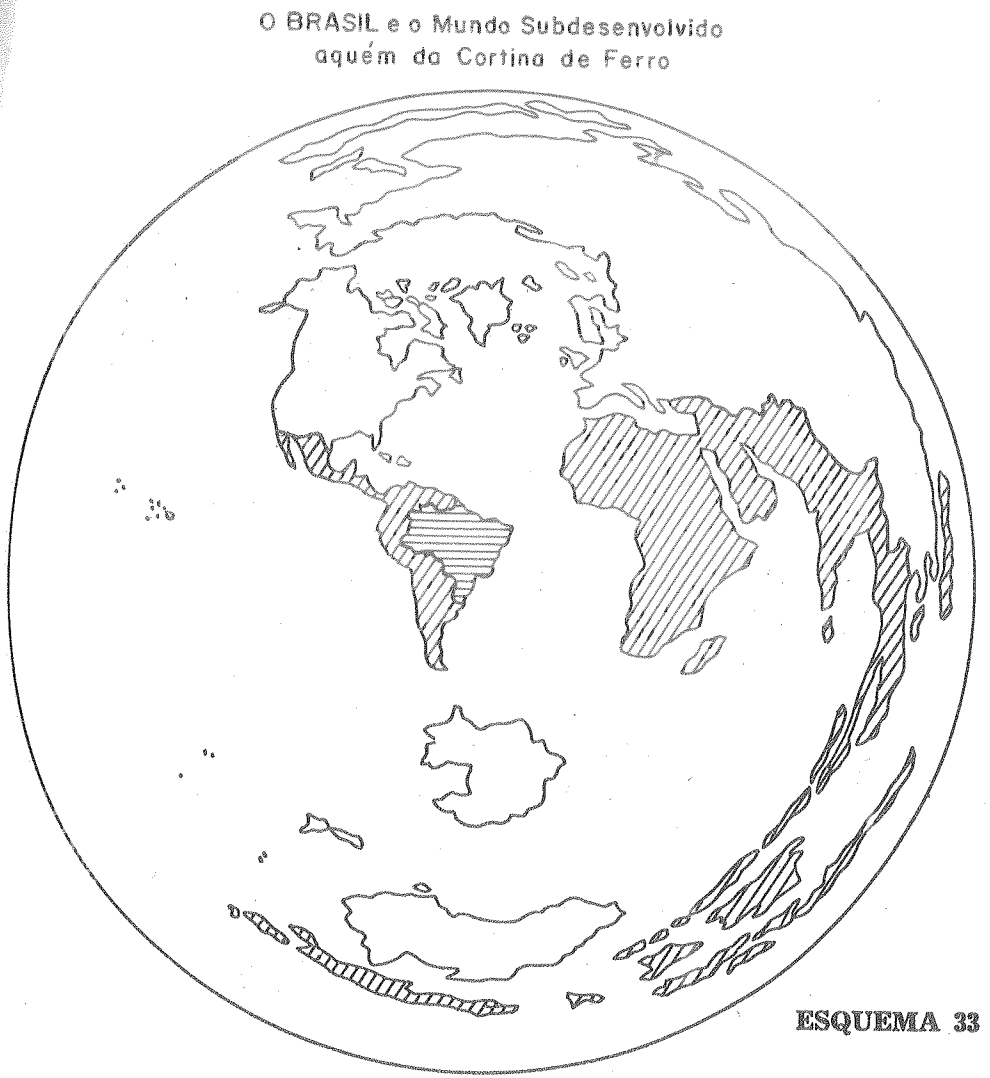
4. Cuatro ventanas hacia el mundo, a lo largo...

Ahora bien, no basta una decisión, desde ya presupuesta, con vistas a posibles emergencias venideras. La acción futura pide, necesariamente exige, la actividad presente, prólogo indispensable de aquélla. Por lo tanto, Brasil debe proyectarse desde ya en el escenario del mundo pero sólo podrá hacerlo realmente, sin caer en lo ridículo de los engaños, de los chantajes y de la simple fanfarronería, si logra presentar, definitivamente y con coraje, las grandes líneas de su actuación posterior frente a crisis internacionales no difíciles de prever y asumir claramente responsabilidades y deberes ante toda la humanidad.

Si nos decidimos a hacerlo, si somos realmente capaces de ello, probando una madurez política que tanto tarda, entonces no sólo la O.N.U. y la O.E.A. se nos ofrecerán como marcos naturales para ejercer nuestra capacidad de actuación sino que otros campos podrán atraer nuestra esclarecida y constructiva intervención.

Esquema 32

En primer lugar, el mundo lusobrasileño (esquema 32). Portugal y sus colonias ocupan, en ese mundo a lo largo de América del Sur, una envidiable situación que nunca estará de más resaltar, tanto en el Atlántico Norte, donde Azores, Madeira y Cabo Verde son inigualables avanzadas defensivas, cómo en el sur de Africa, donde Angola y Mozambique casi modelan un ecuador lusitano frente a nuestro núcleo principal de poder, y eso sin hablar de la Guinea, que es otro Dakar, Goa, Damón y Diu, en la lejana



ESQUEMA 33

India, como Macao, todavía más lejos y Timor, junto a Australia, son posiciones delanteras demasiado aisladas y expuestas en un mundo turbulento y hostil, tal vez incluso insostenibles. Pero lo restante representa, por su situación superior en el hemiciclo más próximo, vital a la seguridad de América del Sur y del Brasil, una responsabilidad portuguesa que debemos estar prontos a reconocer y a asumir en cualquier momento, como si fuera también nuestra.

El mundo latino, a su vez, amplía, pero a través de lazos menos apretados, la esfera de solidaridades que debemos conscientemente admitir hacia gran parte de la península europea y casi toda el Africa occidental, ya que somos latinos por el origen y la cultura, de la más vigorosa y singular presión demográfica.

El mundo católico, todavía más amplio, constituye una tercera esfera de nuestra solidaridad internacional.

Y, por otro lado, en una etapa de desarrollo todavía algo incipiente, en ese extenso imperio americano que comprende zonas de elevado progreso y trepidante dinamismo, así como regiones atrasadas y nítidamente marginales, Brasil está en condiciones muy propicias para sentir perfectamente el drama de toda la incontable humanidad subdesarrollada (esquema 33) que se debate, desde la propia América, por toda el Africa inmensa, por el sur y sudeste de Asia, hasta la inquieta Indonesia, entre la miseria, la opresión, el colonialismo imperialista y voraz, y sus legítimos ideales de independencia, de bienestar y de seguridad. Y podrá, así, servir de intérprete fiel a anhelos que puede medir perfectamente, con la certeza de defender una causa justa, en beneficio de la propia civilización occidental cuya misión capital, en el momento, es la de ofrecer a todos esos pueblos desesperanzados y frustrados una alternativa más risueña que la presentada por el imperialismo comunista, bajo la forma de una rápida prosperidad material que disimula una torpe esclavitud de cuerpos y almas.

El mundo lusobrasileño, el mundo latino, el mundo católico y el mundo subdesarrollado: he aquí cuatro grandes y amplias ventanas que Brasil encuentra abiertas, de par en par, hacia el extenso universo a lo largo de su frente atlántico.

BIBLIOGRAFIA

1 Garthoff, Raymond L., "Estratégia Soviética na Era Nuclear", Alfred A. Knopf, Inc., Nueva York, 1953.

2 Kennan, George F., "Russia, The Atom, and the West", Oxford University Press, Londres, 1958.

3 Toynbee, Arnold J., "Le Monde et l'Occident", Desclée de Brouwer, París, 1953.

III

AREAS INTERNACIONALES DE ENTENDIMIENTO Y AREAS DE ROCE — 1959

1. Introducción

El tema que estamos desarrollando exige, para lograr un tratamiento objetivo y justo, un breve análisis previo, mediante el cual se trata de aclarar conceptos, delimitar nociones, metodizar y jerarquizar ideas.

No hay duda de que el tema, considerado bajo ese ángulo inicial bastante más amplio, necesariamente algo abstracto —y lo propio de toda conceptuación siempre es abstraer para generalizar, precisando contenidos y definiendo fronteras al entendimiento—, contiene una larga franja de opinión; ni los maestros más acreditados de la sociología moderna —Park, Burgess, Ellwood, Bogardus, Ogburn, Tönnies, Weber y Bouthoul, entre los que más han estudiado, con riguroso espíritu metodizador, el capítulo de los procesos de interacción social— pueden suministrarnos, enteramente disponible, un cuadro perfecto que nos sirva de marco y de referencia al estudio que intentaremos llevar a cabo, aunque a grandes rasgos, de las actuales áreas internacionales de entendimiento y de las áreas de roce que más se destacan en el panorama mundial contemporáneo. Y eso es así porque, sobre todo, aquellos han encarado el problema más del punto de vista de las relaciones interpersonales, antes que en el campo, sin duda mucho más complejo y principalmente menos diáfano, de la interacción de los Estados, soberanos o tutelados, de las alianzas de varios tipos entre diversos países, de las unidades culturales de distintos grupos, de los

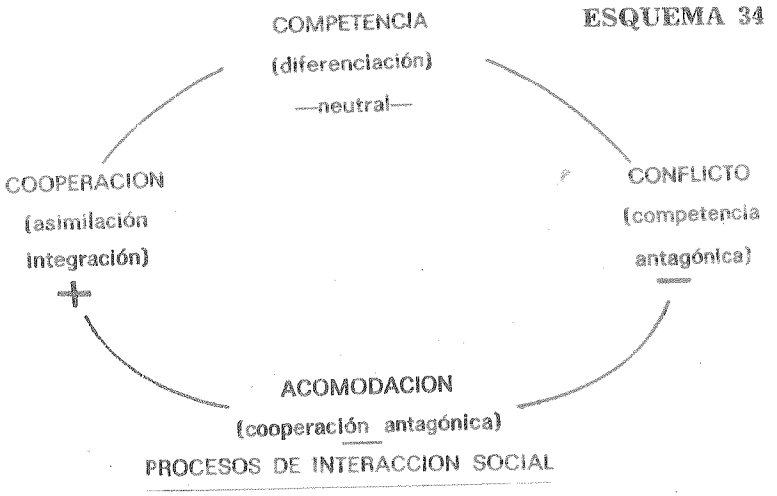
conflictos entre pueblos y de los graves encuentros de civilizaciones.

Pero la valiosísima contribución que, en ese particular, han dejado definitivamente incorporada a la ciencia sociológica, nos podrá servir de fundamento sólido a la transposición conceptual —en el caso de que lleguemos a tanto— que trataremos de hacer, desde el plano interindividual en que mejor se sitúan las clasificaciones y denotaciones propuestas, al de las relaciones entre grupos secundarios culturalmente organizados, tales como los Estados, las naciones, las comunidades que, en la escala de los conjuntos sociales, están dispuestos, como se sabe, bastante por encima de los llamados grupos primarios y casi primarios de la nomenclatura de Cooley, caracterizados éstos por una intimidad mucho mayor y por un coeficiente más elevado de identificación simpática, propia de las relaciones cara a cara.

2. Procesos de interacción social y su clasificación corriente

El contacto, más o menos estrecho, más o menos duradero, condiciona siempre todo y cualquier proceso de interacción social, sea entre individuos o incluso entre grupos, como parece obvio, proceso entretejido siempre por acciones y por reacciones de todo orden, de estimulación recíproca, proporcionada y activada por la multiplicidad de los canales de comunicación efectivamente disponibles. De ahí resulta el dinamismo creciente cada día de ese proceso entrecruzado de interacción, en un mundo en que el aislamiento pasó, realmente, a ser una simple utopía, aunque todavía extrañamente deseada por muchos, a medida que los patrones, tanto de espacio como de tiempo, sufren bruscas e impresionantes mutaciones, reduciendo drásticamente todas las dimensiones del planeta, y el dominio creador del científico y del técnico sobre el universo maravilloso de la microfísica asegura medios de comunicación cada vez más potentes, más económicos y de más amplia e incoercible difusión.

Sin la menor duda, la característica tal vez fundamental de ese proceso de interacción —la ambivalencia—, tan bien expresada en el repetido símil de Samuel Butler —el lazo que une, al mismo tiempo que el cuchillo que separa—, ambivalencia que está radicada en sus propios orígenes psicológicos, que ni siquiera resalta en medio de la complejidad de las motivaciones, actitudes y com-



ESQUEMA 34

portamientos que, en tal proceso, se integran para un objetivo al principio totalmente indefinido entre dos polos distintos, pero que, paulatinamente, se va caracterizando a cada caso como dominante decisiva, aunque nunca exclusiva. Así, cualquier clasificación de procesos típicos de interacción constituye necesariamente una simple abstracción, pues éstos nunca nos parecerán de una forma completa y aislada, en una realidad social inmanentemente oscilante y llena de contradicciones. Pero esta abstracción es de innegable validez metodológica, sin la cual no habría parámetros de segura referencia al análisis y al diagnóstico sociológico, ni tampoco ningún tipo de planificación de la propia vida en sociedad.

Osborn y Neumeyer distinguen, así, los dos grandes grupos de las *interacciones antagónicas* y de las *interacciones unificadoras*, expresiones que corresponden estrechamente a los *procesos sociales conjuntivos y disyuntivos* de la clasificación de Wilson y Kolb (esquema 34). En esas dos sistematizaciones, por un lado —la *cooperación* y, por el otro, el *conflicto* señalan las dos situaciones de los extremos; entre ellas, un punto medio y neutral le correspondería a esa forma casi paradójica de interacción que ya ha sido calificada incluso como "interacción sin contacto social" y en la cual se ha reconocido el tipo elemental, universal y básico en el conjunto de esos procesos.

Sin real identificación de los antagonistas, sin una conciencia muy viva de cualquier rivalidad, caracterizada mucho más por una absorción en la consecución de ciertos fines que por la decidida búsqueda de la eliminación o el sometimiento de un adver-

sario, la *competencia* puede llevar tanto a la cooperación como al propio conflicto, la "competencia antagónica" de Ogburn. De nada valen aquí las tesis ya muy desgastadas que, con Gumplowicz y el propio Marx, siguiendo las remotas huellas de Heráclito, le dan preponderancia al conflicto en el cambio social, o las que, como opinaba Kropotkin, sitúan en un plano destacado, al contrario, a la cooperación bajo el rótulo de ayuda mutua o cualquier otro, como elemento organizador e integrador de las sociedades humanas. La verdad es que, como Margaret Mead lo ha comprobado exhaustivamente, hay culturas cooperativas y culturas competitivas y, por lo tanto, no es sin razón que en nuestra época y sobre todo en el mundo de Occidente, eminentes sociólogos caracterizan como fundamental la competencia, tal como ya lo hemos mencionado. Ya David Riesman, en su monumental obra "La multitud solitaria", había distinguido a nuestra cultura —aunque ahora ésta sufra un sensible proceso de mutación— como introvertida, competitiva, dominada por un sentimiento íntimo de culpa y simbolizable en el giroscopio por sus actitudes respecto de objetivos de un permanente carácter individualista, mientras que la sociedad medieval, regulada por una tradición todopoderosa, se presentaba altamente cooperativa, bajo impulsos radicados en un invencible pudor y el signo consagrado del libro de etiqueta; la nueva sociedad que surge, dominada por un sentimiento generalizado de ansiedad, parece definirse como más extrovertida, más burocratizada, incluso cibernética, bajo el apropiado emblema de un radar ultrasensible a las actitudes y expectativas ajenas.

Sin embargo, lo que nos importa señalar aquí es que, del conflicto a la cooperación, es el proceso llamado *acomodación* —"cooperación antagónica", como lo ha denominado Sumner— el que ofrece caminos variados, desde la coacción por la victoria y la sumisión frente a la derrota hasta el compromiso, la tolerancia, la conversión y, finalmente, la propia asimilación que culmina en una integración, en el marco de la cual se manifestará nuevamente la práctica cooperativa. De la misma forma, no es excepcional el retorno de la cooperación al conflicto sino que más bien lo propician y motivan la natural diferenciación, resultante de la división del trabajo y de la especialización de funciones, seguida de un proceso de competencia cada vez más dinámico, el sentimiento que se generaliza a partir de esa misma diferenciación, la conciencia de especie dando, finalmente, autonomía a nuevos grupos antagónicos.

Por esa razón Park y Burgess han calificado a la competencia, al conflicto, a la acomodación y a la asimilación como "los cuatro

grandes tipos de interacción", cuya correspondencia no olvidarían señalar respecto del equilibrio económico —nítidamente competitivo entre los occidentales en el orden político— solucionador de los conflictos, la organización social —con sus múltiples agencias de acomodación— y la herencia cultural que integra la propia personalidad del hombre, animal social, y da vitalidad y asegura plena expansión a sus más nobles y sanas potencialidades.

3. Comprensión de las expresiones "Areas internacionales de entendimiento" y "Areas de roce". Heterogeneidad e interpretación

Dentro del esquema anteriormente esbozado están circularmente dispuestas: la *competencia*, teóricamente neutral desde el punto de vista de antagonismos, pero dependiente de un cierto grado de diferenciación real; el *conflicto*, como competencia antagónica; para seguir, la *acomodación*, denominada también cooperación antagónica, y, finalmente, la *cooperación*, en el marco de una asimilación progresiva tendiente a la integración (se lleva a cabo la permanente oscilación entre el conflicto y la cooperación) (esquema 35).

¿Dónde están situados entonces el "entendimiento" y el "roce"?

En nuestra opinión, son expresiones más generales, cuya generalidad resulta de que no reflejan únicamente el presente sino que también se proyectan al futuro. En realidad, el conflicto puede ser *actual*, es decir, manifestarse ya con mayor o menor violencia, o simplemente puede surgir en el horizonte, nada más que potencialmente, pero como eventualidad que no se debe despreciar en absoluto. De la misma forma, la cooperación puede ya ser efectiva o apenas anunciarse para un futuro no remoto. No será, pues, descabellado —sino que en realidad nos parece justo— interpretar al "entendimiento", fundamento insustituible y precursor de cualquier cooperación verdadera, como ampliando la franja de ésta a la propia cooperación todavía meramente potencial, y considerando el "roce", forma en muchos casos bastante más atenuada que el conflicto, como abarcando el conflicto actual y el conflicto simplemente potencial.

Sin duda no se podrán trazar límites precisos. Eso sería innecesario y bizantino.

Y, por lo tanto, "áreas internacionales de entendimiento" serán conceptuadas en este ensayo como "áreas internacionales de coope-

ESQUEMA 35

AREAS INTERNACIONALES DE ENTENDIMIENTO Y AREAS DE ROCE

ESBOZO DE CLASIFICACION

1. EN CUANTO A LA *INTENSIDAD DEL PROCESO*:
   — área de cultura, alianzas, pactos, bloques y sistemas regionales de seguridad colectiva; o
   — área de antagonismos latentes, de guerra fría, de conflicto declarado.
2. EN CUANTO A LA *FORMA*:
   — formales;
   — informales.
3. EN CUANTO A LA *NATURALEZA* SOCIAL DEL PROCESO:
   — integral;
   — parcial - económico, político, psicosocial, militar.
4. EN CUANTO A LA *EFECTIVIDAD*, EN EL MOMENTO CONSIDERADO:
   — actuales;
   — potenciales.
5. EN CUANTO A LA *AMPLITUD*:
   — mundial;
   — continentales;
   — regionales;
   — locales.
6. EN CUANTO A LA *NATURALEZA GEOGRAFICA*:
   — terrestres;
   — marítimas (oceánicas o no);
   — anfibias.
7. EN CUANTO A LA *ESTRUCTURA*:
   — compactas;
   — disociadas.

ración actual o potencial", y las "áreas de roce" como "áreas de conflicto, tanto actual como simplemente potencial".

Sin embargo, en el caso se imponen múltiples distinciones.

Lo que sucede es que tales áreas podrían clasificarse bajo varios puntos de vista: en cuanto a la intensidad y forma del proceso, en cuanto a su efectividad en el momento considerado, en cuanto a su naturaleza social y naturaleza propiamente geográfica, en cuanto a su amplitud y a la situación relativa en que están dispuestas, unas respecto de las otras o con referencia a un centro bien definido de observación.

La intensidad del proceso abarca una amplia franja, continua, de graduación, en ese sector de la cooperación internacional, la cual puede extenderse desde la simple simpatía, la afinidad de variados matices fundamentada, la mayoría de las veces, en la confluencia de intereses opcionales o vitales, el entendimiento de base que caracteriza a las llamadas "áreas de cultura", hasta las alianzas, los pactos, los bloques y sistemas regionales de seguridad colectiva, tan de moda actualmente. En un sentido bajo ciertos aspectos más amplio y seguramente mucho más sustancial, las "áreas culturales" coinciden con el ecumeno de las "civilizaciones" de la interpretación toynbiana o con la zona de expansión de las "culturas" definidas por Spengler, Danilewsky, Sorokin y tantos otros, según la perspectiva más actualizada y menos unilateral del primero; la sociedad occidental, el mundo de la cristiandad ortodoxa de Oriente (con la distinción entre bizantinos y rusos), la comunidad islámica, la civilización hindú, el complejo social del Extremo Oriente en que podría señalarse una nítida subdivisión entre una cultura china, por un lado, y la nipón-coreana, por el otro, sin hablar de las reliquias fosilizadas aquí y allá, cuando no atomizadas desde diásporas más o menos memorables, de antiguas civilizaciones superadas (los judíos y los parsis, por ejemplo), ni tampoco de los remanentes, en franca absorción o en paulatina extinción, de civilizaciones estancadas al comienzo de su propio proceso de crecimiento: los polinesios, los esquimales y la humanidad todavía nómada de las estepas semidesiertas o de la floresta superhúmeda de los trópicos. En un sentido más restringido, interfieren para seccionar esas grandes unidades culturales criterios antropológicos de los más diversos —las diferenciaciones raciales, cada vez consideradas como de menor importancia, las distinciones de etnia, los grupos lingüísticos— y puntos de vista sociológicos, basados en complejos culturales dominantes o en conceptos históricos raramente incontrovertidos.

La confluencia de intereses, muchas veces incluso sin que haya afinidades culturales, puede llevar a alianzas y a pactos de lo más extraños, como lo revela la historia y lo constituye el cemento más fuerte de la mayoría de los actuales bloques regionales de seguridad colectiva:

- la O.T.A.N., que define un mundo atlántico-mediterráneo, ni latino ni sajón, tampoco católico o protestante u ortodoxo, que se extiende desde Noruega hasta la península anatólica;
- la O.E.A., algo mejor integrada por una mayoría de países

latinos de origen ibérico, cuya única excepción es Estados Unidos, con su desproporcionado peso específico;

- la O.T.A.S.E., que estructura, sobre la base del A.N.Z.U.S. (Australia, Nueva Zelanda y Estados Unidos), un sólido baluarte defensivo en el sudeste asiático, aglutinando bajo la égida norteamericana y con apoyo de Gran Bretaña y Francia, a Australia, Nueva Zelanda, Filipinas, Tailandia y el bipartido Pakistán;

- el desmoronante Pacto de Bagdad (N.E.T.O.), con el apoyo cada vez más participante de Estados Unidos, que trata de solidificar y de dar cohesión al Medio Oriente tan vulnerable e inestable, bajo la constante amenaza del ávido expansionismo de la U.R.S.S. y que, con Gran Bretaña, asocia, aunque no en forma compacta, de oeste a este, a Turquía, Irán y al mismo Pakistán, ya que Irak acaba de formalizar su ya esperada defección;

- el Pacto Balcánico, de indiscutible significación geopolítica, importante nexo indirecto de la propia O.T.A.N., y que une a Turquía y Grecia con la Yugoslavia de Tito;

- el bloque de defensa mutua, traducido en el llamado Pacto de Varsovia entre la U.R.S.S. y sus satélites europeos —Rumania, Hungría, Polonia, Checoslovaquia, Bulgaria, Albania y Alemania oriental— por más que represente ante el mundo apenas una formalización de la situación de indiscutible dominio que sería demostrada a la luz meridiana por la tragedia de Poznan, la reciente masacre de los patriotas húngaros y el aplastamiento del Tibet, y que no podrá ser oscurecida o disimulada por las acciones ostensivas de un Gomulka.

Ya la incipiente O.D.E.C.A., fundamentada en la Carta de El Salvador (octubre de 1951) y de la cual participan Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica, se sitúa bastante aparte, pues encara un objetivo más amplio de integración política regional, sin motivaciones de orden propiamente estratégico, cumplidas, en esa área del continente, por la O.E.A. y sobre todo por la presencia, en la vecindad inmediata, del poder norteamericano. Como posición distinta, por su carácter nítidamente cultural a que da un sólido contenido la unidad religiosa, aparece también la Liga Arabe, fundada en 1945 (Pacto de El Cairo) con el propósito de asegurar e incrementar la solidaridad del mundo del Islam, amenazado por los múltiples problemas resultantes de la partición de Palestina y de la creación del progresista y dinámico Estado de Israel, corroído por las serias disensiones

internas instigadas continuamente por los imperialismos colonialistas en retroceso, pero siempre recalcitrantes, acechadas sus riquezas y su alta expresión geopolítica por la ambición soviética, desmedida y multiforme, y hoy todavía más agitado por el nacionalismo agresivo e inmaduro de Gamal Abdel Nasser, al frente de la recién formada República Arabe Unida (R.A.U. - Egipto y Siria). Y, en forma similar, deberíamos catalogar a la Unión Latina, a pesar de que hasta hoy haya producido poco de concreto en lograr efectivamente la solidaridad de todos los pueblos de la latinidad.

No cabe aquí más que una simple referencia a los pactos bilaterales que extienden la capacidad estratégica de Estados Unidos a remotas fronteras de la U.R.S.S., con el propósito vital de llenar lagunas esenciales en el amplio cinturón defensivo de la periferia de la Eurasia sovietizada —los pactos con Japón, Corea del Sur, China nacionalista de Formosa— o de darle mayor profundidad, garantizando el apoyo desde importantísimas bases militares —el pacto con la España de Franco y el acuerdo marroquí—. Por otro lado, el eje Moscú-Pekín constituye, en el momento, la columna vertebral del mundo soviético, calcificada por intereses recíprocos ineludibles: las necesidades de seguridad común, en un mundo todavía peligrosamente bipolarizado, motivaciones geopolíticas de los más fuertes, los desmesurados objetivos de una colosal industrialización de China que no podría llevarse a cabo sin el macizo apoyo técnico y material de Rusia.

Bandung, en un plano completamente distinto, marcó la tan señalada aparición del mundo subdesarrollado afroasiático y, si bien infiltraciones e influencias espurias se hicieron sentir enseguida, retrasando un saludable proceso de solidarización, la idea está en marcha y necesariamente progresará en este planeta que ya no puede cobijar, al lado de naciones ricas, poderosas y prepotentes, la miseria chocante y, bajo todos los puntos de vista, altamente peligrosa de la humanidad que se agita y sufre y procrea con una elevadísima tasa de natalidad, en los rincones menos favorecidos de la Tierra. El deseo de cooperación domina ahora a los pueblos más atrasados, como antes había impulsado a viejas naciones, debilitadas después de la masacre de la segunda Gran Guerra, a formar asociaciones de producción —la Comunidad Europea del Carbón y del Acero— o zonas integradas de consumo —el reciente Mercado Común Europeo—. Y tal deseo está impulsado por la aparición de nuevos líderes en flamantes Estados —Nkrumah en la República de Ghana, Sekou-Toure en Gui-

nea, Bourguiba en Tunisia, U Nu en Birmania y Sukarno en Indonesia—.

También las zonas de conflicto o áreas de roce, en lo referente a la intensidad del proceso de interacción considerado, tienen una similar jerarquía que va desde simples choques más o menos frecuentes, más o menos graves en que se traducen antagonismos subyacentes, hasta la guerra fría incansable y sutil, pasando por la guerra verdadera y violenta, de mayores o menores proporciones. La consideración de ese aspecto de la cuestión, sin embargo, nos alejaría demasiado del objetivo fundamental de esta charla.

Tanto para las áreas de entendimiento como para las de roce, cabría la distinción entre las *formales* —traducidas expresamente en actos internacionales— y las *informales*, independientes de tales protocolos. Las "áreas culturales", en su mayoría, se incluyen en esta última categoría, mientras que las demás, orientadas por objetivos generales estratégicos o fundadas en una comunidad de intereses de naturaleza económica, no prescinden, generalmente, de la elaboración y firma de tales instrumentos. En cuanto a las áreas de roce, raramente encuentran su formalización, a no ser en casos de neutralización temporaria, discutida y aceptada por las partes interesadas; y, si bien lo propio de la guerra fría es presentarla siempre, con buena o mala fe, como imputable únicamente al antagonista, la guerra propiamente dicha cada vez más escapa al formalismo de las previas declaraciones de hostilidades.

Las relaciones sociales, sobre todo entre grupos, raramente pueden ser rigurosamente encuadradas en los límites que el conocimiento humano traza, para análisis y estudio, a la realidad sociológica, distinguiendo varios sectores más o menos exclusivos: el *económico*, el *político*, el *militar* y, finalmente, el *psicosocial*, que engloba al demográfico, al cultural y al social *stricto sensu*. La integración, hoy plenamente reconocida, de la estrategia general en que se funden, totalmente hermanadas o, más que eso, fusionadas, las estrategias particulares, entre ellas la militar, no es nada más que la evidencia de ese hecho. El propio potente dinamismo de la interacción social hace que las relaciones inicialmente establecidas en un plano limitado —económico o simplemente comercial, digamos para ejemplificar— acaben por extenderse gradualmente, extravasando por otros sectores e integrándose bajo un componente, no obstante, de carácter siempre dominante. Y la situación tenderá a volverse de naturaleza integral aunque, como en el caso señalado, sea predominantemente económica o comercial. De cualquier forma, la distinción es justa y sobre todo útil. Consideremos, pues, cooperaciones o roces de naturaleza integral, así como cooperación o roces de carácter particularizado —económico, político, psicosocial o militar— por más que reconozcamos lo excepcional del último caso, mejor comprendido como traduciendo un simple aspecto de dominación.

En cuanto a la efectividad del proceso de interacción considerado, recordemos apenas que —como ya se ha dicho— tanto la cooperación como el roce podrán ser *actuales* o meramente *potenciales*.

Desde el punto de vista de la amplitud, proponemos la clasificación, tanto en uno como en otro caso, en áreas *mundial*, *continentales* (correspondientes no propiamente a los continentes registrados por la geografía sino al concepto de *panregiones* de la geopolítica alemana), *regionales* y, finalmente, *locales*. Notemos apenas, como simple resultante del ya mencionado acortamiento de las dimensiones de este único mundo, cada vez más entrelazado y más solidario, que la tendencia de rápida ampliación de las áreas iniciales de cooperación o de roce se hace sentir, día a día, con más fuerza. Este es el gran peligro de los conflictos locales que persigue la tranquilidad de las grandes potencias, temerosas de verlos crecer, incontrolablemente, a escalas mundiales, en una época trágica y de imprevisibles hecatombes atómicas.

Como área de cooperación mundial, la O.N.U., por más que se le señalen deficiencias y la falta de un poder coercitivo propio contra el cual no tuviera validez la mecánica de los vetos, va, sin embargo, tejiendo, entre la casi totalidad de los Estados del mundo —con la notable excepción de Alemania occidental y de China comunista— una red cada vez más apretada de acuerdos y prácticas comunes, a través de sus múltiples organismos especializados —la F.A.O., la U.N.E.S.C.O., la O.I.T., el Banco Internacional de Reconstrucción y Desarrollo y el Fondo Monetario Internacional, la I.C.A.O., la O.M.S., la U.P.U.—, entre los de mayores resultados concretos y una firma tradicional de meritorios servicios a la humanidad, en los más variados cuadrantes. En oposición, una zona de roce mundial, de carácter actual o efectivo, sólo puede surgir en ocasión de las conflagraciones que, como las últimas dos grandes guerras, se extiendan prácticamente a todos los continentes y a todos los mares. Pero en el marco ilimitado y universal de la guerra fría permanente que hoy se lleva a cabo entre el Occidente demócrata y el Oriente comunista, no deja de corresponder una zona de roce potencial de ámbito sin duda mundial, pues realmente no hay ninguna región del globo donde ya no se enfrenten,

más o menos ostensivamente, con mayor o menor energía, los dos bloques antagónicos.

Apenas para no dejar de ejemplificar, agreguemos que si la O.E.A. tiene un indiscutible carácter continental, comparable en su atribución al de la propia O.T.A.N., ya la O.T.A.S.E. y el Pacto de Bagdad tienen una nítida calificación regional, mientras que a la O.D.E.C.A. se le podría dar una categoría de meramente local. En el caso, los conceptos de mundial, continental, regional y local son apenas relativos y deben aplicarse con la máxima flexibilidad.

En cuanto a las áreas de roce, respecto del antagonismo entre el Occidente y el Oriente, el mundo afroasiático es, en sí mismo, todo un continente e incluso más, el Medio Oriente —o el Artico— puede ser llamado de área regional, mientras que las Coreas del Norte y del Sur o los dos Vietnam o Formosa no merecen más que simples calificaciones de locales.

La naturaleza geográfica del área que se considere permitirá todavía clasificarla como *terrestre*, *marítima* (oceánica o no) o *anfibia*, como lo son, respectivamente, las dos Alemanias, la región ártica o el sudeste asiático.

Podríamos finalmente distinguir áreas *compactas*, constituidas por sectores contiguos —como la O.T.A.N., la O.E.A., el Medio Oriente— y áreas *disociadas* que, bajo tal aspecto, ni siquiera deberían ser denominadas áreas —la del Pacto de Bagdad y la O.T.A.S.E., por ejemplo—. Lo que sucede es que, en realidad, el concepto de área, como ya ha sido señalado con toda propiedad, subentiende el de un todo, de una unidad que, si bien no es apenas esencialmente geográfica, debe obedecer, aunque con gran flexibilidad, a los mismos criterios generales que permiten delimitar las regiones culturales, las provincias fisiográficas, los macropaisajes de la geografía.

Ahora bien, de esa breve revisión de lo que es nada más que un simple esbozo de clasificación de las áreas de entendimiento y de las áreas de roce, con alguna adecuada ejemplificación, salta a los ojos más desprevenidos el alto grado de heterogeneidad que ahí se nos ofrece, y no menos la interpenetración verdaderamente desalentadora entre áreas diferentes.

Realmente, en la mayoría de las veces, un área de cooperación incluye inconfundibles sectores de roce, actual o meramente potencial, como es el caso, para ejemplificar con un panorama bien cercano a nosotros, de la propia O.E.A., que define una extensa área continental en la cual se encuentran varias y conocidas subáreas de roce innegablemente importantes, aunque tal vez en vías de disolución. En el ámbito del área atlántico-mediterránea que corresponde a la O.T.A.N., recién empiezan a diluirse serias zonas de roce, así como, al revés, en la crítica área del Medio Oriente, donde Israel marca el *punctum dolens* de suma gravedad, el proceso de cooperación abarca desde ya bloques en formación más o menos avanzada, si bien convulsionada y sujeta a cambios, el Pacto de Bagdad y la R.A.U., especialmente.

Así, la múltiple perspectiva superpuesta acaba por confundirse del todo, como un mosaico que, caleidoscópicamente, se modificara según el ángulo bajo el cual se lo observara. Y, además, es necesario que se adopte, para clarificar ese panorama en líneas nítidas de suficiente estabilidad, una escala de valores que elimine pormenores y contornos de importancia muy limitada, suprimiendo en lo posible el entrecruzamiento de multiplicadas líneas de tensión. De ahí, a:

4. Necesidad de una perspectiva participante actualizada, como elemento integrante y de ordenación del conjunto

La perspectiva tendrá que ser tomada desde un foco bien definido, que no podrá ser otro sino el de los propios *objetivos nacionales* (permanentes o actuales), definidos en el concepto estratégico de la nación considerada.

He aquí un sector donde los puntos de vista alienígenos deben ser, lo más rigurosamente posible, excluidos. Pues sólo es válida la estrategia —como, a su vez, la geopolítica— que sea estrictamente nacional. Si no viviéramos en un mundo de Estados-naciones y si, en verdad, hay cabida frecuente para estrategias integradas de coaliciones o de bloques, éstas deben resultar siempre de un proceso de acomodación conciliadora entre tesis estratégicas, todas del más puro quilate nacional.

Si no fuera así, estaríamos frente a una "alienación" de las más peligrosas, la cual, digámoslo casualmente, no logran evitar esos frustrados "camaradas comunistas", siempre en busca de una total obediencia a la línea justa que los comande desde Moscú y obligados a obedecer, a cada paso, a los intereses de la Unión Soviética, a la que en otros tiempos proclamaban, con altos gritos, la patria de un proletariado internacionalizado y, por lo tanto, apátrida. No es de sorprender que, a través del mecanismo incluso inconsciente de una compensación incoercible, tengan siempre en

los labios la acusación de alienación respecto a los demás, como profesiones de fe categóricas, exhaustivamente repetidas en extraños tonos de mayor o menor violencia, de un nacionalismo del que reniegan en todos sus actos y, en el fondo de sus corazones, sin duda desprecian.

A la luz de los intereses y de las aspiraciones nacionales, por lo tanto, ganarán relieve o, al contrario, se verán suprimidos casi por completo los límites de las múltiples divisiones que se superponen, desordenadamente, sobre el mapa político del globo, subsistiendo apenas, de todas ellas, aquellas que permitan dar una clara imagen de lo que el mundo realmente significa para la nación considerada. Y así vendrá ese desdoblamiento en verdaderas áreas estratégicas, desde el único punto de vista justo, que es el de la nación considerada cuando refracta la coyuntura actual del mundo a través del prisma cristalino de sus aspiraciones y de sus propios intereses, áreas estratégicas que ya hemos definido en otra oportunidad, desde un riguroso punto de vista nacional, como regiones que, por su potencial, constituyen un campo de aplicación útil para acciones estratégicas que busquen la consecución o, por lo menos, la salvaguarda de los objetivos definidos en el concepto estratégico nacional y que además, por su unidad sobre todo económico-socio-cultural, impongan una estrecha interdependencia y solidaridad entre todas esas acciones.

Más allá de esas áreas estratégicas, el mundo que prácticamente ni existe para el país considerado, si es posible que, en los días que corren, alguna nación pueda confinarse, a no ser debido a una extraña y anacrónica falta de visión política, en un rincón más o menos amplio de la Tierra. Nunca podría ser ése, de cualquier forma, el caso de Brasil, con su innegable expresión geopolítica y su ya comprobada sensibilidad para los flujos y reflujos más lejanos de las relaciones internacionales.

También es importante subrayar que la perspectiva participante y actualizada, única razonable y fiel para cada nación, de ninguna manera podrá oscurecer —sino que más bien tendrá que reflejar— las tensiones más fuertes y que se hacen sentir, nítidamente, en todo el mundo ecuménico de cada época —en todo el planeta, en este período del más memorable encuentro de civilizaciones—, como resultado del antagonismo dominante que caracteriza a nuestros días.

Ya lo había señalado el almirante Castex, en una perspectiva bastante menos amplia por ser muy europea, que, en cada época surge siempre un "gran perturbador". La noción de antagonismo dominante traduce, en el fondo, una idea similar, ampliada al campo de los choques entre distintas civilizaciones y culturas en las fases decisivas de los encuentros entre ellas, en lugar de confinada al círculo más estrecho de los conflictos internos, y a través de los cuales, en el trágico ritmo toynbiano, las civilizaciones logran la integración de su ecumeno o desaparecen y mueren.

En cada época considerada, el antagonismo dominante, como un potente imán, reorienta todas las tensiones secundarias, distorsionándolas incluso de sus fines particulares, en provecho de la gran pugna que se lleva a cabo. Desconocerlo, relegarlo a un plano secundario en el análisis geopolítico o geoestratégico, sería un error imperdonable que nunca sería bastante para rescatar los más honestos propósitos de un sano nacionalismo. Si éste quiere transformarse en la fuerza y motivación e impulso renovador que puede y debe ser, necesita ante todo afirmarse en la realidad coyuntural que enfrenta, nunca negándola abiertamente sino aceptándola por lo que realmente vale, para aprovechar, sabia y prudentemente, todas las oportunidades que no dejarán de surgirle para la instrumentación de sus propios objetivos.

El "avestrucismo" siempre va acompañado por el espíritu irrealista y utópico que nada sabe construir de positivo y duradero, en el terreno áspero y duro de la realidad imperativa.

5. Ubicación mundial ante la actual coyuntura y el punto de vista brasileño

No tomaremos el punto de partida de un concepto estratégico nacional, tal como sería conveniente para el caso brasileño, a fin de concluir a través de él, tanto de sus premisas básicas como de los objetivos nacionales actuales que definiría, de las hipótesis de antagonismos que configuraría y de las líneas de acción estratégicas que señalaría, la imagen del mundo que mejor se ajustara al complejo de las aspiraciones e intereses nacionales.

Al contrario, presentaremos apenas esa imagen ya plenamente delineada, tal como la vemos en nuestras meditaciones, ante todos aquellos condicionamientos de base y bajo la tremenda presión del enorme antagonismo de nuestros días. No trataremos de justificarla. Estamos incluso convencidos de que, hasta cierto punto, ella se justifica por sí misma, en las líneas más simplificadas en que la resumiremos aquí, bajo la forma de una ubicación mundial, podríamos decir de base, trazada frente a la actual coyuntura, desde un punto de vista estrictamente brasileño.

Resaltan enseguida (esquema 19) las dos *áreas dominantes de poder* (1A y 1B) en que todavía se mantiene, desde el final de la última Gran Guerra, polarizado el espectro del mundo; centradas, una en Washington y otra sobre el eje Moscú-Pekín, irradian hasta los más remotos lugares de la Tierra las proyecciones de su incontrastable poder estratégico, determinando una trama de tensiones apenas algo atenuadas en lo que bautizaremos *baluartes reculados - áreas de retaguardia* (3) si no tememos la crítica de los que nunca pierden la oportunidad de mostrar que han aprendido bien la noción de la esfericidad de la Tierra...

Entre las dos áreas dominantes, en un giro total de horizonte y en su vecindad inmediata, *áreas-explanadas* del tipo moderno (2) y que desdoblan desde el Artico, por la Europa atlántico-mediterránea, el Medio Oriente, el subcontinente de la India, el sudeste de Asia y la inmensidad insular del Pacífico.

Más protegidas, en una segunda línea, *áreas de retaguardia o baluartes reculados*, América latina, el Africa atlántica y del sur y el helado continente de la Antártida enclaustran el mar interior del Atlántico Sur, mediterráneo vital que posibilita la soldadura del conjunto en una extraordinaria plataforma giratoria de maniobra. Es evidente que, en ese conjunto triangular —circundado al oeste por el cinturón de los países hermanos de América latina, no dotados de mayor potencial estratégico, enfrentándose al este con el Africa subdesarrollada y agitada por profundas tensiones internas, protegido al sur por el enorme tapón circular de la Antártida inhospitalaria y desierta que domina las brechas del Atlántico y del Indico, inclinado sobre el cuello atlántico que va de Natal a Dakar—, Brasil está magistralmente bien situado para realizar un gran destino tan incisivamente indicado en la eterna disposición de las masas continentales, cuando finalmente llegue la hora de su efectiva y ponderable proyección más allá de las fronteras. Por ahora, a pesar de la inconmensurable dilatación de alcance de los medios más poderosos de ataque, la posición de Brasil tampoco está mal resguardada respecto de los centros de poder más dinámicos de donde podrán surgir, en cualquier época, agresiones de gran importancia.

En una escala menos amplia, restringida a la vecindad inmediata tanto terrestre como marítima, bastará indicar (esquema 20), en torno de una zona estratégica de reserva general, limitada por el núcleo central ecuménico que se estructura sólidamente en el triángulo altamente vitalizado de Rio-São Paulo-Belo Horizonte:

- al oeste, dos *zonas estratégicas terrestres* —la amazónica y la platense—, ligadas por una *zona estratégica de soldadura* que abarca, a grandes rasgos, Mato Grosso, Paraguay y Bolivia, en su ambivalencia ya señalada por muchos;
- al este, todavía dos *zonas estratégicas*, ambas de naturaleza *oceánica* —la del Atlántico centro-norte y la del Atlántico centro-sur—, también articuladas las dos por una *zona estratégica de soldadura* configurada, nítidamente, por el promontorio nordestino.

No cabría que nos extendiéramos aquí sobre la importancia relativa y el potencial regional de esas áreas estratégicas a cuyos destinos están estrechamente vinculados los nuestros —áreas internas, algunas, y áreas de que participamos territorialmente, las demás, todas esas, por otro lado, posibles zonas de roce que nunca deben ser despreciadas—, el conjunto articulado por las ligazones terrestres, marítimas y aéreas cuya significación tendría que ser evaluada con la máxima ponderación.

Sin embargo, aquí será suficiente con indicarlas en esta simple esquematización de las áreas estratégicas mundiales, delimitadas desde un punto de vista genuinamente brasileño.

6. Tendencias expansionistas. Vectores de transformación del mosaico internacional

Nos queda apenas complementar tal esquematización con la identificación de las principales tendencias expansionistas que se manifiestan en el panorama coyuntural, como vectores de transformación de ese mosaico internacional.

Empecemos por encarar el cuadro potencial del antagonismo dominante en que se enfrentan los dos grandes centros de poder de Estados Unidos, por un lado, y del binario Rusia-China, por el otro. Cualquiera de las áreas-explanadas que cubren a ambos podrá ser objeto de embestidas expansionistas partidas del Oriente comunista, ya que todo indica que Occidente no asumirá la iniciativa de un ataque. Pero entre todas esas áreas, las más vulnerables, por falta de un potencial efectivo suficiente —del que, en realidad, carecen todas— al mismo tiempo que por la ausencia de una sólida estructura regional que posibilite y asegure la participación eficaz y a tiempo del poder occidental radicado aquen-

de el océano, cuando no por escrúpulos o temores que se cubren con una neutralidad la mayoría de las veces incoherentemente, abren largas brechas a la infiltración astuta o al ataque violento: el Medio Oriente convulsionado, la India y el sudeste asiático, donde además condiciones de vida de las más precarias, aliadas a un crecimiento demográfico explosivo, ofrecen campo favorable a la penetración pacífica del comunismo multiforme. De ésta tampoco podrán estar salvaguardadas, a la distancia, las áreas del Africa atlántica y meridional o de América latina, trabajadas intensamente, como es sabido, por fuerzas de disgregación poderosas que el comunismo sabe explotar, hábilmente, en su provecho.

Fuera de ese cuadro, pero siempre insertos en él bajo un condicionamiento más o menos directo, distorsiones, tensiones e incluso sismos geopolíticos de naturaleza variada perturban las áreas más inestables del Medio Oriente, del Asia del sudeste y del Africa atlántica y meridional, sin que todavía se hayan definido, con suficiente claridad, los vectores de una transformación ciertamente en progreso, anunciados aquí y allá por algunos esfuerzos bien sucedidos de integración parcial, bajo la égida de un nacionalismo justamente anticolonialista, pero de lamentables tendencias neutralistas y xenófobas. En la península europea, así como en el subcontinente de la India, aunque sobre bases completamente distintas, progresa, lenta pero decididamente, la tarea de integración regional, bajo la amenaza de posibles avances de la avalancha que todavía se contiene, milagrosamente, atrás de las cortinas de bambú y de hierro. Mientras tanto, en América, sobre todo la latina, se van diluyendo gradualmente viejos antagonismos y rivalidades históricas —de ninguna forma superados, como piensan muchos— en la consolidación paulatina de una conciencia colectiva más atenta a los intereses comunes y a los innegables beneficios de una solidaridad leal entre vecinos.

Es posible que se esté esbozando un nuevo orden para el mundo; si no —¡quieran evitarlo los cielos!—, el Imperio Universal, con su paz ecuménica, pero con su incontrastable y despótico cesarismo interior, la cristalización del poder en unidades de amplia base geográfica, verdaderas panregiones de economía y organización social mejor equilibradas.

7. Conclusión

Y será, pues, con una nota de confianza en los destinos de Brasil que, incluso ante tales perspectivas, podremos concluir destacando que, panregión en sí mismo, nuestro país, capaz de articular bajo un liderazgo característicamente democrático unidades mucho menores y de potencial bastante más reducido que lo rodean, está destinado no sólo a subsistir gallardamente en este mundo del mañana en que tantas otras soberanías podrán zozobrar o diluirse, sino todavía a afirmarse, en el contexto internacional, como campeón de las virtudes cristianas y de los inigualables patrones democráticos en que, a pesar de los pasajeros rechazos, siempre deseó y deseará vivir y progresar, para agrandar, a su vez, la cultura de la humanidad.

BIBLIOGRAFIA

1 Beus, J. G. de, "O Futuro do Ocidente", Livraria Clássica Brasileira, Rio de Janeiro, sin fecha.

2 Bouthoul, Gaston, "Traité de Sociologie", Payot, París, 1949.

3 Ogburn, William F. y Nimkoff, Meyer F., "A Handbook of Sociology", Routledge & Kegan Paul Ltd., Londres, 1950.

4 Osborn, Loran David y Neumeyer, Martin Henry, "A Comunidade e a Sociedade", Companhia Editora Nacional, São Paulo, 1936.

5 Pareto, Vilfredo, "The Mind and Society, a Treatise on General Sociology", Harcourt, Brace and Co. Inc., E.U.A., 1935.

6 Riesman, David, "Individualism Reconsidered", The Free Press, Nueva York, 1954.
— "The Lonely Crowd: a Study of the Changing American Character", Yale University, New Haven, 1950.

7 Parsons, Talcott, "The Social System", E.U.A., 1951.

8 Sorokin, Pitirim A., "Society, Culture and Personality", Harper and Brothers, Londres y Nueva York.

9 Spengler, Oswald, "The Decline of the West", A. Knopf, Nueva York, 1947.

10 Toynbee, Arnold J., "A Study of History", Abridgement by DC Somerwell, Oxford University Press, Londres, 1947, N.Y., Toronto, 1957.
— "A Civilização posta à Prova", Cia. Editora Nacional, São Paulo, 1953.

11 Washburne, Norman F., "Interpreting Social Change in America", Doubleday and Co. Inc., Nueva York, 1954.

12 Wilson, Logan y Kolb, William L., "Sociological Analysis", Hartcourt, Brace and Co., Nueva York, 1949.

TERCERA PARTE

de el océano, cuando no por escrúpulos o temores que se cubren con una neutralidad la mayoría de las veces incoherentemente, abren largas brechas a la infiltración astuta o al ataque violento: el Medio Oriente convulsionado, la India y el sudeste asiático, donde además condiciones de vida de las más precarias, aliadas a un crecimiento demográfico explosivo, ofrecen campo favorable a la penetración pacífica del comunismo multiforme. De ésta tampoco podrán estar salvaguardadas, a la distancia, las áreas del Africa atlántica y meridional o de América latina, trabajadas intensamente, como es sabido, por fuerzas de disgregación poderosas que el comunismo sabe explotar, hábilmente, en su provecho.

Fuera de ese cuadro, pero siempre insertos en él bajo un condicionamiento más o menos directo, distorsiones, tensiones e incluso sismos geopolíticos de naturaleza variada perturban las áreas más inestables del Medio Oriente, del Asia del sudeste y del Africa atlántica y meridional, sin que todavía se hayan definido, con suficiente claridad, los vectores de una transformación ciertamente en progreso, anunciados aquí y allá por algunos esfuerzos bien sucedidos de integración parcial, bajo la égida de un nacionalismo justamente anticolonialista, pero de lamentables tendencias neutralistas y xenófobas. En la península europea, así como en el subcontinente de la India, aunque sobre bases completamente distintas, progresa, lenta pero decididamente, la tarea de integración regional, bajo la amenaza de posibles avances de la avalancha que todavía se contiene, milagrosamente, atrás de las cortinas de bambú y de hierro. Mientras tanto, en América, sobre todo la latina, se van diluyendo gradualmente viejos antagonismos y rivalidades históricas —de ninguna forma superados, como piensan muchos— en la consolidación paulatina de una conciencia colectiva más atenta a los intereses comunes y a los innegables beneficios de una solidaridad leal entre vecinos.

Es posible que se esté esbozando un nuevo orden para el mundo; si no —¡quieran evitarlo los cielos!—, el Imperio Universal, con su paz ecuménica, pero con su incontrastable y despótico cesarismo interior, la cristalización del poder en unidades de amplia base geográfica, verdaderas panregiones de economía y organización social mejor equilibradas.

7. Conclusión

Y será, pues, con una nota de confianza en los destinos de Brasil que, incluso ante tales perspectivas, podremos concluir destacando que, panregión en sí mismo, nuestro país, capaz de articular bajo un liderazgo característicamente democrático unidades mucho menores y de potencial bastante más reducido que lo rodean, está destinado no sólo a subsistir gallardamente en este mundo del mañana en que tantas otras soberanías podrán zozobrar o diluirse, sino todavía a afirmarse, en el contexto internacional, como campeón de las virtudes cristianas y de los inigualables patrones democráticos en que, a pesar de los pasajeros rechazos, siempre deseó y deseará vivir y progresar, para agrandar, a su vez, la cultura de la humanidad.

BIBLIOGRAFIA

1 Beus, J. G. de, "O Futuro do Ocidente", Livraria Clássica Brasileira, Rio de Janeiro, sin fecha.

2 Bouthoul, Gaston, "Traité de Sociologie", Payot, París, 1949.

3 Ogburn, William F. y Nimkoff, Meyer F., "A Handbook of Sociology", Routledge & Kegan Paul Ltd., Londres, 1950.

4 Osborn, Loran David y Neumeyer, Martin Henry, "A Comunidade e a Sociedade", Companhia Editora Nacional, São Paulo, 1936.

5 Pareto, Vilfredo, "The Mind and Society, a Treatise on General Sociology", Harcourt, Brace and Co. Inc., E.U.A., 1935.

6 Riesman, David, "Individualism Reconsidered", The Free Press, Nueva York, 1954.
— "The Lonely Crowd: a Study of the Changing American Character", Yale University, New Haven, 1950.

7 Parsons, Talcott, "The Social System", E.U.A., 1951.

8 Sorokin, Pitirim A., "Society, Culture and Personality", Harper and Brothers, Londres y Nueva York.

9 Spengler, Oswald, "The Decline of the West", A. Knopf, Nueva York, 1947.

10 Toynbee, Arnold J., "A Study of History", Abridgement by DC Somerwell, Oxford University Press, Londres, 1947, N.Y., Toronto, 1957.
— "A Civilização posta à Prova", Cia. Editora Nacional, São Paulo, 1953.

11 Washburne, Norman F., "Interpreting Social Change in America", Doubleday and Co. Inc., Nueva York, 1954.

12 Wilson, Logan y Kolb, William L., "Sociological Analysis", Hartcourt, Brace and Co., Nueva York, 1949.

TERCERA PARTE

BRASIL Y LA DEFENSA DE OCCIDENTE — 1958

1. Introducción

El tema que nos proponemos tocar en este ensayo implica, por sí mismo, algunas cuestiones preliminares que exigen una pronta respuesta, admite ciertas premisas cuya discusión, aunque sea breve, nos parece también indeclinable.

Brasil y la defensa de Occidente.

¿Pero qué Occidente es ése, en un mundo como el actual que, desde hace mucho, rechazó a Mercator y a su tradicional perspectiva deformada y, sin duda, unilateral? ¿Y qué posición ocupa Brasil en ese Occidente que debemos, antes que nada, definir?

La defensa de Occidente.

Ese Occidente de que se trata se encuentra, pues, seriamente amenazado. ¿Qué amenaza o amenazas son esas que, de tan importantes, tan sabidas, parece incluso innecesario calificarlas? ¿De dónde parten? ¿Cuál es su importancia, su naturaleza, su grado de apremio? ¿Además, qué repercusiones presentan amenazas de ese orden para Brasil?

Frente a esas amenazas vitales que lo asaltan, a esos antagonismos graves con que se enfrenta, a esos enemigos poderosos que lo asechan, el Occidente deberá haber trazado seguramente toda una estrategia, establecido por lo menos un concepto defensivo, conducido una acción o previsto reacciones. ¿Cuáles son, entonces, las líneas generales de esa estrategia occidental? ¿Abarcan ellas al Brasil? ¿Exigen ellas una intervención, la participación brasileña?

Por otro lado, Brasil, como Estado-nación en este este mundo todavía compuesto por decenas de Estados-naciones, más o menos soberanos y autónomos y que contienden, por lo tanto, en varios

sectores de sus intereses restringidos pero legítimos, también tiene sus Objetivos Nacionales que lograr, una Política que realizar, una Estrategia que conducir. Ahora bien, esa estrategia brasileña, atenta primordialmente a los supremos intereses de la colectividad nacional y de su seguridad, ¿depende acaso de ese Occidente de que hemos hablado? ¿En qué interfiere, favorable o desfavorablemente, con la estrategia propia de ese Occidente? O, en otras palabras: ¿en qué necesita Occidente del Brasil para su estrategia? ¿En qué, al revés, depende Brasil de ese Occidente, para su propia estrategia nacional? La discusión de tantas preguntas posiblemente nos llevará a la deseada conclusión: el papel de Brasil en la defensa de Occidente.

Trataremos de emprender, por lo tanto, aunque a grandes rasgos, esa discusión encadenada según el plan que naturalmente se nos ofrece:

— Occidente y Brasil;

— amenazas dominantes para el Occidente y su significación para Brasil;

— el Occidente necesita a Brasil;

— Brasil depende de Occidente;

— conclusión: actitud que debe ser asumida por Brasil en lo referente a la defensa de Occidente.

2. Occidente y Brasil

Ahora bien, ¿alquien tendrá alguna duda sobre lo que es el Occidente en realidad? ¿Ya no escribió Spengler, hace muchos años, la apocalíptica profecía de su irremediable y cercano ocaso? ¿Y Toynbee no ha concluido recientemente su magistral *Estudio de Historia*, justamente para mostrar que hay bastantes esperanzas de una singular redención, de un renacimiento promisorio y fecundo para ese mismo Occidente, hoy todavía más amenazado por la tragedia de un cisma interno —por un lado, masas desamparadas y aturdidas y, por el otro, *élites* con su poder creador casi agotado— que por los enemigos externos que, desde todos los cuadrantes, lo comprimen y cercan?

Todo eso es cierto, sin duda. Pero esos dos Occidentes —el de Spengler y el de Toynbee— ¡cómo difieren profundamente entre sí, tanto en el tiempo como en el espacio y, sobre todo, en sus lejanos orígenes, altamente condicionantes sin duda en el propio *ethos* que los inspira y vitaliza y mantiene!

Habiendo surgido el uno y el otro de la sorprendente desintegración del mundo grecorromano, en la crisálida sin igual de una religión superior que atraparía todo el ingenuo misticismo de un proletariado interno, completamente "alienado" y "disponible" en la ávida miseria de su orfandad espiritual, y domesticaría la heroica turbulencia de la pululante barbarie de sus incansables correrías sin norte, el Occidente, hijo, fruto, singular creación de la Iglesia Católica, generado el otro bastante más tarde, al impulso demiúrgico del alma faustiana del nórdico, en la virgen llanura de Europa occidental que sería en breve invadida por la floración juvenil del gótico que dominaría con la osadía de sus casi etéreas fábricas arquitectónicas e iluminaría con el misterioso esplendor de sus vitrales multicolores: el Occidente, producto, expresión, corporificación espontánea del espíritu germánico. Este último Occidente —febrilmente impulsado por una apasionada sed de infinito que lo haría desbordar, orgulloso y audaz, hacia más allá de todo el espacio y tiempo—, el espacio siempre circunscrito por las magnitudes; el huidizo tiempo de lo sensorial, espíritu dinámico y vertical; insaciable también en su nietzschiana voluntad de poder; altamente sensible al contenido recóndito de las amplias perspectivas históricas y a las profundas uniformidades de un universo sobre todo relacional, cuyo símbolo interpretativo sería la función; alma egocéntrica, solitaria, dominante, continuando, *allegro con brio*, con su excitante aventura de ordenar sin limitaciones, incluso al mundo de la propia realidad ultravisible. Aquel otro —caracterizado, sin duda, por un dominio impar logrado por el hombre sobre toda la naturaleza y, consecuentemente, por un ritmo acelerado y nunca visto de las mutaciones sociales—, esclavo, sin embargo, de un vigoroso y extraño ideal subconsciente que vería siempre en la continuidad territorial, en la vecindad, una exigencia casi compulsoria de homogeneidad comunitaria, de donde las grandezas y las miserias de una fecunda pero no menos peligrosa mística nacionalista; impulsado por la fundamental creencia en un universo siempre sujeto al imperio de las leyes —la Ley de Dios o las Leyes de la Naturaleza— y, en el fondo, impenetrable al azar y al caos; atraído, a cada instante, hacia la ingeniosa construcción de mecanismos de todo tipo, físicos y sociales, como apóstol entusiasta y reverente de una tecnología tan ingeniosa como hueca; pero un Occidente, no obstante, penetrado por un difuso sentimiento de pecado y de culpa, incluso en sus más

desalentadoras crisis de un materialismo nihilista y estéril, capaz de hacer de la máquina un Dios, y del propio hombre, un autómata sin corazón y sin alma.

¿Cómo explicar, sin embargo, visiones tan distintas de dos exponentes contemporáneos de esa misma cultura de Occidente en que ambos han nacido, se han formado y han producido sus amplias y penetrantes filosofías de la historia?

Admitamos, con el sabio germánico, que cada cultura presenta un estilo y un ritmo propios que, nítidamente y en todo, la singularizan de las demás —emanaciones absolutamente específicas de un potente símbolo fundamental en que se transustancian, fundidos, un gran mito original y el paisaje físico de su cuna natal—; o reconozcamos, con el historiador inglés y su nueva versión de la Parábola del Sembrador, que hay entre todas las civilizaciones humanas, por más dispares que nos parezcan, una indiscutible unidad subyacente, resultando el destino variado de cada una de una historia distinta, vivida a través de la incierta dinámica de desafíos y de respuestas, de rupturas y de reagrupamientos, de concentración y de cismas; de cualquier forma, sin embargo, la cultura o civilización de Occidente, tal como la conocemos, plenamente evolucionada y consciente, no podría ser confundida ni con ninguna de las civilizaciones anteriores que ya han desaparecido ni con ninguna otra de las que le son contemporáneas. Toda cultura se presenta siempre como un conjunto bien equilibrado, una integración bien definida y del todo singular, una individualidad original en que se estructuran, profundamente solidarizados, características y rasgos complejos, valores, ideales y principios, en una cosmovisión unificadora.

Sin embargo, la definición del núcleo diferencial y legítimo de una cultura como la de Occidente es una tarea —como hemos terminado de ver— que difícilmente se puede librar de preferencias de opinión.

Eso es debido a varias razones.

En primer lugar, es importante distinguir el Occidente de hoy de un Occidente histórico milenario. Considerado en cada una de sus fases de evolución sucesivas, el Occidente, en realidad, presenta analogías, tal vez mucho más flagrantes y sugestivas, con las edades "contemporáneas" de otras civilizaciones o culturas; y sobre tales analogías y fascinantes paralelos, esos dos genios de erudición —Spengler y Toynbee— habrían de levantar, brillantemente, el monumental esqueleto de sus impresionantes teorías de interpretación dinámica de la historia, como ya había sido hecho

por Vico y, más recientemente, por Danilewsky, Sorokin y tantos otros. Dentro de la misma civilización occidental —como a lo largo de la evolución histórica de cualquiera de las otras, tal vez con menor amplitud— lo que más resalta, al contrario, es la variedad, la diferencia marcada de formas, de estructuras, de valores, de ideales y principios, entre una determinada fase y otro período cualquiera, desde el gótico, por ejemplo, al barroco y el rococó o el arte colosal de las megalópolis exhaustas, de la Era de la Confusión al dominio del Estado Universal y el reino de la Paz Ecuménica, del atomismo feudal al liberalismo burgués o la férrea centralización cesarista, de la primavera mítica y soñadora al otoño racionalizador y frío, de la edad ideológica a la idealista o la normal, de la era de la creencia a la de las ideologías, de la Ilustración o del análisis.

Pero eso no es lo único. Sin hablar siquiera de la incorporación, siempre más o menos superficial, de rasgos culturales exóticos, tan propiciada por esta época en que vivimos, de dinámicos y agresivos encuentros entre civilizaciones tan distintas, impresiona, sobre todo, en esta civilización atlántica del Occidente actual, la multiplicidad de estilos de vida, de formas de pensamiento, de valores y creencias, creando ese colorido aspecto de "multanimidad" en que Crane Brinton creyó ver la principal característica de toda la cultura de Occidente.

No es de admirar, por lo tanto, la perplejidad que siente cualquiera que se propone analizar los rasgos fisonómicos más específicos de esa Civilización Occidental.

Bertrand Russell, después de definir la civilización, a su manera siempre original, como el estilo de vida que resulta de la combinación del conocimiento y de la previsión, señala, con indudable pesimismo, a la Ciencia —indiferente, en el fondo, a cualquier sentimiento de respeto por el Individuo— y al espíritu industrial —favorable, por otro lado, a la mutilación del Hombre— como los dos grandes signos distintivos del Occidente actual. Es verdad que, remontando a los orígenes, al extraordinario legado de las civilizaciones de los judíos, de los griegos y de los romanos —el fervor moral de los primeros, el amor de los segundos al razonamiento deductivo y la tradición imperialista y jurídica de los últimos—, legado que la Iglesia conservaría, integrándolo en una inigualable síntesis, no dejaría de resaltar el papel del cristianismo y de sus saludables enseñanzas de respeto a la dignidad del hombre, ni el influjo decisivo de esa otra religión de los nuevos tiempos —el nacionalismo—, aunque sea un derivado del particularismo israelita y de la devoción romana por el Estado, pero también un fenómeno esen-

cialmente moderno, al cual se debe mucho de la cohesión política que sería, por lo menos hasta hace bastante poco tiempo, una de las características distintivas de la Civilización de Occidente.

Pero, resumiendo, concluiría después: "La energía, la intolerancia y el pensamiento abstracto distinguirían siempre las mejores épocas de Europa de las mejores épocas de Oriente".

¿Necesitaría, acaso, justificar esa inclusión del espíritu de intolerancia entre los rasgos más característicos de la Civilización Occidental, debido a las cazas medievales de brujas, a los crueles abusos de Pizarro, a la esclavitud de los africanos o a la diezma de los indígenas en América del Norte, o a la época en que Hitler dominaba Alemania con su tétrica estrategia del terror, con las hordas de sus nuevos bárbaros de las SS y los *pogroms* refinados por la técnica racionalizada de los campos de concentración y de las cámaras de gases?

Sin embargo, tenemos que convenir que son parcas, muy parcas, bastante difusas y poco definidas —menos diferencias cualitativas marcadas que simples variaciones indeterminadas de ciertos factores tal vez siempre presentes— las conclusiones a que llega Russell, como si justificara plenamente la aseveración con que inicia su provocativo ensayo: "No es nada fácil ver la propia civilización a través de una perspectiva verdadera".

Herbert Muller, por otro lado, no iría mucho más allá. Aventura de ideas sin fin, un nivel inigualable de actividad creadora mantenida durante un período de duración sin igual, una vida cargada de alta tensión, una sociedad irreverente siempre lista a embestir contra las tradiciones más sagradas y los más venerados tabúes, que reconoce en la variedad y en el cambio el clima más favorable y benéfico para la plena realización de la personalidad del Hombre, y que aborrece la uniformidad y el conformismo atrofiadores de toda la creación. Aunque atada a prejuicios nacionalistas bastante vivos y a ciertos exclusivismos de fondo religioso, una "sociedad abierta" —según las palabras de Karl Popper—, y que conservaría de Grecia una herencia fundamental —la del descubrimiento del Hombre—.

Alto grado de tensión entre lo real y lo ideal, entre la experiencia y la lógica, entre el mundo concreto y el mundo del más allá, apoyado en la tradición racionalista de los griegos y de los propios escolásticos, justificaría una búsqueda incansable y apasionada del conocimiento científico y tendería a resolverse a través de la firme creencia en una orgánica y sistemática universal regida por leyes naturales, siempre en el establecimiento de una relación funcional, más o menos misteriosa, enigmática y esotérica,

entre el universo de la realidad sensible y el eterno universo de la Razón; conciencia de la dignidad del hombre como sustrato de una cosmología nítidamente humanista y de una ética igualitaria; aspiración por una vida mejor en la Tierra, finalmente considerada como posible; y, sobre todo, un inalienable sentimiento de la libertad individual que aseguraría una fecunda variedad, una indisciplina creadora, una excitante heterogeneidad, basadas en un clima, siempre en expansión, de tolerancia comprensiva y fraterna. Libertad, Igualdad y Fraternidad —Cristianismo, Humanismo, Protestantismo, Racionalismo y Ciencia— tales son las fórmulas en que se resume esencialmente el análisis precursor de Crane Brinton.

Pero un concepto mucho más denso y preciso encontraría su justa expresión a través de las tan conocidas palabras de Thomas Stearns Eliot; vale la pena recordarlas:

"La fuerza dominante en la creación de una cultura común, entre pueblos que posean cultura individual distinta, es la religión (...); falo de la tradición común del Cristianismo que hizo de Europa lo que realmente es y de los elementos culturales comunes que ese Cristianismo común trajo consigo. Si, mañana, el Asia se convirtiera al Cristianismo, no por eso se convertiría en una parte de Europa. En el Cristianismo, se desarrollaron nuestras artes; en el Cristianismo, las leyes de Europa, hasta hace poco, permanecieron arraigadas. Todo nuestro pensamiento adquiere significación contra un fondo cristiano. Un europeo puede dudar de la fe cristiana y, sin embargo, lo que dice, lo que produce, lo que hace, todo será proveniente de su herencia de cultura cristiana y dependerá de la propia cultura para que tenga sentido. Solamente una cultura cristiana podría haber producido un Voltaire o un Nietzsche. No creo que la cultura de Europa pudiera sobrevivir a la completa desaparición de la fe cristiana (...). Si desaparece el Cristianismo, desaparecerá también toda nuestra cultura".

Ahora bien, ante tantas opiniones divergentes, bajo ciertos aspectos incluso contradictorias, subsiste la pregunta.

¿Qué es, en resumen, ese Occidente que todos reconocemos como singular pero cuyos rasgos característicos escapan a los espíritus más penetrantes?

En cuanto a nosotros, creemos sinceramente —si hay algo seguro que se pueda concluir— que no será acerca de ese Occidente histórico milenario, lleno de tantas antiguas tradiciones más o menos abandonadas, subyacentes o, en ciertos momentos, redivivas, sobrecargado de un pasado nunca muerto de innumerables aventuras abortadas y de sueños e ideales marchitos, donde se enfrentan

y a veces entran en conflicto, en las artes, en la religión, en la filosofía y en la ciencia, tantos puntos de vista distintos, tantas creencias antagónicas, tantos sistemas opuestos, donde Dante y S. Francisco y Péguy conviven con Nietzsche y Baudelaire; Fra Angelico y El Greco corporifican sus místicas visiones seráficas o torturadas, al lado de los paneles sinfónicos de Rubens o de las herráticas naturalezas muertas de Cézanne, y S. Tomás de Aquino dialoga, a través de los tiempos, con Schopenhauer y con Marx. Tampoco podremos llegar a ninguna conclusión respecto de ese Occidente, tal como lo vemos hoy a nuestro alrededor, dilacerado por disensiones tan profundas, agitado por corrientes y contracorrientes de ideas, de intereses, de creencias, de impulsos incluso irracionales que batallan tenazmente en todos los sectores de la vida social, en lo político, en lo económico, en lo científico, en lo religioso, en los cuarteles, en las fábricas, en las academias, en los campos de deporte; perplejo ante las chocantes alternativas que le proponen los más contradictorios "ismos" y las ideologías más sectarias y frenéticas.

Pues el único Occidente que vale como un todo duradero y unido, el Occidente que se puede en realidad distinguir nítidamente de tantas otras civilizaciones y culturas, dotado de una individualidad propia, original y marcadamente característica es, para nosotros, el Occidente como ideal, el Occidente como propósito, el Occidente como programa. Su perfecta actualización quizá nunca sea posible, pero no por eso ha dejado en ningún momento de estimular toda esa extraordinaria aventura, llena de sorprendentes éxitos, de irremediables fallas, de tremendos fracasos, de deserciones y arrepentimientos, de dedicaciones y de renuncias que es la larga historia vivida por la sociedad occidental.

A esa corriente de ideal impulsada por la historia, fuente de todas sus energías creadoras, se afilian incluso, aunque a disgusto, todos los que la combaten frontalmente o los negativistas empedernidos o los apáticos displicentes y a ella se doblegan, sumisos o escépticos, los intereses particularistas de todo orden, incapaces de vencerla, a no ser en la transitoriedad siempre fugaz de ciertos períodos retrógrados o en la circunscrita delimitación de algunos núcleos reaccionarios. Es cierto que, en nombre de aquel ideal, se han perpetrado crímenes y realizado expoliaciones e incluso fundado tinarías. Pero esos crímenes, esas expoliaciones, esas tiranías, aunque reconocidas y estigmatizadas como tales, se diluyen ante la luz de aquel ideal y, al renegarlo, lo reafirman.

¿Cuál es ese ideal, ese propósito, ese programa que impulsa y galvaniza y sostiene a la Civilización Occidental? Lo resumiremos en sus términos esenciales:

- la Ciencia, como instrumento de acción;
- la Democracia, como fórmula de organización política;
- el Cristianismo, como supremo patrón ético de convivencia social.

Ahí están contenidos, en sus justos límites: la libertad, la igualdad y la fraternidad; el amplio reconocimiento de la dignidad del Hombre; la plena expansión de la personalidad individual; el máximo de bienestar físico y espiritual para todos; la justicia social y la paz.

A través de los tiempos, se han levantado en vano rebeldías o surgido herejías, desde el anarquismo demoledor y ególatra hasta el comunismo materialista y totalitario, desde el frío racionalismo inhumano hasta el panteísmo diluyente y exótico, el escepticismo que todo lo niega y el logicismo que todo esteriliza, el irracionalismo histérico y apasionado que rebaja al hombre al nivel propio de los brutos y el misticismo delirante y fanático que destruye a la humanidad en la febril exaltación de lo divino. El impiadoso colonialismo pudo haber registrado las más negras páginas de la historia del mundo; pudo el imperialismo arrogante o maquiavélico haber pisado todos los principios cristianos, fomentando guerras y extendiendo miseria y dolor; fanatismos habrán obstaculizado la marcha ascendente de la ciencia e implantado crueles tiranías; un estrecho cientificismo habrá estancado y ridiculizado los más nobles anhelos de fe... O son inconformismos, o retrocesos, o perversiones. Nada más. Pues si algún día el Occidente llegara a perder del todo aquel ideal, aquella fe que lo ampara, aquel propósito superior que lo guía, entonces habrá zozobrado realmente en un ocaso último y fatal.

Ahora bien, Brasil, surgido para el mundo y para la civilización bajo el signo de la Cristiandad, producto de un feliz trasplante de esa cultura del Occidente europeo hacia tierras casi desiertas y vírgenes donde no había una cultura autóctona que se le resistiera o pudiera modificarle la esencia, tradicionalmente alimentado, durante toda su ya larga etapa histórica de casi cinco centenarios, en las más puras fuentes del pensamiento y de la fe occidentales, jamás podría renegar de ese Occidente en que se ha criado desde la cuna y cuyos ideales democráticos y cristianos ha incorporado profundamente a su propia cultura.

Por lo tanto, pertenecemos al Occidente; en él estamos y vivimos; el Occidente vive y persiste realmente en nosotros, en nuestro pasado y en nuestro presente, en nuestra sangre y en nuestros músculos, en nuestro corazón y en nuestros nervios, en los ideales por los cuales luchamos y en los intereses que defendemos, en la técnica que nos arma el brazo, en la ciencia que nos alimenta el espíritu, en la fe que nos fortalece el alma, en los libros que leemos, en las palabras que decimos, en las canciones que entonamos, en las oraciones que susurramos, incluso en ese maravilloso paisaje plástico que nos rodea, playas, montañas, selvas, campos, mesetas y ríos, occidentalizados cada vez más por el esfuerzo perseverante e incansable de incontables generaciones.

Nosotros somos, también, el Occidente.

3. El Occidente amenazado

Después del secular duelo llevado a cabo contra el Islam que, en la explosión de un expansionismo audaz y fanático, había cercado, como una avalancha, a todo el mundo de Occidente, en aquel momento confinado únicamente a Europa, a través de los dos lados extremos del gran lago mediterráneo; detenidos los moros primero en los Pirineos por el milagro de Poitiers y repelidos decisivamente los turcos a la entrada de Viena gracias al heroísmo de los caballeros poloneses de Juan Sobiesky, el Occidente que había sido víctima de sucesivas derrotas en las embestidas frontales de las Cruzadas y que ya había descubierto la magistral maniobra envolvente por el periplo de Africa, rumbo a la India y al lejano Oriente, pudo pasar a la ofensiva en todos los cuadrantes del mundo.

El siglo XX lo vería desbordante de energía y de confianza, occidentalizando al mundo entero. A través del dominio muchas veces inhumano y cruel o a través de la creación de nuevas civilizaciones en remotos lugares desiertos pero, sobre todo, por el poder de fascinación de su cultura tan bien sucedida, el Occidente irradiaría mucho más allá de su área original, en la confortable esperanza de un destino plenamente realizado.

A las culturas exóticas, incluso las de larga tradición de vigorosa originalidad y de un rico pasado milenario, impotentes, sin embargo, ante la invencible embestida de Occidente, apoyada ésta en el aplastante poder de una sorprendente tecnología, ambivalentes entre la desconfianza natural hacia valores extraños, incomprendidos e incomprensibles, y la admiración mimetizadora hacia tan notable capacidad de acción, impedidos de reaccionar debido al aislamiento, como lo aprendería Japón con la flota de Perry, no les quedaría otro camino: asimilar lo más rápidamente posible, de esa civilización extraña, todo lo que les hiciera posible reaccionar, en el más corto plazo, contra la lenta asfixia, la brutal dominación, la segura decadencia —principalmente, esa técnica portentosa y sin rival capaz de realizar prodigios en la lucha contra aquel mismo Occidente que los predicaba entusiastamente—. Sería usar las propias armas del agresor para combatirlo mejor —estrategia superior conscientemente trazada o, por lo menos, inconscientemente seguida—. En aquella época, el Occidente ya había empezado a olvidar realmente sus propios ideales democráticos y cristianos, a través de la ambición egoísta y ciega de un expansionismo aventurero que lo llevaría hasta la escisión en su propio seno entre varios grupos imperialistas, luchando sin tregua entre sí por el botín de tan fabuloso saqueo. Y en esas luchas llegarían unos y otros a recurrir a la ayuda de los pueblos de otras culturas, impulsándoles para eso el progreso material, enseñándoles los secretos de la propia técnica occidental, insuflándoles nuevos ideales y valores e incluso armándolos para la lucha, como aliados o simples mercenarios.

Todo eso explica, sin duda, el éxito siempre creciente de la ideología nacionalista más allá de todas las fronteras de un Occidente que ya había empezado a dejarla de lado, en el agotamiento de interminables luchas fratricidas. Y ese nacionalismo redivivo en Japón, en China, en la India, en todo el mundo asiático, en Oceanía y en el Africa, por todos lados, bloquearía los avances de un imperialismo colonial sin fuerzas y lo pondría finalmente en retirada, envuelto en una trama de tremendas contradicciones entre sus más puros ideales y principios de los que no sabría renegar abiertamente, y las actitudes y prácticas abominables que había adoptado en sus relaciones con civilizaciones menos vigorosas o más atrasadas.

Por otro lado, en su ya señalada variedad estimulante y profusa de valores, de ideales y de creencias, muchas de ellas contradictorias, paradójicas, inconformistas o heréticas que la libertad y la tolerancia siempre permitieron en su seno, el Occidente ofrecería a esas otras civilizaciones, ávidas de comprender y de asimilar, pero ceñidas a los patrones fundamentales —nunca del todo inalienables por cierto— de sus culturas autóctonas, un arsenal de armas y de venenos ideológicos, verdaderas toxinas ya preparadas para ser empleadas contra él mismo y sus creencias, ideales y valores esenciales.

Ninguna demostraría ser más eficiente que ese filtro antide-

mocrático y anticristiano que Marx y Engels habían preparado, en vísperas de las jornadas del 48, con los ingenuos y generosos ideales socialistas de Fourier y Saint-Simon, las teorías económicas rudimentarias de Ricardo y la sutil dialéctica hegeliana. Y desde que la Rusia de Stalin y Lenin y ahora la China de Mao Tse-tung, distorsionándola y adaptándola a su manera y apuntalándola fuertemente en un sorprendente grado de progreso tecnológico y científico acelerado, por un lado, y en un inmenso potencial demográfico totalitariamente dirigido, por el otro, hicieron de ella una bandera de contraofensiva sin cuartel y el arma principal en el combate ideológico contra Occidente, alterado en sus propias creencias fundamentales, éste se ve nuevamente cercado, en la actualidad, por un mundo justamente resentido, cuando no declaradamente hostil, igual que en los viejos tiempos en que la Cristiandad, apenas despierta de su prolongado sueño místico, se veía acorralada y a la defensiva en un exiguo sector de la península europea.

Hoy el Occidente ha logrado imponerse más o menos sólidamente en nuevos continentes amplísimos en ambas Américas y en Australia, donde jóvenes retoños de su civilización han germinado y crecido bajo su inspiración y amparo, y todavía mantiene un control casi indisputado en gran parte de Africa. Pero la India vacilante en su extraña neutralidad, el Japón en franca recuperación pero todavía sufriente por la amargura de la derrota y perjudicado en la vital expansión de su comercio, el sudeste asiático y todo el archipiélago indonesio, turbulentos e inestables en su miserable patrón de vida, el Medio Oriente intranquilo y ya despierto para un futuro de grandeza que le es señalado desde El Cairo, el resto del Africa septentrional, revolucionada y convulsionada, todas las áreas del mundo exterior, amplia explanada que todavía separa al Occidente del Oriente comunista, se ofrecen como presas fáciles, incapaces de defenderse con éxito por sí mismas de un expansionismo imperialista, hábil e inescrupuloso en la técnica de las agresiones disimuladas, bien equipado, política y militarmente, para la difícil táctica de los avances y de los retrocesos, de las artimañas y de las provocaciones, de las múltiples amenazas renovadas por aquí y por allá, de las conquistas paulatinas, y superiormente entrenado en la estrategia, mucho más sutil, de la guerra fría sin fin.

Solamente el Occidente, anclado en sus dos centros de poder de Europa y de América del Norte, está realmente en condiciones de oponerse al avance comunista por infiltración o por la avalancha, en esas regiones muy pobladas y de enormes riquezas potenciales; y tendrá que hacerlo, a pesar de las desconfianzas que siempre suscitarán cualesquiera intervenciones suyas en virtud de un largo pasado, no del todo olvidado, de detestables prácticas colonialistas. Tendrá que hacerlo, sobre todo, porque de eso dependerá su propia supervivencia, mucho más que por simples intereses materiales o cuestiones de prestigio.

El agrupamiento, bajo el control del bloque comunista, de las incalculables masas asiáticas, además del poder industrial de Japón y de las variadas riquezas latentes de todo aquel continente, el dominio de los inigualables pozos petrolíferos del Medio Oriente, tan esenciales a la vida económica de la Europa occidental y, sobre todo, la conquista del norte africano, terminarán por volver insostenibles las posiciones, ya precarias, de los pueblos occidentales que se enfrentan, en el reducto europeo, con las aguerridas huestes de la U.R.S.S. y sus satélites. De ahí a la incorporación progresiva de todo el continente africano no se tardará mucho, si se aprovechan hábilmente los justos anhelos de su nacionalismo, aunque inmaduro y temerario, y las legítimas reacciones contra una discriminación racial odiosa e inhumana.

¿Qué le quedará, pues, a Occidente? ¿La Australia, poco habitada, todavía no desarrollada suficientemente, podrá resistir aislada en los confines del Pacífico, en medio de aquel vivero de humanidad de toda el Asia e Indonesia, disciplinadas bajo el comando comunista de China?

Y América del Sur, con su bajísimo patrón de vida, sus seculares injusticias sociales, su inestabilidad económica crónica, ¿no se ofrecerá fácilmente a la penetración de una ideología que sabe hablar, demagógicamente, a las masas desamparadas, sufrientes e incultas y cuyo prestigio aumentará proporcionalmente a los espectaculares éxitos logrados? Y la propia América del Norte, incluso los Estados Unidos, ¿cómo subsistirán en un mundo casi enteramente comunizado, sin mercados donde negociar, sin poder importar materias primas esenciales, sin medios de poder mantener el patrón de vida elevado que hace que actualmente su población sea tan invulnerable a las predicaciones de las sirenas comunistas?

Es posible que ésta sea una visión demasiado pesimista y sombría de las consecuencias que podría tener una política de simple abstención adoptada en mala hora por Occidente en las regiones periféricas del mundo comunista actual. ¿Pero no la justifica entonces el objetivo de amplia dominación mundial, claramente declarado por los líderes comunistas de Rusia y de China, siempre que dejan de lado sus tentadoras propuestas de una coexistencia pacífica en que no creen y que tampoco desean? ¿Y la vieja directriz formulada por Lenin de la conquista de Occidente por el camino

del Asia?, ¿e incluso los fantásticos planes de Pedro el Grande y de Catalina II o los sueños místicos de Dostoiewsky sobre el destino ecuménico de Moscú, la tercera Roma?

De cualquier forma, no podrá haber ninguna duda de que el Occidente se encuentra seriamente amenazado —no sólo en el dilatado borde de contacto con el mundo comunista soviético sino en sus propios baluartes de defensa de Europa y de América del Norte, en las dos extremas alas de Australia y del Africa e incluso en su zona de retaguardia del continente americano del sur—.

Tales amenazas son, sin embargo, de diversos orígenes, de gravedad y de urgencia distintas.

Examinémoslas en forma sucinta.

En primer lugar está la guerra o, mejor dicho, las guerras. La *guerra general*, que abarca prácticamente todo el globo, *guerra total y atómica*, con el empleo indiscriminado de las más recientes y perfeccionadísimas armas de destrucción en masa —los misiles de alcance intercontinental, las bombas atómicas y termonucleares, los misiles antimisiles, las plataformas-satélites de un futuro no remoto y equipadas para ataques fulminantes—, es sin duda la más trágica perspectiva con que se enfrenta la humanidad. En una guerra apocalíptica tal, el "duelo atómico" entre los dos centros capitales del poder del Occidente y del Oriente constituirá, posiblemente, un primer acto brutal en que seguramente será vencedor el que tome la iniciativa del ataque y ofrezca, debido a la mayor dispersión y protección de sus núcleos vitales, un menor número de blancos compensadores. En cuanto a la capacidad de desencadenarlo, condicionada por la cantidad de bombas y por la disponibilidad de equipos aptos para lanzarlas, ambos principales contendientes, hasta un cierto punto, se equilibran. Hemos entrado, no hace mucho, en una fase de paridad atómica, pues el monopolio del arma nuclear ya ha dejado de constituir el decisivo *deterrent*, supremo poder de intimidación que, durante muchos años, aseguró, como lo dijo Churchill, la supervivencia de Europa occidental, conteniendo la avalancha rusa más allá de la Cortina de Hierro. Y el número de potencias atómicas aumenta y aumentará cada vez más...

Pero de cualquier forma, en la actualidad, las reservas existentes de bombas, las Fuerzas Aéreas en un casi permanente estado de alerta, los misiles de alcance variado, las bases de aviación y las plataformas de lanzamiento dispersas por todo el mundo, las flotas armadas con poder atómico, los submarinos, nucleares o no, capaces también de lanzar las nuevas armas, los amplios sistemas de vigilancia y alerta con base en el radar estructuran, de un lado y del otro, un amplio y eficaz dispositivo de ataque, de defensa y de destrucción masiva, listo para ser accionado en cualquier momento y desencadenar la terrible hecatombe. En realidad no parece que la mayor vulnerabilidad sea la del bloque comunista soviético, a pesar de la posición envolvente de que se beneficia el Occidente. Para éste no sólo será muchísimo más difícil tomar la iniciativa de una ofensiva estratégica atómica, debido al impacto psicológico altamente desfavorable en todo el resto del mundo más o menos neutral y oscilante, sino que, sobre todo, por la situación extremadamente vulnerable de sus concentradas posiciones en Europa, y también, apenas en menor grado, del propio arsenal norteamericano, por la mayor dificultad, en los regímenes democráticos, de controlar el derrotismo y el pánico y, todavía, por los indiscutibles efectos desmoralizadores de una decisión tal en una sociedad educada en los principios humanitarios y superiores de nuestra ética cristiana. Así, todo lleva a creer que el brutal desencadenamiento de una guerra atómica total sólo podrá surgir por decisión fría y calculista de los señores absolutos del Kremlin. Incluso hay quien considera —y el conocido especialista en asuntos soviéticos doctor Raymond Garthoff así lo piensa— que los comunistas apenas esperan la oportunidad conveniente, seguros de que podrán resistir mucho mejor que los Estados Unidos los duros golpes atómicos y que, siendo el balance de las capacidades residuales de seguir después la guerra muchísimo más favorable para ellos, les será posible, entonces, sumergir y dominar a Europa como primer paso decisivo para la conquista del mundo, habiendo aislado al principal antagonista en su transoceánica fortaleza de las Américas. En realidad, tal decisión sería profundamente osada y brutal, pero también ha sido osado, en el marco menos dramático de la guerra no atómica, el ataque a Pearl Harbour, y brutal ha sido el despiadado aplastamiento de la resistencia húngara por los tanques comunistas ante los ojos atónitos del mundo...

En una guerra atómica y general, el duelo inicial entre los dos principales contendientes, de dimensiones aterradoras y relativamente de corta duración, concentrará, sin duda, los principales esfuerzos de ambos bloques, aunque, incluso durante su transcurso, los comunistas, sacando partido inmediato de la desorganización, del caos y del impacto psicológico creados y beneficiándose de su amplísimo potencial humano organizado para la guerra de conquista, puedan iniciar enseguida la invasión de los espacios circunvecinos en Europa, en Medio Oriente e incluso en Asia. Tampoco será imposible que, con el propósito de intimidación generalizada, amenacen al propio continente sudamericano, llevando a

cabo ataques aislados de demostración con algunos de sus numerosos submarinos o, más probablemente, incentivando declaraciones de sus partidarios y simpatizantes, golpes de Estado o incluso la guerra insurreccional, todo dentro del plan de aislar, desde el principio, a los Estados Unidos y lo que todavía pudiera quedar del Occidente europeo, destrozado y transido.

En todo caso, la guerra atómica total y general constituye, sin duda, algo extremadamente arriesgado, incluso para los soviéticos. Y no es de extrañar que, por interés propio y recelo de la destrucción masiva, ambos bloques resuelvan tácitamente limitar el empleo de sus armas de guerra, recurriendo únicamente al uso del llamado armamento convencional, o restringiendo al empleo táctico las armas atómicas. Sin embargo, en cualquiera de los casos no se tratará, absolutamente, de una guerra en los moldes clásicos; el peligro siempre creciente de que ella pueda, en cualquier momento, degenerar en un conflicto atómico total obligará a serias limitaciones en la acción y a graves servidumbres. Aunque no sea atómico, cualquier conflicto en que se empeñen las potencias nucleares asumirá una forma especial —la de la "guerra bajo condiciones atómicas"— a la que la mayor dispersión de las fuerzas, el alto grado de autosuficiencia de los grupos de combate, la movilidad y la potencia de los mismos darán características muy particulares que no cabe analizar aquí.

Lo que importa, por el contrario, es subrayar que, incluso en ese particular, el Occidente dispondrá de mucha menor libertad de acción que su temible antagonista: por un lado, por las mayores dificultades que tendrá en tomar cualquier iniciativa de ampliación de la guerra al nivel atómico total; por otro lado, porque no podrá consentir en una guerra general en que se empleen apenas las armas clásicas, ante su enorme inferioridad en potencial humano y, consecuentemente, en número de grandes unidades terrestres, para enfrentar la inundación de fuerzas soviéticas numerosas. Solamente el empleo de armas atómicas tácticas podrá compensar las aplastantes ventajas del número de que se beneficiarían los comunistas.

Siendo así, una guerra general, entre el Occidente y el Oriente, que abarcara a todas las potencias atómicas en un conflicto en que se jueguen la supervivencia y la libertad de muchos pueblos —una lucha por el dominio o la preservación de Europa occidental, por ejemplo— podrá, en el nivel mínimo de la violencia, limitarse al empleo táctico de las armas atómicas, pero bajo la amenaza siempre permanente de su uso estratégico irrestricto. No discutimos las dificultades de que una guerra se mantenga dentro de tales

límites; por nuestra parte, no creemos incluso en la validez de cualquier tipo de técnica de limitación en circunstancias como ésas. Pensamos, sí, que puedan producirse nuevamente, como en un pasado reciente, según el ilustrativo ejemplo de Corea, *guerras limitadas*, incluso sin la intervención de armas atómicas, pero bajo la indispensable condición de que, para ambos lados, los objetivos deseados y los riesgos sean, por su propia naturaleza, también limitados. Si no lo son, si están en juego cuestiones vitales para uno de los antagonistas, siendo ambas potencias nucleares, la evolución de la guerra atómica limitada hacia una guerra atómica irrestricta o total será casi segura, incluso inevitable, en mayor o menor plazo, según resulten los hechos militares.

Sin embargo, no eliminamos la eventualidad señalada, apenas le prevemos una casi segura evolución —guerra total entre Occidente y Oriente, limitada en cuanto al empleo de armas atómicas pero con una fuerte tendencia a evolucionar, en mayor o menor plazo, hacia la forma nuclear irrestricta y su característico duelo atómico; posteriormente, continuación de la lucha, tal vez, entre las fuerzas residuales de ambos contendientes—. En esa eventualidad, los peligros nos parecen bastante mayores para los pueblos de América del Sur, ya que la explosión de la guerra, de limitada a irrestricta o total, podrá ocurrir cuando también éstos hayan empeñado sus propias fuerzas en el conflicto extracontinental, en defensa de Occidente. Y, en tal caso, las represalias comunistas asumirán, seguramente, una intensidad mucho mayor.

Sin embargo, la gran probabilidad de que una guerra general, limitada del punto de vista atómico, degenere, en corto plazo, en una guerra nuclear ilimitada y total —reconocida por ambos antagonistas—, hará que los riesgos de la primera sean casi iguales a los de la última. De ahí la probabilidad, tampoco muy grande, de que ocurra, en esta era de paridad atómica y paulatina ampliación del número de potencias nucleares.

Y caemos, entonces, en la franja mucho más extensa de las *guerras localizadas* —sean las denominadas "guerras por el poder", en las cuales los principales contendientes se refugian detrás de los efectivos beligerantes, como la U.R.S.S. y China han insistido en hacer, sean aquellas en que la intervención de los Grandes se lleva a cabo de manera ostensiva—. También en ese particular, Occidente dispone de menor libertad de acción, pues la U.R.S.S. y China pueden utilizar fácilmente a sus satélites, como lo han hecho en Corea, y aprovechar las afamadas "fuerzas de voluntarios" mientras que, en la mayoría de los casos, los Estados Unidos tendrán que intervenir abiertamente, con sus propias fuerzas armadas.

poniendo en juego todo su prestigio internacional y enfrentando muchas veces el peligro de disensiones con algunos de sus aliados menos interesados o más temerosos. De ahí la rigidez mucho mayor de la posición de Occidente y, en particular, de los Estados Unidos, en cualquier conflicto de ese tipo.

En esas guerras localizadas, la limitación en el empleo de las armas atómicas y termonucleares surge como un corolario y nada más, ya que los centros de poder de ambos contendientes —los principales antagonistas tan enmascarados en el caso de una guerra por el poder— se encuentran situados más allá del área afectada, y por lo tanto no tendrá lugar el acto capital del conflicto atómico irrestricto. Tal vez el conflicto se llevará a cabo apenas con armas convencionales; el empleo táctico de armas atómicas será probablemente encarado, y más en el caso de que sea necesario compensar una enorme desproporción de efectivos entre los dos contendientes, incluso no será imposible el recurso de ataques nucleares y termonucleares de carácter estratégico, aunque siempre queden circunscritos al escenario de guerra tácitamente aceptado. En ese último caso, tendremos lo que podría denominarse *conflicto localizado total* —ya que el concepto de guerra total no deja de ser, en el fondo, apenas un concepto límite—. La tendencia de ampliación de una guerra localizada, de su generalización, por un lado, sin duda también estará presente, pero debe admitirse que no se lleve a cabo, pues, independientemente de cualquier tipo de técnicas más o menos ingeniosas de limitación de tales guerras, con las cuales sueñan los técnicos norteamericanos; lo que decisivamente mantendrá a éstas en proporciones controlables será el hecho de que no abarquen intereses vitales del Oriente comunista ni del Occidente democrático, de ninguno de los "Grandes" de cualquier lado.

Objetivos limitados e intereses secundarios no compensarán los tremendos riesgos de una generalización y totalización simultáneas de la guerra.

Es conveniente observar también que esas guerras localizadas, por más limitadas que sean, implican, en sí mismas, un serio desgaste de fuerzas, el mantenimiento de una insoportable tensión nerviosa —el temor de su expansión incontrolable, que puede sobrevenir en cualquier momento—, el riesgo de una sensible pérdida de prestigio; por lo tanto, constituyen para el bloque soviético, más resistente en su control dictatorial de las poblaciones, un arma inigualable para probar, aquí y allá, el dispositivo defensivo mantenido por Occidente a costa de una energía sobrehumana y de innumerables concesiones a aliados exigentes y casi siempre

desconfiados, en toda su amplia periferia, y poner a prueba principalmente la determinación de éste para la lucha. Si los occidentales demuestran, por equivocación, por comodismo o por exceso de confianza en el futuro, una debilidad pasajera, por la tibieza o atraso de las respuestas, los comunistas aprovecharán tal circunstancia para dar otro paso adelante en su obstinado programa de conquista del mundo, aumentando, al mismo tiempo, el poder de penetración de su ideología mistificadora con el prestigio de nuevos éxitos logrados. Es la vieja y tan fructífera estrategia del imperialismo soviético, que ya se había evidenciado en el proceso de satelización llevado a cabo en Europa y Asia, así como lo había hecho Hitler en los prolegómenos de la Segunda Guerra Mundial y, tradicionalmente, había sido el campo propio para el expansionismo moscovita de los grandes duques y zares —estrategia del salame que se come en rodajas finas o de la alcachofa que, hoja a hoja, se degusta—.

Sin embargo, tales guerras localizadas, aunque sean utilísimas para el Oriente agresor, sólo pueden ser emprendidas en la periferia del propio dominio comunista y preferentemente donde haya satélites a los cuales se pueda encargar, por poder, que tanteen las defensas occidentales y que ensanchen, si es posible, el área bajo control rojo —tanto en Corea y en Vietnam como en el Tibet y, actualmente, en las Quemoi y Matsu—.

Para actuar más en el interior del sistema defensivo de Occidente, se emplearía otra técnica. Y, en ese particular, la ideología comunista cumple su papel capital y de punta de lanza impalpable e insinuante, al movilizar una minoría disciplinada y fanática de profesionales de la revolución, al crear un ambiente de agitación y tumultos, al profundizar todas las disensiones y explotar todos los resentimientos, al insuflar constantemente el odio respecto del Occidente, todo a fin de promover, en la primer oportunidad favorable, la irrupción de un golpe de Estado —como en Irak— o de una insurrección de masas —como en Indochina—. Y ahí tenemos la *guerra subversiva, insurreccional* o *social revolucionaria,* que posibilita la agresión indirecta o incluso a la distancia, comandada desde el exterior, apoyada con técnicos de la subversión, los titulados voluntarios, armas, dinero, propaganda y amenazas de toda naturaleza, o por la presencia en las inmediaciones de los propios tanques y aviones chinos o soviéticos.

Las más extrañas alianzas a que nunca se niegan los comunistas, confiados en la ciega disciplina de todos sus partidarios, una hábil dialéctica que justifica las más sorprendentes vueltas de una política sinuosa frecuentemente paradójica, el cínico aprovecha-

miento de todos los oportunistas y de todas las ambiciones y de todas las fuerzas de corrupción y envilecimiento, les facilitan la tarea en todos los cuadrantes del globo. Ni América pudo liberarse de esas tentativas subversivas, como lo hemos visto, no hace mucho, en la Guatemala de Arbenz y en la Guayana de Cheddi Jagan. Todas las inquietudes y resentimientos y antiguos odios que desbordan en el Africa secularmente esclavizada, en el Medio Oriente saqueado, en la hambrienta Indonesia, son activados con las más frías destreza y determinación, con el objetivo de provocar la total disociación de las posiciones todavía mantenidas por Occidente en todos aquellos lugares. Y, sin duda, debe considerarse como seguro el recrudecimiento de esas guerras subversivas, en sus diversas variantes más o menos virulentas, en todo el mundo occidental, a partir del momento en que se desencadene una guerra localizada de importancia o, sobre todo, un conflicto general, pues éste será, para los comunistas, el hábil medio de romper la unidad de los pueblos de Occidente, dificultar o incluso impedir la intervención de muchos países, aislando a los principales antagonistas.

La guerra subversiva —incluyendo en ésta, por extensión, la técnica del golpe de Estado o del *putsch* repentino que siempre se beneficia de las indiscutibles ventajas de los hechos consumados— constituye la frontera imprecisa entre la guerra propiamente dicha, caracterizada por la efectiva entrada en acción de las fuerzas armadas, y la "guerra fría", única paz que podemos conocer en el mundo agónico y perturbado de nuestros días. En aquélla, las fuerzas armadas regulares tienen apenas un papel episódico, en la mayoría de las veces, o, por lo menos, ceden la primacía a la acción de los guerrilleros, de los saboteadores, de los *partisans*, por un lado, y a la represión de carácter casi policial, por el otro, a menos que el conflicto evolucione, como ha sucedido frecuentemente, a medida que los insurrectos adquieran firme control de ciertas partes del territorio conflagrado, hacia la guerra del tipo convencional o clásico, de proporciones reducidas; las armas atómicas no encontrarán ahí, ciertamente, empleo práctico y conveniente. En cuanto a la última —la llamada "guerra fría"—, en ella las fuerzas armadas "en ser" desempeñan un papel potencial, empleadas como amenaza permanente del desencadenamiento de la verdadera guerra, sea o no atómica, y participan de demostraciones, de intervenciones o de simples acciones de vigilancia policial. Pero en la guerra fría el esfuerzo se ejerce siempre en otros campos, a veces en el económico —por el *dumpig*, por el *boicot* por la ayuda económica y financiera, por la asistencia técnica, etcétera—, a veces en el psicosocial —por la propaganda y contrapropaganda incesantes, por el adoctrinamiento, por la exacerbación de resentimientos y disensiones, por la amenaza y por el terror— o también en el campo propiamente político, a través de la actuación de partidos simpatizantes, de alianzas partidarias de todo orden, de la quintacolumna o de las propias insurrecciones. Se trata de un juego diabólico y hábil que oscila entre el ofrecimiento de ventajas, de auxilios, de paz y la amenaza de daños, de peligros, de la guerra, entre regios donativos y presiones de todo tipo, entre la conquista por la simpatía y la conquista por el terror, ésas son las dos caras incesantemente intermutables con que se presenta el agresor para destruir la voluntad de resistir y, finalmente, la independencia y la libertad de la víctima elegida.

Ahora bien, todavía en esa estrategia de la guerra fría el Occidente lucha con evidentes desventajas: en primer lugar, no le es tan fácil, como para los señores de la guerra y de la paz en Moscú y Pekín, variar bruscamente de actitud, so pena de desprestigio ante todo el mundo, quiebra de la buena voluntad de los neutrales, debilitamiento de alianzas duramente logradas, restricciones a la propia unidad de visiones y de propósitos en su seno, y, en segundo lugar, porque el Occidente es una sociedad democrática, abierta a la infiltración de la propaganda enemiga y que, respetando la conciencia del individuo y la dignidad de la persona humana, no puede reprimir con eficacia la actuación disgregante de la quintacolumna soviética, de los simpatizantes y teleguiados comunistas.

La libertad democrática es un valor inestimable para la civilización de Occidente, y renegarla frente al agresor totalitario sería, en el fondo, confesarse *a priori* vencido. Eso lo saben bien los comunistas; los primeros que reclaman, en las plazas públicas, franquicias de la más liberal democracia, mientras se preparan para sofocarlas después, enseguida que tomen el poder.

La guerra fría, he ahí el verdadero cuadro de la coexistencia pacífica con que los comunistas llaman la atención de Occidente a través de sus rimbombantes y falsos llamamientos de paz, seguros de que, en tal ambiente, podrán lograr, con riesgos mucho menores, su objetivo final de conquista del mundo. De ahí el punto de vista defendido por George Kennan, cuando afirmaba: Lo que amenaza al Occidente no es tanto una agresión militar abierta como una acción política y militar combinada, "incluso más política que militar", a fin de aprovechar las debilidades de la civilización occidental, y contando más con esas debilidades para destruir al Occidente, que con el poder de las propias fuerzas soviéticas.

Observemos todavía que la estrategia de la guerra fría es, nece-

sariamente, una estrategia mundial y que, en el marco de ésta, el bloque comunista soviético coordina sus esfuerzos en dos grandes áreas distintas: la de los pueblos no occidentales, que trata de atraer a su órbita alejándolos de cualquier alianza o acuerdo con el Occidente, y la del propio mundo occidental, donde trata de sembrar la cizaña, la desconfianza y el caos, debilitándolo y disociándolo con su predicación antiamericanista, anticapitalista, anticristiana, materialista y demagógica. Por lo tanto, también en América del Sur estamos a la merced de la cínica ofensiva del comunismo disgregante y terco.

Resumiendo: las amenazas actualmente dominantes contra el mundo occidental abarcan desde esa guerra fría permanente, en que ya vivimos, hasta la guerra general y total, con el empleo ilimitado de las armas atómicas y termonucleares, por menos probable que sea ésta. Entre esos dos extremos, el de la única paz posible y el de la guerra en su máximo de violencia, se sitúan progresivamente: la guerra subversiva o guerra insurreccional, más o menos virulenta, más o menos prolongada; la guerra localizada, limitada al empleo del armamento convencional o admitiendo la utilización más o menos amplia de las armas atómicas; la guerra localizada total, atómicamente ilimitada —hipótesis evidentemente no muy fácil de verificar efectivamente—; la guerra general entre Occidente y Oriente, difícilmente del tipo clásico, casi seguramente atómica limitada, pero que puede evolucionar hacia la guerra general atómica irrestricta. En esa amplia franja, el golpe de Estado, el *putsch* repentino y brutal marca un punto de transición, si es verdaderamente posible encontrar uno entre la guerra y la paz, paz y guerra del mundo actual, tan diferente en eso de las épocas anteriores de la historia de Occidente, para las cuales la paz era realmente paz, a no ser en lejanos lugares coloniales donde —digámoslo en honor a la verdad— el imperialismo colonialista, agresivo y ambicioso, también llevaba a cabo sus interminables guerras frías y, a veces, algo más.

De todas esas amenazas partidas, en la actualidad, de otro imperialismo mucho más brutal y peligroso, ninguna parte de Occidente se halla protegida, por más lejos que se encuentre de las líneas de máxima tensión entre los dos mundos en lucha, fuera del extenso círculo de defensas periféricas, lejos incluso de las dos combinaciones de centros de potencia que se enfrenten —el conjunto Estados Unidos-Europa occidental y el del eje Moscú-Pekín—.

Sin embargo, parecería que, por sus vulnerabilidades específicas y por su reducido potencial de defensa, así como por su propia posición geopolítica, para los pueblos de esta retaguardia de Occidente en el continente de la América del Sur, el peligro es tanto más apremiante cuanto menos violenta la forma que revista —ya actual, presente, en el caso de la guerra fría indiscriminada de hoy—, mucho menos urgente en cuanto a las variantes subversivas de la guerra. La guerra localizada y la guerra general son dos espectros mucho más terribles, en realidad, pero todavía se esconden en los rincones de un futuro más o menos hipotético. Pero no nos deben hacer olvidar, de ninguna manera, los peligros más inmediatos.

4. El Occidente necesita al Brasil

Ante amenazas tan graves, multiformes y omnipresentes, el Occidente tendría que formular y seguir infatigablemente una estrategia coherente y coordinada en que se encuadrasen, debidamente, todos los Estados occidentales, cada uno de acuerdo con su capacidad real, sus necesidades propias, su potencial de guerra efectivo y las peculiaridades de su posición geopolítica, y que pudiese ser presentada a todos los pueblos no occidentales como un programa de acción, capaz de atraer a todos aquellos cuya alianza fuera indispensable a la defensa del mundo libre contra el expansionismo imperialista de las potencias comunistas.

Eso no sería una tarea fácil, a pesar de la incontestable supremacía de que disfruta, por su inigualable poder económico y militar, el gran país líder de América del Norte, supremacía que, por otro lado, tendría que ser manejada con habilidad diplomática para no herir las justas suspicacias y los resentimientos a flor de piel de aliados rebajados, en ese mundo de posguerra, a una posición nítidamente subalterna. La experiencia norteamericana, en ese particular, ha tenido muchos defectos; el esfuerzo, loable y fructífero, de trazar y conducir una política internacional por encima de los partidos, la tan celebrada política bipartidaria, no podría ser mantenido sin discrepancias ni brechas, durante un largo plazo, ante las naturales divergencias de ámbito interno y las conveniencias, no siempre patrióticamente superadas, de las sucesivas campañas electorales. El cansancio popular después de una larga y devastadora guerra, el desconocimiento todavía casi general respecto de los intereses vitales que se jugarían en lugares lejanos y extraños, la necesidad democrática de amplio debate público de las cuestiones más delicadas e incluso de las que demandarían un tratamiento sigiloso, la presión de grupos más preo-

cupados con ventajas inmediatistas que con el bienestar y el futuro de la nación —los célebres *lobbies*— y, no menos, las lamentables y estériles disputas de prestigio entre los militares de las tres fuerzas armadas, han sido tremendas dificultades que sólo el tiempo ayudaría, paulatinamente, a vencer. Por otro lado, los intereses propios de los diversos aliados y, sólo en menor escala, de los propios neutrales, tendrían que ser atendidos dentro de ciertos límites irreductibles para que el Occidente llegara, finalmente, a un grado mínimo de concordancia general, indispensable para la verdadera existencia de lo que mereciera el nombre de una estrategia colectiva o coordinada de todo el mundo occidental.

Ante todas esas dificultades, cada cual más seria, la tarea ya realizada parece ser, sin duda, extraordinaria, a pesar de los desacuerdos todavía evidentes, de los egoístas particularismos nacionales, del choque de opiniones e intereses que frecuentemente todavía separan —a veces incluso de manera espectacular— a los países de Occidente, en determinadas circunstancias o frente a ciertos problemas específicos —el caso de Suez, por ejemplo, o el reconocimiento de China comunista o el candente problema del colonialismo francés en la región norte de Africa—. Esas son divergencias que el bloque comunista no se cansa, hábilmente, de explotar siempre que le es posible, propiciándolas incluso mediante sus renovados llamamientos y propuestas en favor de la paz, del desarme, de la neutralización de Europa central, de amenazas de "atomización" discriminatoria, de ofrecimientos de ventajosos acuerdos por separado y toda una serie interminable de bien imaginados cebos.

Ciertamente, para los dirigentes comunistas, el problema es bastante más fácil, debido a la rígida estructuración del poder, jerarquizado y autoritario, entre la U.R.S.S. y los satélites, sin ninguna voz activa; aun así, las dificultades antiguas y siempre renovadas con el "titoísmo" ya les han dado bastante trabajo y es reciente el cambio de actitud impuesto, según lo que parece, por Mao al propio Krutschev, en ocasión de la última propuesta rusa en una reunión de cúpula.

Pero la multiplicidad de centros más o menos autónomos de decisión es una característica fundamental del Occidente, el cual tendrá, necesariamente, que aprender a elaborar y a conducir una estrategia de conjunto mediante la técnica democrática, mucho más delicada, de la discusión libre, de la persuasión hábil, de la conciliación de intereses y puntos de vista, del consenso general que se logrará solamente a través de la negociación diplomática perfectamente dirigida.

De cualquier forma, sin embargo, puede hablarse actualmente, sin forzar la expresión, de una estrategia occidental como un todo bien definido y coherente, válida para todo el ámbito mundial y duradero en el tiempo.

Y esa estrategia merece el nombre que ya se le ha dado de "estrategia de contención", por más que tal calificativo le hubiese sido más específicamente aplicado en una determinada etapa de su lenta y penosa formulación.

Efectivamente, el propósito fundamental, deliberadamente establecido, no es otro que el de contener el expansionismo comunista en sus actuales fronteras ya dilatadas, impidiéndole extravasarse más allá de ellas, a través del ataque militar o la penetración pacífica, de la agresión tanto ostensiva como disimulada, tanto directa como indirecta, y previniendo el lanzamiento a la distancia de nuevos retoños que logren crear, aquende la cortina de hierro, en una metástasis de la cual sólo el comunismo y el carcinoma han descubierto el maligno secreto, nuevos focos de perniciosa infección, y posteriormente de mucho más difícil extinción.

Ya han sido presentadas, y calurosamente defendidas, propuestas de una estrategia diferente, pero no han resultado en casi nada más que en una debilidad temporaria de la firmeza de la conducción estratégica y en algunos pocos ensayos de tímida aplicación. Y era natural que ellas oscilaran entre dos extremos bien definidos: por un lado, una "estrategia del aislamiento" que pretendía renovar las prácticas ya tan desmoralizadas de un aislacionismo superado y totalmente imposible, en un mundo indivisible y menguante a simple vista, en que la "fortaleza de las Américas" ya no podría sobrevivir cercada por océanos reducidos a simples manchas, en las multiplicadas escalas de los alcances de las modernas armas de guerra; y, por otro lado, la audaz pero poco realista estrategia del *roll back*, de la "repulsión", con la cual se imaginaba poder golpear y comprimir al dominio comunista, particularmente en su estrecho frente de Europa central, aprovechando una supuesta capacidad insurreccional de los pueblos duramente subyugados de los países satélites o recurriendo brutalmente a la propia guerra atómica preventiva.

El hecho de que esa repulsión era impracticable y tal vez suicida, lo ha demostrado la propia realidad; no dejaría de ser un crimen injustificable e incluso contraproducente incentivar la rebelión inútil de poblaciones indefensas bajo una tiranía capaz de todo, como se ha podido comprobar claramente a través de la hedionda masacre de Hungría; y en lo relativo a la guerra pre-

ventiva, eso no pasaría de un mero esfuerzo de imaginación de algunos publicistas exaltados o teóricos desubicados, pues el Occidente jamás estaría en condiciones de desencadenarla, violentándose a sí mismo y enfrentando la reacción conminatoria de toda la humanidad, incluso durante el período en que dispuso de un decisivo dominio atómico.

En el polo opuesto, el aislacionismo ya no sería capaz de captar el apoyo de un pueblo que, ya por dos veces, sería engañado por esa tesis, y cuya maduración política se había producido, aceleradamente, a través de las trágicas dificultades de dos guerras totales en el corto período de un cuarto de siglo.

Estamos considerando la elección decisiva entre alternativas estratégicas fundamentales, del punto de vista más particular de los Estados Unidos. Además, no sería cualquier otro país de Occidente, sobre todo en la Europa devastada por una dura guerra de largos años, amenazada tan de cerca por el rollo compresor del atrevido Ejército Rojo, deseosa de una rápida reconstrucción de su economía destrozada, ansiosa por respirar de nuevo, a cualquier precio, un poco de tranquilidad y de paz, el que prestaría atención a propósitos agresivos y mucho menos a una propuesta del orden de esta arriesgada estrategia de repulsión. Pero, si bien no un aislacionismo reconocidamente imposible, por lo menos anhelos análogos de un escapismo abúlico y ciego, a veces enmascarado por racionalizaciones bien construidas sobre la base de frustraciones y resentimientos de un prestigio que se desvanecía, darían lugar a la fórmula "neutralista", que tanto eco encontraría en Francia. Se levantaría la bandera de una cómoda e ilusoria "tercera posición", a través de la cual los pueblos de la vieja Europa occidental asumirían el importante papel de "fiel de la balanza" entre el mundo comunista del Este y los Estados Unidos de allende el mar. ¡Como si lo que estuviera en juego fueran simples intereses partidarios de los opulentos norteamericanos y no la cuestión vital de la propia supervivencia de todo el mundo de Occidente! ¡Y además, como si tuviera cualquier posibilidad de ejercer tan decisivo papel quien muy poco representara, por sí mismo, como real poder estratégico, entre dos colosos de uno y otro lado, tan cercanos! En la balanza estratégica, el fiel debe ser un contrapeso capaz de desequilibrar al conjunto, decidiendo la victoria a su libre arbitrio cuando ha decidido comprometerse.

En tal caso, las tesis neutralistas, interpretadas de varias formas y traduciendo las más diversas motivaciones, encontrarían una fuerte resonancia en los rincones más lejanos, por todo ese pobre mundo dramáticamente oprimido entre el imperio comunista y la gran comunidad de Occidente, incluso en ciertos sectores legítimamente integrados a ésta. ¿No las quiso el propio Perón incorporar a su híbrido justicialismo criollo?

En el proceso de su afirmación, como directriz fundamental del Occidente, la estrategia de contención, recurriendo a las luminosas teorías geopolíticas de Spykman sobre el valor intrínseco de la Rimland de Eurasia —orla anfibia contigua a la tierra-corazón de Mackinder— se empeñaría, desde los primeros tiempos, en la inmensa tarea de organizar sólidamente los amplios, heterogéneos y subdivididos espacios periféricos que del Báltico al Mediterráneo oriental, por el sur del mar Negro y del Caspio, por el Asia meridional y del sudeste, por los mares de China y de Japón y de Okhotsk limitaban una potencial circunvalación ante la avalancha comunista. Sería la laboriosa construcción, todavía no concluida hasta hoy, del cinturón que ceñiría a todo el mundo infectado por el virus del marxismo-leninismo —réplica mejorada y ampliada del viejo concepto de "cordón de aislamiento" tan popular en Versalles, el trasplante, en una escala nunca vista anteriormente, del sistema medieval de las llamadas "marcas" germánicas—.

Habría tremendos errores de concepto como en el caso de China y de los supuestamente inofensivos "comunistas agrarios" de Mao, tergiversaciones, atrasos e incluso defecciones de algunos como en el sangriento conflicto de la península coreana, terquedades gloriosas pero inútiles como en Indochina donde Dien Bien Phu sería marco de la tradicional gallardía francesa, o incluso ni gloriosas ni útiles como en la Argelia actual; todo eso a partir de una situación de base enteramente desfavorable que la estrechez de la visión política crearía, contra las advertencias mal recibidas de Churchill, en una conquista excesivamente "militar" de Europa y la buena fe y el idealismo generoso de Roosevelt, estimulados por ciertas influencias nocivas, habrían permitido en Teherán y en Yalta.

Sin embargo, la original y fecunda concepción del Plan Marshall, que constituiría uno de los mayores éxitos de Occidente en el sentido de un pleno reconocimiento de su vital y fraterna solidaridad y que levantaría a Europa sobre sus escombros todavía humeantes, la lenta y penosa estructuración de la O.T.A.N. como vigoroso organismo de seguridad colectiva, a través de innumerables tropiezos y de tentativas abortadas como la de la Comunidad Europea de Defensa, la creación paralela de la O.T.A.S.E. en el otro extremo del mundo, las decididas iniciativas de los Estados Unidos, que se consustanciarían en las llamadas Doctrinas

Truman y Eisenhower y en la Resolución de Taiwán, la milagrosa articulación del Pacto de Bagdad, todavía válido hasta un cierto punto, a pesar de la reciente anulación de Irak, el Pacto Balcánico también, los acuerdos bilaterales de los Estados Unidos con la España de Franco, la Yugoslavia de Tito, con China nacionalista y Japón, serían otros pasos decisivos en la paulatina edificación de un dispositivo estratégico, no sólo militar sino también económico y político, traduciendo el concepto básico de contención del comunismo, brillantemente transformado en una realidad palpable. Y hay que notar todavía que, en esa amplia área que se extiende bastante más allá del propio mundo de Occidente, habría resistencias de todo orden, algunas incluso imprevisibles —el constante recelo y las múltiples desconfianzas respecto de quien se había hecho odiar, en esos lugares, debido a un colonialismo opresor y estrecho, las frecuentes vulnerabilidades locales desmoralizando cualquier espíritu de resistencia y de lucha, el justificado temor de posibles represalias por parte de los comunistas y, no menos, antiguas y profundas disensiones regionales entre vecinos cuya cooperación se volvería indispensable en el marco general de la defensa de Occidente, la múltiple división social social entre potentados y parias, entre castas o clases, entre religiones y entre razas distintas—.

Actualmente, la barrera anticomunista, pegada a las cortinas de bambú y de hierro, ya presenta una apreciable solidez en todo el flanco europeo, desde la Escandinavia a la Anatolia; desde ahí hasta el este, sin embargo, el baluarte más consistente del sudeste asiático, a pesar de discontinuo y algo nucleado en la retaguardia por la indiscutible firmeza y potencia del A.N.Z.U.S., surge, todavía más o menos aislado, entre una periclitante coalición en el Medio Oriente en ebullición, por un lado, y los simples puntos de apoyo espaciados y restringidos de Formosa, de Corea del Sur y de Japón, por el otro —cuya contribución reside, en realidad, mucho menos en el potencial de guerra de que pueden disponer por sí mismos, que en las ventajas que ofrece su posición geográfica que, aunque precaria, es valiosísima—. Aquí la carga recae pesadamente sobre los Estados Unidos. Y la 7ª Flota es, sin duda, el núcleo vital de defensa contra la amenazadora China tan cercana que, al lado de la Rusia siberiana, se inclina en un largo frente sobre la cadena de mares interiores del Pacífico occidental. Allí está la extensa brecha neutralista de India, disociando al Pakistán en dos vulnerables mitades, un poco más allá; Afganistán un poco más aquende; Birmania, Laos, Camboya, Vietnam del Sur, Malaya e Indonesia, perennemente convulsionados, inestables, indecisos y débiles, en su inmadurez política y su bajo nivel de vida. Mientras tanto, en el Medio Oriente, lo que todavía queda del Pacto de Bagdad se encuentra ya entre dos fuegos. Rusia siempre lista a desbordar hacia el sur según la línea tradicional de sus viejos planes expansionistas, y el antioccidentalismo resentido de Nasser, movilizando agresivamente a una fanático nacionalismo árabe que amenaza con convulsiones a toda aquella región y no se ha mostrado esquivo a acuerdos con los propios comunistas.

Siendo así, en la muralla de contención que el Occidente trata perseverantemente de construir alrededor de la ola imperialista todavía mal reprimida del expansionismo sino-ruso, se ofrecen dos amplias y profundas vías de acceso más fácil al avance comunista.

— una, a través de la India o flanqueándola por el este, vía Birmania y Malaya, hacia el alargado arco indonesio, por donde, infiltrándose entre las Filipinas y Australia, esbozaría el envolvimiento de ésta por el norte, que se completaría sin dificultades a través de la conquista de Nueva Guinea;

— la otra, todavía a través del subcontinente hindú o desbordándolo ahora por el este, por el territorio de Afganistán, rumbo a la encrucijada vital del Medio Oriente, ya amenazado desde su propio interior por la agresión disimulada en revolución liberadora.

Además de eso, queda apenas la posibilidad de ataques frontales, ciertamente mucho menos fructíferos, sobre Formosa o Corea del Sur o, menos probablemente, sobre el Japón insular —en el Asia—, directamente también sobre el Medio Oriente, desde ambos lados del Caspio, contra la propia O.T.A.N. en Europa o si no transpolarmente, sobre Canadá y los Estados Unidos. Pero todas serían, evidentemente, acciones muy difíciles, susceptibles de provocar casi seguramente en los dos primeros casos, ciertamente en los demás, el desencadenamiento de una guerra general, mientras que todavía subsisten francas posibilidades de progresar, subrepticiamente, a través de la astuta táctica de la subversión insuflada y alimentada por las fronteras o del golpe de Estado cuidadosamente preparado y apoyado desde el exterior. Así, en esos limitados frentes de tensión, lo más probable es que los comunistas se limiten a repetidos ataques de alteración y desgaste, fintas y demostraciones, con el objetivo de verificar el estado de alerta y la capacidad de resistencia de las potencias occidentales o distraerles la atención de otras maniobras que traten de realizar en otros lugares.

Para atenderlos, no le bastaría al Occidente disponer de un poder nuclear de intimidación, respuesta violenta y, por eso mismo, exageradamente rígida, no siempre aplicable en el caso de amenazas limitadas, so pena de provocar, en esta nueva era de trágica paridad en armas atómicas y, sobre todo, como lo dice Jules Moch, de "igualdad balística", la monstruosa y tan temida hecatombe.

Sería necesario contar con fuerzas militares preparadas y organizadas preferentemente con elementos locales debidamente equipados y asistidos, reforzados, si es necesario, por destacamentos dotados del armamento más poderoso y moderno. Sería preciso mantener, en las proximidades, fuerzas de tareas móviles, prontas para acudir en caso de alarma —reservas regionales como las flotas atómicas del Mediterráneo y del Pacífico—. Sería también indispensable constituir un primer escalón de reserva general, brigada de choque altamente móvil y bien equipada, capaz de atender, en el más corto plazo, como bomberos internacionales de una nueva estirpe, a los focos de perturbación creados por los comunistas o las amenazas de ataque tanto de Rusia como de China, en el extenso perímetro del mundo libre.

De cualquier forma, representando la contención del comunismo en sus actuales fronteras el propósito fundamental de la estrategia de Occidente, es natural, por lo tanto, que los Estados Unidos, como país líder del bloque occidental, por su muy superior poder económico y militar, estén concentrando esfuerzos en la estructuración, fortalecimiento y apoyo de esas defensas periféricas tanto en Europa como en Asia, mediante la ayuda financiera altamente discriminadora, la asistencia técnica en alta escala, el suministro de material de guerra, la amplia cooperación económica y el mantenimiento, en las proximidades, de poderosas fuerzas militares. Todo eso sin perjuicio del elevado grado de eficiencia en que se mantenga el poder de intimidación atómico. Pero entre esos dos polos de atención —uno focalizado en el propio territorio continental y otro vigilante a lo largo del cinturón avanzado de defensa—, el resto del mundo, en casi toda el Africa y en las Américas, tanto Central como del Sur, quedaría relegado a un segundo plano bien nítido en las preocupaciones y asistencia de los Estados Unidos, casi enteramente guiadas, aquí, por intereses inmediatistas e inconfesables de los altos círculos financieros de aquel país.

Y, sin embargo —restrinjámonos al panorama americano donde no hay, como en el Africa, intereses exclusivistas de países metropolitanos, cuya alianza importaría sobre todo resguardar de posibles conflictos, lo que exigiría cautela y tacto, por otra parte no siempre logrados, en cualquier tipo de interferencias— las potencias mayores de Occidente y en particular los Estados Unidos, más directamente interesados, no pueden prescindir de las Américas Central y del Sur:

— en cuanto a su apoyo macizo, indiscutiblemente ponderable y a veces decisivo, en las deliberaciones de las Naciones Unidas;

— en lo que se refiere al suministro de materiales estratégicos o críticos cuyas fuentes de producción están situadas en regiones de alta inestabilidad, extremadamente vulnerables a cualquier embestida comunista, ostensiva o enmascarada, además de que, en el caso de guerra general, exigirían un transporte marítimo oneroso, demorado y sujeto a la intensa campaña submarina que los soviéticos no dejarán de desencadenar —y en este caso se encuentra, como es sabido, el petróleo del Medio Oriente—;

— en lo que se refiere a la protección del tráfico marítimo en ese mediterráneo atlántico, que constituye la única área de circulación suficientemente segura, alternativa obligatoria en el caso de un colapso siempre posible de Suez o de Panamá;

— en lo referente a la travesía aérea, más directa y mejor protegida por encima del océano, entre América del Sur y el continente fronterizo, retaguardia inmediata y vital del baluarte europeo de defensa;

— en lo relativo a la sólida estructuración de un sistema eficaz de seguridad colectiva continental que permita garantizar, en caso de guerra, la inviolabilidad de las posiciones, situadas bien en el interior del dispositivo defensivo de todo el Occidente,

— y, todavía, en lo que concierne a la cooperación militar de un valioso potencial demográfico en operaciones extracontinentales, sea de simple vigilancia policíaca en áreas neutralizadas como lo es, actualmente, la franja de Gaza, o incluso de refuerzo a las tropas de Occidente, en el caso de guerra más prolongada en que haya necesidad de enfrentar a las incontables masas de Rusia o de China.

Ahora bien, Brasil, por el prestigio de que ya goza en el continente y en el mundo, por sus variadas riquezas naturales, por su elevado potencial humano y, además de eso, por su inigualable posición geopolítica a lo largo del Atlántico Sur, ocupa una situación de singular importancia en cuanto a la satisfacción de todas esas imperiosas necesidades de defensa del Occidente.

Sin embargo, es necesario considerar que América latina —y, en su contexto, Brasil—, por sus debilidades económicas, su inmadurez política y su bajo nivel cultural, es, sin ninguna duda, extremadamente vulnerable a la agresión comunista, enmascarada bajo la forma de infiltración y subversión a la distancia y, por lo tanto, reforzarle la capacidad de resistencia eliminando las condiciones locales tan propicias a la implantación final, en esta región de capital importancia para Occidente, de una cabeza de puente comunista o depósito favorable a los rojos, es una tarea de las más relevantes y de mayor urgencia que las grandes potencias occidentales y, en particular, los Estados Unidos tan cercanos, no podrían ni deberían de forma alguna descuidar, poniéndola en un nivel muy inferior de su amplia lista de prioridades estratégicas.

Eso se verá en el futuro.

5. Brasil depende de Occidente

Un hecho que para nosotros, brasileños hoy, no admite ninguna discusión es que Brasil depende esencialmente —¡y cuánto!— del resto de Occidente y, en particular, de los Estados Unidos, para su comercio, su desarrollo económico, su progreso técnico y cultural e incluso para su propia seguridad.

Lo sabemos perfectamente porque lo sentimos en nosotros mismos con la amargura de una frustración que ya tiene algunos siglos, y con una creciente ansiedad por un futuro más afirmativo que tanto tarda, frustración y ansiedad que logran empañar los sueños ingenuos y llenos de esperanza que fueron propios de muchos de nuestros abuelos.

Ante la embestida multiforme y tenaz de un nuevo imperialismo insaciable que maneja hábilmente una ideología disociadora, que se dice campeona de la justicia social y de las verdaderas libertades del hombre, que se enmascara bajo las más justas aspiraciones nacionalistas y los más nobles ideales democráticos, que hace de la demagogia su mejor aliado y de la corrupción el cómplice más fiel, que solapa todas las creencias y desmoraliza todas las virtudes, que rechaza a la religión como el opio de los pueblos y propaga un estéril fanatismo como vil sucedáneo, que mistifica, que esclaviza, que envenena, que mata, nos damos perfectamente cuenta hoy de las graves y múltiples vulnerabilidades que presenta Brasil y las cuales urge reparar con rapidez, para que no zozobremos en ese gigantesco enfrentamiento entre los dos mundos irreconciliables.

Es necesario que Occidente, del cual América latina no representa más que un débil eslabón, comprenda, finalmente, que no será posible combatir, con seguridad de éxito, las promesas del milenio comunista juntamente con las indiscutibles e incluso espectaculares realizaciones en el dominio de la ciencia, de la técnica y de la producción material de riquezas, a no ser ofreciendo, a todos los pueblos subdesarrollados de la Tierra, una alternativa distinta entre la estancación y la miseria generalizada, por un lado, y la industrialización, el progreso material, el poder nacional, por el otro, aunque éstos hayan sido logrados a costa de tremendos sacrificios, en un régimen totalitario. Y, para hacerlo, nunca serán suficientes las prédicas más o menos faltas de sinceridad sobre las insuperables virtudes de la libre empresa, el cínico adoctrinamiento en favor del eterno mérito del capital extranjero, las tesis sobre las inigualables ventajas de un librecambismo ya difunto y las maravillas de la división internacional del trabajo, las pregonadas vocaciones agrícolas o las repetidas demostraciones de la admirable perfección del mecanismo automático del mercado libre. Serán contraproducentes los préstamos que subordinan cada vez más el deudor al bolsillo ávido y a la fría voluntad de los prestamistas, el ofrecimiento de armas casi siempre obsoletas con que se trata de agradar a los militares, la distribución de encomiendas para halagar vanidades, de onerosas recompensas para pagar dedicaciones, de grandes oratorias para embaucar a los ingenuos y el apoyo, ostensivo o enmascarado, a todas las vigorosas dictaduras, a todos los potentados y a todas las corrupciones.

Lo realmente importante, en el caso, sería una grande y vehemente demostración de la vitalidad y poder de creación del propio régimen democrático, a través de la rápida elevación del nivel de bienestar, de riqueza y de progreso de los pueblos subdesarrollados. Sería evidenciar, ante los ojos del mundo, a través de una experiencia en alta escala, indiscutible e inspiradora, que en ese régimen, sin sacrificio de las libertades públicas, sin opresión de la personalidad humana, sin esclavitud ni trabajos forzados ni campos de concentración, ni brutales masacres, es posible romper el deprimente ciclo del subdesarrollo económico y llevar un pueblo a la plena realización de sus destinos históricos. Sería probar, de manera concluyente y sugestiva, que las críticas y los ataques contra el capitalismo explotador y mezquino, la rapiña sin freno de las grandes empresas internacionales, la odiosa prepotencia del imperialismo expropiador de bienes y esclavizador de naciones ya no armonizarían con una realidad elevada a planes mucho más altos

de reconocimiento de la solidaridad humana y del deber de cooperación entre los pueblos.

Ahora bien, ninguna experiencia de ese orden, más vehemente y más decisiva, podría llevarse a cabo más que la requerida, hoy, por la grave crisis económica y social que sofoca y esteriliza los desmedidos esfuerzos de las poblaciones latinoamericanas, en su lucha por un futuro mejor. Más resguardada de interferencias por parte del bloque comunista, más próxima a los centros propulsores del dinamismo norteamericano, dotada de una buena base territorial y de inmensas riquezas todavía casi inexplotadas, disponiendo de un potencial demográfico con satisfactorios índices de movilización para tareas de reconstrucción, profundamente cristiana, animada por ideales democráticos y creada en el seno de la propia cultura occidental, América latina, de la cual Brasil es, en sí mismo, una expresión y un espejo, constituye un amplio y promisorio campo para una experiencia tal, sin duda generosa pero también de alta significación para la defensa de los postulados, de los valores, de las creencias de toda la Civilización de Occidente que, actualmente, ya se presenta casi desnuda en su esterilidad y en su incapacidad de atracción, ante el ataque tenaz y disgregador de la ideología marxista.

Rendimiendo a los pueblos hermanos de esta América, el Occidente redimiría, por la esperanza, a todos los pueblos de la Tierra. Y las sirenas comunistas cantarían al insensible viento sus atrayentes promesas...

6. Conclusión

Por lo tanto, entre todo aquello que hace que Occidente necesite a Brasil y a América latina, y lo que América latina y Brasil tienen el derecho de esperar de Occidente, entre las reales necesidades de una clara estrategia global de Occidente y las exigencias vitales de una estrategia nacional de Brasil, se abre apenas un foso, menos en lo referente a la divergencia de propósitos, de objetivos, de fines, que propiamente en la definición de prioridades, de escala y ritmos de ejecución. Y sin embargo, para la solución definitiva del problema del subdesarrollo continental, la cuestión de ritmo y de escala es, sin duda, capital. Representa, en realidad, la distancia que va del fracaso casi seguro al éxito casi totalmente garantizado.

El reconocimiento por los países líderes de Occidente, en particular por los Estados Unidos, de la precisión y de la solidez de nuestros anhelos dependerá, sin embargo, en gran parte, de nosotros.

Y es necesario argumentar, discutir, aclarar, con pruebas, con datos positivos, con propuestas concretas.

Es necesario unir también a las demás naciones latinoamericanas, igualmente interesadas, en una campaña coordinada y activa.

Es necesario dar claras demostraciones de nuestra propia capacidad de realización, a través de la justa proporcionalidad de nuestros problemas, del establecimiento de sensatas normas prioritarias entre ellos, de la solución efectiva, aunque parcial debido a los exiguos recursos disponibles, de los que más nos afligen y nos cierran el franco camino del progreso.

Es necesario atestiguar la honestidad de nuestros propósitos, por la aceptación consciente de sacrificios y la firmeza de nuestra conducta, por una indiscutible austeridad en la acción.

Es necesario, sobre todo, probar fehacientemente que somos, no sólo por el origen sino todavía más por convicción, pueblos de ese mundo libre de Occidente, que estaremos listos a defender, sin tergiversaciones cobardes ni subterfugios deshonrosos, cuando llegue la extrema hora de la prueba.

Para nosotros, pueblos de esa otra América todavía embrionaria y en lucha contra la miseria y el hambre, el supremo testimonio de la redención es el sentido de las responsabilidades propias en la defensa de Occidente.

BIBLIOGRAFIA

1 Alexander, Franz, "Nuestra Era Irracional", Ed. Poseidón, Buenos Aires, 1944.

2 Aron, Raymond, "The Century of Total War", The Beacon Press, Boston, 1956.

3 Brinton, Crane, "The Shaping of Modern Mind", Mentor, The New American Library, Nueva York, 1953.

4 Eliot, T. S., "Notas para la Definición de la Cultura", Emecé Ed. S.A., Buenos Aires, sin fecha.

5 Hart, B. H. Liddell, "La Defensa del Occidente", Biblioteca del Oficial, Buenos Aires, 1951.

6 Lippmann, Walter, "The Cold War: A Study in U.S. Foreign Policy", Harper and Brothers, N.Y., 1947.

7 Müller, Herbert, J., "The Uses of the Past", Mentor, The New American Library, Nueva York, 1954.

8 Northrop, F. S. C., "The Taming of the Nations", The Macmillan Co., Nueva York, 1952.

9 Popper, Karl R., "A Sociedade Democrática e seus Inimigos", Editora Itatiaia, Belo Horizonte, 1959.

10 Sorokin, Pitirim A., "La Crisis de Nuestra Era", Espasa-Calpe, Argentina S.A., Buenos Aires, México, 1948.

11 Sorokin, Pitirim A., "Rusia e Estados Unidos", Editora Universitária, São Paulo, sin fecha.

12 Russell, Bertrand, "Elogio de la Ociosidad y otros Ensayos", Aguilar, Madrid, 1953.

APENDICE 1

1. Formulación de un concepto estratégico nacional (Ensayo metodológico)

El Concepto Estratégico Nacional –C.E.N.– es la directriz fundamental que, en un determinado período, debe orientar toda la estrategia de la nación, a fin de lograr la consecución o la salvaguarda de los Objetivos Nacionales a pesar de los antagonismos que se manifiestan o pueden llegar a manifestarse, tanto en el campo internacional como en el ámbito interno del país.

Ahora bien, en sentido amplio, la estrategia de una nación se confunde, como ya lo hemos visto, con la propia Política de Seguridad Nacional, siendo ésta responsable:

– por un lado, de la preparación en el debido tiempo y la conveniente adecuación del instrumento integral de la acción estratégica –el Poder Nacional– mediante la elevación o el fortalecimiento del Potencial de la nación y su transformación oportuna en poder efectivo;

– por otro lado, de la concepción y conducción, en tiempo de paz y durante la guerra, del conjunto de acciones estratégicas que tienen como objetivo, tanto en el ámbito interno como en el campo internacional, la superación o neutralización de los antagonismos que se manifiesten contra la consecusión o la salvaguarda de aquellos Objetivos Nacionales.

Por lo tanto, se puede decir, en síntesis, que el C.E.N. es la directriz fundamental de la Política de Seguridad Nacional, tanto en la paz como en la guerra.

2. Su formulación se fundamenta:

— en los Objetivos Nacionales Permanentes (O.N.P.);

— y en una Evaluación Estratégica de la Coyuntura (nacional e internacional).

(Véase esquema 2).

3. O. N. P.

a) Los *Objetivos Nacionales Permanentes* son nada más que la traducción de los intereses y aspiraciones del grupo nacional, considerando su propia *supervivencia como grupo*, es decir, asegurando las tres condiciones básicas de *autodeterminación*, creciente *integración* y *prosperidad*, dentro del marco espacial, impuesto por la tradición histórica o requerido por condiciones consideradas como esenciales para aquella misma supervivencia.

Tales objetivos definen, por lo tanto, la actitud del grupo considerado, en su vida interior y en su vida de relación (sobre todo en los contactos con otros grupos nacionales).

b) La elaboración de los O.N.P. es, por así decirlo, instintiva, y resulta naturalmente del proceso histórico a través del cual el grupo adquiere y plasma una conciencia nacional.

c) Su carácter de permanencia es, sin duda, apenas relativo, pues tales objetivos admiten variaciones más o menos pronunciadas dentro de largos períodos de tiempo, según el grado de madurez política logrado por el grupo nacional en su evolución cultural, económica y social. (Compárese el aislacionismo del Japón feudal con la política agresiva del Mikado en épocas recientes y medítese sobre el despertar de una conciencia nacional en el mundo árabe de nuestros días.)

d) Si bien muchos de ellos constituyen objetivos reconocidos como tales por cualquier grupo nacional —la integridad territorial, la independencia política, por ejemplo—, hay otros, sin embargo, que son características de determinados grupos en ciertas fases de su evolución histórica, traduciendo un mayor o menor índice, positivo o incluso negativo, de *extroversión* y *agresividad*. (Ej.: la pasividad y la quietud tradicionales de la China precomunista, el espíritu imperialista de la Prusia de Bismarck y de la Alemania de Guillermo II y de Hitler, la doctrina norteamericana del "destino manifiesto".)

e) Al tratar de definirlos en términos precisos, es importante eliminar al máximo las superestructuras ideológicas y las racionalizaciones más o menos ilusorias con las cuales frecuentemente se enmascaran las aspiraciones e intereses de fondo más egoísta y de carácter más agresivo. (Ej.: el liberalismo económico inglés, que disimulaba los intereses ligados al mantenimiento de un indiscutible privilegio económico —el resultante de la más rápida industrialización de Inglaterra—; la doctrina del *Lebensraym* y de los *Have not* encubriendo el apetito imperialista germánico; el comunismo stalinista como justificación de la tradicional política de expansión de Rusia.)

4. Evaluación estratégica de la coyuntura

a) Tal evaluación es un estudio objetivo de los factores geográficos, políticos, psicosociales, económicos y militares que forman la coyuntura internacional y nacional, con la finalidad de formular *juicios de valor* sobre la realidad estratégica del momento y sobre el sentido y ritmo de su evolución, en el tiempo y en el espacio.

Comprende:

— un *análisis* de los factores anteriormente mencionados, y

— una *síntesis*, el establecimiento de Premisas Básicas, esenciales a la formulación del C.E.N.

b) *Análisis de los factores de la coyuntura:*

1. Por cuestiones de método y para hacer más fácil ese análisis, los factores de la coyuntura pueden ser examinados en cuatro categorías:

— *Factores políticos*

en el ámbito nacional: cultura política del pueblo, organización administrativa, estructura política, dinámica partidaria, grupos de presión, etcétera;

en el campo internacional: antagonismos y roces, cooperación internacional, acuerdos y tratados, alianzas y contraalianzas, organismos supranacionales, etcétera.

— *Factores psicosociales*

en el ámbito nacional: datos demográficos (volumen y composición de la población, distribución espacial, etcétera), educación, cultura y adiestramiento técnico, estructura y dinámica sociales, mentalidad nacional, moral del pueblo, ideologías y opinión pública, etcétera;

en el campo internacional: ideologías en conflicto, caracterización psicológica y social de grupos antagónicos, potencial demográfico de otras naciones, etcétera.

— *Factores económicos*

en el ámbito nacional: recursos naturales, fuerza de trabajo, finanzas, equipo de producción y circulación, estructura económica, etcétera;

en el campo internacional: interdependencia y rivalidades económicas, circulación económica internacional, potencial económico de grupos antagónicos, organizaciones supranacionales y sus actividades, etcétera.

— *Factores militares*

en el ámbito nacional: estructura militar, potencial militar, desdoblamiento territorial de las fuerzas, etcétera.

en el campo internacional: potencial militar de grupos antagónicos, etcétera.

Tales categorías de factores se diferencian —como se ve—, aunque no exclusiva ni rígidamente:

— por la propia *naturaleza* de los factores considerados, en relación con su campo de aplicación particular;

— por el *punto de vista especial* según el cual son apreciados y evaluados.

Así, las repercusiones de orden militar de los factores de naturaleza propiamente económica serán consideradas en el análisis militar; las consecuencias de carácter político de los factores sociales y psicológicos, en el análisis político. De esa forma se podrán tener en cuenta las complejas interrelaciones existentes entre los varios factores.

2. Cada categoría de factores deberá ser considerada necesariamente respecto de su condicionamiento *espacial* (geográfico) y *temporal* (histórico).

Así, por ejemplo, la compartimentación espacial, bajo el triple aspecto de la extensión, de la forma y de la posición, será considerada a través de su valor e influencia para cada categoría de factores e incluso, en algunos casos, específicamente respecto de ciertos factores aislados más dependientes de las condiciones geográficas; los aspectos fisiográficos deberán ser considerados sucesivamente como condicionantes de la población, de la capacidad de producción, de la circulación política y económica, de las facilidades o dificultades que ofrezcan a las operaciones militares, etcétera; en el análisis de antagonismos y roces (factores políticos) se delimitarán las respectivas zonas de roce, áreas de influencia de los centros de poder antagónicos, las fronteras de presión, corredores de menor resistencia, etcétera; en el examen de la circulación económica se considerará particularmente el trazado de las grandes rutas internacionales o de sus entroncamientos viales y ferroviarios de la red interna de transportes, sus puntos sensibles, zonas de estrangulamiento, áreas de influencia, etcétera.

Por otro lado, las tradiciones históricas de cada pueblo serán debidamente tomadas en consideración en la apreciación de los diversos factores políticos, económicos, militares y sobre todo psicosociales, y, particularmente, en cuanto a los antagonismos identificados, tanto en el panorama internacional como en el ámbito interno, se tratará de distinguir, a través de sus antecedentes, sucesivos períodos de crisis y de latencia, a fin de entender el sentido y el ritmo de su evolución.

3. En el análisis de los factores de la coyuntura se tendrá en vista, especialmente, el poder clasificarlos a la luz de los Objetivos Nacionales Permanentes ya definidos, según influyan o puedan llegar a tener influencia favorable o desfavorable en la consecución y salvaguarda de tales objetivos, estimando sobre todo el grado de esa influencia.

Y tendremos así:

Factores positivos (favorables)

— Componentes o factores (intrínsecos del Potencial Nacional);

- naturaleza;
- valor actual;
- valor en un futuro previsible.

– Elementos de cooperación internacional (que también son factores del Potencial Nacional, aunque de carácter no intrínseco):

- naturaleza;
- valor actual;
- valor en un futuro previsible.

Factores negativos (desfavorables)

– Presiones internas o externas, actuales o potenciales, contrarias a los O.N.P.:

- naturaleza;
- intensidad;
- origen;
- causas;
- dirección;
- incidencia.

– Vulnerabilidades del Potencial Nacional:

- naturaleza;
- grado;
- incidencia;
- causas;
- repercusiones y consecuencias.

c) *Premisas básicas:*

La integración de las conclusiones y de los juicios parciales resultantes del análisis de todos los factores actuantes en los campos nacional e internacional se traducirá seguidamente por el establecimiento de las Premisas Básicas que, como se ha dicho, son *juicios de valor* sintéticos sobre la realidad estratégica del momento y sobre el sentido y el ritmo de su evolución, en el tiempo y en el espacio.

En tales premisas, se tratará de definir:

– *el valor del Potencial Nacional*, movilizable –en el momento y en un futuro previsible– para la consecución o salvaguada de los O.N.P. (tal valor es nada más que la resultante final de los factores intrínsecos del potencial, de los elementos de cooperación internacional y de las vulnerabilidades anteriormente analizadas); y

– las *presiones dominantes* externas o internas, actuales o potenciales contrarias a la consecución o salvaguarda de los mencionados O.N.P.

5. Objetivos nacionales actuales (O.N.A.)

a) Los O.N.A. son objetivos de naturaleza nítidamente estratégica que resultan de la reacción de la coyuntura, tal como fue sintetizada y evaluada en las Premisas Básicas (presiones contrarias dominantes y valor del Potencial Nacional), sobre los propios Objetivos Nacionales Permanentes.

Representan, así, la "cristalización de los intereses nacionales *en un momento dado*". Evolucionan, por lo tanto, con los acontecimientos y con las fuerzas mutables que actúan en los campos nacional e internacional.

b) El principio que debe regular la definición de los O.N.A. es el de la *adaptación de los fines a los medios*. Así, en la mayoría de los casos –tales sean las deficiencias y vulnerabilidades del Potencial Nacional y tan fuertes se consideren, por otro lado, las presiones contrarias–, se vuelve imperioso escalonar en el tiempo la realización de los O.N.P., adoptándose, *provisionalmente*, Objetivos Actuales, más modestos. En tal caso se impone, en la formulación de esos O.N.A., incluir, como un objetivo esencial, la elevación o fortalecimiento del Potencial Nacional –lo que más tarde, en una coyuntura favorable, permitirá ampliar los O.N.A. de manera que cubran enteramente los O.N.P., en extensión y profundidad–. De ahí resulta que, respecto de esos últimos –los O.N.P.–, el principio fundamental es el principio opuesto de la *adaptación de los medios a los fines objetivados*.

Históricamente, tales principios se manifiestan, de forma más o menos definida, en la sucesión alternada de períodos caracterizados por una política externa a veces pasiva y estática (introvertida), a veces activa y dinámica (extrovertida), y correspondientes a la simple *acumulación de potencial* o a su *aplicación* en el campo de las relaciones internacionales.

c) Los Objetivos Nacionales Actuales pueden, por esa razón,

presentar un carácter positivo, ofensivo, de acciones proyectadas hacia el exterior (como en el caso de los imperialismos, si queremos apreciar el fenómeno en su manifestación más exaltada), o un carácter negativo, defensivo, de simples reacciones a presiones externas insoportables (como en el caso de Inglaterra ante la agresividad nazi).

d) Es importante observar todavía que —visto que las Premisas Básicas condicionan mucho la definición de los O.N.A., siendo, por otro lado, nada más que juicios de valor, sujetos por lo tanto a errores de apreciación— los acontecimientos podrán desmentir, en parte sustancial, las previsiones hechas, imponiendo por eso la revisión de los O.N.A., o si no acarreando el fracaso de la Política de Consecución en ellos fundamentada.

Tales errores de apreciación consisten generalmente en una superestimación del Potencial Nacional o en la subestimación de las presiones contrarias que se manifestarán (ej.: la estrategia alemana en las últimas dos guerras; la estrategia norteamericana en Yalta).

6. Política de consecución

a) Si los O.N.A. traducen, en un cierto momento, los fines por lograr (¿QUE?), la Política de Consecución define, en consecuencia, la *manera* por la cual se tratará de realizarlos o lograrlos y el respectivo condicionamiento espaciotemporal (¿COMO? ¿CUANDO? ¿DONDE?).

La Política de Consecución es, en realidad, la *idea de la maniobra* que será llevada a cabo en el campo de la Estrategia Nacional.

A través de ella se establecen, como orientación general bien definida a seguir, las bases del comportamiento gubernamental tendientes a la consecución de los objetivos predeterminados.

b) Debiendo ser más flexible que los propios O.N.A., la Política de Consecución puede encarar más de una modalidad de acción y exige un adecuado reajuste a la evolución real de la coyuntura nacional e internacional.

Su aplicación a casos específicos de notoria relevancia requerirá a veces una revisión o su enfática reafirmación.

7. Concepto estratégico nacional (C. E. N.)

a) El C.E.N. incluye una definición de los Objetivos Nacionales Actuales y la correspondiente Política de Consecución; constituye, por eso, el fundamento de toda la planificación estratégica nacional.

b) Su revisión se impone, evidentemente, siempre que se deban reajustar la Política de Consecución anteriormente trazada o los propios O.N.A. (en ese caso, con el consecuente reajuste de la política respectiva).

8. Areas estratégicas

a) Son las zonas geopolíticas de *mayor sensibilidad* donde se aplicará la Política de Consecución de los O.N.A.:

— sea como reacción a presiones dominantes, internas o externas, que incidan sobre tales áreas o las amenacen directa o indirectamente (actitud defensiva);

— sea actuando en espacios de roce, actuales o potenciales, o, preventivamente, contra el origen (punto de partida) de presiones externas cuyo posible desencadenamiento se haya previsto (actitud ofensiva).

b) Respecto del territorio nacional, las áreas estratégicas pueden ser internas, externas o pueden englobar segmentos nacionales juntamente con espacios extranjeros.

c) La definición de las Areas Estratégicas y su clasificación por orden de importancia resultan del propio C.E.N., considerando:

— el valor espacial y la significación de las mismas para el Potencial Nacional y el potencial adverso;

— las presiones incidentes, según naturaleza, valor y proximidad en el tiempo y en el espacio.

d) El estudio de Areas Estratégicas incluye encuestas, evaluaciones y estimativas estratégicas.

9. Disposiciones gubernamentales

Son directrices nacionales de planificación resultantes del C.E.N. y destinadas a los órganos gubernamentales de planificación para la elaboración de los Planes Estratégicos de su competencia: planes políticos, económicos, militares, etcétera.

Deben, sobre todo, asegurar la coordinación y el engranaje perfectos entre esos diversos planes, de lo cual resultará la indispensable coherencia de la Estrategia Nacional.

APENDICE 2

Esbozo de un plan de pesquisa geopolítica

1. La pesquisa básica tendrá en vista:

   a) la definición de una *Doctrina Geopolítica brasileña*;

   b) el establecimiento de una metodología a adoptar en el estudio de problemas geopolíticos;

   c) la formulación de un *Concepto Geopolítico Nacional* (directrices generales para la acción geopolítica).

2. Se establecerán, así, las bases doctrinarias, el método general y, además, el cuadro de conjunto de acción geopolítica, así como las actividades tendientes a promover su justa y oportuna solución.

Por otro lado, resultará —en particular, del concepto formulado— una catalogación, por orden de *prioridad*, de los principales problemas que deberán merecer la atención del análisis geopolítico, considerados en su extensión geopolítica, grado de generalidad, interdependencia y condicionamientos diversos.

3. DOCTRINA GEOPOLITICA BRASILEÑA

A. Conceptuación de geopolítica

1. Geopolítica = "política hecha como resultado de las condiciones geográficas" (Backheuser).

La Geopolítica sirve de fundamentación y propone directrices de acción a la Política.

2. La Geopolítica se subordina a la Política y aplica, al servicio de ésta, los conocimientos de la Ciencia Geográfica.

3. Como el Estado-nación es el organismo político soberano en la actual etapa de evolución del mundo, la Geopolítica Nacional se transforma en un núcleo doctrinario fundamental.

Sólo es válida, para nosotros, la Geopolítica que sea *nítidamente brasileña*, atenta a las aspiraciones y realidades nacionales.

4. Toda Geopolítica Nacional tiene como objetivos:

a) el *bienestar* colectivo del pueblo;

b) la *seguridad* de la nación.

El desarrollo económico y social es un factor primordial tanto del bienestar como de la seguridad.

5. Como la Estrategia (Política de Seguridad Nacional) es el sector de la Política dominado por el factor "Seguridad", la Geoestrategia es la parte de la Geopolítica que fundamenta a la Estrategia.

6. Considerados los cuatro campos fundamentales de la Política:

a) campo político (en el sentido restringido de la organización y funcionamiento de las instituciones políticas);

b) campo psicosocial;

c) campo económico;

d) campo militar.

También la Geopolítica –tanto como la Geoestrategia, en correlación con la Estrategia– admite idéntica repartición de su dominio total.

Sin embargo, se mantiene en primer plano, siempre, la idea de la interdependencia de esos campos y, por lo tanto, de la indispensable integración de la acción geopolítica, tanto como de la geoestratégica.

7. Como el Estado-nación se inserta, más o menos voluntariamente, en conjuntos políticos más amplios –alianzas, bloques, conjuntos continentales, panregiones, zonas culturales, etcétera–, la Geopolítica Nacional puede integrarse en una Geopolítica aliada, en una Geopolítica continental, etcétera.

El grado de su independencia resulta del grado efectivo de soberanía del Estado.

8. Las características fundamentales de una Geopolítica Nacional resultan de las aspiraciones e intereses de la nación y de las realidades geopolíticas internas y externas. Su identificación exige, por lo tanto, un primer análisis geopolítico de la coyuntura (internacional e interna).

9. La Geopolítica brasileña debe caracterizarse, sobre todo, como:

a) Geopolítica de *integración y valoración espaciales*;

b) Geopolítica de *expansionismo hacia el interior* y, también, de *proyección pacífica en el exterior*;

c) Geopolítica de *contención*, a lo largo de las líneas fronterizas;

d) Geopolítica de participación en la defensa de la Civilización Occidental;

e) Geopolítica de colaboración continental;

f) Geopolítica de colaboración con el mundo subdesarrollado de aquende y allende el mar;

g) Geopolítica de seguridad ante la dinámica propia de los grandes centros externos de poder.

B. Conceptos geopolíticos básicos

1. Espacio (extensión y forma) y Posición;

2. Circulación;

3. otros.

Tarea 1: Elaborar un glosario.

C. Leyes y principios

1. Leyes de la geografía política;
2. Leyes sociológicas (ecología social, en particular);
3. Leyes de la ciencia política;
4. Principios geopolíticos:

   a) de la integración;
   b) del objetivo;
   c) de la concentración de esfuerzos (dominación);
   d) de la economía de medios (criticidad);
   e) de la adaptación entre fines y medios (radio de acción geopolítica);
   f) otros.

5. Principios geoestratégicos:

   a) seguridad;
   b) sorpresa;
   c) ofensiva;
   d) otros.

Tarea 2: Catalogar, en orden prioritario.

D. Contribuciones a la geopolítica brasileña

1. De autores brasileños;
2. De autores extranjeros.

Tarea 3: Indice bibliográfico-crítico.

E. Evolución del pensamiento geopolítico

1. En América del Sur;
2. En el resto del continente (Estados Unidos, en particular);
3. En Europa;
4. Etcétera.

Tarea 4: Indice bibliográfico-crítico.

F. Factores a considerar

1. *Factores geopolíticos de base:*
   a) espacio (extensión y forma);
   b) posición;
   c) fisiografía como condicionante, en particular:
      - de la población;
      - de la circulación;
      - de la capacidad de producción;
   d) compartimentación política (fronteras).

2. *Factores relativos a los diversos campos:*

   a) *Campo político* (en el sentido restringido ya indicado):
      - cultura política de las *élites* y de las masas;
      - organización constitucional y administrativa;
      - instituciones políticas, estructura y dinámica partidarias;
      - capacidad de acción política en el ámbito interno y en el campo internacional (modalidades de acción, instrumentos y técnicas; limitaciones de orden interno y externo).

   b) *Campo psicosocial:*
      - factor demográfico: volumen y composición de la población, tendencias vitales; distribución espacial y migraciones; patrón sanitario; grado de educación, cultura y adiestramiento técnico;
      - estructura y dinámica sociales: tradiciones históricas, patrones culturales, actitudes sociales; clases y estamentos; minorías; urbanismo y ruralismo; tensiones internas; movilidad social;
      - factor psicológico: mentalidad nacional; moral del pueblo; ideologías; opinión pública; espíritu de unidad nacional;
      - capacidad de acción psicosocial en el ámbito interno y en el campo internacional (modalidades de acción, instrumentos y técnicas).

   c) *Campo económico:*
      - recursos de base:
        - recursos naturales: suelo, fuentes de energía y materias primas;

4. METODOLOGIA GEOPOLITICA
METODO GENERAL DE RAZONAMIENTO (y su aplicación en la solución de problemas)

METODO		APLICACION (en trabajo de grupo)	
Etapas		*Fases*	
1	*Interpretación del problema o tarea* a. ¿De qué se trata? (1) naturaleza - ¿problema? ¿misión? ¿juicio? (2) esencia - definición del problema o tarea. (3) campo en que se sitúa (delimitación provisional - condicionamientos y premisas existentes). b. ¿Para qué? (finalidad, propósito, idea de maniobra o misión encuadrantes).	FASE PRELIMINAR	1. *Interpretación del problema o tarea.* a. Ver "Método". b. Ver "Método".
2	*Análisis* a. Idea provisional de cómo resolver el problema, cumplir la misión o formular el juicio fundamental deseado (plan de acción). b. Descomposición en elementos, fases, partes o hipótesis (si es el caso). c. Relaciones de factores, datos, aspectos o criterios de juicio a considerar.		2. *Establecimiento de un esquema de trabajo* (para la pesquisa). a. Ver "Método". b. Ver "Método". c. Ver "Método".
			3. *Fijación de un calendario* - Distribución del tiempo disponible entre las distintas fases.

METODO		APLICACION (en trabajo de grupo)	
Etapas		*Fases*	
3	*Síntesis* a. Evaluación aislada de los factores, datos, aspectos o criterios de juicio relacionados. (1) selección (por eliminación, según la estabilidad, valor, grado de confianza, etc.). (2) sistematización. (3) interpretación. (4) evaluación final. b. Conclusiones parciales por grupos de factores o aspectos (integración parcial). c. Comparación y crítica de las conclusiones parciales (eliminación, modificación o establecimiento de nuevas conclusiones). d. Conclusiones generales (integración de las parciales).	FASE DE PESQUISA	1. *Encuesta de los factores o datos.* 2. *Evaluación aislada de los factores, datos, aspectos o criterios de juicio relacionados.* (1) Ver "Método". (2) Ver "Método". (3) Ver "Método". (4) Ver "Método".
4	*Formulación de las soluciones posibles* (hipótesis - líneas de acción - juicios).	FASE DE DISCUSION	1. *Integración de factores, datos, aspectos o criterios de juicios.* a. Ver "Método" - b b. Ver "Método" - c c. Ver "Método" - d 2. *Formulación de las soluciones posibles.* Ver "Método".
5	*Comparación y evaluación de las soluciones posibles* (ventajas e inconvenientes).		3. *Comparación y evaluación de las soluciones posibles.* Ver "Método".
6	*Elección de la solución más favorable*		4. *Elección de la solución más favorable.*
		FASE FINAL	1. *Finalización de un informe.*

- ciencia y técnica: grado de desarrollo;
- fuerza de trabajo: grado de adiestramiento técnico y productividad; patrones de salarios; legislación laboral;
- recursos financieros: capital disponible para inversiones; disponibilidad de divisas (capacidad para importar);

— equipo de producción y de circulación:

- equipo industrial: grado de industrialización; industrias de infraestructura, de base, de transformación y de montaje, su interdependencia e importancia relativa; organización y eficiencia;
- equipo agropecuario: grado de desarrollo técnico, organización y eficiencia;
- equipo de circulación (transportes y comunicaciones); su rendimiento, zonas críticas y puntos sensibles;

— estructura económica:

- desequilibrio entre los sectores de producción; economía primaria, industrial o mixta; economía bien balanceada;
- desajustes en la circulación y distribución interna de las riquezas: zonas-problema y zonas marginales, concentración de la producción y zonas vitales;
- grado de autonomía de la economía: independencia respecto del exterior, materiales esenciales, críticos y estratégicos;
- estabilidad económica: pleno empleo de los factores de producción; impulso de innovaciones; resistencia a crisis y a la presión inflacionaria;
- sistema económico (libre empresa competitiva, economía socializada, sistemas intermedios);

— desarrollo económico:

- ritmo; economía subdesarrollada o supercapitalizada;

— índices del vigor económico:

- producto nacional bruto y renta nacional; patrones de consumo e inversión; deuda nacional;

— capacidad de acción económica en el ámbito interno y en el campo internacional:

- modalidades de acción, instrumentos y técnicas; limitaciones de orden interno y externo.

d) *Campo militar:*

— el Poder Militar y su expresión: las Fuerzas Armadas;
— potencial militar: efectivos, valor militar, en particular de los cuadros;
— estructura militar: organización y valor relativo de las diversas Fuerzas; grado de integración; valor del Alto Comando;
— desdoblamiento territorial de las fuerzas;
— organización logística: equipo disponible; producción de material de guerra; obtención en el exterior; infraestructura;
— capacidad de acción militar: modalidades de acción; instrumentos y técnicas; limitaciones de orden interno y externo.

G. Metodología de la formulación de un concepto geopolítico nacional

1. *Definición de los Objetivos Nacionales Permanentes* (O. N.P.) (*Aspiraciones, valores e intereses nacionales; combinación bienestar-seguridad.*)

2. *Evaluación geopolítica de la coyuntura:*

a) Análisis de los factores (ver letra *b* anterior) y su clasificación en:

— Factores positivos (favorables);
— Componentes o factores del Potencial Nacional:

- naturaleza;
- valor actual;
- valor en un futuro previsible.

- Elementos de cooperación internacional:
  - naturaleza;
  - valor actual;
  - valor en un futuro previsible.

- Factores negativos (desfavorables):
  - Presiones externas o internas, actuales o potenciales, contrarias a los O.N.P. (antagonismos):
    - naturaleza;
    - intensidad;
    - origen;
    - causas;
    - dirección;
    - incidencia.
  - Vulnerabilidad del Potencial Nacional:
    - naturaleza;
    - grado;
    - incidencia;
    - causas;
    - repercusiones y consecuencias.
  - Obstáculos (pasivos) a la consecución de los O. N. P.:
    - naturaleza;
    - causas;
    - esfuerzo necesario para superarlos.

b) Síntesis, establecimiento de Premisas Básicas:

- valor del potencial (en el momento y en un futuro previsible);
- presiones dominantes externas o internas, actuales o potenciales;
- obstáculos principales;
- Areas Geopolíticas.

3. *Fijación de los Objetivos Nacionales Actuales (O. N. A.) (geopolíticos).*
(Mecanismo: adaptación entre fines y medios.)

4. *Establecimiento de las Políticas de Consecución (Líneas de Acción Geopolíticas o Idea General de Maniobra Geopolítica, tendientes al bienestar y a la seguridad).*
(Mecanismo: aplicación del método; letra *a*, anterior.)

H. Concepto geopolítico nacional

a) *O. N. P.*
Tarea 5: A definir (pesquisa y encuesta).

b) *O. N. A.* (Geopolíticos).
Tarea 6: A definir (pesquisa).

c) *Areas Geopolíticas.*
Tarea 7: A delimitar (pesquisa).

d) *Políticas de consecución* (Idea General de la Maniobra Geopolítica).
Tarea 8: A definir (pesquisa).

e) *Desdoblamiento de la Línea de Acción* (por campos y sectores).
Tarea 9: A analizar (pesquisa).